

Mantis

Mercedes Castro



Lectulandia

Teresa oculta secretos en sus fogones que logran que sus platos despierten pasiones, pero, a pesar de su exitosa carrera como chef, de su programa de televisión y su faceta como revolucionaria escritora de recetarios, no termina de sentirse satisfecha. Tal vez porque sus amantes desaparecen sin dejar rastro. Puede que por ese hueco de silencio que nadie alcanza a reconstruir en su pasado.

Para huir de la soledad, Teresa se obliga a buscar un alma gemela que no termina de encontrar y, decidida a aplacar su voracidad, determina volcarse en la cocina, su verdadera obsesión. En sus noches marcadas por los recuerdos y el insomnio creará manjares de sabores inolvidables e imposibles de identificar, tan llenos de misterios como su vida, tan rebosantes de enigmas como los ingredientes que ningún osado ha conseguido descifrar.

Tras un brillante debut con su novela *Y punto*, Mercedes Castro nos sorprende con esta intriga psicológica, un cuento de hadas envenenado, cargado de humor negro y un perverso sentido del suspense, la historia de una mujer fatal que persigue huir de su destino. *Mantis*, plena de ironía y tensión, nos hará desear conocer mejor a Teresa y, no importa qué delicia nos sirva, sentarnos a comer a su mesa.

Lectulandia

Mercedes Castro

Mantis

ePub r1.0

ebookofilo 03.11.13

Título original: *Mantis*
Mercedes Castro, 2010
Imagen de cubierta: Getty Images

Editor digital: ebookofilo
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Si declaras la guerra
a mi corazón
y me haces daño
te convierto en canción.*

SANTIAGO AUSERÓN

1. Esto funciona así

Esto funciona así: tú te dejas ver y ellos se dejan comer.

No es que me resulte agradable, pero a estas alturas no puedo cambiar nada. Ya no. Tal vez porque es demasiado tarde y le he cogido el gusto. Quizá porque desde hace años ha formado parte de mi vida y, de abandonar mis hábitos, no sabría explicar mis noches y mis días. A lo mejor, sencillamente, no puedo evitarlo.

Para no resultar tan fría, para gozar de una excusa, para razonar mi perversidad, mi hambre o mi maldad con un atisbo de perdición inmerecida, podría recurrir al extenso repertorio de enfermedades que se heredan o nos invaden de forma accidental. Sería entonces la sufrida víctima de un trastorno oscuro y anómalo frente a una sociedad que me señala como aberración sin entender que todo obedece a un desvarío de la Madre Naturaleza. Igual que los vampiros enterrados con estacas clavadas en el corazón, reos de la rabia y la superstición, la porfiria o la cerrazón.

En un supuesto más fantasioso, en una época más actual incluso podría asumir, por qué no, el rol de heroína o villana, qué más da si son la misma, alguien convertido por azar o capricho de los otros en un ser especial, denostado o admirado, bellas sin alma siempre frías, impasibles e insensibles a las pasiones de los demás, lobas que necesitan sangre robada a traición para perdurar, ajenas al dolor, inclementes porque así nos fraguaron, más allá del bien y del mal.

Qué responsabilidad tenemos en nuestra desgracia, qué capacidad de elección en la espiral de desenfreno en que me embarco como una máquina creada para destruir y arruinar, para demoler y devastar. Más que pérfidas resultan patéticas y yo, en mi descontrol, me reconozco tan ruin, tan errada como ellas.

Con todo, el asunto no tiene gracia. Ninguna. Mucho menos para quienes caen bajo mi sonrisa y mis garras. Me refiero a las víctimas.

No me dan lástima. Yo, en cambio, sentada en este sillón, rodeada de cables, cercada por paredes sin ventanas, sí me la doy. Una pena negra y honda como el mal de amor, insondable y amarga como un maleficio. Siniestra. Eterna.

Si tuviera las ganas, el tiempo o la paciencia de explicárselo a los incautos sedientos de carmín que se dejan cautivar con rimas y versos fáciles, como quien narra un cuento de hadas a un niño les revelaría mi verdad, temible y despiadada pero brutalmente cierta: No es más que una mera cuestión de supervivencia.

Y es que el lobo no siente compasión por el rebaño.

Los histéricos corderos, por más algodonosos y suaves que nos parezcan, sólo nos sustentan. Como los Tres Cerditos. Como la imprudente Caperucita que se demora en el bosque, tan llamativa con su capa roja, creyéndose tan lista y resultando en cambio tan tonta.

Sin embargo, a expensas de mi admiración por el Hombre del Saco, las viejas sacamantecas y el Lobo Feroz, debo aclarar que no soy una devoradora sin escrúpulos, tan cruel que no se apena por la desdicha ajena, que disfruta exterminando.

Cierto es que no me lamento mucho, pero tampoco lo hago por vicio.

Simplemente lo necesito.

Aquí, ahora, sentada ante este tocador tan lleno de luces como una cueva del tesoro iluminada por mil luciérnagas, abandonada y absorta, no me veo siquiera como una mujer. No, no creo que lo sea.

Me imagino más bien como la última representante de una raza, una bestia hambrienta que busca saciar su ego y su alma para colmar el vacío que siente y este rencor sin nombre que arrastro tras de mí como un peso muerto.

Después de todo, ellos se lo buscan. Tanto como las gacelas desavisadas de su tentadora belleza que se bañan en el río sin percatarse de los cocodrilos que las acechan; tanto como las colegialas que saludan educadas al vecino del tercero B y pasan tranquilas ante la puerta que un día se abrirá para alimentar la codicia de sangre del monstruo, inconsolable porque nunca se detendrá, porque le hará seguir adelante aniquilando sin parar.

Sí, esta soy, incompleta y ridícula, triste sombra de mí misma con maneras de mujer pantera, un ser fronterizo y sanguinario de voz rota y

melancólica, una alimaña entre lo piadoso y lo dramático, una devoradora con miedo de su propio apetito, a disgusto con su poder, sin la fuerza abrumadora de los famélicos y con algo de la pena de los caídos que saben que lo son, que asumen que tarde o temprano alguien les atrapará.

No ignoro que, acogiéndome al derecho de no declarar contra mí, bien podría argumentar que a mí me hizo, me cinceló golpe a golpe, me modeló con caricias y palos una hembra más perfecta, mucho más insana y espectral de lo que jamás conseguiré ser y a quien nunca podré alcanzar. No debería pasar por alto el hecho de que estoy aquí, después de todo, pese a todo, gracias a ella, y sentirme inocente porque no tengo la culpa de haber bebido desde tan joven tanta sed de sangre, porque no tengo a quién reclamar si me amamantó una loba que se sigue riendo de mí entre las sombras.

Lo que ocurre es que no quiero mentir, no ahora.

Por eso, aunque sólo sea un alma condenada que se arrastra tras los barrotes de su perfidia, una mala heredera que no ha sabido aceptar los dones que le regaló su linaje, una señorita estúpida e inexperta amparada bajo las faldas de mamá, debo asumir los actos cometidos, las palabras dichas y el no saber o no poder o no querer cambiar. Por eso, por todas las revelaciones que voy a escribir por fin, que me dispongo a vomitar.

—Hola, ¿necesitas algo?, ¿estás cómoda?

El regidor asoma su cabeza tocada con auriculares por el hueco de la puerta entreabierta y me saluda con afabilidad. Se trata de un joven de iris furiosamente azules e incipiente barba meditada para hacerle parecer mayor de lo que a todas luces es. Levanto los ojos de mi cuaderno de tapas de hule rojo y le sonrío tímida. Sé que no le mueve un auténtico interés sino un mínimo instinto de cortesía destinado a hacer que me sienta a gusto. De hecho, sé que lo que haga, lea, escriba o me inyecte le dará exactamente igual mientras esté maquillada, peinada y presentable en el exiguo margen de los diez minutos que me quedan para salir al aire.

—Faltan diez minutos para salir —apostilla.

Mis labios vocalizan sin sonido un «Gracias». Él lo entiende y asiente satisfecho con esos ojillos que desde mi butaca, desde esta pose de mujer de mundo indiferente, percibo deliciosos. Pero me contengo y regreso a lo mío, a lo que estoy confesando en esta libreta sin borradores previos ni excusas que me consientan esconderme del reflejo que no encuentro en el espejo, poner un mohín de niña buena, fingir que soy otra de cara a la posteridad. Egoísta, me dejo llevar por el avance convulso de mi pluma

sobre el papel a medida que sobrevienen las imágenes y me cercan los recuerdos, segura de que volverá a llamarme dentro de siete minutos exactos para decirme que aún dispongo de tres, siempre lo hacen en televisión. Quiero aprovechar el tiempo que me queda ahora que la valentía, o la cobardía, o las ansias de perpetuarme o justificarme me han vencido y han decidido, como siempre en el momento menos indicado, dictarme al oído esta bitácora de confidencias o desahogos, este caudal de palabras incontenible, desbordante porque encarna lo que antes era sólo una idea inconsciente y temeraria que lo anegará todo, que no podrá ser detenida ni borrada ni olvidada.

—Eres cocinera, ¿eso que escribes qué son, recetas?

Levanto los ojos y permanece ahí, con sus pupilas chispeantes y la sonrisa ingenua. ¿Es que no tiene ninguna otra tarea?, ¿no hay nadie más a quien jalear o motivar que le impida quedarse junto a mí pegando la hebra?

Resoplo, descruzo las piernas, me sacudo de un golpe seco la melena y el resplandor de las bombillas que rodean el espejo del camerino me embarga con su brillo de fuego. Mi cutis blanco refulge en contraste con el vestido negro que perfila el trazo de mi figura relajada sobre el asiento, puede que en una postura demasiado laxa, tanto como para llevar al tierno regidor a una confusión más que justificada: aun con la pluma en la mano y el cuaderno sobre mis rodillas no doy una sensación de abstracción, de profunda concentración; nadie diría que estoy volcando sin tapujos en estas hojas cuadrículadas el germen de mi secreto, de todos los demonios que almaceno.

Probablemente sea este equívoco lo que impide que me enoje, lo que me convence de absolverle y me llena de condescendencia. A fin de cuentas la invitada (yo) está preparada y él no tiene nada mejor que hacer. El programa cuenta con un único entrevistado (de nuevo yo) y hasta que estemos en el aire no deberá ponerse a trabajar. Su única misión hasta entonces es guiarme por la maraña de pasillos que conducen al plató cuidando de que no me enrede con los cables que reptan por el suelo hasta lograr salir sin tropezar bajo la luz de los focos y el escrutinio del público y del presentador. Así pues, habrá pensado, démosle conversación.

—¿No estás nerviosa? —continúa, inasequible al desaliento—. No lo pareces, y eso que eres joven.

Lo soy, pero no me apetece darle cuentas sobre mi edad y detallarle los años que en realidad llevo a cuestas, lo anciana que me siento a pesar de que no lo represento. Es cordial, es educado y no tiene ni idea de lo que

hago ni, mucho menos, de por qué merezco esta entrevista. Aun así, o precisamente por esa inopia bendita, le agradezco el halago de su atención y la apetecible oferta de su juventud incauta que me temo ahora debo rechazar. La función está a punto de empezar y no tendría tiempo para saborearla a gusto y tampoco ganas. Sólo deseo seguir escribiendo tranquila, sin prisas ni charlas.

—¿Cómo te llamas? —le interpelo, decidida a zanjar esta ridícula situación.

Se queda sobrecogido por el timbre de mi voz. Es algo habitual y no estoy dispuesta a desperdiciar la ventaja que me da su desconcierto. Le observo inmovible mientras traga saliva y aguardo con una ceja levantada su respuesta, lenta, que no termina de llegar.

—Benjamín... Pero mis amigos prefieren utilizar Benja —balbucea al cabo de unos segundos que se hacen eternos.

—Escucha, Benjamín, pareces un joven simpático y te agradezco de veras el detalle de acompañarme hasta que comience mi intervención, sólo que no estoy nerviosa —le explico tolerante, con la templanza de quien enseña a hablar a un párvulo, esperando que el bálsamo de mi voz resulte suficiente para calmar su excitación y sus ganas de revolver pero sabiendo que su cabecita será incapaz de entender los conceptos que intento hacerle comprender—. No es mi primera grabación y lo que deseo ahora es que me dejes a solas para poder seguir anotando mis nuevas creaciones —alzo el cuaderno— antes de que las olvide.

Asiente con un pestañeo, humilde y avergonzado, con toda su gallardía cuasiadolescente en franca retirada, y permanece por un instante colgado de la punta de mi lengua que asoma entre mis labios, que juega con un colmillo afilado, que se esconde dentro de mi boca, allí donde duerme el tono denso y ronco de mi voz que sigue resonando en su memoria. Desanda despacio sus pasos, como aturdido o noqueado, y se marcha por donde entró murmurando un atisbo de disculpa que despierta en mí un poco de pena, un algo de desazón.

No me dura demasiado. Me encojo de hombros y sonrío traviesa antes de abrir el cuaderno, este cuaderno de tapas rojas, y continuar escribiendo.

Antes me gustaba narrar, cultivaba una prosa alambicada entretejida de frases complejas, metáforas enrevesadas y complicados símiles, y llenaba folios y más folios con interminables acotaciones entre comas y ciento y un vericuetos confundidos con algún concepto, vacíos de contenido

pero hermosos. Cuando era joven, o al menos más de lo que lo soy todavía, viajaba en sucios trenes que iban hacia el norte, leía poesía en los trayectos indiferente a los demás viajeros y me empapaba de todo cuanto fuera sospechoso de ser considerado cultura. Incluso llegué a estudiar una carrera de Letras y a acabarla convencida, contra todos, pese a todos, de su utilidad.

Por fortuna, mis sueños elevados se quedaron en sueños cuando averigüé que carecía de estómago para hacerme hueco en un universo editorial hostil y abarrotado, peligrosamente inflado y repleto de egos, por eso ahora me dedico a otro tipo de creatividad más rentable y relajante. Ahora me gustan las frases cortas. Los puntos. Ahora soy terminante y tajante. Odio la solución de continuidad sin final que suponen las comas.

Podría decirse que los avatares de mi biografía me han tornado telegráfica, críptica e indiferente al Arte. Si embellezco los platos es para cobrar más por ellos en mi restaurante, para que los críticos se extasíen ante la carta llena de viandas a precio de riñón y nombres sacados de novelas de ciencia ficción. Otro tanto podría decirse de mis libros de cocina. Si incluyo alguna que otra cita, si caigo en la tentación del adorno y la retórica, es para justificar la simpleza de mis quimeras. Y para que esos señores orondos y satisfechos que se ceban gratis a mi costa se lo piensen dos veces antes de hundirme con su prosa vil en algún artículo gastronómico de intenciones aviesas.

Lo único que quiero es cocinar. Lo demás, esto, la libreta, sólo es un modo de cotejarme, de tomar y dejar constancia de por qué me he convertido en el bicho que millones de espectadores, sin saberlo, contemplarán esta noche en riguroso directo.

Así que aquí estoy, con mi vieja careta adquirida en el mercado de las falsarias, escribiendo estas páginas donde todos suponen que anoto nuevas mezclas o las extrañas referencias literarias con que aliño mis propuestas. Durante largo tiempo, las personas más cercanas a mí, o al menos aquellas a quienes permito una difusa confianza de la que cunde mucho y no alimenta nada, creyeron que se trataba de una agenda. La verdad es más simple y burda, más anodina y banal, pues casi hasta ayer sus tripas de celulosa permanecieron inmaculadas, absolutamente vacías.

La vi hace un par de años en el escaparate de una papelería y me atrajo el color rabioso, furioso incluso, de sus tapas de hule rojo, tan solas y escarlatas entre cien productos de escritorio marrones, grises y negros. Decidí entrar y hacerme precisamente con ella, la expuesta y no otra por

más que el dependiente se empeñara en ofrecerme alguna menos ajada de la trastienda. Fue, por los riesgos que entrañaba cubrirla de sinceridad y palabras, uno de los mayores actos de lucidez de mi vida.

No pasé de ahí. Tras años de cuadernos juveniles emborronados con ilusión y torpeza, después de tantos otros de silencio, el tenerla ahora en mi bolso, sobre la mesa, bajo mi brazo, no era más que una tentación, una insensatez que no me atrevía a afrontar, un plan descabellado y vedado a todos, maquinado sólo por y para mí, que no terminaba de arrancar.

La paseaba de acá para allá como si fuera indispensable, como si estuviera atestada de datos que no me podía permitir olvidar, como si todo lo que sé, la esencia de mi oficio, el germen de mi genio descansara en ella y no pudiera consentirme perderla. Lo que no comprendo es cómo a nadie se le ocurrió abrirla en un arrebató de curiosidad y echarle un vistazo. No les hubiera resultado difícil encontrarla en mi despacho y hojearla en un suspiro, o descubrir su virgen contenido en la sala de maquillaje, donde acostumbro a abandonarla mientras presento mi propio programa. Nunca he conseguido adivinar si lo han hecho o no. Puede que disimulen muy bien su desconcierto al saberla intacta o, lo más probable, que nadie se haya atrevido nunca a profanarla.

Será eso. Supongo que me tienen miedo.

Qué pensarían si supieran que tras tanto tiempo aireándola sólo llevo unas cuantas cuartillas mal redactadas, si averiguasen de qué trata esta historia que estoy comenzando, esta especie de breviarío enloquecido donde revelo mis apetitos, donde confieso que el motor que me mueve cada día es la única fuerza de mis anhelos, donde detallaré con pelos y señales mis fechorías y maldades hasta dar cuenta de cómo y por qué derramé la primera y la última gota de sangre.

Claro que no realizo este esfuerzo por unos improbables lectores que dudo si existirán, sino por mí. No quiero que se pase por alto que viví, pensé, sentí y creí necesario explicar, en un derroche de soberbia, el origen de mi afán.

Lo peor es que con toda probabilidad, de alzarse con ella, de leer mis entresijos y mis condenas, nadie me creería. O igual sí, y muchos se turbarían y me maldecirían para terminar por confesarse horrorizados por más que en su fuero interno acabaran por admitir que el que alguien como yo dé ese primer paso les complace. Estoy segura de que cualquiera, el ciudadano más honrado, la dama más formal, aspira en lo más recóndito de su interior a hacer algo parecido aunque jamás llegara a reconocerlo.

Cuáles son las razones de esta fascinación por los monstruos, qué nos convierte en seres atractivos y cinematográficos. Puede que el confirmar que exista alguien capaz de saltarse las reglas, que se atreve a actuar en un momento dado para quitarse de encima a los censores, a los pusilánimes, a los iracundos, a los soberbios, a los que molestan. No seamos hipócritas: nos atraen los chiflados solitarios que ignoran las normas, que huyen de las estrictas ataduras de la moral, los que vuelan más alto y apuestan a todo o nada sin pensar. Hasta los niños de pecho se quedan hipnotizados en los zoológicos ante la mirada hostil de las fieras en sus jaulas. Es la fuerza de los depredadores.

Así pues, qué otra cosa puedo ofrecer a la posteridad que la lectura de mi diario de a bordo, el de esta asidua devastadora de los zoos de hombres que soy.

Oigo pasos, dejo la pluma, cierro el cuaderno. Llega Benjamín, el dulce regidor, y me avisa de nuevo. Será mejor que nos pongamos en marcha. Me levanto ligera, aliso mi vestido negro con parsimonia y mis manos revolotean dejando una leve estela de reflejos rabiosamente rojos. Son mis uñas. Siempre las pinto de ese color cuando asisto a algún acto público, es la única manera de enmascarar los restos de sangre reseca que no consigo quitarme, que permanecen escondidos entre la cutícula y la carne. Con las yemas de los dedos me aseguro tocándome levemente las comisuras de que llevo los labios bien pintados y sonrío con satisfacción. El tono *Russian red* me favorece, ha sido una buena elección.

Asiento para darle a entender que estoy preparada y me dispongo a seguirle hacia el plató. Con cierta timidez pero intentando imprimir al gesto naturalidad, como si fuera algo que realizara con frecuencia en su trabajo, me coge de la mano en cuanto salimos para dirigirme con gentileza y finge no sentir la frialdad de mi tacto que sé que le quema como un calambrazo. Bajo la intensa luz de los neones atravesamos pasillos sembrados de máquinas de café, divisamos redacciones repletas de guionistas mal pagados que se devanan los sesos para contentar a una audiencia cada vez más tirana y nos cruzamos con empleados que, sonámbulos a estas alturas de su jornada, deambulan de un lado para otro. A medio camino, Benjamín se gira con deferencia y me explica con sigilo:

—Disculpa que me tome estas confianzas, es para guiarte mejor.

—No te preocupes.

Mi voz le llega en un susurro. Sé que hay que hablar bajo pero no lo

hago por eso, es mi tono natural. Un rumor aterciopelado, oscuro y denso. Benjamín vuelve a estremecerse al oírme y sigue adelante tirando de mí por este laberinto. Me divierte ver cómo se le erizan los pelillos de la nuca, siento en mi mano el sudor de la suya y me deleito imaginando que puedo convertirlo en escarcha. Estoy tentada a decirle cualquier sandez, lo que sea, para ver cómo tropieza y rueda delante de sus compañeros, pero hemos alcanzado el punto de no retorno, aquel en el que un invitado ya no puede dar marcha atrás, con los técnicos de producción concentrados ante los monitores mientras se cruzan señas para darse las órdenes precisas. Que varíen su intensidad las luces. Que entre el entrevistado. No, para, vamos antes a publicidad. Se detiene para dejarme justo sobre una marca señalada en el suelo con cinta aislante y el asistente de sonido se acerca con el micro y la petaca. Según la escala de funciones colocármela sería competencia de éste, pero en algún aparte mi guía de ojos azules debió de pactar al respecto porque es él quien se agacha para colgármela en la parte trasera del vestido y pasar el cable sobre mis hombros rozando mi cuello, levantando con un ademán atento mi melena, acariciándome sin querer el mentón y engancho la pinza en mi escote palpitante y suave como, según la cursi descripción, un palidísimo melocotón.

—Vamos a hacer una prueba. Di algo... —y clava sus ojos en mis labios a la espera de una palabra, un suspiro, cualquier sonido que no llega—. Sin pensar, lo que sea.

—En ocasiones me como a personas con patatas.

Benjamín, con la boca abierta, tarda una inmensidad en reaccionar. Finalmente se vuelve hacia un compañero que, tras comprobarlo en sus monitores, le indica con el pulgar levantado que el micrófono funciona sin problemas.

—En tu camerino no me pareció que fueras tan bromista —me recrimina.

—No hay que enseñar todas las cartas en la primera mano —paladeo mi respuesta haciéndome cosquillas con la punta de la lengua.

Acto seguido me coge del brazo y arrimando su cabeza a la mía como un conspirador me señala el camino que he de seguir hasta llegar al lugar preciso donde sentarme en el plató.

—Cuando el presentador pronuncie tu nombre y pida un aplauso para ti, sales por ahí. Tienes que ir por ese pasillo y no debes pararte a mirar el decorado. Caminas hacia el sillón que hay junto a su mesa y, pasando por detrás, nunca por delante, le das dos besos o la mano y luego lo rodeas otra vez para sentarte. ¿Lo has entendido? —pregunta circunspecto para

acentuar su autoridad, no es bueno que los invitados se desmanden, hay que intentar disuadirlos para que no empiecen a hacer el payaso, a firmar autógrafos o a acercarse a la cámara para saludar a sus seres queridos.

—A sus órdenes —contesto con una media sonrisa.

Él se relaja y también sonrío y, a sabiendas de que sus cascos y mi micro están conectados a un sinfín de oídos, se acerca aún más a mí:

—¿Sabes que tienes un tono de voz muy particular?

—No es la primera vez que me lo dicen —admito—. Una infección de garganta mal curada me dejó las cuerdas vocales para el arrastre, desde los siete años hablo como si me hubiera pasado toda una vida fumando.

—A mí me parece... interesante —confiesa, y se sonroja y fija la vista en el trazado de las líneas del enlosado.

—Eres valiente, la gente no suele ser tan sincera conmigo.

Traga saliva antes de seguir, resopla como un alumno díscolo que se dispone a llamar a la puerta del despacho del director y suelta de sopetón la frase que he aguardado paciente desde la primera vez que lo vi en el camerino y sentí el deseo de hincarle el diente.

—Si quieres, al terminar... —me sugiere con sus ojos azules clavados en el público que cuchichea y señala con el índice a la cámara por más que les hayan advertido que no deben hacerlo—, podemos buscar algo abierto para cenar —añade recurriendo a toda su valentía y a esa sonrisa irresistible que es su argumento devastador, su baza definitiva.

—Parece un plan interesante —accedo, y percibo en la penumbra cómo sus pupilas se expanden con la promesa desvergonzada del encuentro mientras pienso en lo que me apetece cenar de verdad.

Sin previo aviso, estruendosos pero sorprendentemente armónicos, los aplausos que reciben al presentador nos sobresaltan, y en tanto éste inicia su actuación con el inevitable monólogo me invade una repentina congoja. Tardo unos instantes en desenmascarar la causa de mi nerviosismo pero al fin doy con ella, se trata de un ruido sordo y pequeño, casi inaudible, como un tamborcillo que redobla o el batir de las hojas de un rosal bajo las alas del viento que me hace temblar por dentro: es el sonido de un corazón seminuevo estallando en la frágil caja de su pecho. Pobre Benjamín devenido en triste Romeo. Quisiera advertirle, pero no me da tiempo porque por los auriculares le apuntan que es hora de hacerme salir. Siento cómo me empuja demorando más de la cuenta el contacto de su mano en mi cintura, vuelvo la cabeza y reparo en que me desea suerte con una mueca cómplice y no alcanzo a responderle porque cuando me percato ahí estoy, a punto de someterme al escrutinio imparcial de los focos cegadores

y los televidentes que, repantigados en el sofá de su salón, se disponen a despedazarme o paladearme sin reparo. Me concedo un segundo, dos, tres, los necesarios para inspeccionar mis pies y encontrar el ánimo necesario en mis zapatos tan carmesíes como mis labios, un par con tacones como dos estiletes afilados que compré después de que me propusieran esta entrevista con la intención de que me ayudasen a salir del paso con dignidad y el suficiente aplomo como para hacerme parecer más cercana de lo que soy.

Me guiñan un ojo coquetos e inician su andadura. Milagrosamente sin tropezar pese a su altura, avanzo decidida hacia la mano abierta que me tiende el famosísimo showman de dientes relucientes y afilados. Recordando obediente las instrucciones de Benjamín saludo a lo lejos al público y, después de rodear los sillones y de abrazar al ídolo de masas, le planto un beso en cada mejilla como si tuviéramos muchísima confianza, como si entre nosotros mediaran puentes de familiaridad. A continuación me siento cuidando de cruzar mis piernas de modo que resulten atractivas, y me dispongo a escuchar los halagos que desgrana mi interlocutor, hábilmente entrelazados en un discurso que suena natural gracias, imagino, a las horas que habrá pasado ensayándolo:

—Nos encontramos, señoras y señores, ante una mujer amante de dos de los placeres más mundanos que existen: los zapatos y la buena comida. Sé que les parecerá joven, pero tiene una extensa trayectoria a sus espaldas: ha pasado por más de un oficio y al final, como decía el anuncio, volvió a su mansión por Navidad para tomar las riendas de una profesión que le venía de casta. Seguro que están habituados a ver su preciosa cara en su exitoso espacio televisivo. Sus libros de cocina figuran en la cima de los más vendidos y aparece más de lo que le gustaría en las revistas del corazón debido a la afición que los elegantes de este país han tomado a su restaurante, un lugar, se lo aseguro, absolutamente excepcional. Tienen ante ustedes a la chef visionaria que ha sabido hacer de las croquetas un arte hasta encumbrarlas como el manjar más innovador. Ella sólita ha logrado exportar hasta Tokio y Nueva York una de nuestras más típicas recetas convirtiéndola en genial icono de la gastronomía actual. Se trata de Teté Sinde Valverde, nuestra gran dama de la cocina. Espero que esta noche nos cuentes qué se cuece en tus fogones para atraer a tanta gente guapa, ¿o es que se vuelven así después de probar tu comida?

Ahí están, sabía que no tardarían en aparecer. Son como una maldición que me perseguirá hasta la tumba, un sambenito del que no

consigo zafarme. No puedo soportarlas, no quiero saber nada de ellas, de las insoslayables y malditas croquetas reconocidas como mi hallazgo estrella. Y todo porque nada más abrir el restaurante se me ocurrió homenajear a la comida casera española en lo que no era más que una excusa como cualquier otra para aprovechar las sobras.

La idea surgió de la necesidad: aficionada a mi vicio y agobiada por unas tinajas de carne a las que no sabía cómo dar salida, recordé una vieja técnica familiar para aprovechar los restos de los postres dominicales que decidí aplicar a mis propios despojos. Así nacieron las «croquetas de arroz con leche y carne picada».

Su truco residía en aromatizar el arroz y la leche con nuez moscada y añadirle huevo batido antes de retirarlo del fuego, con lo que adquiría la consistencia de una masa que mezclaba con la carne troceada, salpimentada y aderezada con clavos, cilantro, un toque de pimienta, tomillo y romero y a la que añadía un puñado de pasas engordadas con vino dulce y la ralladura de media naranja. Con ella hacía unas croquetas oscuras y llamativas debido a que las rebozaba agregando al pan rallado algunas almendras y dos o tres pastillas de chocolate. Para servir las, las espolvoreaba con una nube de canela, y recomendaba acompañarlas con un champaña joven y elegante, fragante de frutas rojas, especias y ahumados, que acentuaba el contraste entre los sabores dulces y salados.

La combinación enloqueció a la clientela y la crítica cayó tan rendida ante mi osadía que no tardé en explotar mi hallazgo creando nuevas variedades: de bacalao y fruta en almíbar, de natillas con carne al estragón, de crema de vainilla con tiras de lomo asado, de salsa de albaricoque con pimentón... Claro que si llego a saber que me convertiría en la reina de las croquetas, hubiera buscado otra forma más discreta de deshacerme de mis presas.

Pero no puedo pararme ahora a recordar, se hace el silencio y debo comenzar mi actuación. Vuelvo a concentrarme en mis zapatos, potentes, altivos, y éstos me soplan lo que debo decir. Levanto la cabeza, sonrío y, sin perder mi afabilidad, me atrevo a corregirlo:

—Si no te importa, desearía que no me llamasen Teté. Es un nombre de niña y llevo demasiado tiempo manejando el cuchillo de trinchar y el machete como para prescindir de ese apelativo. Prefiero Teresa Sinde. A secas, sin el Valverde. Ése lo dejo para mamá.

2. De la importancia de una cocina bien equipada

Nada más acabar el programa me informan de que un vehículo de la productora me espera para trasladarme sana y salva, cruzando el extrarradio a estas horas de la madrugada, al lugar donde habito, a mi guarida, a mi casa. Me despido del presentador y le felicito por su talento, su desparpajo, su simpatía. Se queda tan henchido con mis halagos que, todavía bajo los efectos del subidón que proporciona el directo y llevado por un arranque de efusividad del todo inapropiado, me besa en ambas mejillas con sus mofletes pringosos de maquillaje, sudados tras muchas horas bajo los focos. Algo sonada por el subidón que proporciona el directo me dejo sobar sin protestar y no hago remilgos a los rastros de baba que mancillan mi cara y que no limpio hasta que, una vez más dócil y sumisa, sigo a mi nueva guía por pasillos laberínticos en los que me cruzo con personas que, como topes proletarios convencidos de que el suyo es un buen empleo, calculan la audiencia conseguida y maquinan ideas para el guión de mañana. Sin divisar a Benjamín por ningún rincón acabo saliendo al exterior, me introduzco en mi calabaza, una berlina lujosa, negra y brillante a todas luces excesiva para mí, y digo adiós con la mano a la sufrida redactora que a pesar de su joven edad ya carga con todo un año de ojeras, tan tristes como la risa de una calavera, tan moradas como la flor del lirio real.

Mientras abandonamos el recinto reparo en el público jaranero y despreocupado que abarrotaba el plató febril de excitación. Ahora arrastran los pies con sueño atrasado y el cansancio que se les viene de golpe al recordar que mañana deben madrugar, una lasitud que no mitigan los efectos del subidón que proporciona el directo y que les hace dóciles y sumisos frente a los empellones de las azafatas que los introducen en autocares dispuestos a abandonarlos en alguna plaza

céntrica de la ciudad. Me los imagino saliendo de sus panzas metálicas como del vientre de una ballena, invadiendo las aceras como zombis con legañas, atrapados en esa sensación de irrealidad que brinda el estar despierto cuando el resto de tus semejantes duermen, atravesando las calles vacías con sus mejores galas y deseando llegar al hogar para averiguar si sus familiares los han distinguido entre la muchedumbre, si han vislumbrado su cabecita entre los espectadores porque esa que asomaba era la mía, y también esa risa que suena a destiempo y que solté adrede, cariño, para que supieras que era yo.

Tan abstraída voy pensando en todas esas existencias, en sus rutinas de hipotecas e ilusiones fáciles de contentar, que no me doy cuenta de que acabamos de aparcar ante la verja de mi residencia.

—Su casa —anuncia, o más bien confirma el chófer.

Sé que le impresiona, que se ha quedado fascinado ante la visión del palacete, imponente y brillante debido al granito que parece centellear en la oscuridad, elevado sobre un montículo y airoso en sus tres alturas, culminado por un torreón que parece vigilarnos sin descanso, aburrido pero despierto, algo amenazador, con sus contraventanas abiertas y un tanto inquietantes, como fauces siempre dispuestas a devorarte. Contempla absorto la escalinata de piedra que se eleva hasta la entrada semioculta tras la hiedra y la galería que descansa sobre sus siete arcos y ocupa el frente de la planta segunda, y las columnas y los ventanales de madera oscura, y las forjas de hierro revoltosas y retorcidas que rematan los balcones, y lo puntiagudo de los adustos tejados de pizarra, y lo sólido de sus muros firmes y bien anclados, gráciles a pesar de la vegetación que se encarama sobre ellos.

—Menuda choza, señorita —añade sin aliento el conductor.

Me da rabia ser tan maleducada a estas horas como para no renunciar a sacarle de su error pero, como me pasa últimamente, no soy capaz de resistirme:

—Gracias. Aunque no es mía, sino de mi madre.

—Parece un castillo, con la torre y su lucecita encendida. Como si una doncella estuviera allá arriba, esperando que la rescatara un príncipe.

—Siento desilusionarle, la única doncella que la habita soy yo.

—¿Y su vieja? —y ahora me guiña un ojo picarón—. Si es viuda pregúntele de mi parte si busca marido.

—Enviudó muy joven, es cierto, pero nunca le gustaron los hombres. Creo que le daban grima... —le confieso mientras recojo mi chaqueta del asiento trasero y tiro del picaporte dispuesta a salir—. De todos modos, si

continúa interesado vaya a preguntárselo al cementerio. Y de paso saludela de mi parte, hace tiempo que no le hago una visita.

Se encoge de hombros tras mi respuesta, masculla entre dientes que la gente de la televisión está de manicomio, que sólo hacía una broma, y se dispone a regresar al escaso tráfico de la noche. Sin embargo, antes baja la ventanilla y, mientras el intermitente golpea el silencio con su tictac, me ofrece complaciente:

—Señorita, ese jardín suyo o de quien sea está muy oscuro. Tiene un trecho que atravesar hasta llegar a su casa, ¿quiere que aguarde hasta que usted suba y abra la puerta? Así me quedo tranquilo.

—Pasé aquí mi infancia, estoy acostumbrada a lo lóbrego.

—Y bien que se le nota, si no le molesta que se lo diga —pese a todo, se cruza de brazos inalterable y aguarda asegurándose de que cruzo el bosque encantado siguiendo el sendero de gravilla y me pongo a salvo sin que me dé alcance ninguna bruja funesta ni me hechice cualquier mago malvado.

Me hubiera gustado detenerme bajo los árboles, despojarme de los zapatos y caminar descalza, ajena al rumor de la circulación, centrada en el bullir de las hojas y los guiños de las luciérnagas, en el perpetuo tejer de las arañas entre dos ramas, en el lento deslizarse de las orugas sobre las flores marchitas, pero no quiero importunar al chófer más de lo que ya lo he hecho y sin perder un instante subo la escalinata, introduzco la llave en la cerradura y entro con rapidez encendiendo la lámpara del recibidor. Por la mirilla compruebo que, satisfecho por el resplandor que se cuele a través de la cristalera, arranca y se va dejando en el aire la vaga estela del ruido de su motor como recordatorio de que una vez existió. Entonces sí me libero de los zapatos y me río a carcajadas de su temor, de su amabilidad, de su cabezonería y decido que me apetece comer algo. Tanto vaivén, tanto protector atento dispuesto a cuidarme, tanto trasnochar y recordar, me han abierto el apetito.

Apago el interruptor que encendí para que se tranquilizara y además, desde el cuadro central que gobierna la casa, la inoportuna luz del torreón. Envuelta en la acogedora oscuridad me dirijo a la cocina, *su* cocina. Recorro la planta baja como una sombra amparada en la penumbra. De camino a su santuario me parece ver las estancias como cuando le pertenecían: coquetas, femeninas, repletas de jarrones con flores siempre frescas, con las cortinas venecianas de mil frunces y pliegues, con la plata brillando reluciente y sembradas por doquier de

figuritas de pastorcillas y cupidos de valiosa porcelana en una muestra de ese estilo tan ostentoso, tan inglés, que adoraban con devoción su corte de alumnas y lectoras, amigas y vecinas.

Y es que la autora de mis días era una perfecta dama y su vivienda lo era también. El marco ideal para una digna viuda de noble cuna y modales exquisitos que supo sacar partido de una de sus más encomiables cualidades como esposa y ama de casa y levantar un boyante negocio de la nada.

Intento convencerme de que ahora todo es diferente pero ella, de alguna manera no exactamente viva aunque presente, permanece en el palacete y en mí, y por más que la decoración sea distinta ahora que soy yo quien lo habita, no puedo dejar de percibir en los elementos de la construcción que no he podido alterar la impronta de su huella perenne. Me detengo sobrecogida, como cuando era niña, ante una puerta de madera maciza, y alzo la vista hacia la parte superior del dintel donde los cristallitos de colores del emplomado se alían para mostrarme una O y una V versallescamente entrelazadas sobre pámpanos y hiedra de ramas nudosas y retorcidas. Tomo aire y contengo la expectación sabiendo que tras cruzar ese umbral estaré, ahora sí, por completo en sus dominios, pero mi desazón es tan grande como mi alivio cuando verifico que ni siquiera a estas horas insólitas su fantasma se encuentra paseando por aquí.

Bienvenidos al mundo de mamá, bienvenidos a su cocina.

Nunca le gustó demasiado su nombre, no por cómo sonaba sino por lo que implicaba. Jamás fue romántica ni admiró a damisela alguna capaz de enloquecer por amor, de amar dejándose en el empeño la sesera. Y, por supuesto, nunca soñó con flotar sobre las aguas —es más, no supo qué hacer cuando se encontró ante ellas—. El caso es que por un extraño capricho del destino o una inesperada decisión de mi abuelo, gran lector, o tal vez por el inexplicable antojo de mi abuela, sensiblera empedernida, su única hija, ella, terminó por llamarse Ofelia. Y lo cierto es que contra su voluntad acabó convirtiéndose en una triunfadora de amarga fortuna, desgraciada y eterna a su modo, y como tal era recibida allá donde iba. Por más que sus huesos se revuelvan al escuchar cómo me río cada vez que la mencionan acompañando su nombre de benévolos adjetivos, así perdurará por toda la eternidad para muchos de sus seguidores: trágica y altiva en sus maneras, infeliz y desamparada en su memoria.

Mi madre, o ahora su recuerdo, ha ganado un merecido hueco, un

pequeño rincón de honor en todos los hogares del país del que nadie la moverá. Por mucho que pasen los años o las décadas, seguirá siendo una de las reinas de los recetarios y allí permanecerá junto a la Marquesa de Parabere, Simone Ortega y alguna otra compañera. En un anaquel, en el estante de las especias, tal vez en la despensa o sobre una encimera, diosa eterna de los paladares y los sabores, dueña por siempre de las cucharas y los tenedores, los asados y las magdalenas.

En su cocina que ahora es mía, debo conseguir no olvidarlo, de manera premeditada he intentado que no queden rastros de lo que fue su vida y su obra. No se vislumbran sus libros por ningún lado ni las fotos con sus famosas alumnas de la alta burguesía, y hace tiempo que desaparecieron de las paredes las reproducciones de bodegones con faisanes, uvas, granadas o sardinas. En cuanto a las cortinas con frutitas de colores que se distinguían tras su espeluznante cardado de peluquería en las fotografías que ilustraban sus obras, me encargué personalmente de quemarlas en el viejo horno de leña de la caseta de piedra, el mismo que siempre rehusó utilizar por temor a que la tacharan de poco avanzada.

Porque lo que a ella le gustaba era reinterpretar los guisos de siempre adaptándolos a los nuevos artilugios que las compañías de electrodomésticos no cesaban de inventar. Era toda una experta en enseñar cómo cocer en las ollas más veloces las lentejas de la abuela, o en asar en la mitad de tiempo en hornos ultrarrápidos el capón que por Navidad y bajo estricta fórmula familiar antes se doraba horas y horas en la lumbre, o en realizar en un santiamén gracias a las novísimas batidoras el bizcocho que la tía monja debía amasar una tarde entera.

Enciendo la luz a modo de reto y repaso satisfecha la inmensa estancia funcional, desnuda, y me enorgullezco secretamente de no tener ni uno solo de esos inventos infernales a la vista. Está fuera de toda duda que son útiles, por descontado que algunos son necesarios, pero no voy a vertebrar en torno a ellos la identidad de mis platos. Yo defiendo ideas innovadoras con métodos más clásicos y, sobre todo y a diferencia de ella, no me limito a teorizar. Yo cocino.

Abro el frigorífico y me sirvo un vaso de agua bien fría, tanto como lo estoy por dentro, mientras inventarío con ojo crítico su contenido. Hago una breve comprobación del estado de la carne debidamente distribuida según sus cortes, procedencia y fecha de empaquetado y me cercioro de la frescura de las verduras. Detesto despertarme en mitad de la noche con ganas de experimentar y no tener el ingrediente con que preparar tal o

cual bocado. Deposito el vaso en el fregadero y miro a través de la ventana al frondoso jardín que yo sola, por más que quisiera, soy incapaz de cuidar. En realidad preferiría usar la palabra «bosque» porque es casi lo que es y porque suena a cuento, a niños perdidos y a casas de chocolate, a osos que comen sopa y a árboles animados. No lo hago porque me da un cierto apuro, un palpito de vergüenza, la culpa de los herederos cuando aceptan la vasta extensión de sus posesiones y saben que no han trabajado lo más mínimo para obtenerlas. Yo me las he ganado, vaya que sí, pero a la hora de otorgarle un apelativo a esta parte de mi legado me puede el pudor y la falsa modestia, tan insincera, tan hipócrita, de buscar un eufemismo que empequeñezca este vergel encantado dotado con jardín de verano e invierno, huerto y estanque, y árboles por todas partes y macizos de flores junto al camino serpenteante y laderas recubiertas de césped bañado por el sol. Y detrás, sombras oscuras que amedrentan, casi tinieblas, presididas o cercadas por los gruesos troncos de los ejemplares más añosos y cascarrabias, con sus copas demasiado juntas, casi tocándose las caras con sus brazos de ramas.

Hubo también fuentes de piedra, y estatuas de faunos y virtudes entre los arbustos, pero ya poco puede contemplarse. Los mármoles blancos se los llevaron, varias guerras atrás, los invasores franceses, y ahora sólo quedan en pie las piletas sembradas de nenúfares y habitadas por algún que otro sapo y docenas de libélulas, y los pedestales sobre los que se lucen las urracas devenidas en marquesas gorronas y encopetadas. Del laberinto no se conservan más que retazos de setos dispersos entre la espesura, difuminada y perdida su geometría como restos de arcos rotos que no sostienen nada, que no encuentran el final de la línea que tiempo atrás guardaban por más que los jardineros que contrato por horas se empeñen en domesticar las diminutas formas del boj hasta dejarlas simétricas.

Poco queda del esplendor de antaño, de esa gloria ostentosa y descarada. Me siento más cómoda en este oasis verde ligeramente decadente, sin la exultante perfección de las hojas en exceso brillantes o la impúdica desnudez de los árboles recién podados. Soy demasiado acaudalada como para tener que demostrarlo, y por eso huyo de la grandiosidad y disfruto perdida en el pequeño arriate que dedico a las hierbas aromáticas, escondida entre los arbustos perennes y aburridos del jardín de invierno, y a su vera, junto a los brotes verdes y jugosos de la salvia y la albahaca, bordeada por el orégano y el hinojo, oliendo a espliego y a romero, a menta y azafrán, la caseta que alberga el horno de

piedra en el que la servidumbre, cuando esta era una villa noble a las afueras, cocía el pan y preparaba los asados, un valioso uso que nos ha dado a mí y a los míos con la única excepción de mi madre, que siempre proclamó a voz en grito que le daba aprensión porque era lóbrego y profundo, porque con tanta ceniza que desprendía parecía que olía a muerto. El sitio donde ahora nadie más que yo puede entrar.

Pero basta ya de recuerdos y zarandajas. Atravieso la mansión para llegar a la escalera principal y subir a la planta alta. Después de tanto sentimentalismo y tanta emotividad soporífera por fin me pueden las ganas de descansar. Me detengo ante la mesita del vestíbulo para recoger mi bolso con la idea de recuperar mi cuaderno rojo como la sangre, denso como la carne, y escribir unas líneas más antes de dormir cuando distingo a lo lejos, a través de los cristales y por entre los setos y los acebos, más allá de las azaleas y las violetas que bordean las piedrecillas blancas del camino y las cortinas de hiedra trepadora que cuelgan ante las ventanas, tímidos haces de luz que se detienen ante la verja delantera y alumbran sus fronteras con ráfagas traidoras. Quién podrá ser a estas horas.

Sonrío. Creo que me hago una idea.

La puerta de un coche atruena al cerrarse de golpe como un disparo en mi calle desierta y vacía, sin bocinazos ni ruidos estridentes, tan lejana todavía de la claridad del día. No necesito mirar afuera para saber quién es, así que sin esperar a que suene el timbre del portón pulso el botón de apertura a distancia. Mi visitante nocturno, confuso y sorprendido, la empuja y se interna en la espesura del jardín. Le oigo avanzar despacio y temeroso por el sendero, como recelando de que un hombre lobo o una gata salvaje se abalance sobre él en cualquier momento, a cada paso crujiente y ruidoso sobre la gravilla, pero nada de eso sucede y al poco se encuentra al pie de la escalinata que ascenderá para llegar a mi residencia. No lo veo todavía, pero no necesito espiarlo por la mirilla. Simplemente lo sé.

Le escucho rumiar tras la madera las torpes frases de presentación que venía preparando en su trayecto, recomponer el ánimo maltrecho y destartalado que le dejó nuestro fugaz encuentro, aquietar el pulso desbocado que martillea en su sien y en su entrepierna y, como no soy tan cruel, o al menos aún no quiero serlo, abro la puerta con rapidez para evitarle el dilema de si usar o no la aldaba. Con una sonrisa triunfal, segura de mí misma, me apoyo en el quicio para estudiarle con detenimiento y un punto de descaró.

—Hola, Teresa —con sorpresa parece caer en lo tarde que es y arranca a hablar con su rostro demudado por la angustia—. No sé si te molesto...

—¿Qué se te ofrece? —siempre me han disgustado los comentarios obvios, por eso opto, sádica y felina, por hacerme la críptica y esperar.

—Me... me apetecía verte y no podía olvidar tu voz y... —balbucea en un alarde de locuacidad.

—¿A estas horas? —cruzo los brazos inquisitiva, intento parecer impasible y gélida pero, por dentro, me lo estoy pasando en grande.

—No he podido salir antes del trabajo, mi jefe me lio. Supuse que estarías despierta porque he visto encendida la luz del torreón, pero si te ibas a acostar... —retuerce sus manos en los bolsillos, no es capaz de sostener mi mirada y otea el exterior por encima de su hombro en busca de su coche, pensando que tendría que haberlo dejado con las llaves puestas por si le surgiera la necesidad de iniciar una fuga repentina. Antes de que se le vaya el poco valor que le queda y se eche a correr alejándose de mí para siempre, me callo las ganas de decirle que odio el torreón y no subo a él desde hace años, depongo mi actitud de mujer fatal de cine negro y me aparto para franquearle el paso.

—Anda, entra. Que pareces tonto, Benjamín.

* * *

Ya en el interior, sin tantos nervios y con su cazadora colgada en el armario del recibidor, le invito a pasar y le propongo que nos sentemos a beber una copa. Acepta, para qué ha venido si no más que para tomarse un trago que le caliente el cuerpo y esperar ilusionado a que también me decida a hacerlo, y se deja llevar, pues ahora soy yo quien le guía por los pasillos en dirección a mi salón favorito.

—Ten cuidado, no tropieces con ningún cable —le sugiero irónica recordándole cómo nos conocimos en un tiempo que parece ya tan lejano y que sin embargo transcurrió apenas unas horas antes.

A mi lado se ríe algo más relajado, no mucho, y advierto su curiosidad al observar los objetos que pueblan las estancias en semipenumbra que atravesamos.

—¿Te parece interesante el paseo?

—Sí —reconoce de inmediato mientras se fija en los altos espejos con marcos dorados, en las lágrimas de cristal que lloran las espectaculares arañas y en los techos con frescos románticos que parecen respirar en

cuanto acciono un interruptor.

—Es la antigua sala de baile. El problema —le explico, en un acceso de charlatanería impropio en mí— es que el palacete es demasiado grande y costoso de mantener para que lo habite una sola persona. Por eso he tenido que hacer algunas concesiones y convertir esta ala de la planta baja en un improvisado plató de televisión. Desde aquí podemos grabar mi programa sin necesidad de que la productora tenga que alquilar un estudio y, sobre todo, ahorro en traslados. Para mí el tiempo, mi tiempo, es el bien máspreciado.

—Tenéis cámaras de última generación —me concede con tono apreciativo y, como buen profesional del ramo, se detiene para calibrarlas—. Os habrán costado una pasta. La lástima es que los trípodes, los focos y esta parafernalia afeen la habitación.

—Si te soy sincera, nunca me gustó esta sala. No me sirve para nada y le tengo manía: de pequeña no me dejaban entrar.

—Es un equipo muy caro, espero que te hayan instalado alguna alarma.

—No tengo, no me gusta sentirme prisionera... —«en mi propia casa», iba a concluir, pero me callo a tiempo: nunca será mía por más que su anterior dueña se pudra allá donde se encuentra y ahora, a todos los efectos legales, me pertenezca.

—¡Qué rara eres! —afirma en un impulso y al instante entiende que se ha tomado demasiadas confianzas y comienza a tartamudear—. No me he... explicado bien..., me refiero a que, tan sola en esta casa tan grande... igual te daba miedo.

—Nunca lo he tenido —zanjo, hastiada de tanto parloteo—. Éste es un barrio muy seguro y en pleno centro —lo cierto es que debería explicarle que no existe motivo que me haga temer a los monstruos que moran fuera. Cualquiera que llevado por las malas intenciones se planteara saltar el muro que nos rodea y atravesar el vergel debería demostrar más cuidado de la única bestia que en la actualidad lo habita.

Cortado, sigue caminando sin atreverse a abrir la boca, no sea que por no callarse a tiempo se le estropee el plan que con tanto esmero ha trazado y que le estaba saliendo impecable hasta que le dio por comportarse como un lenguaraz. Llegamos al salón que las doncellas solían llamar «de fumar», enciendo las lámparas de mesa y le ofrezco asiento mientras abro el mueblebar y conecto el equipo de música. No recuerdo qué disco dejé puesto la última vez y me preocupa que pueda tratarse de algo inadecuado, pero no, reconozco de inmediato la melodía

que nos envuelve plácida y serena, que casi como una profecía o una condena nos promete un mundo raro, y espiando de reojo a Benjamín, recostado, casi se diría que adormilado sobre el sofá de cuero ajado, compruebo que no le incomoda, que le calma y le relaja.

—¿Qué suena? —inquieta con los párpados entrecerrados y la cabeza ligeramente echada hacia atrás, volcado en la contemplación de las celosías y los mosaicos que cubren techo y paredes, ofreciéndome su cuello apetitoso, su encantador abandono, el joven pecho desavisado que muestra la camisa semiabierta.

—Una ranchera.

—Es bonito lo que dice, eso de que te ofrezcan un sol y un cielo entero.

—Y triste también. ¿Qué te gustaría beber?

—Un whisky con cola. Ando necesitado de cafeína —sonríe.

Creí que acababais acostumbrándoos a vuestro horario.

—Aunque algunos aseguren que sí, no es cierto. Es difícil encontrar personal cualificado para los programas nocturnos y, los que hay, se acaban quemando. En mi gremio es normal que te dé una ventolera y no vuelvas a aparecer por el plató dejando a todo el equipo tirado.

—¿Y antes qué hacías? —le pregunto, por preguntar algo, mientras le tiendo su vaso y me siento a su lado con un vino tinto en la mano.

—Esto y lo otro: debates de sobremesa para marujas, concursos de medio pelo para la tarde... Lo primero que saliera con tal de ir tirando.

—Por cierto, tienes que explicarme cómo has dado conmigo —sonsaco melosa mientras jugueteo con mi copa y la alzo para contemplar los reflejos rojizos que trazan líneas carmesíes en mi piel mientras coloco, sin darle importancia, buscando una postura más cómoda, mis piernas sobre las suyas—, no recuerdo haberte mencionado dónde vivo.

—Y no lo has hecho —y ríe bajito mientras se rasca tímido el cogote como un chiquillo pillado en falta a quien, pese a todo, no le importa haber sido malo y por tanto convenientemente castigado—. Le pedí tu dirección al chófer que te trasladó. No le resultó difícil recordar una casa como esta.

—Qué chico tan listo —le halago con una mordacidad que no sé si llega a captar y me dejo perder en sus ojos. Son de escándalo, delicados como brotes de cebollino, frescos como el limón recién exprimido, dulces como las zanahorias más pequeñas y, seguro, tan succulentos como ellas.

—Es que me habías impresionado, ¿sabes? Eres algo fuera de lo normal, nada más verte me di cuenta. Con esa voz tan ronca y ese...

—No sigas —corto con una risita boba—, conseguirás que me ponga colorada.

—Por qué no, Teresa —se incorpora vehemente e inclina su torso hacia mí, me coge de las manos y las aprieta con fuerza mientras clava en mi pupila su pupila azul—, tú tienes que saber que lo eres.

—A ver que me aclare, ¿qué es lo que soy? —inquiero armándome de paciencia porque me espero lo peor, desde cánticos de alabanza a mis dientes afilados y blancos como perlas a banales comparaciones con el rubí de mis labios.

—Una mujer perdida, una cría de infancia rota a la que no dejaban jugar, una sombra que vaga por sus salones. Alguien que no parece que se estime y que a lo mejor por eso se gana la devoción de los demás.

—¿De dónde has sacado eso? —le escruto con un tono en apariencia despreocupado rezando porque no me delate el levísimo temblor de mi voz —, ¿lo has oído en la letra de una canción?

—También eres cruel —afirma serio de pronto—. Yo sé que para ti soy un ligue de una sola noche y que no me has invitado, o no al menos de palabra. Si he venido ha sido porque me llamaron tus ojos, porque me pareciste sola y como perdida. ¿Ahora te apetece jugar a que soy el chico desvalido al que le haces un favor?, pues vale, pero no olvides que mi trabajo consiste en observar cómo la gente mira a la cámara, y ella nunca miente.

—¿Quieres otra copa o te apetece que te enseñe el resto? Todavía no has visto la planta de arriba —le propongo tras un silencio que me ha parecido eterno, el que he necesitado para asimilar sus palabras y recuperarme de la certera radiografía, de la crítica imprevista y del respeto que ahora me provoca Benjamín. Y de las ganas de alimentarme que, sin saberlo, acaba de despertar súbitamente en mí.

—Subamos —acepta, se ha dado cuenta de lo que mi oferta implica, de que en las plantas superiores es donde se ubican los dormitorios.

Esta vez soy yo quien le coge de la mano y, sin apagar las lámparas, tiro de él suavemente por salones y pasillos y le explico algún detalle sobre cualquier aplique de cristal, un cuadro, un espejo, un artesonado.

—No tienes apenas muebles y los que hay son todos modernos —apunta acertado cuando dejamos atrás el comedor principal.

—No me gustaban los de mi madre, eran demasiado recargados —le aclaro, aunque no tendría por qué hacerlo—. Rococó.

—Agh —y pone cara de asco, como un niño ante un plato de acelgas.

—Sí, agh —y sigo caminando hasta llegar al pie de la escalera, tan imponente, blanca y eterna como una novia de mármol erguida ante el

damero del suelo. Me giro y le observo, todos merecen una última oportunidad.

—¿Por qué te paras? —se sobresalta Benjamín ansioso de repente, inquieto.

—No quiero mentirte —le explico con ternura y un atisbo de compasión que no alcanza, que nunca alcanzará a entender—: Arriba hay todavía menos objetos. Las vistas, en cambio, son espectaculares.

—Entonces habrá que verlas —propone al instante.

—Como quieras —acepto sumisa y apenada por el giro irreversible que acaba de darle a su destino. Sin vuelta. Sin marcha atrás.

Es en mis aposentos privados donde mi fiebre minimalista alcanza su máxima expresión: confortables pero espartanos, acogedores desde mi punto de vista. Finalmente, algo cansado e impaciente, demanda:

—¿Y tu dormitorio, dónde está?

—Al fondo. Da a la parte trasera, la más agreste del jardín —le detallo con una sonrisa cómplice que por dentro se relame con anticipación sabedora de que la hora del festín se acerca—, pero lo que quería enseñarte es esto.

Abro las puertas de cristal de la biblioteca, una solemne estancia con todas sus paredes repletas de volúmenes antiguos excepto una, ocupada por enormes ventanales del techo hasta el suelo.

—Por un momento creí que decías en serio eso de que te comes a la gente —me confiesa a punto de sonrojarse y yo, indefectiblemente, caigo presa de su rubor.

—¿Crees cualquier cosa que se dice en televisión? —le empujo hasta la balconada con la intención de que el paisaje le haga olvidar que no he respondido a su pregunta.

—Impresionante —musita extasiado ante las luces que iluminan los tejados, las fachadas monumentales, los inmensos rascacielos en el horizonte.

—Sabía que te gustaría. Por eso esta casa se llama *Je Reste*, que significa «Me quedo». Uno de mis antepasados se obsesionó con morir aquí, rodeado de sus libros y estas vistas.

—Si te soy franco, tu casa me importa un bledo, lo único que me interesa eres tú —susurra revolviéndose, encarándose peligrosamente a mí, asiéndome por los hombros y atrayéndome hacia su boca, besándome con ansia el cuello, los hombros, el escote, al tiempo que levanta mis brazos y pasea su lengua por mis axilas.

Sorprendida, me dejo aplastar contra el ventanal, me abandono, le permito que me suba el vestido y me río satisfecha por este regalo que se me ha otorgado, que se me ha ofrecido sin que lo hubiera planeado ni buscado, por este presente que es Benjamín con su furia y su devoción y su camisa blanca desabotonada y su pecho palpitante y su piel rosada y osada recién descubierta. Decido pasar a la acción y sin pensar le muerdo, melosa al principio, más lanzada a medida que confirmo que tampoco opone resistencia.

Mis labios, que tan esmeradamente pinté en el camerino antes de que se atreviera a hablarme, con sus ojos azules y su timidez irresistible y hechicera, dejan un rastro rojo brillante entre sus pectorales, como una premonición, como una certeza, pero ya no podemos parar ni él ni yo y cediendo a la pena y al hambre, a la prisa y la pereza, a cualquier instinto bueno o malo, quién soy yo para juzgarlo, voy cayendo en el frenesí del placer, dejándome llevar por la pasión y el coraje y el horror que, sin poder refrenarlo, tira de mí, me conduce y me ciega.

Mientras le beso, en una habitación del piso de abajo, en el antiguo salón de fumar, junto a su vaso y mi copa vacía, cerca el uno de la otra como si la casa les diera pavor o frío, la voz aterciopelada de un cantante muerto susurra lenta y sentida mis verdades, las que Benjamín no sabe, las que descubrirá pronto con el pecho desgarrado y el corazón despedazado, esas que intuyó por un momento, tan ciertas como el escalofrío que notó al verme por primera vez y que, inconsciente, ignoró: que vengo de un mundo raro, que no sé del dolor que triunfa en el amor, y que nunca he llorado.

3. Cómo nombrar la comida

Me levanto tarde, hace ya bastantes horas que ha nacido el día. Lo sé por los ruidos que se oyen en el piso de abajo, un teléfono que suena, el aspirador sobre la alfombra que pasa con brío la doncella que llega cada mañana y se marcha a media tarde, el aspersor en el jardín, el tráfico a lo lejos, implacable, impenitente. Me arrastro como puedo hacia la ducha y dejo que corra el agua. Me lavo despacio, morosa, como si los fragores que me esperaran más allá del baño no fueran conmigo porque, realmente, no van conmigo. Qué soy yo fuera de esta mujer desnuda que se enjabona el pelo, que se quita la mugre bajo las uñas, que pasa la esponja por los hombros, por sus pezones, por su vientre y sus ingles recordando los besos, las caricias, la codicia que tantos hombres han depositado en ellos a lo largo del tiempo. Después, cuando el agua ya no lava ni lastima ni aplaca ni martillea, me quedo sentada sobre el borde de la bañera envuelta en toallas, entre el vapor que como una niebla espesa me cubre y me atrapa, me abriga y me rodea.

Fantaseo con no tener que salir nunca, con quedarme aquí como una planta de invernadero condenada a no ver el sol más que a través de cristales empañados, sintiendo la humedad como un rocío de mentiras sobre mi cuerpo, alimentándome sólo de ella.

Pero no soy ninguna orquídea exótica, de modo que, impoluta, limpia y renovada, me dirijo hacia mi vestidor lleno a rebosar y elijo algo que ponerme a tono con mi ánimo de hoy, que es exactamente del color de los ojos de Benjamín.

A medida que paso mis manos sobre los colores y las prendas siento con fastidio cómo motas de polvo invisibles y diminutas se adhieren a mi piel y poco a poco me ensucian de nuevo. Lo mismo ocurre cuando comienzo a vestirme: la ropa interior, las medias, los zapatos, todo me mancha y arruina el trabajo del agua hace apenas unos minutos. Intento

no pensar en ello mientras me concentro en encontrar algo de la misma tonalidad que los iris de mi amante de ayer, pero no hay nada que se parezca a ese azul furioso, eléctrico y estupefacto que brilló tan intensamente como para iluminar la ciudad entera una décima de segundo justo antes de colapsarse. No, definitivamente no creo que pueda describirse esa tonalidad exacta, ni siquiera que exista o tenga un nombre definido y, desde luego, yo no guardo ese color en ninguna de las prendas de mi armario. Suspiro y me conformo con el tono más parecido, el de un vestido de algodón sencillo y funcional a pesar de su falda de vuelo, y, resignada, bajo a la cocina a desayunar. La noche pasada ha sido movidita y otra vez estoy muerta de hambre, pero ahora he de saciarme con algo más convencional. Un café y una tostada bastarán.

Untando mermelada de higo en el pan de molde integral, sumamente concentrada o al menos aparentándolo ante la mesa de madera del office, vestida pero sin maquillar ni peinar y aún con el pelo mojado, me encuentra un instante después, por fin, Estrella. Seguro que habrá recorrido ya la casa de arriba abajo haciendo tiempo antes de que yo amaneciera y que a estas alturas mil demonios bullen por su sangre, sus manos y su agenda. Es lo que tiene la hiperactividad.

Intachablemente arreglada, es la imagen pura de la eficacia, la medida y la intensidad. Yo, ante ella, soy como una supernova apagada, una pálida luz de bombilla incandescente enfrentada a la energía del Sol o quizás a los millones de vatios de todos los neones de Las Vegas.

—Tienes un día fino por delante —me recrimina, ya impaciente— y te dedicas a atiborrarte con toda la pachorra del mundo cuando sabes que te has levantado tarde. Muy tarde.

—No me estoy atiborrando, sólo me tomo un café. Sabes que sin uno por la mañana no soy capaz de articular palabra.

—Entonces va a ser que ayer te debiste de tomar una veintena —repone enfurruñada y da un zapatazo en el suelo de baldosas para corroborar su enfado. Se ve un poco ridícula así, con esos aires de madre superiora. Sin embargo, un instinto básico de supervivencia me impide comentárselo.

—¿Lo dices por la entrevista de anoche? —inquiero. Como veo que se obstina en callar me puede el impulso suicida de hacerme la tonta un poco más y seguir tocándole las narices, lo cual, todo he de decirlo, resulta francamente entretenido—. Creo que estuve muy natural, muy suelta.

—A lo mejor demasiado —gruñe.

—Ese tipo de programas funcionan así, has de seguirle el juego al

entrevistador, que va de gracioso, y al final acabas hablando de todo menos de lo que te interesa.

—Qué bien lo has resumido, eso fue justo lo que pasó. Ni una palabra del restaurante o de tus libros pero venga a largar banalidades sin parar: lo elegante que vas siempre, que vives sola en una mansión decadente rodeada de gatos...

—No tengo ni un gato, bien claro se lo dije —me defiendo—. Los que campan por el jardín vienen de la calle. ¿Qué culpa tengo si les da por saltar el muro?

—Teté, no te escabullas, ése no es el tema. De lo que se trata es de sacar algún beneficio a tus intervenciones, ya que tanto te queman.

Tiene razón, toda la del mundo, como siempre. Me cansa sobremanera esa desagradable consecuencia que implica dar la cara, ser pública, ante cualquier actividad medianamente artística como escribir recetarios de cocina, ser dueña de un restaurante o presentar un programa culinario o lo que sea a que me dedique. No veo por qué motivo para que cualquiera de estas empresas resulte rentable, no digamos ya lucrativa, debo ceder y desnudarme cada vez un poco más ante el periodista que lo solicite; que cómo llevo ser hija de mi madre, que si me afectó la muerte de mi padre cuando era pequeña, que si es fácil o difícil ser de noble cuna hoy en día y no, juro que no me he enamorado y mucho menos acostado con ese actor, director o músico que se cruzó conmigo en aquella fiesta. Como si no fuera suficiente con los ojos que te taladran indiscretos aunque finjas que no te das cuenta, como si no bastara con acarrear mi propio peso a costas para tener que añadirle el de mi sonrisa. Detesto las entrevistas y las sobrellevo actuando y mintiendo y, debo dar toda la razón a Estrella, la mujer agradable de anoche que reía sin fingir no parecía yo. Pero cómo explicarle que, tal vez por la aparición estelar de Benjamín, no me importó demasiado mostrarme como soy, abrirme en canal sin pensar en las consecuencias. No lo entendería y, además, no quiero hablarle de él, nunca lo haré. Su visita fugaz es un recuerdo sólo para mí que atesoro con celo. Por eso respondo a mi socia con aire hastiado:

—Vuelvo a repetirte que ya no me llamo Teté. Ahora soy Teresa.

—Lo sé, lo sé —recula—, pero es que me exaspera el tiempo que has perdido yendo a ese estudio de grabación, regresando a las tantas y aguantando las simplezas del presentador ocurrente de turno para no sacar nada en limpio.

En el fondo a Estrella le da exactamente igual que me quede sin

dormir, que llegue tarde, que desfallezca o estalle. Nos conocemos desde hace muchos, muchos años, y está cansada de asumir que yo solita me defiendo, que me encanta trasnochar, que no temo a la soledad ni a la oscuridad ni a los hombres y que sólo me alimento cuando tengo apetito. Lo que le revienta en realidad aunque jamás lo confesaría, o no al menos delante de mí, es que desperdiciara la oportunidad de citar nuestro restaurante, que haya rehuido voluntariamente hacer la más descarada publicidad.

Podría explayarme revelándole que no supe cómo dejar caer la referencia de manera natural, que me dio vergüenza recurrir a ese tipo de propaganda agresiva, que me dominó el pundonor y hasta que me habían advertido de que no fuera tan descarada como para sacar a colación los temas de mi interés pasando por encima de los que planteara el presentador. Lo que no le digo, y esa es la única, la auténtica razón, es que me venció la desidia.

Pero claro, yo pienso en términos de deseo, de hambre, de anhelo, porque es lo único que me mueve ahora, y Estrella sólo tiene en mente el dinero, el porcentaje que se lleva o, mejor dicho, que decidí entregarle en correspondencia por los servicios prestados en el pasado y los que todavía me sigue brindando. Porque Estrella me recompuso cuando estaba rota. Porque Estrella, en mi oscuridad, es la luz que me guía por el mundo de los negocios. Porque Estrella me levantó después de tantos meses descosida y me forzó a pensar, a maquinar, a alzar la cabeza, también a ser en cierto modo una arpía. Hay personas, como yo, que se dejan ir con los embates de la vida, que se desguarnecen y descomponen tras una fuerte acometida, que permiten que los arrastre la corriente. Hay almas cándidas, ingenuas, desprevenidas, que necesitan de alguien que les cargue las pilas. A mí me las pone, y bien, Estrella. Por eso habla de «nuestro» negocio. Porque éste, y probablemente también yo, no existiríamos sin ella.

La veo por el rabillo del ojo agachar un poco la cabeza, a lo mejor arrepentida, quizá sopesando cómo chantajearme para que deje a un lado mi taza y me decida cuanto antes a empezar el día. Como no lo hago, porque para eso soy una diva malcriada, se da media vuelta y se concentra en mirar a través de la ventana.

—Hay humo fuera —señala la chimenea de la caseta de piedra—. ¿Cuándo empezaste a cocinar en el horno, niña? Creía que acababas de levantarte.

—Y acabo de hacerlo. Me puse a trabajar anoche, cuando regresé de la

entrevista. La inspiración me pilló de improviso.

—¿Y aún continúa encendido? —menea la cabeza desaprobadora, calculando los daños que podría ocasionar a mi vida, y por lo tanto a la empresa, el fallo de un rudimento antediluviano y obsoleto como ése, sin un extintor cerca ni una maldita medida de seguridad, en funcionamiento durante toda la noche. Ahora se replantea la necesidad de revisar los términos de mi seguro de hogar y estará a punto de reprocharme cómo pude irme a la cama sin apagarlo, pero después del insulto que supone llamarme Teté dudo que se atreva—. ¿Te fuiste a dormir sin apagar las brasas? —vaya, pues sí ha sido capaz.

—Haz el favor de no ponerte histérica, no habrá incendio que valga. La caseta es de piedra, el horno lleva dos siglos funcionando y esta mansión es eterna. Sus cimientos, por más que la sangre, las heces o el llanto los inunden, jamás se han sobresaltado. Ningún ser podrá alterarlos.

Nada más responder a su rapapolvo con otro tal vez más enardecido ya lo estoy lamentando. Termino el café de un trago y me levanto para meter la taza en el lavavajillas. Ella se aparta y, haciéndose la ensimismada, saca del bolso su agenda, que es también la mía, y la repasa con fingida concentración.

No pretendía ser tan brusca, a veces no mido mis fuerzas, así que busco algo que me sirva como disculpa, lo primero que se me venga a la cabeza. No se me ocurre nada. O sí, pero lo que ocupa mi memoria, lo que estimula mis neuronas mientras juego a parecer cándida y dócil es justo lo que no debo mencionar. Pasa un segundo, tres, tal vez siete. No puedo con el silencio entre nosotras. Me duele, comienza a lastimarme, a descargar todo su peso sobre mí como una losa y debo pensar en algo que me entretenga, en los ojos de Benjamín, en su color azul, en el sabor denso y refrescante de sus labios de menta.

Cierro los párpados en una encomiable demostración de fuerza de voluntad e intento hacer acopio de mi poca prudencia. Hablar de cualquier cosa menos de los recuerdos de la noche de ayer y cómo devienen en aspiraciones absurdas, en alocadas ideas. Cállate) no le cuentes nada y mucho menos a Estrella, muérdete los labios si es preciso, pero no llego siquiera a intentarlo porque algo me hace cosquillas en el dorso de la mano. Se trata de una arañita diminuta y brillante, casi como una pepita de oro, de las que abundan en los hogares donde se acumulan muebles de madera. Agito la mano impaciente para que se largue, para que me deje seguir calibrando mi dilema, pero la muy osada se aferra a mi piel y parece levantar la cabeza y me observa altanera, como si tuviera algo que

contarme, como si pudiera aleccionarme con esos ojillos diminutos soñando con que llegara a entenderla.

Me recrimino por esta imaginación desbocada que tiende a dotar de emociones humanas a aquello que no pasa de ser objeto o animal irracional y, para olvidarla y a la espera de que se vaya, porque seré malvada pero no quiero abusar de mi poder aplastándola, dejo vagar por la cocina mi mirada. Sobre la puerta descubro una tela de araña tejida por otro ejemplar de mayor tamaño y a su inquilino, de lomo amarillo y negro, balanceándose exultante de un extremo del hilo. Su presencia es una provocación y hasta a mí me resulta insultante. Entrecierro los ojos, me concentro en su panza peluda, en sus ocho patas simétricas y me dejo arrastrar por su movimiento pendular e hipnótico. Es como una equilibrista que insistente, de un lado a otro del trapecio, me dijera que guarde silencio, que debo callar.

—Estoy pensando en una nueva forma de bautizar mis recetas —hablo al fin.

—¿Para el próximo libro? —presupone Estrella sin alzar la vista.

—No, para el restaurante, e introducir un plato del día diferente.

—¿Uno para cada día de la semana? ¿Siete? —ahora sí me escruta consternada.

—O trescientos sesenta y cinco al año, si hace falta. Cocinaré uno siempre y cuando se me ocurra algo interesante y no se repitan.

—No le veo sentido. Es un proyecto que requiere ser constante, o lo haces todos los días o no lo haces —intenta razonar—. Además, resulta descabellado que estando tan atareada, con semanas en las que apenas puedes pasarte por el restaurante, te embarques en un reto que te obligaría a crear a diario nuevas mezclas, sin tiempo de probarlas entre tu equipo y que después, por más que resultaran deliciosas, no volverías a incluir en la carta.

—¿A qué vienen tantas pegas? —protesto—. No me quedan más que un par de actos para concluir la promoción del libro, grabo el programa de televisión desde mi propia casa y lo de escribir futuros recetarios ya es secundario para mí. Si voy a pasar de ahora en adelante más tiempo atendiendo el local ¿por qué no puedo aprovechar para cocinar, que es lo que más me gusta?

—Porque resulta un poco extravagante.

—¿Y cuándo mis extravagancias no han funcionado? Creí que mi acierto estribaba en mi originalidad, pero veo que prefieres seguir ganando dinero fácil a costa de renunciar a ensayar otras propuestas —

me sulfura esa manía suya de echar por tierra lo que me apasiona, lo que me recuerda que sigo respirando y todavía me queda algo de control sobre mi nombre, mi memoria y mi valía.

Como en este preciso momento odio a Estrella por aguafiestas y también estar de pie sin hacer nada, esperando un permiso que no llega, un mínimo de entusiasmo, una venia de su señoría, aunque sólo sea un poquito de clemencia para fingir una buena acogida a mi ocurrencia, me dirijo hacia la puerta trasera de la cocina que da al huerto de las especias para recoger unas hojas frescas que usaré en una nueva exquisitez que, por lo visto, a este paso crearé sólo para mí.

Esto me sucede por compartir mis sueños, me recrimino escarmentada para mis adentros, dolida por haberme dejado llevar por mi imaginación, por permitir que crezca esta poca ilusión cuando me había prometido firmemente no volver a sentir alegría ni dicha ni llanto ni ninguna clase de emoción.

—A ver, dame más detalles... —parece que Estrella cede a mis espaldas, y sonrío por dentro consciente de que acabo de ganar esta batalla—. No puedo oponerme cuando ni siquiera termino de entender lo que planteas.

—Lo único que quiero es libertad para poner en práctica las nuevas recetas que me pida el cuerpo y ofrecerlas como siempre se ha hecho en las casas de comidas: «Esto es lo que hemos cocinado hoy, conseguimos esta materia prima y la chef ha buscado otro modo de prepararlo, ¿quieren probarlo?». Estaría supeditado a que se me ocurriera una idea que valiese la pena y, lo más importante, a encontrar los ingredientes necesarios. Si alguna de estas extravagancias obtuviera una buena acogida podríamos pensar en incorporarla al menú, aunque a lo mejor la gracia resida en que se corra la voz de que sería un plato único cada día que nadie volverá a degustar. Para los esnobs que buscan dejarse ver sería el sùmmum de la exclusividad.

Piensa que me he vuelto loca, basta con fijarse en su expresión para adivinarlo, pero no se atreve a articular palabra por miedo a que pierda irreversiblemente este empuje que por un instante se parece al de antes. Para ella soy como una criatura enferma cuya salud se va deteriorando, que ya no se divierte ni apenas tiene fuerzas para sostener a su muñeca. De vez en cuando, muy raramente, la convaleciente se levanta con fuerza en la mirada y ríe, y vuelve a ser vital y revoltosa, y sus padres la acompañan en sus juegos temerosos de coartarla, reticentes a

prohibírseles pero rezando para que no se vuelva a apagar esa llama que baila en su interior, no se sabe por cuánto tiempo, y que le ilumina la cara, y por eso, sólo por eso, sé que Estrella me secundará en cualquier locura que emprenda.

—Podría funcionar. Siempre y cuando sepamos darle el enfoque adecuado —aventura impregnada de prudencia.

—Por descontado —acepto yo, sin dejarle percibir que no quepo en mí de gozo—. De hecho, llevo buena parte de la noche ocupada en la primera creación.

—¿Ya quieres empezar?

—Hoy mismo. En realidad hace años que trabajaba en secreto en esta propuesta —y ahora es cuando desvelo mis cartas con una sonrisa de oreja a oreja, divertida ante su asombro, con mi propia capacidad para generar después de todo su sorpresa—. ¿Qué te parece para nombrar a una ensalada *Brotos de azul ultramar con labios de fresa confitados*?

—Abstracto. Nadie sabrá qué sabores se va a llevar a la boca.

—A mí me resulta evocador.

—No digo que no, pero no das ni una pista de sus ingredientes. ¿A qué viene el color azul o la fresa en una ensalada?

—De lo que se trata es de despertar y llamar a los sentidos: el azul del mar en calma o bajo una tempestad, la suavidad de la fruta y su dulzura en el paladar, tan intensa y temblorosa como la piel que acaricias durante el sexo... Imagina que tienes una aventura con un hombre encantador pero tímido, piensa en sus ojos azules bebiéndote el alma mientras te besa y en sus labios suaves y dulces, pero también algo amargos... Esa es la sensación que busco transmitir.

Estrella cabecea dubitativa. No capta la idea y vaticino que no lo hará jamás y eso la inquieta. Es como una monja de clausura resentida y dedicada a una sola misión: hacer dinero, invertirlo, conseguir una posición holgada que le haga olvidar las penurias pasadas, una obrera vocacional vestida de directora general con su sobrio traje gris y sus patas de gallo por bandera, sin un asomo de coquetería, sin ánimo para la pasión o el amor, sin ganas de dedicarse a un flirteo que, con seguridad, le parecerá una pérdida de tiempo. Le gusta madrugar y leer las páginas salmón de los periódicos por más que a veces no entienda su contenido. Mandar, sentirse poderosa, que la traten con respeto. Pero conmigo sigue siendo la sencilla compañera que antes era, campechana y directa, compasiva y humana. Sin embargo, se niega tajantemente a dejarse ir, a disfrutar de lo conseguido y olvidarse por unas horas de los balances, de

renovar la cubertería y de las cuotas de mercado. En ocasiones me da por pensar que el lastre de su propia naturaleza le impide sentir, y es esa terquedad por arrinconar el empuje de su propia intuición la que le hace exclamar con un tono levemente burlón:

—Hija, qué romanticismo. Si no fuera porque sé que llegaste de ese plató a las tantas de la madrugada pensaría que ayer tuviste una cita —es una suerte que no se fíe de su instinto porque de hacerlo acertaría en el blanco, justo en el medio de mi corazón. Pero callo y el comentario, sin eco, se extingue mientras me pongo en movimiento—. ¿Y ahora adónde vas? —demanda confusa.

—Al horno de piedra, a por la carne braseada que anoche cociné para la ensalada. Tengo que empaquetarla, llevarla al restaurante, medir las proporciones de los ingredientes y dar instrucciones para que el maitre la ofrezca hoy como incorporación especial a la carta.

—Y no te olvides de que has quedado para almorzar al mediodía con el consejero delegado de esa editorial que insiste en publicar tu próximo libro —me recuerda, visiblemente satisfecha por mi despliegue de energía.

—No tengo próximo libro y no quiero escribirlo.

—Su secretaria lleva meses llamándome y la reunión ya está acordada.

—No trago a ese tipo medio calvo con ojos de sapo, me repatea.

—Pero te conviene —ya habló la voz de la razón. No sé para qué la tengo a mi lado, debería mandarla directa a su casa, a que le dé órdenes a sus plantas marchitas—. Tienen un sello de bolsillo donde podrían encajar tus títulos anteriores. Además, he pospuesto la cita tres veces y no me quedan más excusas creíbles. Nena, me temo que hoy te lo tendrás que comer.

—Muy bien —decido tras unos segundos—, me reuniré con ese hombre horrible. Es más, puede que le sirva la ensalada azul ultramar. En el fondo, para eso están las ratas: para experimentar. ¿No te parece una buena idea?

—Como quieras —me da la razón como a una loca, lo que hay que aguantar—. Y para que luego no digas que soy mala te llevo al trabajo en mi coche nuevo —propone riéndose al fin, bastante más relajada ahora que se ha asegurado de que cumpliré con mis obligaciones laborales y mi humor negro negrísimo vuelve a ser el de siempre.

—Qué amable, qué generosa —señalo, por no dejar de ejercitar la ironía.

—Por cierto, ayer estuvo aquí alguien interesándose por ti. Le atendió Alicia, la nueva doncella, aunque no le debió de importar demasiado que

tú no estuvieras porque también intentó entrevistar al servicio.

—¿Otro periodista del corazón?

—Eso pensé yo, pero Alicia no recuerda que le hubiera dicho que se dedicara a esa profesión ni a ninguna otra en concreto.

—Hay que ver qué embobada es esa chica.

—Dale tiempo, no paran de llamar extraños a tu puerta con peticiones cada vez más estafalarias: agentes metiéndote a su representado por los ojos para que lo saques en tu programa, admiradores que suspiran por una foto firmada y a cambio te traen regalos que rozan la pornografía o la escatología... Es difícil lidiar con todos —la defiende Estrella.

—¿Y qué hacía diferente a ese tipo en particular?

—Alicia lo vio más convencido que los demás de sus motivos.

—¿Sabes lo que te digo? Que no quiero saberlo ni oírlo. Si es un obseso que pretende secuestrarme ya me enteraré mañana, como diría Escarlata.

—Eres una borde, una altiva y una torpe sin carnet de conducir —me lanza sin contemplación, y no consigo adivinar si lo afirma en broma o en serio, aunque me temo lo segundo.

—Porque el mundo me hizo así —le recuerdo, y tras reafirmarme en mi maldad me dirijo al piso de arriba para terminar de arreglarme en mi vestidor.

Jamás salgo si no voy convenientemente enmascarada. Me siento animada, casi se diría que ilusionada, así que me echo una cazadora tejana por encima del vestido, elijo unos zapatos de tacón alto con doble tira en azul eléctrico y, con las manos escondidas en los bolsillos y la boquita pintada con un *Rouge indécent* vibrante y batallador, bajo al jardín.

Me apetece darme un paseo entre las hortensias celestes como paso previo a mi visita al horno, donde recogeré los últimos ingredientes necesarios para preparar mi plato en honor al añil Benjamín. Sé que le gustaría saber que todavía pienso en él y me encantaría llamarle para contárselo si supiera adónde hacerlo. En cambio, me limito a recordarlo con cariño y tratar de recrear el sabor dulce y acogedor de sus labios. No se me ocurre mejor modo de inmortalizarlo, me digo. Gracias a mí pasará a la posteridad y será eterno, único y efímero, gloria de un día pero alabado y admirado, degustado y paladeado.

4. Barbantesa

Mi restaurante se enclava en una de las zonas más exclusivas de la ciudad. Tan pronto como el aparcacoches ve llegar el nuevo Mercedes de Estrella —cómo no, gris como ella— le dedica una sonrisa grandilocuente y en cuanto nos bajamos entablan una conversación sobre sus prestaciones cuajada de términos como motorización, llantas o aerodinámica que ni entiendo ni me interesan. Por un instante se quedan hechizados ante la carrocería, con un embelesamiento al que me siento ajena y que me torna quisquillosa, sin paciencia y, para colmo, cargada con el recipiente con carne braseada del cual nadie parece pretender aliviarme. Como una starlette arrinconada en una escena por el peso de su propia estulticia mientras los secundarios le roban el plano, me veo obligada a carraspear teatralmente para que se percaten de que sigo aquí, agobiada y azotada por el viento de un otoño desapacible que se enreda en el vuelo de mi falda.

Reaccionan de inmediato, casi me parece verlos brincar urgidos por mi presencia y su olvido. Estrella se despide besándome presurosa y murmurando entre dientes frases entrecortadas que suenan a excusa porque tiene que ir al banco, más tarde al abogado y luego otras cien gestiones que dejó a medio hacer y me llamará después, Teté, te lo prometo.

Intento alzar la voz y sobreponerme al ruido de su portazo, al gruñido sordo del motor al arrancar y a mi enfado para recordarle una vez más, siempre otra vez más hasta que se agote definitivamente mi paciencia, que no me llamo Teté, que no vuelva a hacerlo jamás, pero ya no me oye, se marcha concentrada en sus cosas y yo, desalentada y huraña, me dejo arrebatar por el aparcacoches mi preciada mercancía para entrar resignada arrastrando los pies y de nuevo pequeña, enfurruñada y remolona me pregunto si siempre seré así, si ése es mi destino, ser

eternamente Teté, esta mocosa de siete años que aún destroza las suelas de sus zapatos y se interna en el restaurante que otrora fue escuela de cocina, da lo mismo que el negocio sea mío o antes de mamá, protestando en un susurro porque no consigue que la llamen como desea, dolida por seguir llevando este nombre tonto de niña tonta, de muñequita mohína que presiente que nunca la tomarán en serio, que sabe que quizá por su belleza o su aire ausente de tímida princesa acomplejada por el tono de su voz, jamás logrará quitárselo de encima.

Tan abstraída voy en mis pensamientos negros y cenicientos, oscuros y pesimistas como el cielo encapotado de este día, que no me fijo en el escalón de la entrada sobre el que siempre, sin falta, prevengo a los clientes y que hoy se me atraviesa haciendo trastabillar mis zapatos de marca que, está visto, por mucho que valgan no tienen la suficiente inteligencia como para salvar desniveles traicioneros si su dueña camina desprevenida. A punto estoy de caer cuan larga soy y aterrizar con los dientes en mitad del comedor, por fortuna casi desierto a excepción de una pareja de turistas extranjeros que pican un plato de jamón en la barra, cuando un brazo fuerte, recio, me agarra de la cintura, me frena a tiempo y detiene mi caída en el último momento.

—¿Está bien? —se interesa una voz masculina.

—Esto me pasa por obedecer a Estrella y entrar por la puerta principal para dejarme ver ante la clientela —maldigo mientras me sacudo no sé bien qué, porque no he llegado a tocar el suelo.

—¿Quién es Estrella? —inquire la misma voz, y entonces caigo en la cuenta de que no he agradecido a mi salvador su intervención providencial y ni siquiera, en mi furia y mi despiste, tan embebida en mis protestas, tan ensimismada en la preparación de mi insólita receta, me he detenido a mirarle.

Resulta que tiene ojos, y bien hermosos, y una sonrisa hosca y torcida como la de un lobo, y su mano aún aferrándome transmite un inexplicable calor a mi piel, un cosquilleo que sube y trepa hasta mis hombros y me hace estremecer.

—Estrella es mi asistente, mi contable, mi socia... Y una tirana —reconozco amilanada, como pidiéndole perdón por ser tan inútil como para necesitar una chica para todo, una Estrella que me guía de la mano por las turbulentas aguas de la cotidianía y me advierte a tiempo de los obstáculos a ras de suelo.

—Los tiranos son así, nunca aparecen cuando se les necesita.

—Menos mal que has estado al quite, porque me has ahorrado un buen

leñazo —reacciono al fin—. No sé cómo darte las gracias.

Pero calla, sumamente cómodo en su silencio, y me veo obligada a continuar hablando y, por tanto, a seguir soltando más y más bobadas.

—De hecho, tampoco sé cómo te llamas —añado.

Permanece impassible sin decir nada, sosteniendo mi mirada intrigada, dejándola suspendida en el alambre sin red que son sus iris verdes.

—Supongo que tenías pensado almorzar hoy aquí y, ya que has frenado mi caída e impedido un desastre, porque sin duda sería un desastre que una cocinera se quedara sin dientes —me río como una pava, ¿esta ridícula soy yo?—, lo justo es que tu minuta corra por mi cuenta. Soy la propietaria del restaurante.

—Lo sé.

—No tienes más que decirle al maître que te he invitado, que vienes de mi parte.

—Gracias —y da media vuelta y se marcha dejándonos colgadas a mí y a mi sonrisa petrificada. Todavía aguardamos un momento las dos, no sé muy bien a qué, a que regrese y se despida, pero no tengo nada bien entrenada la telepatía y nuestros deseos no se cumplen y vemos cómo se aleja despacio, sin volver la vista atrás, y nos quedamos plantadas, turbadas y tiasas bajo el letrero que, con letras verdes y gráciles como ramas delicadas o patitas de insectos, reza: «Barbantesa».

* * *

—Ahí viene la jefa —comunica el encargado de la parrilla al resto del personal y, efectivamente, en cuanto termina de pronunciar esa breve frase, ya repuesta del susto y la extraña impresión que me produjo ese tipo esquivo que me ayudó, volviendo a ser yo, la de siempre, entro precedida por el ruido de mis tacones.

No se me pasa por alto que tal y como soy, o al menos como me estoy describiendo, lo normal sería esperar a que mis empleados se cuadraran asustados y trémulos. Sin embargo eso no sucede porque para mí, oh, sorpresa, no son meros asalariados, son mis compañeros, cocineros como yo que me ayudan, de los que aprendo y a quienes respeto. Lo saben y me reciben calurosamente, algunos incluso se agolpan a mi alrededor contentos de verme, felicitándome por la entrevista de anoche y deseosos de conocer si tengo alguna nueva idea en mente porque han visto al aparcacoches cargado con una caja isotérmica y se esperan lo mejor.

—Sí —les confirmo—, he pensado en una nueva receta para hoy que nunca volveremos a servir por más éxito que alcance. Con ella damos inicio a una serie llamada «Platos Efímeros». Prepararé uno diferente cada día mientras no tenga que viajar y mi inspiración y mis ganas de jugar me lo permitan.

—Pues a trabajar, no se hable más —decreta Tomás, el jefe de cocina, la más alta autoridad en este lugar aunque yo esté presente gracias a esa potestad pacífica y serena de la que goza, a su don innato para mandar y hacerlo todo más fácil.

Los restaurantes más eficientes funcionan, al margen de los salones y comedores, lejos de donde el público celebra los hallazgos culinarios con gestos de satisfacción y risas festivas, como un hormiguero, un ejército disciplinado. Todo está medido y reglamentado, existe un tiempo marcado para cada guiso y cada manera de picar una simple zanahoria, cada giro de muñeca a la hora de batir un aliño, encierran una duración calculada al milímetro que nunca puede variar con una única excepción: que lo requiera la materia prima. Sólo esta salvedad está permitida; lo demás, el ritmo que han de llevar los cuchillos al volar sobre las tablas, la intensidad del fuego en los quemadores o del calor en la plancha, los movimientos planificados al dedillo de los chefs cuando estiran un brazo para encontrar su cuchara de madera y revolver la olla o extender la masa o pasar el rodillo siempre con la misma regularidad, siempre en el mismo sentido; la manera de apilar las cacerolas, la prodigiosa habilidad para trinchar un ave con los cortes precisos, los tres golpes del molinillo de la nuez moscada o la pimienta, hasta los trapos inmaculados y alineados en la mesa de emplatar con que se ha de limpiar la vajilla de goterones indeseados de salsa, jugo o almíbar después de que los maestros decorem las raciones dibujando fantasías sobre ellas, dejando huella de nuestro sentido estético, están sin margen de error establecidos, sopesados y controlados.

Más de un segundo de retraso daría al traste con la cadena de montaje y un paso atrás más amplio de lo necesario en el espacio con que cuenta cada cocinero haría que chocara con su compañero, y éste con el otro, y el otro con todos los demás y no quedaría tiempo para arreglar el despropósito salvo que lo robáramos a una cocción o a un sazonado o a la elaboración de cualquier ingrediente que siempre, seguro, requeriremos en algún momento.

Y porque todo debe ser establecido, sopesado y controlado, precisamente porque hace falta alguien que nos calme, que nos riña sin

disgustarnos ni humillarnos, que nos recuerde que no podemos despistarnos, que nos haga ser mejores de lo que somos cortando, salteando, trinchanto, justamente por eso, en este reino diminuto de aves y pescados, de verduras y especias que es Barbantesa, en este panal de chiflados enamorados de las harinas y la sal, las vísceras y la pasta, del delicado tacto del lomo de un lechón recién asado, de la carne cruda y rosácea de un pato o la extraña perfección de un huevo inmaculado, yo soy algo así como la máxima soberana de la colmena, una monarca que soporta su corona dejando que esta brille a la luz de los focos, leyendo discursos que no dicen nada pero que se deben recitar con voz engolada y brindando con champaña en recepciones atestadas de autoridades. Pero el presidente de este gobierno, el que manda de verdad, el respetado por todos es, por descontado, Tomás.

Es el verdadero amo, la madre amantísima, el padre protector que se sacrifica por el bien de la manada y de la empresa y de la calidad de las viandas, el que sabe perdonar, el que pone a cada uno en su sitio sin aspavientos y con tranquilidad y, alejado por deseo propio de los focos, la fama y el oropel, se molesta en recordar a todos que, pese a mis ausencias y mis múltiples ocupaciones, sigo siendo la reina.

A pesar de que parezca por momentos que he olvidado cómo freír un huevo, soy la fundadora de esta nación y más fueron las ocurrencias que dieron y siguen dando fama al restaurante, las croquetas locas que todos perseveran en tomar, las hamburguesas como obras de arte de la repostería o las ensaladas aderezadas con vinagres de azúcar glaze y chocolate que nadie se resiste a degustar. Puede que a veces, al borde del motín, surja algún irresponsable, probablemente un novato, que asegure bajando la voz que me pueden más los trapos que los platos, que me he estancado tras la explosión creativa de los primeros años, que me vence la desidia y, abrumada por los compromisos y el lastre insoslayable de la celebridad y la rutina, se me ha olvidado innovar. Es entonces cuando Tomás hace su ya mítica aparición providencial y, recién salido de la nada, acodado en silencio sobre la encimera, saca a colación con dulzura no exenta de ironía que fui yo quien comenzó a jugar con los conceptos elevando la comida rápida a la máxima categoría, inventando un nuevo ketchup concebido con oporto y jerez, mezclando la mostaza con flores amarillas, haciendo de cada pelota de carne picada, sazonada y horneada una cupcake servida no sobre pan sino en el interior de un bizcocho dulce adornado con mermelada de tomate y nata montada espolvoreada con albahaca, que decidí acompañar, en vez de con patatas fritas, con palitos

de manzana y banana dorados al horno y suavemente salados, así como mía fue también la idea de convertir cada tortilla en una tarta coronada de merengue de mayonesa y rodajitas de aceitunas y rellenarla de crema de anchoa o sardina escabechada; la de fabricar perritos calientes de rizos de solomillo rellenos de fiambre trufado y envueltos, en vez del vulgar bacon, en jamón ibérico, sin lugar a dudas más oneroso pero también más glorioso para el paladar.

Y es que, a qué negarlo, distanciada de los críticos y los aspirantes a derrocadores, al margen de las maledicencias de los resentidos, de los mediocres y de la mismísima competencia, incluso a expensas de mi hiperactividad y todo ese despliegue de deudas de sociedad y trabajo que debo atender y pagar, yo sólo pretendo cocinar y experimentar, jugar con los ingredientes como cuando era una mocosa que trasteaba con mi cocinita de plástico, mis frutas de imitación y mis cacharros de peltre. Tomás lo sabe y asume que no valgo para dar órdenes ni para hacer pedidos o distribuir las mesas o renovar certificados sanitarios y, mucho menos, rendir cuentas ante nadie. Doy la cara porque es lo único que poseo: mi rostro, mi nombre, mi apellido y mi fiebre, y me muestro tan egoísta y caprichosa como enterada de mis limitaciones, al menos lo suficiente como para saber retirarme a tiempo y confiar a los demás las funciones de intendencia. No tengo el mínimo afán en pasar revista a las tropas, sólo sé dosificar mi ansia y traducirla en pitanzas asombrosas que provoquen admiración, envidia o rabia.

Lo que quiero ahora con avidez impaciente y voraz es ponerme manos a la obra y rechazar saludos, parabienes y palmadas en la espalda, con un impoluto delantal, el pelo recogido en un moño y unos antiestéticos zuecos de goma que me impedirán resbalar cuando este suelo, con la frenética actividad, con los vapores y las grasas y los hornos a todo gas, comience a ponerse peligrosamente resbaladizo, tremendamente humeante y con tanta presión una hora antes del almuerzo como un cohete a punto de despegar.

Por fortuna, en este regimiento de cocineros todos conocen su función y cuál es su lugar y, obedeciendo ciegamente a Tomás, comienzan a preparar los platos de la carta de otoño que él y yo seleccionamos de entre la variedad de recetas que, tras cada temporada, termino por recopilar, de modo que me dejan a mi aire con mi novísima ocurrencia y, como única ayuda, las manos inseguras de uno de los pinches más jóvenes, un recién salido de la academia con el que será imposible encariñarme porque ocupa un puesto en el que obligatoriamente se ha de rotar.

En Barbantesa, como en cualquier establecimiento de similar categoría, cada profesional ha de empezar desde abajo antes de adquirir alguna responsabilidad y, por más que provenga de las más cualificadas escuelas de hostelería, sus funciones básicas no van más allá de picar o encargarse de tareas tan monótonas que no dejan otro espacio a la creatividad que la oportunidad de mirar por el rabillo del ojo y, sin despistarse demasiado de sus dedos que trocean calabacines en rodajas de un milímetro exacto de anchura, admirar cómo los expertos guisamos y, por qué no decirlo, creamos.

Los socios de este universo, tanto Tomás y yo aquí dentro como Estrella fuera de la frontera sagrada de la cocina, no ignoramos que entre los aprendices corre el rumor de que de vez en cuando aparezco en persona y elijo a uno al azar para colaborar durante una jornada que, para el agraciado, viene a ser como si se le presentaran en mitad de agosto los Reyes Magos. Sin embargo, hacía tanto que no me asaltaba una idea atractiva, que no irrumpía en esta sala, que desatendía mis deberes como chef y olvidando a qué me debo realmente, que la historia de mis apariciones y verme jugar con las sartenes, convertir en arte la comida, había comenzado a adquirir la categoría de leyenda. Observo ahora a mi ayudante, tan efímero como los mismos Platos Efímeros, y al verle sudar y casi flaquear por la excitación y los nervios me sonrío recordando mis comienzos mientras, perezosa, dejo que mi silencio alimente el mito de que soy un hada buena que enseña su magia sólo durante un día.

Qué opinión de mí tendrían si supieran que si hago esto no es por generosidad ni por compartir mi don, que elijo a los más inexpertos precisamente por eso, porque no saben en realidad lo que filetean y cocinan, para que no se familiaricen con mis métodos secretos. Por eso los hago trabajar a pleno ritmo y sin descansar, para que no puedan pararse a pensar ni a memorizar.

—Te encargarás de asistirme y de comunicarte en mi nombre con los demás —le ordeno a mi joven asistente sin asomo de sonrisa en mi cara, casi amenazadora—. Prepárate para estar en todas partes a la vez y correr sin parar.

Y, sin más, comienzo a dictarle recados que debe repetir a los encargados de las distintas secciones informándoles de en qué preciso momento les necesitaré y de los ingredientes que deben hacerme llegar, y le envío hasta el jefe de sala para que le indique el nombre de la novedad del día y éste lo mecanografíe en una tarjeta, lo incluya en cada carta y transmita a su vez las instrucciones para aleccionar a los camareros. Soy

consciente de que mi aparición estelar en la cocina y la intrusión de mi añadido insólito, alocado y fugaz en el menú supone una contravención del orden establecido, que el que desee sin previo aviso pasar mis ingredientes por la parrilla o asarlos sobre la cama de brasas mantenida siempre al punto por un cocinero al que se debe comunicar con días de antelación el orden de preparación, supone una alteración y un privilegio que agravia a los demás. Pero por algo soy Teresa, el demiurgo, la creadora. De modo que me olvido de mis privilegios y los asumo como parte de mis esfuerzos pasados, del valor de mi idea primigenia, para sumergirme en las lechugas y en los fresones recién desenvasados que mi pinche trae al galope, y me abstraigo en la elaboración del almíbar suave con azúcar moreno que le ordeno vigilar a fuego lento y me recreo en la caramelización de la carne cortada en forma helicoidal para que se rice sobre las brasas y me propongo encontrar el vinagre adecuado para aliñar la ensalada. Necesito algo dulce y fresco a la vez, aromático incluso, con un leve toque a jazmín, tal y como olía mi piel perfumada bajo los besos de Benjamín.

En la despensa del sótano me encuentra Tomás al cabo de unas horas. Se detiene a contemplarme con su calmosa expresión habitual, inexplicablemente sereno a pesar de la presión que supone dirigir uno de los establecimientos más en boga de la capital, con ese aire suyo casi ausente, relajado o es posible que indiferente.

—¿«Brotos de azul ultramar con labios de fresa confitados»? —inquire con un punto de curiosidad.

—¿No te suena genial? —indago sin dejar de revolver entre las baldas en busca de la esencia deseada que guardé en algún lugar.

—Tiene un punto surrealista. Parece sacada de un cuento de hadas.

—Por eso me gusta. Estrella lo aborrece.

—No me sorprende, ni tampoco que acabaras venciendo en la contienda.

—Para algo sirve ser la que da la cara en este lugar, que no la jefa.

Tomás, haciendo como que no oye mi risilla cínica, trastea por el cuarto abarrotado de ingredientes, botes de especias exóticas y algún objeto insospechado. Después de dar un par de vueltas como un oso enjaulado por fin se decide a quitarse de encima el problema, grande o no, importante o no, que seguro le ha traído a mi vera.

—¿Va a ser esto frecuente, Teresa?

—¿El qué? —respondo sin mirarle, subida a una escalera en busca de una barrica de vinagre con jazmín que hace meses dejé macerando.

—Estos experimentos con nombres raros, que vayas a venir todos los días a trabajar, este nuevo ánimo... Me recuerda a tiempos pasados.

—¿Y qué es lo que os preocupa? —me giro y ahora sí me enfrento a esos ojos que me conocen tan bien—, ¿que invada la cocina con ideas revolucionarias que os resulten demasiado extravagantes?

—Que estés bien. Sólo nos importa eso.

De pronto lo imagino sin el mandilón, con sus vaqueros y las camisetas de colores chillones con la misma barba recortada que aún mantiene y los libros y apuntes resbalándosele bajo el brazo porque llegaba corriendo desde su facultad a la mía después de que alguien le hubiera dicho que yo andaba con un ojo morado y necesitaba que le aclarase que nadie me había atacado, sólo iba distraída y al volver la cara me topé de frente con una columna y no sé por qué te pones tan protector cuando soy mayor que tú, ya no estamos jugando a la chica desvalida y su hermano el preocupado por más que deberías estar acostumbrado a mis despistes y a estos silencios que te hacen sufrir desde hace años, tantos que ahora ya no hace falta que le dé explicaciones ni que ninguno de los dos razonemos cómo hemos acabado aquí, él con su licenciatura en Matemáticas y yo con las manos pringadas de melaza en lo alto de una escalera buscando un ingrediente que no encuentro, que parece que me rehúye, que, como todo y como siempre, se me escapa.

—Confía en mí —le aseguro con una sonrisa cansada ya del escrutinio, y me hago la dura aunque por un momento parezco la Teté de antes, pero ahora con más ilusiones, con nuevos bríos y, tal vez por eso, ligeramente diferente.

Le brillan los ojos más que de costumbre y ladea la cabeza en dirección a la puerta para indicarme que, conforme con mi respuesta, ya se marcha, que no me agobia, que me quede tranquila, que me deja en paz.

—Te dejo en paz, Teresa, hay trabajo en la cocina. Siempre que vienes los chicos se ponen nerviosos, provocas un desbarajuste y alguien debe restaurar el orden —pero al alcanzar el quicio se detiene dubitativo y sé que le queda algo pendiente, algo que podría no ser una minucia, sí un mínimo detalle que le hace dudar de si es mejor callar o dejarlo salir, soltarlo todo, empezar a cantar—. Es sólo que...

—Qué —y aunque me basta oír sus pasos para saber por el modo de arrastrar los pies cuál es su ánimo, sin la necesidad de mirarle a la cara, sin tener que escrutar como una novia celosa o una madre hiperatenta su ánimo o su mirada, me vuelvo pendiente de la ansiedad colgada de su voz que espesa la atmósfera de la despensa, que todo lo opaca.

—No es más que una insignificancia —duda de nuevo.

—Pero te preocupa.

—No. O sí, no lo sé. Me han dicho que era un hombre demasiado extraño —recuerda, casi parece que lo recita sólo para sus adentros.

—¿Qué hombre?

—El que vino ayer al restaurante a husmear sobre tu vida.

—¿Y se puede saber qué quería? —pregunto despreocupada, harta de quienes dicen llamarse periodistas, admiradores, aprendices de chefs y adoradores en general que entran pidiendo que les estampe mi firma en una servilleta, que pruebe el último puchero de su autoría, que buscan una recomendación profesional o conformarse con tocar un botón de mi blusa.

—Lo que todos. Si podrías recibirle, y si nosotros seríamos tan amables de responderle a unas preguntas personales sin malicia sobre ti.

—¿Quién habló con él?

—Ángel.

—¿Se identificó?

—No.

—¿Y le pareció peligroso?

—En principio no.

—¿Entonces de qué te preocupas? Esto nos pasa un par de veces cada mes, ya estamos más que habituados a este tipo de visitas intempestivas.

—Dice que tenía una determinación y una seguridad en sí mismo nada habitual.

—No puedes obsesionarte con desconocidos ni convertir cualquier percance en un peligro potencial. Sólo soy famosa, eso es todo.

—Pero no termino de acostumbrarme. Es algo instintivo.

—Entonces hazlo por mí, aplícate esa calma que impones y disfruta del trabajo y de la vida.

—Lo intentaré —promete, no demasiado convencido pese a todo, y desaparece al fin escaleras arriba.

No tardo demasiado en subir del sótano con la ansiada barrica en mis brazos, y me lleva apenas un rato preparar el aderezo, determinar la proporción en que deben presentarse las verduras, detenerme a calibrar con esmero los brotes de *lactuca perennis* o lechuga azul y aleccionar al pinche sobre cómo presentarlos para que resulten aún más llamativos y bellos colocando sus vistosas flores entre la carne braseada que finalmente, después de salteada, y con algo de dolor, debo entregarle no

sin advertir la extrañeza que le causa el origen desconocido de las piezas. Para aligerarle de su obsesión por querer investigar, para quitarme de encima el peso de su entrometimiento, para que no se preocupe por el corte de los tropezones, me adelanto y le explico que obedece a un intento de conservar sus olores, su primoroso sabor a miel y ese particular deje a orégano, pimienta y laurel debido al modo en que fue adobada, en tanto que la finísima corteza tostada que la recubre se debe a la forma de dorarla antes de dejarla reposar una noche entera en el horno de piedra de mi casa, en donde acostumbro a trabajar hasta muy entrada la madrugada. Por eso, para preservar sus virtudes fiel reflejo de mi maestría culinaria, debe aliñarlo sólo un instante antes de servirlo, para que no se humedezcan demasiado las hojas, para que el fuerte color oceánico no se oxide ni destiña, para que el crujir de cada pequeña viruta de carne sea único, un estallido perecedero e irrepetible tan sabroso y certero como el del primer beso.

Tras esta lección no tardan en aparecer los primeros clientes. Me deshago el moño y paseo entre las mesas con ropa de faena y un delantal limpio siguiendo las estrictas órdenes de Estrella, la ideóloga de este tinglado, por aquello de dar verosimilitud a la ficción, por otra parte absurda e imposible por más que los que pagan quieran creer que no sólo superviso sino que preparo todos y cada uno de los platos y raciones —en el fondo soy una consentida que cocina a capricho—. Saludo a los asiduos, a los famosos, a los poderosos, a los potentados, a los evidentemente ansiosos de una mirada mía, y sonrío hipócrita sabiendo que de entre las delicias que se servirán y devorarán con agrado sólo una ha sido preparada por mis manos. ¿Quién lo va a saber? Nosotros, desde luego, no diremos una palabra.

Muchos de los que en una hora se levantarán de estas mesas con la tripa llena proclamarán a los cuatro vientos que almorzaron en el restaurante «de la que sale en televisión», ése tan refinado e innovador, y aunque les haya costado un riñón habrá valido la pena porque me han visto, algunos hasta me han dado la mano, los menos han charlado conmigo unos instantes y si bien no conseguirán explicar si lo que paladearon era embriagador o repugnante, soso o salado, dulce o amargo, se sentirán igual de felices porque han estado en el lugar de moda y eso les convierte en personajes tan sofisticados, perfectos y modernos como yo finjo serlo.

Apenas tras una quincena de minutos de representación ejemplar en

mi papel de anfitriona, el maître me sale al paso para comunicarme que acaban de llegar los miembros de la editorial con quienes me he citado para la comida de trabajo. A pesar de que mi humor se oscurece a semejanza del clima de este día, nublado y amenazante, aguanto el tipo y las malas noticias y me acerco a recibirles para conducirles hasta la mesa asignada, la peor de toda la sala que a base de ser utilizada por mí por aquello de su cercanía a la cocina se ha convertido en la más codiciada, la más fotografiada cuando hay celebridades de por medio.

Ahí están, aguardando en la entrada, observándolo todo con mal disimulada curiosidad, satisfechos porque gracias a esta cita y a la comida que, lamentablemente para mi bolsillo, no les permitiré pagar, podrán darse a mi costa el lujo de fardar ante sus seres queridos, conocidos y enemigos de haber almorzado como invitados nada menos que en Barbantesa.

El directivo calvo con ojos de sapo y corbata italiana carísima a la par que espantosa, estruja mi mano con fuerza desproporcionada en un vano intento de impresionarme, tal y como le habrán enseñado en el curso de habilidades de Dirección o encantamiento empresarial o como sea que denominen esas técnicas hechiceras por las que habrá abonado un dineral. Me explica que ha venido acompañado por una subalterna, una mujer de falsa sonrisa, pelo teñido de rojo estrepitoso y maneras untosas, disfrazada, según los parámetros de las revistas de moda femeninas, de ejecutiva liberal. Es, al parecer, una experta en tendencias, una coolhunter, como dicen ahora, una publicista al tanto de la más rabiosa actualidad que detecta oportunidades de mercado y ha aceptado el reto de buscar ideas para sus editoras y también, por lo que se ve en este caso, para sus autoras.

Me dejo besar en ambas mejillas sin poder evitarlo mientras rebato por dentro el posesivo que acaba de emplear anticipándose a los hechos. Por ahora yo no soy su autora ni lo quiero ser, y menos con los aires que traen, de modo que tras los breves pero forzosamente efusivos saludos aguardo paciente a que se desembaracen de sus gabardinas, maletines y paraguas y aprovecho para echar un último vistazo al exterior a través de los grandes ventanales.

Dentro de estas paredes transparentes donde todo se me hace más fácil, el ajetreo precipitado de la ciudad muestra su cara más apresurada e injusta, más despersonalizada, menos amable. La imperiosa rutina de los peatones y los semáforos desperdigados como flores que crecen en las aceras me asusta, debo reconocerlo, tanto que si saliera sola ahí fuera

huiría del centro de la calle, sentiría las ventanas como ojos que me escrutan, los buzones como pozos sin fondo y las farolas como garras que pugnan por salir del centro de la Tierra. De pronto me fijo en una en particular. Apoyado en ella mi salvador de esta mañana fuma tranquilo un cigarrillo con su cazadora de cuero a la espalda, los ojos entrecerrados bajo las pestañas casi rubias y el pelo castaño claro o trigueño, alegremente alborotado y rebelde, como el de un pilluelo mal peinado. Qué hace ahí, con quién habrá quedado, elucubro, y le veo consultar su reloj con cierta desgana y reparo en esas manazas como de oso que me salvaron del tropezón y aventurada me lanzo a imaginar las razones de su espera: quizás aguarde a un amor clandestino que no acaba de comparecer o tal vez se trate de una cita de negocios con productos de contrabando. Cuando estoy dispuesta a salir y a acercarme a él pese a mi legendario temor a parecer indiscreta, las voces de mis invitados me sustraen de mis fantasías y me veo obligada a mostrarme educada y solícita en mis gestos, plena de atenciones al sugerirles que puedo mostrarles, de camino a la mesa prometida, nuestras instalaciones y todos sus rincones, pues no en vano soy quien los gobierna.

Asienten convencidos y hasta emocionados. Les sonrío y mientras echo un último vistazo al enigmático individuo apoyado en la farola pienso en el desorden en que dejé la despensa, en la balda de mi frigorífico llena de carne empaquetada, incluso en el horno de piedra detrás de mi residencia. En estos lugares se esconden en verdad mis secretos, esos que me hacen relamerme, que me llenan la boca de promesas y recuerdos. Callo, no por miedo o prudencia, simplemente porque sé que si les contara mi razón de ser, mis motivos, mis apetencias, con toda probabilidad no lograría que me comprendieran.

5. De la conversación en la mesa

Tras la inesperada muerte de mi padre, Ofelia resolvió abandonar *Je Reste*, el palacete de la familia donde siempre había vivido y que ahora yo, tras inesperados azares del destino, vuelvo a habitar. Según parece, aquel fallecimiento le hizo comprender de pronto que la mansión era un hogar no deseado por vetusto, demasiado oscuro y cargado de recuerdos, y optó por trasladarse al elegante piso de quinientos metros cuadrados situado en pleno barrio de los Jerónimos, con vistas al parque del Retiro y de espaldas al Museo del Prado que, en un arrebató de clarividencia, adquiriera en su día mi abuelo a modo de inversión sin llegar a ocuparlo jamás, y que abarcaba toda la planta, la primera, de un señorial edificio decimonónico erigido según las necesidades de su propietario primigenio, un rico empresario que amasó su fortuna en el sector farmacéutico y que instaló las oficinas de su negocio y un laboratorio en la planta baja para experimentar con fórmulas destinadas a lograr avances revolucionarios que, sin embargo, nunca le hicieron ganar más dinero del que obtenía fabricando crecepelos.

Sea como fuere, el caso es que la adquisición supuso una excelente inversión que tanto Ofelia como yo habríamos de amortizar en los años venideros, pues no sólo nos instalamos en aquel *pisito* acompañadas por una representación del servicio sino que, al poco tiempo, hábilmente mi madre consiguió ampliarlo haciéndose a buen precio con esa planta baja y, con ella, adquiriendo la propiedad del maravilloso invernadero que su excéntrico dueño ordenara construir en el patio interior del inmueble, una hermosa y grácil maravilla de hierro y cristal abarrotada de plantas exóticas con supuestas propiedades medicinales que cumplían más una función ornamental que otra cosa.

Con todo, no le resultó nada fácil abandonar *Je Reste*. En las semanas posteriores al entierro de mi padre, enclaustradas tras los altos muros que

rodeaban el por entonces decadente palacete, aisladas del mundanal ruido por un jardín devenido en jungla y sin más familia que la que las dos componíamos, no tardó Ofelia en aborrecer la monótona rutina que suponía ser una mujer sola, joven y acaudalada sin más quehaceres que atender a su hija ni más trajín social que las meriendas de damas, el único ágape que podía ofrecer sin temor a resultar indecente o descarada en su recién estrenada viudedad. Por eso, quién sabe si asustada por tener que vivir sin la compañía de un varón que alumbrara su viudez y le calentara los colchones o la escoltara por los lóbregos pasillos repletos de cuadros que sólo retrataban a muertos, planeó su huida.

Aquella mudanza enmascaraba una ambición íntima y liberadora que mi madre llevó a cabo contra viento y marea, a pesar de que su círculo de amistades y el sector más conservador de su parentela insistieran en hacerla desistir de su alocada idea, que consideraban una rebeldía y, por supuesto, un flagrante acto de independencia. Tan anacrónicos y selectos, tan rígidos y anclados en el pasado, tan ridículos eran en sus particulares normas de conducta y en sus absurdos códigos de clases, que pretendieron convencerla de que trabajar no sólo le resultaría agotador sino poco acorde con su posición social. Y es que Ofelia, contra todo pronóstico y quizá movida por las ganas de llevar la contraria o de liberarse de una maldita vez de tanto pariente metomentado y tanto lazo de sangre que terminaba por ahogar, había decidido no sólo mudarse al edificio de los Jerónimos sino acondicionar el antiguo laboratorio del bajo para reconvertirlo en escuela de cocina en la que pronto comenzó a impartir clases de técnicas culinarias y cursos de protocolo y hasta, de modo impensable en alguien que nunca supo lo que era verse sobrepasada por las facturas, de gestión del hogar dirigidos a mujeres de cualquier rango social que deseasen convertirse en las perfectas amas de casa, en reinas de sus labores, en cocineras y anfitrionas sin igual.

Como pese a todo le remordía la conciencia, le corroía la culpabilidad de trabajar siendo como era una digna y rica heredera, proclamaba a quien quisiera escucharla que el aburrimiento la asesinaba lentamente, que realizaba una labor benéfica enseñando a mujeres que poco o nada sabían de guisar o dirigir una familia a resultar mejores esposas, o al menos casi tanto como ella, bendecida con una privilegiada educación que había incluido clases particulares de piano, de bordado y de francés destinadas a convertirla en una señorita.

A mí desde luego nunca me engañó. Mi madre se forró, vaya si lo hizo, y tras la consolidación de la academia llegó la publicación de sus libros de

cocina con la firma de un sustancioso contrato con una editorial, tan rancia como ella, que supo convertirla en la autora más vendedora de su campo y hacer de su imagen de dama noble dedicada por hobby a la gastronomía casera toda una máquina de amasar dinero. Lo único que de veras la movía.

Lo increíble es que a Ofelia no le gustaba cocinar. En absoluto. Todas esas creaciones culinarias supuestamente originales que llegó a publicar y que la crítica acogió con devoción porque suponían «una revisitación de las técnicas más clásicas pasadas por el tamiz del rejuvenecimiento y la imaginación» fueron fusiladas sin piedad de un antiguo recetario familiar que había ido pasando de mano en mano, de generación en generación, hasta llegar a ella. La más aguda, la más avispada, la más sagaz sin duda de nuestro clan. No sólo supo sacarle partido a los legajos pringosos y grasientos que, casi olvidados, dormitaban perezosos llenos de polvo y harina en un armario de la cocina, también fue lo suficientemente visionaria como para introducir en sus manuales las anotaciones realizadas en los márgenes por la anterior depositaria del volumen, mi abuela, un verdadero genio de los fogones con un instinto único para convertir en auténticos deleites los espartanos menús ideados por sus antepasadas. Ahí residía el toque maestro, el punto de singularidad que dotaba a sus recetas de originalidad y picardía. En cuanto a las aplicaciones prácticas, a las recomendaciones sobre cómo adquirir los mejores ingredientes, a los consejos de conservación actuales y todo lo relativo a los tiempos de cocción y medidas aplicables a los modernos utensilios de cocina, provenían de Malvina, la que fuera su niñera, que sin saber apenas leer ni escribir pero con una eficaz intuición y una enorme ansia por probar y sacar el máximo partido a cuanto cacharro depositado en sus manos pudiera ser puesto al fuego, tan confiada como abnegada, tan infeliz como leal, fue convenientemente saqueada de forma torticera por mi señora madre y exhaustivamente despojada de todos sus arcanos saberes.

Con el paso de los años, inútil ya Malvina para cocinar a causa de una ceguera provocada por la diabetes, fallecería en la soledad de un asilo para pobres de solemnidad sin la ayuda y el cariño de su patrona. Ofelita, como solía llamarla, estaba ahora tan ocupada, tan abstraída por su condición de mujer de negocios, tan embebida en sus actividades y en esa vorágine de actos sociales a los que nunca faltaba, que no quiso hacer nada por ella y, por supuesto, no le abonó ni una moneda como pago por

sus derechos de propiedad intelectual, esos que generosa e inocente le regaló sin pararse a pensar que algún día podrían ayudar a iluminar su modesta vejez de sirvienta fiel, dócil y sufrida, contenta de ser exprimida porque nunca le enseñaron otra forma de vivir más que la de estar sometida.

Muchos años después, frente a un pelotón de cámaras de televisión y una entrevistadora plagiaria, Ofelia Valverde, a pesar de ser una aristócrata, habría de confesar con sencillez abrumadora que ese despliegue de cursos, conferencias y obras publicadas en torno a la comida que la hicieron aún más millonaria de lo que ya era obedeció a una única causa. «¿Por qué te dedicaste a la cocina, tú, que lo tenías todo, que no necesitabas sudar para salir adelante, que poseías los recursos asegurados para el resto de tus días?», indagó la presentadora con una sonrisa insolente que a su público de amas de casa le parecía, sin embargo, genuinamente encantadora. «Me aburría», reveló. Y todas estallaron en aplausos y risas.

Pero no conseguí embaucarme con esa pantomima.

No a mí, que durante años he intentado desentrañar la red de mentiras y falsas apariencias que con tanto celo tejió para edificar su leyenda. Nunca quiso luchar contra ese hastío sin remedio que vendió ante millones de espectadores. Disfrutaba de él, se dejaba mimar perezosa por su cortejo de sirvientas, adoratrices y esclavas, y si se levantaba de su colchón de plumas cada mañana no era por el ansia de trascender o mostrar su disconformidad con su monotonía sino sólo por ambición, pura codicia, ganas de poseer cada vez más. Amasó antes de los cincuenta más riquezas que el total de sus antecesores juntos por más nepotistas, explotadores y timadores que hubieran sido. Y ese dinero, las casas, las tierras, las joyas, las acciones, los favores debidos, las prebendas a nuestros apellidos, todo, es ahora sólo para mí. La que no lo merece. La oveja negra.

Estas últimas reflexiones no las incluyo en la perorata que les dedico a mis dos invitados, aunque por un momento acaricio el impulso de hacerlo. Me siguen dóciles y atentos por las instalaciones, escuchan con suma atención mis explicaciones sobre la última reforma del local y cómo decidí transformar la antigua escuela de cocina en moderno restaurante, y no puedo evitar imaginar su reacción si averiguaran qué pienso con sinceridad de este perturbador legado. Escruto sus rostros que reflejan

atención desmedida y formal cortesía y decido reservarme para después las ganas de jugar sin dejar de explayarme acerca de la gran inversión que supuso el reacristalamiento del recinto que sirve como comedor y que no es otro que el antiguo invernadero de plantas exóticas tras una notable transformación.

—¿Y dónde está la cocina? —se interesa de manera brusca el ejecutivo.

—En lo que originalmente fue el laboratorio.

—Muy adecuado —añade.

—No sabéis cuánto —asiento con una sonrisa que no deja entrever lo que silencia.

Podría relatarles que no se trata de una elección casual, que elegí instalar la cocina allí más como un juego, como si se tratara de una sala de tortura o la cámara de los horrores de las películas de terror, que como un lugar de trabajo aséptico y altamente mecanizado. O confesarles también ante su evidente propósito de comprar mi alma que, siendo la heredera única de Ofelia, no tendría por qué trabajar ni un solo segundo de mi vida, tal es el monto de mis posesiones y por todo esto, poco, muy poco me importan las propuestas que puedan hacerme en el transcurso de esta comida. Por más sustanciosas que les parezcan. Por más gloria o notoriedad que puedan reportarme. Por más que prometan hacer de mí una diva de la gastronomía o elevarme a los altares de la fama.

Los miro y pienso que tendría que revelarles muchas historias personales para hacerles entender con qué pueden o no tentarme. Como hablarles del reto que supone el esfuerzo personal, de mis dudas y mis complejos, de mi educación y de cómo la falta de afecto influyó en el carácter de una niña que no se sentía valorada, no digamos ya querida, de mis ansias por demostrar no sé qué a no sé quién o quizá tan sólo a mí, de lo divertido que puede resultar llegar al límite para probarse a una misma y de lo gratificante de las horas extras aunque no sean remuneradas, cuando las oficinas se vacían y te sientes su dueña a pesar de ser la última mona del escalafón sin ni siquiera un contrato, cobrando por artículo publicado con la incertidumbre de que el día siguiente pueda ser el último pero feliz porque el empleo, y te parecería absurdo si analizaras sus condiciones laborales y el trato despectivo y a veces inhumano de tus superiores, te apasiona.

Me lo callo, por supuesto, porque el tour ha terminado y ya han alabado por activa y por pasiva la restauración del local, el invernadero de fábula y hasta la gran idea de reconvertir la planta de arriba, el antiguo piso que mi madre y yo habitamos por un tiempo, en salones privados

para actos y presentaciones, y me disculpo antes de sentarme a la mesa para retirarme el delantal y regresar, acicalada y formal, hastiada pero atenta y, en definitiva, resignada a escuchar su prescindible oferta.

No tarda en acercarse Tomás para hacernos los honores con la descripción de lo más granado de la carta. Se solaza con los vinos de nuestra bodega, su pasión pública, y resulta tan cercano y llano como es capaz de ser cuando se empeña, entusiasta al recrearse en las texturas y los sabores de sus favoritos, los blancos de la Borgoña, y amable al aclarar las dudas que la asesora de tendencias aquí presente, o lo que quiera que sea, y el máximo responsable de la editorial le plantean. Finalmente hacen su elección, no sin dar varias, demasiadas vueltas, y yo pido para asombro de mis acompañantes un consomé, tras lo cual me veo obligada a revelarles que antes que degustar mis propias delicias prefiero ver comer a los demás. Asienten y callan, pero detecto una cierta desconfianza ante lo que para ellos es, como cabía esperar, una más de mis extravagancias.

Tomás ya está de camino a la cocina para entregar la comanda cuando salgo de mi elegante letargo, pero letargo al fin y al cabo, porque acabo de recordar algo:

—No te vayas aún, Tomás, no les has ofrecido a nuestros invitados la sorpresa especial —les informo, de pronto charlatana y locuaz—. Está fuera de la carta porque se trata de una idea que hoy mismo echa a andar: cocinar un plato nuevo y diferente cada día siempre y cuando me sienta inspirada. Será un manjar que nunca volveré a cocinar. Algo único y fugaz.

Les brillan los ojos cuando anticipan el placer que les producirá no su degustación sino el poder describírselo luego a los demás. Les puede la oportunidad de presumir en el campo de golf o en la reunión mensual del consejo de administración de haber saboreado esta primicia y ambos, entusiasmados, cambian sus primeros platos por mis «Brotos de azul ultramar con labios de fresa confitados» y deciden acompañarlos, a sugerencia nuestra, con una manzanilla dorada, limpia y brillante, de notas complejas con recuerdos a mar y yodo, a flores blancas y almendras, a piel de pomelo y melocotón con un fondo de mueble viejo, de maderas añosas como las de mi casa o, mejor dicho, la de Ofelia.

El sumiller se presenta con el vino y el consejero delegado se apresta a catarlo, mostrándose encantado de alardear de sus conocimientos como enólogo aficionado. Se hace un breve silencio que agradezco por más que lo perciba incómodo para ellos, hasta que al fin su acompañante un tanto

nerviosa se decide a romperlo. No ha debido de dar con otro tema de conversación más ingenioso porque termina alabando mi calzado.

—Antes me he fijado en tus zapatos y son preciosos —intenta engatusarme.

—Soy una viciosa del calzado.

—¡Qué coincidencia, yo también! —exclama feliz en su simpleza, encantada por haber encontrado al fin un punto en común conmigo que, en sus ilusiones, la acerque a un nuevo libro contratado.

—Tampoco es tan raro —apostilla su superior hosco y evidenciando su hastío ante temas que considera en exclusiva femeninos—: Al fin y al cabo sois mujeres.

Hay personas que poseen muchos conocimientos, las hay agudas y rápidas de reflejos, también memoriosas, misteriosas, intuitivas y brillantes o puramente inteligentes. Y, al margen de todas ellas, existe una modalidad peculiar de listos que me desagradan sobremanera: los que han pagado una pasta indecente por un máster en una prestigiosa escuela de negocios y son tan rematadamente estúpidos como para convencerse de que esa inversión los vuelve más ilustrados, como si el pago extra proporcionara un plus de discernimiento que les diera derecho a opinar acerca de todo. Mi invitado de hoy, este tipo repulsivo que no se da cuenta de lo maleducado que resulta, es uno de estos últimos, un ser pedante que se considera refinado porque no le sienta tan mal el carísimo traje como cree que le quedaría uno barato, un individuo con una torpeza social descomunal que no puede sostener el peso de mis ojos cuando habla, y menos descifrar sus oscuros significados, y que a pesar de los cursos para expresarse en público que habrá abonado suelta por esa boquita sandeces que revelan de él más de lo que supone y añaden razonables dudas a la cuestión que me vengo planteando desde que entró por la puerta: en qué rifa le habrá tocado el cargo que ostenta.

Qué gran error creerse mejor que cualquier otro mortal por poseer un par de títulos comprados que no garantizan su valía como persona ni ninguna virtud especial; qué insolencia suicida el pretender darnos lecciones de la vida cuando ignora lo que es soportar día tras día a un superior tiránico como él, cuando ni imagina el rencor que puede llegar a acumular una subcontratada, una becaria, una insignificante obrera de su panal.

La cazadora de tendencias literarias, si es así como se denomina, guarda silencio, probablemente por miedo, y se frena pensando en su hipoteca, en las letras por pagar del descapotable o en todo lo que ha

tragado para llegar a donde está, y a mí en principio me atrae la idea de hacer la vista gorda ante su desafortunado comentario, pero de repente resuelvo que, ya que yo no estoy bajo su mando y el restaurante es mío y también lo son esta mesa y esta silla sobre la que descansan sus posaderas, y como además no tengo nada que perder y sí muchas ganas de jugar y me apetece y quiero y me da la gana, le voy a contestar:

—Lo cierto es que los zapatos me encandilan desde siempre, incluso antes de que tuviera la conciencia de ser mujer —comienzo, recogiendo el guante y hablando con una muy poco sutil intencionalidad—. Me gustan por su belleza, una virtud que por desgracia muchos hombres no son capaces de apreciar.

—He leído en una revista que tienes una habitación sólo para ellos y que no tiras ninguno por mucho que lo hayas usado —comenta ella, no sé si tras captar mi ironía y para aplacar el germen de tensión que se masca en el ambiente y que preludia una interesante confrontación entre su jefe y yo.

—Debo reconocer que poseo un vestidor inmenso, pero en cuanto a conservarlos... —teatralmente ahogo una risita—, las zapatillas de andar por casa, el calzado deportivo y los horribles zapatos planos para andar acaban en la basura en cuanto sus suelas se desgastan. Sólo guardo aquellos que sean sobrios, perfectos y eternos, tan clásicos como los bolsos de la abuela; y, por descontado, los que encierran un valor sentimental.

—¿Valor sentimental unos zapatos? —el consejero vuelve a interrumpirme cargado de impaciencia. Va listo si pretende que firme con su empresa.

—¿Acaso las joyas no atesoran un significado que sólo conocen sus poseedores? —le rebato, todavía con el rostro amable, con la sonrisa impecable colgada de la boca como una máscara impenetrable—. No veo por qué unos zapatos no pueden querer decir algo para quien los calza. Yo, por ejemplo, conservo las merceditas que usé en mi primer día de colegio, las sandalias con las que me dieron mi primer beso en la playa...

—Ay, qué romántico —suspira la encargada del observatorio de tendencias. Definitivamente, esta mujer es tonta de remate.

—No deja de ser una costumbre la de convertir una excusa en argumento —concede con sorna mi invitado poniendo en blanco sus ojos de batracio.

—No es un argumento, ni tampoco necesito excusas. Mis zapatos guardan el rastro de mis pasos. Son mi memoria —y ya que ella asiente expectante una y otra vez como incitándome a continuar, como si me

entendiera, me decido a concederles una última oportunidad—: Cuando mi madre enviudó yo tenía siete años y ella una enormidad de proyectos en la cabeza que creía no poder llevar a cabo si debía cuidarme, algo que no le resultaba gratificante porque, para ser sincera, el papel de madre no le iba en absoluto. El caso es que nada más mudarnos a este edificio decidió traerse a Malvina con la idea de que se ocupara de mí. No contaban con que yo sería semejante trasto, de modo que la buena mujer, que había sido su niñera pero para entonces ya estaba mayor y achacosa, acabó prestando sus servicios en la escuela de cocina como primera ayudante de Ofelia y para mí buscaron a alguien más joven, con energía suficiente como para perseguirme en mis alocadas carreras. La afortunada, o tal vez no tanto, resultó ser Cecilia, hija que Malvina había tenido de soltera y a quien mandó llamar del pueblo. No tenía mundo ni apenas estudios, salía adelante trabajando como costurera y aceptó sin saber la que se le venía encima pensando que en la gran ciudad se le abrirían más puertas. Como es lógico terminó explotada por mi madre y obligada por su buen corazón a tratarme mucho mejor de lo que yo, una niña confundida que acababa de perder a su padre, la trataba a ella.

»Pronto Cecilia y yo nos cogimos cariño, quizá por lo solas que nos sentíamos en un piso tan grande o simplemente por afinidad, porque éramos las más jóvenes y nuestra mutua compañía nos brindaba la coartada perfecta para hacer lo que nos viniera en gana. Entrábamos y salíamos sin que nos preguntaran, dábamos paseos interminables por los parques sin que nuestro horario preocupara a nadie y, lo más importante, me dejaba hacer: me daba caramelos si los pedía, me permitía dormir en su cama si tenía miedo, secundaba mis traviesos planes sin dudar un instante... En resumen, por primera vez yo llevaba la voz cantante.

—Y los zapatos ¿qué pintan en esta historia? —interpela impaciente el consejero delegado.

Le devuelvo una sonrisa tan falsa como la suya y prosigo con mi cuento.

—Lo que más nos gustaba era visitar los grandes almacenes. Cecilia, que venía de un pueblo en el que sólo existía una tienda de ultramarinos, podía pasarse horas embelesada allí dentro. Luego íbamos a la planta de juguetes y yo me desquitaba eligiendo vestidos para mi muñeca Nancy. Todas teníamos una —la ojeadora de *bestsellers* acentúa su sonrisa y sé que recuerda la suya—. La mía era rubia y con el pelo rizado.

—La mía castaña, con melena lacia —confiesa con timidez pero, pese al semblante despectivo de nuestro acompañante, termina por lanzarse—.

Entre mi hermana y yo conseguimos todo su ajuar: su camita, su armario, los vestidos... Y luego nos trajeron a su hermanita pequeña Leslie, ya...

—Vaya, todo un emporio —añade el cretino con hastío y un deje de sarcasmo.

—Así es —le reconozco—. El reto era regresar tras las fiestas de Navidad con más complementos de la Nancy que las demás compañeras, y yo bajo ningún concepto quería quedarme atrás. No tenía más familia que mi madre, hija única al igual que su fallecido marido, por lo que debía conformarme con pocos aunque muy costosos regalos. Año tras año escribía una lista para los Reyes Magos y, para mi desconsuelo, sólo encontraba bajo el árbol una caja con un vestido para mí de precio desorbitado y objetos tan absurdos como una pulsera de oro o unos pendientes de perlas. Todo del gusto de mi madre pero nada adecuado para una niña.

»Por fortuna, Cecilia se comprometió a remediarlo. Alegando su deseo de aliviarla de esa pesada carga solicitó permiso para encargarse de adquirir mis regalos y Ofelia, encantada, aceptó liberarse de tan desagradable responsabilidad entregándole una irrisoria cantidad de dinero. Yo, entretanto, vivía resignada a encontrar bajo el abeto el sempiterno vestido, y por eso mi asombro fue inmenso cuando llegó el día señalado. A los pies del árbol estaban el tocador de la muñeca, su maletín de maquillaje y todo tipo de ropa: de fiesta, de esquí y hasta un traje de flamenca. Sólo que a cada conjunto le faltaba su correspondiente par de zapatos.

»No podía explicármelo. Menos aún cuando comprobé que a mis amigas les habían dejado los mismos vestidos pero con su respectivo calzado. Incluso se me ocurrió escribir una carta de reclamación al cartero real, pero Cecilia me aconsejó olvidar el tema bajo el pretexto de que se podía enfadar. Pero para mi consternación llegaron las siguientes navidades, y las otras, y las siguientes, y siempre volvía a suceder lo mismo: los conjuntos venían sin zapatos.

»Poco a poco me convencí de que aquel misterio nunca tendría solución. Con el paso del tiempo dejé de jugar con muñecas, y cuando tenía trece años a Cecilia le diagnosticaron una leucemia muy avanzada y en pocos meses falleció. “No hay mal que por bien no venga”, resolvió Ofelia poseída por ese sentido práctico suyo tan ingrato como cruel: “Ahora que su dormitorio ha quedado vacío vamos a instalar un cuarto de planchar”.

»Malvina y yo, rotas por el dolor, nos encargamos de sus escasas pertenencias para evitar que mi madre las arrojara al cubo de la basura,

de guardar algún recuerdo de Cecilia para evitar pensar que no hubieran dejado huella sus pasos. Junto a la máquina de coser encontré un saco repleto de restos de telas y algún que otro retal desvaído por el paso del tiempo. Entonces, como alcanzada por un rayo, lo vi todo claro: había descubierto el origen de mis regalos y, con él, el misterio de los zapatos perdidos.

»Comprendí que el dinero que le entregaba mi madre no cubría su afán por conseguirme todos los juguetes de años pendientes con los que yo soñaba y tuve la certeza de que si en los almacenes dedicaba esa desmedida atención a los vestidos de las muñecas se debía a su ahínco por memorizar hasta los más pequeños detalles para después, frente a su máquina de coser y a base de dejarse la vista en madrugadas desveladas, hacerlos igual a los modelos originales. Menos una prenda que le era imposible copiar: los zapatitos de plástico de colores con los que yo soñaba noche tras noche.

»Así me inculó este veneno extraño, esta congoja que me embarga al descubrir en un escaparate un par espectacular que no poseo y que comienza a dominarme en cuanto aspiro el olor del cuero y acaricio su tacto suave y sucumbo al deseo y me los pruebo. Es un apetito que nunca se acaba, que me domina y me atrapa.

* * *

—Qué historia más bonita... —hipa la cazatendencias con su sonrisita pánfila al borde de las lágrimas.

—Enternecedora —el consejero delegado masca la palabra como si le costase tragarla, como si mi alarde de sensibilidad le provocara ganas de vomitar—. Me ha recordado a *Mary Poppins*.

¿Realmente es así de torpe, de bruto, de cerril? Nos quedamos observándole durante unos segundos que se vuelven demasiado prolongados mientras él, ajeno a nuestro desconcierto, bebe de su copa de vino, satisfecho de sí mismo, riéndose para sus adentros. Estará recreándose, supongo, en el golpe de efecto propinado por su supuestamente fina ironía, y se me ocurre que alguien tendría que hacerle comprender que, de tan fina, se convierte en pura grosería. En definitiva, este hombre merece un castigo.

Por suerte para él, y puede que también hasta para mí, el camarero interrumpe mis pensamientos criminales con una maniobra tan simple y

eficaz como la de ponernos el plato delante. Por unos minutos podré respirar calmada sin oír las necesidades de este individuo absurdo, engreído y concienzudamente maleducado.

Lo espío mientras come. Absorto, pincha con esmero un pedacito de carne braseada, se deleita en el bocado, cierra los párpados al masticar, lo paladea y, sin que me dé tiempo a reaccionar, de pronto levanta la vista y me sorprende observándolo. Por su expresión sé que le asustan mis ojos brillantes, casi febriles por la expectación y la ansiedad. Me doy cuenta conteniendo el aliento de que ha visto algo en mí fuera de lugar, una lujuria de la que no tendría que haberse percatado, el extraño fulgor en el fondo de mis iris que los cambia de color y que ahora mismo su mente, lenta de reflejos, más preocupada por sí mismo que por los demás, comienza a procesar. Tengo que decir algo rápido antes de que termine por interpretarlo, de que un inusual chispazo de lucidez le dé la clave que le permita desentrañar su significado.

—¿Qué os parecen mis brotes de azul ultramar? —sondeo complaciente buscando disimular mi desasosiego—. ¿Seríais capaces de identificar su sabor?

6. Brotes de azul ultramar con labios de fresa confitados

Recuerdo de pronto con nitidez la primera vez que tuve hambre, *ese* tipo de hambre, y la saqué.

Todo obedeció a un impulso que escapó de mi control, que me dominó una noche, que me condujo hasta él. Qué otro motivo iba a tener, por qué iba a embarcarme si no en semejante aventura hasta el punto de exponerme y revelarme, de demostrarle al sujeto de mis desvelos mi interés, mi ambición.

No creo que pueda describir con claridad la extraña pulsión de ese deseo que me dominaba, me guiaba y me transformó para siempre. En ese momento no acerté a identificar el motor de aquella fuerza para mí desconocida, sólo sé que me despertó, que gracias a ella me desperecé y logré vestirme, salir de mi cuarto oscuro y llegar allí transformada en una mujer diferente, reverdecida, alguien que sabía lo que quería, que estaba dispuesta a tomar la iniciativa, a luchar si era necesario para colmarse y calmarse, para obtener mi placer.

Pero no fue tan sencillo. Nada más dejar atrás la boca de metro que escupía los últimos viajeros de la noche comprendí que no le encontraría, ni siquiera a esas horas, no todavía. Sólo necesité echar un vistazo al edificio donde ahora vivía, no tuve ni que llamar a su puerta para constatarlo: sabía que no estaba. Lo presentía.

En otros tiempos encontrarlo hubiera sido tan natural como sacar la llave de mi bolsillo, insertarla en su cerradura, abrirla y limitarme a esperar. Ahora, sin embargo, ninguno de esos actos resultaba sencillo. En primer lugar ya no formaba parte de su vida, no tenía acceso a sus claves, ni a su intimidad, ni a su arrebatadora sonrisa. Y, además, estaban mis propios reparos: nunca me gustó entrar en lugares a los que no he sido invitada por más que me apeteciera con aquella urgencia desinhibida

saborearlo, degustar el fresco bocado de su piel palpitante entre mis labios.

Así pues, tras tanto tiempo, de nuevo tuve que aguardar. No me importó hacerlo y tampoco podría concretar cuántas horas estuve allí, no llegué a contarlas, no me importaba esperar. Ahora que sabía lo que buscaba, el cuerpo que exigía mi cuerpo, se quedaban aquietadas las agujas de los relojes, colgadas de las esferas, muertas e inanimadas como lápidas de cementerio, como fantasmas de aliento gélido sin esperanzas ni remedio.

Cuando enumeraba por enésima vez el rosario más que sobado de los agravios recibidos percibí sus pasos en el descansillo agazapada en la oscuridad, expectante pero tranquila, disfrutando al anticipar el reencuentro sin duda inesperado para él.

—Hola —declaré amparada en las sombras y, como siempre tuve debilidad por lo melodramático, procurando que mi voz resultase más cavernosa de lo habitual.

Me gustó ver cómo se sobresaltaba. Ahogué una risa producto de la tibia complacencia que me invadió al comprobar que después de todo mi presencia le intimidaba y, por fin, emergí de mi escondite para situarme ante el débil resplandor que surgía del ascensor.

—Hola —fue lo único que acertó a responder, aunque al menos recobró su compostura. Siempre admiré su capacidad para reaccionar ante los imprevistos, para domar la adversidad o el sobresalto con la más poderosa de las armas, ese saber estar, esas maneras suyas educadas y caballerosas a las que conseguía recurrir incluso en los trances más comprometidos—. ¿Llevas mucho esperando?

—Creo que sí.

—Qué lástima, lo siento —se excusó, supongo que para ganar unos segundos, para poder pensar mejor mientras nos perdíamos en frases banales que guardaban las apariencias.

—Desde nuestra separación he aprendido a ser más paciente —si mi golpe le dobló en dos o revolvió algo en su interior se cuidó mucho de manifestarlo.

Me acerqué más a él, deseaba que me contemplara a la luz, quería que supiera cómo era ahora, que la tenue claridad del descansillo le mostrara mis ojos, mis manos blancas y frías que por fin no temblaban ni se estremecían a su contacto, la nueva prestancia de mi físico dispuesto al fin a asumirse, a no esconder sus encantos ni privarse de los placeres que antes tenía vedados.

—No pareces la misma, Teté —advirtió precavido mientras retrocedía unos pasos y sus palabras adquirirían sentido porque en verdad me había convertido en otra después de los golpes recibidos, de la ausencia obligada, de la pausa imprescindible antes de volver a aparecer bajo los focos del escenario. Aunque no se lo indiqué, asumí por primera vez ser consciente sin escondites ni mentiras de mí misma, de mi recién estrenada realidad, y me sentí liberada, más fuerte, todavía doliente pero recompuesta, sin atisbos de cicatrices ni nada roto por arreglar.

Fue entonces cuando supe también para qué estaba allí. Resolví que le necesitaba para volver a ser yo al completo, me faltaba ese trocito que él tenía y que nunca dejó de ser mío por más que se lo prestara un día, entendí que debía recuperarlo para que mi interior volviera a encontrarse entero.

—Ha pasado mucho desde que no nos vemos —reconocí—, por eso quizá no sepas que ya no permito que me llamen así.

—Para mí siempre serás Teté —resolvió, con esa seguridad que no admitía objeciones, esa superioridad de la que podía hacer gala en una situación tan insospechada como esta después de lo ocurrido entre nosotros y de que nuestras vidas hubieran dado tantas vueltas—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Tú cómo me ves? —y desabroché mi abrigo para que reparara en los contornos de mi figura, dando un par de giros bajo la luz, rotando como una peonza loca, como una muñeca vestida de fiesta o una bailarina sola en escena.

—Estás más delgada. Te sienta bien —sus palabras hicieron que me detuviera intrigada, dispuesta a paladear la expresión de su cara. Debía estudiarla, tenía que hacerlo para decidir mi siguiente paso, mi próxima estocada.

Y en ese momento lo descubrí, vi los dedos crispados sobre las llaves que aún aferraba, su respiración contenida, la nuez que subía y bajaba en su garganta a velocidad vertiginosa y el ardor de sus pupilas, tan egoístas como siempre, tan afiladas y tenaces, tan revoltosas. Eran señales inequívocas y las conocía de sobra. Me deseaba, aunque pretendiera ocultarlo a toda costa.

¿Por qué quieren de pronto algunos hombres poseer aquello que en el pasado repudiaron, volver a retozar con un juguete que ya rompieron seguros de que esta vez la sufrida marioneta soportará sus nuevos embates y les aceptará sin rechistar, sin recordar el dolor de sus engranajes recién arreglados que antaño sucumbieron a sus travesuras y

a sus manos?

Supongo que si le hubiera permitido abrir la boca se habría explayado sobre el último adiós, la añoranza del ser amado o lo mucho que pensó en mí. Puede que, de insistir en el tema, me ilustrara también sobre los beneficios del sexo porque sí, como un ejercicio liberador, como un modo de perdonarnos o al menos desahogarnos, como un daño colateral del odio que nos juramos.

Sólo que no quería oír más necedades. No había ido allí en busca de discursos vanos ni forzadas explicaciones. Sabía lo que quería y, ahora que me lo ponía en bandeja, que se mostraba receptivo y oferente, con la guardia baja y la bragueta dispuesta, no iba a desaprovechar la ocasión.

Dudé un segundo nada más, indecisa sobre si abalanzarme sobre él o esperar, si acorrularle en ese mismo instante o ser tan falsa, tan sumamente malvada como para fingir y permitir que recorriera la distancia que nos separaba creyendo que era suya la iniciativa.

Me acerqué despacio, abriendo mis brazos y desplegando con las manos el vuelo de mi abrigo negro como las alas de un murciélago, y dejé que se acurrucara en mi pecho. Poco a poco, mientras le oía balbucear cuánto me había echado de menos, lo desconocida que estaba, fui cerrando mi abrazo en torno a su espalda, con mis uñas clavadas en su chaqueta igual que garras hambrientas, sabedora de que pronto le asfixiaría el calor de nuestros cuerpos unidos por los besos.

—Vamos adentro —sugirió en cuanto recuperó el aliento—. Debemos quitarnos esta ropa y hacerlo juntos.

Era lo que quería escuchar, y accedí ocultando cuánto me agradaba el dulzor de este triunfo. Luego todo fue más fácil, más atolondrado y mecánico, menos premeditado de como lo había planeado. A fin de cuentas nuestros dedos conocían de memoria el sinuoso camino a trazar sobre cada anatomía, sus recovecos y resortes secretos. Y, sin embargo, hubo detalles inesperados, sensaciones que me maravillaron debidas, sin duda, a mi renacido estado: el crujido de sus huesos tras entrechocar nuestros torsos en el combate encarnizado de caricias y arañazos; ese deje salado que degustó mi lengua al recorrer con pericia y calma la línea que desde su espalda me llevaba a su nuca; el estremecimiento de su piel en contacto con mi tacto frío; un sobresalto indefenso al notar el primer mordisco y el dejarse ir, pleno de abandono, para permitirme disponer de él a mi antojo, al borde del deseo o el llanto, antes de que mi pasión desbocada, fuera de control, desatada e impune, me llevara a chupar, sorber, disfrutar hasta

la extenuación su carne, hasta el último estertor de vida, mientras mis labios helados, golosos, apreciaban excitados cómo su sangre palpitaba atolondrada.

También, por supuesto, ese sabor indeterminado, intenso e inolvidable, denso y penetrante, indescriptible e imborrable, de un rojo violento, que me llenó la boca por primera vez y definitivamente me perdió con una violencia tal que, más allá de la fascinación, el amor o el dolor, desde entonces y para siempre me atrapó.

* * *

—¿Entonces os gusta mi primer Plato Efímero? Sé que su sabor es inusual... —sugiero mientras aguardo una respuesta de mi agrado que preveo no llegará. Quisiera que me dijeran que es intenso e inolvidable, denso y penetrante, indescriptible e imborrable, de un rojo violento, pero a quién quiero engañar, nadie más que yo reconocería esas notas únicas e impensables, no pueden asociarlas a lo que conllevan, no tienen ni idea de qué se siente al cazar.

—Riquísimo —contesta ella con inusual entusiasmo.

—Exótico —responde tajante mi otro invitado—. Es dulce y salado a la vez, crujiente y blando pero con un fondo picante... ¿Lleva ajo?

—No, lo aborrezco. Nunca lo uso cuando cocino.

—Es una ensalada rara con un nombre raro y con intenciones raras —su crítica continúa—, como el tipo de carne utilizada, cuya procedencia desconozco, o su corte. Imagino que es intencionado que los pedazos tengan forma de labios y que la lechuga muestre estos tonos azulados. Sospecho que, más que cocinar, lo que te gusta es jugar con la textura de los alimentos —elucubra con un marcado tono de reproche que, contra su finalidad, más que ofender me adula.

—Gracias, supongo —respondo con modestia fingida.

—El nombre de tu restaurante también es peculiar —él continúa estudiándome con mal disimulada curiosidad—. ¿De dónde sale eso de «Barbantesa»?

—Es el nombre de un insecto. Y rima con el mío: Teresa.

—Pero tengo entendido que todos te llaman Teté.

—Eso era antes —zanjo pertinentemente seca.

—¡Ya lo entiendo! —exclama alborozada su compañera, la ideadora de libros y argumentos—: Como estamos en un invernadero y hay tantas

plantas, de ahí que sea el nombre de un bichito. ¡Es genial!

—Has dado en el clavo —miento con falso entusiasmo.

—La verdad es que te ha quedado todo precioso —añade embaucadora—. Ahora comprendo por qué la gente no para de hablar de este lugar. Créeme, me gano las lentejas recogiendo información sobre las tendencias de moda, y lo mejor... —hace una pausa retórica para dar emoción a su discurso zalamero— es que has levantado este negocio de la nada.

—Quién te iba a decir las vueltas que da el destino, Teresa —interviene sibilino el consejero—, tantos años trabajando como periodista cultural y mírate ahora, convertida en una de las restauradoras más famosas de la ciudad.

—Tengo una suerte increíble por haber cumplido este sueño —acepto hablándoles en su mismo lenguaje pueril, dándoles la razón con palabras vacuas sólo para regalar sus oídos mientras decido si vale la pena continuar soltando banalidades o debo entrar a trapo sobre quién soy y cuál es mi objetivo. Pero qué digo, cómo puedo plantearme tal atrocidad, esta gente no merece ni el aire que respira, por qué he de revelarles ni tan sólo media verdad.

—¿Es que tu anterior trabajo no te satisfacía? —sugiere ella indiscreta.

—Era una enchufada. Trabajaba en esa revista gracias a que mi madre publicaba en ella sus recetas —añado a la defensiva—. Y ya que tocáis el tema, me gustaría proponeros el relanzamiento de sus libros de cocina. Los plazos establecidos en los contratos con su editorial aún tardarán en vencer, pero actualmente quedan tantas obras sin reeditar que podríais conseguirlos.

—Te voy a ser sincero —corta en seco su superior—, podría ser una operación interesante y coincido en que la explotación de los recetarios de tu madre está desaprovechada, pero no es nuestra prioridad enfrentarnos a la competencia robándole a una de sus autoras estrella. ¿Por qué cambiar si te siguen reportando beneficios independientemente de quién los publique?

—Porque a mí no me da igual quién los publique.

Sé que no lo entenderá, su lógica no concibe más argumentos que el interés. Ha explicado con tanta precisión, con tal crudeza las ataduras que imponen los pactos empresariales de no agresión, que no puedo dejar de recordar esas películas de gánsteres en las que el toma y daca de muertos se podía obviar siempre y cuando los tanteos entre bandas rivales fueran igualados. Me asquea estar sentada frente a alguien como él, no creo que pueda aguantar mucho más.

Pero sé que no me dejarán marchar. Ahora que ya he expuesto mis pretensiones me toca escuchar las tuyas, así funciona esto y, por otra parte, me pierde la curiosidad de averiguar por qué están tan convencidos de que me dejaré tentar.

Acabados los brotes azules de ultramar y las tiernas tiras de carne con forma de labios —Benjamín, qué poco nos queda ya de tu recuerdo—, limpios los platos e incluso rebañados, se acercan los camareros para sustituirlos por los segundos y no se me escapa que mis contertulios suspiran aliviados por este intermedio providencial. Tras unos instantes de proporción variable —demasiado largos para ellos, demasiado cortos para mí—, el consejero comienza su tan anhelado ataque.

—Teresa, entiendo el valor sentimental que poseen las obras de tu madre para ti —y la frase le queda sentida, pero no tiene ni la más mínima idea, ni la tendrá jamás, de cuál es para mí su valor real—; y como es un tema que te preocupa solicitaré a nuestro gabinete jurídico que eche un vistazo a esos viejos contratos para ver si existe la posibilidad de derogarlos. Lo único que te pediré a cambio —ahora es cuando pretenden que les venda mi alma por toda la eternidad— es que escuches la propuesta que vamos a hacerte.

Él y su asesora-cazadora de moderneces se cruzan una sonrisa satisfecha y asienten con la cabeza para sincronizarse. Respiran, cuentan mentalmente con la mirada del uno fija en la del otro y preparados, listos, dan inicio a la función que han ensayado en su despacho, ese baile de seducción que, aunque lo ignoren, será un rotundo fracaso.

—La nuestra es una editorial especializada en libros de divulgación con décadas de prestigio a sus espaldas —comienza con el tono monocorde de quien suelta a su accionariado un discurso aprendido de memoria—. Nos vanagloriamos de ofrecer a los lectores una imagen de seriedad después de haber publicado a las grandes eminencias de cada especialidad y, como habrás supuesto, ahora pretendemos introducirnos en el segmento de libros de gastronomía.

—Un acierto —y siento sobre mí sus ojos sin vida, o al menos sin sentimientos, que me taladran para comprobar si está causando efecto. Lo que no revelo es que causa el contrario al esperado, porque da la casualidad de que soy capaz de sacar mis conclusiones y conozco lo suficiente este mundillo de palabrería barata, egos y bajas pasiones como para ir traduciendo sobre la marcha su plática cuajada de eufemismos hasta elaborar en mi mente la versión veraz, crudamente real.

La suya es en realidad una editorial casposa que divulga obras de catedráticos trasnochados al borde de la jubilación, ha perdido el tren de la actualidad y no conecta con el público de hoy. Es más, los cambios que ha propiciado han resultado poco creíbles, de modo que ha perdido la identidad: ya no llega a sus lectores de siempre pero tampoco a los nuevos, y se hunde irremisiblemente como un trasatlántico en mitad del océano en manos de un capitán inepto. Aunque está visto que no lo entiende así, pues propone una vuelta de tuerca al desaguisado que él solito, con su nefasta gestión, ha ocasionado.

—... Y en nuestra apuesta por modernizarnos para llegar a un espectro de público más amplio decidí contactar con la más exitosa asesora de tendencias, aquí presente, alguien que no poseía experiencia alguna en el sector editorial pero que está al tanto de lo que se cuece en las revistas, en la televisión y entre la gente de la calle. Llevamos varias reuniones muy productivas y, en un hecho inusual en mí, he solicitado además la opinión de nuestras editoras y empleados para que pusieran su materia gris a funcionar, y tras mucho discurrir hemos ideado una oferta que te resultará muy apetitosa. Je, je, je.

No sólo tiene el mal gusto de hacer una broma sin gracia y demostrar su falta de ingenio sino que obliga a su colaboradora a reírse también con tal de cobrar a fin de mes, aunque disimule el espanto que le causa clavando la vista en el suelo, no vaya a ser que se le note que maldita la gracia que le hace la gracia.

—Verás, Teresa —interrumpe mi reflexión, enfatizando exageradamente sus palabras, la atrapadora de modas e ideóloga del proyecto—, consideramos que lo mejor para contactar con el gran público es acudir al medio masivo por excelencia: la televisión. Y ahí es donde entras en acción.

—Creí que os interesaba como experta en técnicas culinarias —replico.

—Eso también, pero lo verdaderamente novedoso será sacar partido a tus perfiles más populares y atractivos: ¡el de presentadora y amiga de los famosos! —me grita a la cara la asesora con una sonrisa tan exultante, tan forzada, que me resulta a partes iguales repugnante y aterradora.

Ya están las cartas boca arriba sobre el tapete. Ahora, apenas repuesta del susto, he de interpretar mi papel intentando ser convincente. Yo, a diferencia de ambos, no he podido ensayar nada con antelación.

—En mi programa, al margen de las entrevistas, no se habla más que de la pureza de alimentos, de tiempos de cocción, de...

—Nada de eso nos interesa —zanja el amo impaciente y hasta enojado.

No pensaba que esta arpía iba a oponer tanta resistencia—. Queremos algo nuevo de ti, un concepto que te encumbraría y te situaría en lo más alto de las listas de ventas.

—Sigo sin entenderlo.

—Es muy sencillo, Teresa —ahora es ella quien continúa el guión con dulzura obligada, tratándome como a una niña no demasiado despierta—, lo que pretendemos es encargarte un libro de cocina en el que cuentes, además de tus mejores recetas, las anécdotas e intimidades de los invitados que han pasado por tu plató y por tu restaurante.

—¿Queréis un libro de cocina con chismorreos?

—En los países anglosajones muchos cocineros lo hacen y se forran —me confiesa con un guiño cómplice—. Se trata de que hables de los famosos que conoces, de los rumores que se oyen en sus fiestas, de sus romances... Vendría fenomenal para darle un toque de pasión a las recetas. No nos negarás que no escondes mil secretos que confesar — sugiere sin asomo de vergüenza.

—Si escribiera esa obra no volvería a entrar por esa puerta que ves ni un solo famoso, como tú los llamas —alego, como si en juicio por libelo me encontrara.

—No se trata tanto de lo que cuentas como de lo que insinúas —y al revelarlo sus ojos se muestran enigmáticos y chispeantes y su voz se transforma en un susurro envolvente, tentador. Como si pretendiera hipnotizarme o me fuera a descubrir el misterio de la piedra filosofal, como si desvelase la fórmula alquímica para convertir la mierda en oro a nadie más que a mí.

—Insisto: si revelase una sola intimidad de mis clientes mi negocio se iría al traste. Sería una inmolación, el fin de mi credibilidad como cocinera.

—Pues nuestros estudios de mercado han detectado lo contrario —objeta cargada de insensatez—. Cabe la posibilidad de que alguno dejase de acudir, pero a cambio recibirías innumerables peticiones de gente de la calle dispuesta a reservar una mesa en el restaurante de las estrellas. Y además, ¿qué te importará si a partir de ese momento tú también serás enormemente famosa y millonaria?

—Olvidas el hecho de que me encanta mi labor en los fogones, de que disfruto con las entrevistas en mi programa —y como no están dotados para comprender estos conceptos les ofrezco un argumento irrefutable, el único que entienden sus atrofiados cerebros— y de que gracias a mi herencia y a mi trabajo el dinero no me falta.

—Siempre se puede tener aún más —agrega el consejero delegado con un aspaviento que implica a la vez desdén y confusión ante mi estulticia.

—Y esta idea... —cambio de tercio para salir del atolladero en que me encuentro— ¿se la habéis ofrecido antes a otras personas?

—Por el momento a nadie más. Es una demostración del honor que conlleva que para un lanzamiento de tanta magnitud hayamos pensado en ti la primera —mis impresiones se acaban de confirmar: estoy en una película de la mafia y ahora es cuando me plantearán esa oferta que no voy a poder rechazar.

—No deberías tener tantos escrúpulos, Teresa, en los tiempos que corren lo hace todo el mundo —añade la cazadora de tendencias ante mis labios pasmados y mudos—. Escribir lo que el mercado demanda no es indigno, se trata de proporcionar al público obras amenas y fáciles de leer, sin pretensiones literarias en su prosa ni jeroglíficos complicados, que den poco trabajo a sus editores a la hora de corregirlas y un gran beneficio a la cuenta de resultados.

Qué decir. Tendría tanto que objetar que no sé ni por dónde empezar. Ahora lo que procede es pedirles amablemente un tiempo prudencial para sopesarlo, fingir que evaluaré con detenimiento su proyecto y me plantearé embarcarme en él cuando, para qué rehuir la verdad, no pienso perder ni un segundo en tamaña mamarrachez. Es un plan insensato, una falta de respeto a mi oficio, el intento de unos arribistas cegados por las cifras de ventas y, lo peor de todo, una vulgaridad.

Obviamente no se lo diré con estas frases lapidarias e incisivas cuando me decida a transmitirles mi negativa. Lo más adecuado será enviarles una breve pero taxativa carta cargada de falsas excusas, como la imposibilidad de cumplir los plazos marcados ante otros compromisos laborales ineludibles.

Me levanto de la mesa, por qué seguir aquí sentada esperando algo de cordura, una frase sincera, un argumento coherente cuando todo está dicho y el bacalao más que cortado. Con gentileza no exenta de firmeza, tras prometerles por enésima vez que meditaré su propuesta, que mantendré la boca cerrada y no negociaré su absurda idea con otros editores so pena de muerte, castigo divino y maldición eterna, doy paso a la despedida con un alivio que dudo que adviertan.

Les oigo farfullar halagos sin descanso por mi buena disposición, repetir hasta la saciedad que la reunión ha sido muy productiva y el almuerzo exquisito, especialmente esa ensalada tan extraña con hojas de

lechuga de color azul y pedacitos de carne en forma de labios, es una lástima que afirmes que no volverás a prepararla jamás, demuestras muy poco sentido empresarial por tu parte. Ahora esperamos que nos perdones pero debemos regresar a la oficina, en breve se fallará nuestro premio de novela y puesto que están pasados de moda los presentadores de televisión estamos dudando entre otorgárselo a un personaje de la prensa rosa o a un famoso futbolista, y procurando que no se haga evidente la sonrisa que florece en las comisuras de mi boca ante esta desmesura les acompaño hasta la salida para despedirlos como merecen, no debo descuidar pese a las desavenencias personales y profesionales mi papel como anfitriona. Cuando nos tendemos la mano con fingida pero educada cortesía un estruendo repentino retumba a lo largo de la calle y dentro del invernadero y, de pronto, parece que el cielo se nos cayera encima como una plaga bíblica que, ciertamente, creo que merezco.

7. La sobremesa

Tardamos unos segundos en percatarnos de lo que sucede, en identificar esas bolas de granizo del tamaño de pelotas de golf que parecen querer destrozar los cristales y abrir nuestras cabezas. Por fortuna estamos a punto de cerrar y no quedan más que una decena de clientes dispersos y pasmados en sus asientos, confusos y dubitativos, que no saben si prolongar la sobremesa hasta que escampe o salir corriendo antes de que la tormenta se agrave. Mis dos acompañantes, otrora dispuestos a encumbrar a la gloria literaria a una famosa del corazón iletrada o a un delantero-centro semianalfabeto, también vacilan, consultan sus relojes y tras comprobar la fuerza del aguacero permanecen como estatuas de sal bajo el marco de la puerta con evidente desconcierto. La educación obliga, y aunque maldigo a quien haya establecido cómo debe comportarse en estos casos una perfecta señora, termino ofreciéndoles con palabras que me cuesta masticar un nuevo café, un licor o una infusión en alguna de las mesas cercanas a los ventanales para que así puedan disfrutar, mientras digieren el contratiempo, del espectáculo que nos brinda la naturaleza. Sería peligroso conducir ahora, cuando el tráfico está detenido, cuando no camina nadie por las aceras, cuando no hay más remedio que permanecer atrapados acompañados por esta variopinta selección de individuos desconocidos tan perdidos como nosotros, tan desvalidos por algo tan inocente como una pedrea de hielo imprevista.

Los dejo pensándoselo y me escapo con disimulo a la cocina para comprobar cómo continúa todo por allí y ordenar a los camareros que, a fin de evitar que se alborote el gallinero, sirvan a los comensales unas bebidas a cuenta de la casa. Los cocineros, siempre recluidos entre ollas y sartenes, parrillas y fogones, se muestran curiosos por conocer cómo se divisa el panorama desde el comedor, ya que no tienen acceso al exterior más que por unos tragaluces que dan a un patio desangelado. Sabiendo el

nulo trabajo que queda, sería cruel dejarlos encerrados al pie de los hornos apagados cuando ahí fuera, en el mundo de los ventanales y la luz, se celebra la danza del agua imparable y caudalosa que cae ruidosa del cielo y amenaza con sepultarnos. Llevada por la generosidad les invito a salir con sus delantales sucios, agotados después de horas frente al fuego y con Tomás sobre sus cogotes exigiéndoles la perfección en cada ración con la velocidad y el estrés que supone esta profesión dura y adictiva. Aceptan mi ofrecimiento excitados como escolares a los que un profesor concede un recreo extra y en apenas unos segundos se acercan al ventanal parpadeando como topos ante la luz grisácea que llena la estancia, deslumbrados por la tromba de hielo que, como una cortina que fluye sin cesar, golpea incesante los cristales, colma los alcorques y quiebra no pocas ramas de los árboles.

Tomás y yo también salimos al comedor para no perdernos la función, para mediar, si hace falta, entre los clientes de postín y nuestros humildes empleados, para cantar o contar chistes si resultara necesario, para procurar, en definitiva, que todo progrese adecuadamente en este encierro forzoso e inesperado. Ante el ambiente de camaradería que se respira parecemos dos padres boquiabiertos que regresan a casa tras una cena y no pueden creerse que sus hijos adolescentes hayan sido capaces de valerse por sí solos. Todos departen amigables distribuidos por las mesas con mejores vistas y, resignados, hacen suya la recomendación de poner al mal tiempo buena cara y bromean sobre la situación, se reparten tarjetas y números de teléfono, se intercambian confidencias e incluso alguno se lanza a flirtear, como el financiero de impecable traje hecho a medida en la más selecta sastrería que pone ojitos a la joven encargada de picar las verduras o el encargado de la plancha, sudoroso y con la camisa remangada, que saca pecho ante la modelo más requerida del momento.

Sin embargo, no todos están relajados y entretenidos. El consejero delegado no aceptó mi oferta de descansar y olvidarse de sus deberes pendientes y, acompañado de su fiel secuaz, que por no dejarlo solo rumiando su irritación permanece a su lado de pie, continúa plantado en el hall, junto al paragüero, al margen del ambiente de familiaridad que reina en la sala, como si se creyese superior por no dejarse llevar por el común solaz, sin cruzar una sola palabra con los demás, sin fumarse un cigarrito o disfrutar de la repostería que estamos sirviendo para acompañar las bebidas. Vigilan con recelo el exterior, él empecinado y ella resignada, y como soy algo sádica me acerco haciendo ver que estoy un tanto preocupada pero curiosa en realidad por descubrir los motivos que

les impiden participar de este insólito momento de confraternización.

—¿Ocurre algo? —me intereso.

—Como verás, no deja de granizar —constata ostensiblemente amargado.

—Sería mejor que esperarais en el comedor —reitero—, la gente se está divirtiendo y donde estáis no se puede hacer nada de provecho...

—Preferimos esperar aquí —me corta nuevamente sin volverse hacia mí, con la mirada fija en el exterior, en las bolas de hielo enormes, amenazantes, suicidas, que acribillan los capós de los coches.

Se me pasa por la cabeza revelarles que, por mucho que se concentre, la sola influencia de su mente no va a lograr que cese este desastre. Las cosas no funcionan así, o no al menos en el mundo real. No estamos en su oficina —a Dios gracias— y sus deseos no son órdenes para nadie excepto para su adoratriz. El viento no va a obedecerle, la lluvia no le oye, enardecida en el vuelo de su propio ruido, y los truenos no albergan intención de parar. Es su acompañante la que me informa de la causa del mal humor de su superior:

—Su coche nuevo está afuera —susurra.

De golpe lo entiendo todo. Me coloco a su lado y busco interesada el lugar en el que se posan sus ojos. Ahí está, un vehículo alemán de la gama más alta, una joya cuya carrocería parece un campo de batalla minado sobre el que el pedrisco, congelado, preciso, sigue restallando y en el que puedo distinguir los chichones que se cobran su victoria sobre la chapa indefensa.

No sé qué decir y, en vez de refugiarme en la prudencia, largo la primera estupidez que me viene a la mente:

—No te preocupes, supongo que lo tienes bien asegurado.

Por toda respuesta sus pupilas negras, densas como pozos sin fondo, duras como el pedernal, vacías de emoción como las de un tiburón, se clavan en mí ahora sensibles, asustadas, empequeñecidas. Nunca comprenderé qué extraña mutación del afecto une a un hombre con su coche. Pareciera que cada proyectil caído del cielo se clavara en su propia carne. Lo veo estremecerse y me obligo a girarme para disimular las ganas de burlarme de sus temores con toda la crueldad de que soy capaz.

La situación se torna casi violenta mientras permanezco a su lado, dándole apoyo tan serio como si estuviéramos en la sala de espera de urgencias y operaran a vida o muerte a su hermano. Soy consciente de sus vanos intentos por no mostrarse maleducado, sé que querría parecer elegante y refinado, tal vez indiferente, pero se pone más nervioso a

medida que se intensifica la tormenta y se mortifica hundido en un silencio sepulcral que su asistente-plañidera y yo, desalentadas, no nos molestamos en profanar.

Cobarde y egoísta, decido regresar a mis responsabilidades para pedir a los camareros que no enciendan las lámparas a pesar de la semioscuridad, no quiero que la luz se refleje en los cristales y nos impida contemplar lo que sucede en el exterior, la arrolladora potencia de esta borrasca de otoño tan iracunda, tan enojada como yo, harta de la actitud de ese estúpido que me lleva al borde de la exasperación. Me doy cuenta de que, como en aquella terrible escena de la película *Los pájaros*, estamos atrapados sin poder salir por miedo a perecer, a merced de la inclemencia de los elementos desatados, e insensatos nos reímos y disfrutamos admirando el poder de unos guijarros helados cuya magnitud realmente no hemos calibrado, pues no sólo son capaces de abollar la berlina de todo un consejero delegado sino que tienen la convicción suficiente para amedrentarnos.

A la luz de esta nueva reflexión ya no me parece tan desternillante esta situación. De pronto comienzan a preocuparme el resto de empleados del turno de noche que ya deberían haber llegado para organizar el menú que se servirá durante la cena y que se retrasarán detenidos bajo las marquesinas o en interminables atascos. Esta es una tarde para quedarse en casa viendo la lluvia caer, dejando transitar la rutina en el sillón y no aquí, atrapados en un invernadero con paredes y techo de cristal que, como esto continúe y el granizo termine por acumularse, no tardará en desplomarse arruinando mi negocio, mi futuro, mi cuerpo y todo lo que he alcanzado con tanto esfuerzo.

Me doy media vuelta compadeciéndome y sin ganas de entablar conversación con nadie más, vencida por el desasosiego. Esto no es nuevo, conozco esta sensación y sé cómo ponerle remedio, sólo que ahora no dispongo de un hombre que me aprisione entre sus brazos con tanta fuerza como para obligarme a olvidar mi nombre y mis problemas, mis anhelos y los plazos que marqué para su cumplimiento que ya caducan anegándome en el fracaso, en el abatimiento.

Al menos puedo tomarme un respiro, dejar reposar mi cabeza que no para de bullir desde hace un buen rato. No sé si pedir una tila o, contra mi costumbre, un copazo bien cargado, cuando distingo al fondo del local al tipo de la cazadora de cuero con el que me topé esta mañana y su inconfundible aspecto descuidado. Es el héroe que impidió que decorara el

suelo con mi pintura de labios y mis dientes desparramados. Está solo, acodado en la barra con una pequeña bolsa negra a su lado, y de tanto en tanto se gira hacia la cristalera para comprobar si el furor de la precipitación ha amainado.

Sin poder evitarlo me paro prevenida, algo distanciada, y procedo a estudiarlo. A veces me saltan las alarmas y si esto ocurre siempre me detengo a escucharlas, de modo que me sitúo a poca distancia y contemplo su espalda, el pelo castaño claro demasiado crecido, rebasado el corte, alborotado sobre la nuca por culpa del cuello de la cazadora; las botas sucias en el estribo del taburete; la mano grande, recia, como de hombre de campo, que tamborilea impaciente o aburrída sobre la madera pulida de la barra; los pantalones vaqueros desgastados, tan suaves como una segunda piel, de un azul desvaído que deriva en gris, tan ajados como el recuerdo de sus ojos, tan inapropiados en un lugar como éste, donde todo es diseño, donde el mínimo detalle está estudiado y planeado, donde queda tan poco espacio a la improvisación, al riesgo y al desgarró.

Sin reparar en lo que hago me apoyo abstraída en una pared y elucubro sobre quién podrá ser y me acuerdo de cuando no tenía más que unos pocos años, sentada en el asiento del copiloto, al lado de papá, a quien tanto le gustaba conducir sin rumbo definido, en una de aquellas tardes de eterno vagar. Circulábamos por carreteras del extrarradio en busca de la carpa de un circo y nos divertíamos con el juego de los acertijos que reservábamos para los semáforos. Juntos habíamos ingeniado mil entretenimientos distintos llevados por la imaginación desbordante de una niña solitaria que leía demasiado, incluso a escondidas, y de un adulto que quizás estuviera un poco chiflado. Éste era uno de mis preferidos, consistía en inventar historias absurdas para las personas con las que nos cruzábamos en las paradas y los atascos regalándoles, sin que llegaran a darse cuenta, mucho menos a intuirlo, una existencia inventada probablemente más atractiva e interesante de la que jamás tuvieron, más extravagante de la que nunca alcanzarían, en todo caso más real. Porque lo que ellos viven ahora, en esta pausa absurda en la que estamos retenidos, me decía papá con su sonrisa bribona, es una farsa embaucadora. ¿No te das cuenta, Teté? Ahí es donde vivimos todos, instalados en la mentira.

«¿Qué ves?», me interroga papá con sus dedos sobre el volante. Me esforzaba por estirar el cuello para seguir la dirección que fijaba su índice y divisar por el retrovisor la cara de fastidio, la expresión ausente de aquel a quien señalaba.

«A un hombre con bigote».

«Cierto, pero espera un instante...».

Yo contenía la respiración y aguardaba expectante porque sabía que ahora venía lo divertido, la batería de preguntas rápidas como balas que disparaba sin cesar y que debía responder sin tiempo a pensar, antes de que formulara la siguiente, y es que ese señor tiene bigote, papá, porque de pequeño se rompió los dientes delanteros y de ahí que ahora se los tape con el mostacho, que le queda muy bien y le ayuda en su trabajo porque es un mago de los de chistera y conejo en su interior; ahora regresa de una representación y está serio porque pidió que saliera un voluntario y de entre el público surgió una joven muy bella y se enamoró perdidamente de su sonrisa nada más verla, y como no quería separarse de ella le rogó tras el espectáculo que se metiera en su baúl mágico y la encerró para hacerla desaparecer pensando que cuando estuviera en su casa, con sólo golpear la caja con su varita, su amada se presentaría de la nada para estar siempre a su lado, pero ahora le da vueltas a la cabeza con miedo de hacerlo, porque en las dos últimas veces que usó ese truco con muchachas tan sonrientes como la que ahora aguarda dentro de su caja trucada, al hallarlas de nuevo sin público, en el centro de su salón, aparecieron rebanadas a sablazos, con los cortes que simulaba hacer ante los espectadores boquiabiertos que lo colmaban de aplausos.

«¿Y aquella mujer, la del coche amarillo que mueve los labios sin hablar...?».

Es enfermera y se peina con esa coleta que recoge su larga melena para que no se le enrede entre las vendas de los enfermos o se caigan pelos dentro de una herida abierta. Le gusta su trabajo, pero desde hace unos días se ha fijado en que sus manos han empezado a perder su color, desde la punta de las uñas a las muñecas ahora su piel es translúcida, palidísima, y no sabe qué hacer. Aunque por un momento temió que tal vez los cirujanos, al fijarse en sus dedos desteñidos, ya casi transparentes, fueran a desconcentrarse durante las operaciones y causar algún mal irreparable al paciente, pronto comprobó con alivio que los guantes blancos de hospital disimulaban el problema y le ahorran complicaciones. Lo que le acongoja, lo que le asusta sobremanera, es no saber si podrá seguir arrullando a los niños. Es la más bonita de sus obligaciones, cuando durante el turno de noche en la planta infantil de repente un crío asustado llora reclamando a su mamá, o se siente asfixiado por un ataque de tos, o se deja vencer por el temor en un lugar inhóspito y tan poco acogedor, entonces aparece y susurra en sus

pequeños oídos palabras de aliento y les acaricia las frentes febriles apartando con delicadeza, con esmero, su cabello sudado pegado a sus caritas bañadas por el llanto. Le gusta tanto consolarlos, contarles cuentos y hacerles reír aunque sepa que a lo mejor no volverá a verlos porque muchos conseguirán salir sanos de allí, otros no, que se enferma sólo con pensar que ahora sus manos pudieran darles asco, que le vayan a coger miedo y nunca más le dejen aproximarse a ellos. Porque la enfermera no puede tener bebés, y lo más cerca que está de abrazarlos y recibir sus besos es en el hospital, cuando los arroja procurando que no haya ninguna arruga en sus sábanas, y suena sus mocos y limpia sus babas y les promete que pronto dejarán de sufrir, que saldrán de esa habitación blanca aséptica algún día, al fin.

A veces, cuando acababa de inventar una de mis historias a partir de sus preguntas, papá me daba un beso o un achuchón. Entonces volvía a casa contenta, feliz, y sentía que mi imaginación, esa capacidad para concebir una vida alternativa, diferentes biografías para una sola persona, era un don que sólo él sabía apreciar, un regalo fabuloso que nadie más entendería.

Después, durante alguna tarde encapotada encerrada en la cocina con las criadas, me daba por relatarles la triste leyenda de una sirena alérgica al agua, o aquella de un hombre de hielo enamorado de una mujer de fuego, o la del conductor de autobús que se quedó mudo porque en una ocasión, mientras escuchaba en la radio a un locutor que se había quedado afónico, éste le robó a través de las ondas su voz. Las doncellas quedaban embelesadas oyéndome hablar y dejaban de planchar, de amasar o de fregar con la mirada puesta en un punto indefinido de la habitación. Entonces aparecía mi madre, hecha una fiera, y subía corriendo al despacho de papá para recriminarle que viviera encerrado entre sus libros y me metiera esas ideas absurdas y sin sentido en la cabeza, cómo podía hacer de mí una persona tan poco práctica, tan irracional, tan ingenua.

Yo me sentía culpable y me proponía seriamente callarme, no descubrir a nadie ninguno de nuestros juegos, pero la llegada de un día lluvioso me volvía melancólica y, sin acordarme de mis propósitos, me lanzaba a relatar las otras existencias de quienes nos habíamos topado papá y yo en nuestros paseos.

Cierro los ojos y recuerdo su sonrisa triste, tímida, y me muerdo la lengua evocando aquella vez en que, tras aparcar el coche y entrar en casa como un torbellino, no pude resistirme a anunciar que había sido una

tarde muy divertida porque habíamos caminado por una calle llena de señoras con muy poca ropa pero con pelucas y largos collares y pequeños bolsos colgados de sus manos de uñas afiladas y rojas, que nos guiñaban sus párpados pintados de sombras brillantes, que nos sonreían alegres con sus labios carnosos, rebosantes de besos, y nos dedicaban frases tan cariñosas.

—Pero ¿qué le has enseñado a tu hija? —se escandalizaba a gritos mamá.

—La vida.

—¡Cómo se te ocurre, insensato! ¿Es que te has vuelto loco?

—Siempre dices que es demasiado ingenua, que tiene que entender que no todo son cuentos, que existen diferencias, el bien y el mal, arriba y abajo.

A veces todavía se repiten en mi memoria los chillidos que invadieron la hora de la cena mientras ella acusaba y él callaba, sonreía de lado y me hacía un guiño divertido sin que le vieran. Nunca me decía qué debía hacer, qué podía o no contar, pero ahora creo que en aquella ocasión hubiera sido mejor mantener la boca cerrada.

Como si mis párpados fueran un interruptor que me trasladase del lluvioso y presente gris a un desenfocado, a un mal iluminado pasado, vuelvo a cerrarlos y veo a papá haciéndome cucamonas al otro lado de la mesa ahora que mamá se ha levantado a por el salero y, por fin, ha dejado de vociferar. Tic.

Abro los ojos y ahí sigue el directivo editorial mientras el granizo maltrata la carrocería de su automóvil, con la plagiadora de tendencias a su lado que se retuerce nerviosa los dedos y desea salir de una vez de aquí, llegar a su casa, quitarse los zapatos, que este día eterno llegue a su fin. Tac.

Los cierro, y tras el abanico de mis pestañas observo los de papá y están tristes, cansados, algo velados pero siempre fijos en mí. Tic.

Los abro, y las manos del hombre misterioso, de mi salvador sin nombre, sacan un mechero de acero del bolsillo trasero de su pantalón con el que comienzan a jugar sobre la barra, teñida de sombras debidas al manto oscuro del aguacero que todo lo nubla, que lo empequeñece un poco más. Tac.

Cierro los ojos. «¿Qué ves, Teté?».

Los abro.

Veo un asesino en serie.

Veo un guía de safaris en busca de tigres desahuciados.

Veo un domador a la caza de mujeres que le sepan atrapar.

Veo un piloto suicida en la Segunda Guerra Mundial. Veo al Llanero Solitario cansado de vagar.

Veo un policía corrupto harto de robar.

Veo un escritor que perdió la magia de las palabras. Veo un pirata al que no le gusta el mar.

Veo un tahúr hastiado de los juegos de cartas.

Veo un donante de semen.

Veo un flautista perseguido por las ratas.

Veo un traficante de drogas, o de diamantes, o tal vez de almas.

Veo un líder de la Revolución.

Veo un aventurero cansado de tener miedo.

Veo un triunfador arrepentido de serlo.

Veo un fracasado orgulloso con su destino.

Veo un prisionero con sentido del humor.

Veo un príncipe valiente que no se traga el cuento.

Veo un millonario que trabaja de repartidor.

Veo un héroe, un villano, un malvado, un buen tipo.

Veo un pecho tatuado con una rosa marchita.

Veo un huérfano de madre.

Veo una sonrisa perdida.

Veo una boca que escatima los halagos.

Veo un corazón comprometido en huir antes de ser acorralado.

Veo un hombre callado que no está dispuesto a ceder.

Veo un misterio sin resolver.

Veo un gran interrogante que en sus curvas me atrapa.

Veo, en definitiva, a un desconocido acodado en una barra que me da la espalda.

Y sin embargo, por más que me fije, no veo que su disfraz encaje entre nosotros, ni siquiera hoy, en medio de esta pintoresca fauna.

Su presencia es ilógica, poco natural, forzada.

No, categóricamente no lo veo. Para nada.

Como una investigadora de tres al cuarto, más que en él me fijo en los detalles de su ropa, de su postura y de sus zapatos y concluyo que aquí no ha almorzado, pues de ser así le habría percibido. Echo un rápido vistazo al reloj de pared y calculo que lleva cinco horas rondando por nuestras instalaciones, ya sea en el bar o en el comedor, en la calle o en los

alrededores. Las arrugas de mi frente se agrandan: cinco horas son mucho tiempo. ¿Qué espera?, ¿a qué aguarda?

No es un amante desvalido al que hayan dejado tirado. Nadie aguantaría tanto tiempo esperando en la puerta de un restaurante por más que le mueva el amor. Por otra parte, ni su manera de comportarse ni su ropa encajan en el estilo desenfadado pero exclusivo de nuestros clientes. ¿Qué esconde entonces que tanto me altera? Pese a mis oscuras y privadas aficiones no albergo miedo, no me siento vigilada o perseguida y, sin embargo, me intranquiliza saberlo en mi territorio desconociendo quién es, qué busca. No, no voy a quedarme alterada con mi curiosidad y mi temor a punto de explotar, lo único que debo hacer es despegar mi trasero de esta pared y elegir un tema de conversación para abordarle de un modo que parezca natural.

Ignorante de mí, sigue abstraído, ajeno a todo mientras me aproximo y le veo contemplar los reflejos de la luz en la superficie de su mechero plateado. Estoy tan cerca que podría olerle y me seduce la idea de soplarle ligera, muy suavemente en la tibia pelusilla del cuello para ver cómo reacciona, si se asusta o se disgusta. De repente, sin que llegue a adivinar muy bien por qué, tal vez me ha leído el pensamiento, levanta inquieto la cabeza y se apresura a alzar la mano para indicarle al barman que el teléfono colgado a su espalda está sonando descontrolado. El camarero levanta el auricular y le mira como dudando. «Sí, creo que está aquí», afirma mientras se lo ofrece: «Si no me equivoco, usted es el único cliente de la barra con barba de tres días y cazadora de cuero». Anticipando sus movimientos me da tiempo a retroceder varios pasos para que, si le da por pedir que le desvíen la comunicación a uno de nuestros reservados, al levantarse no me encuentre justo detrás, como una loba al acecho dispuesta a saltar sobre sus hombros en cualquier momento.

El hombre misterioso comienza a hablar con voz segura y grave sin preocuparse por quién le reclama, como si hubiera estado esperando toda su vida esa llamada. Escucho frases sueltas escupidas entre dientes y monosílabos entrecortados y por segunda o tercera, tal vez por cuadragésima vez en este día, vuelvo a sentirme idiota, con esta expresión pintada de esperar no sé qué de alguien que no sé quién es y sin saber por qué tanto recelo, tanta sospecha, tanta aprensión. Soy una necia, me riño, y decido olvidarme para siempre del tema y pegarme unos buenos azotes con la vara de avellano que guardo en el armario para flagelarme, al menos mentalmente, cuando se me van la cabeza o el ansia o las manos. Giro en redondo sobre mis talones y ya estoy al límite de su campo

magnético, de su zona de atracción, cuando le oigo decir en un tono más alto quizá debido a esa urgencia que se adivina en su voz: «En este lugar hay negocio, a ver si de una puñetera vez haces caso a mi olfato. Se piensan que en esta cajita de cristal están a salvo, pero va a resultar tan fácil... Será coser y cantar».

Me detengo casi sin respiración, se me va a salir el corazón por la boca pero lo freno a la altura del paladar, me lo trago otra vez, espero que regrese a su sitio y cuando noto que ha vuelto a instalarse de nuevo en mi pecho me decido a andar movida por un impulso irrefrenable, por la valentía más irresponsable o posiblemente por el puro miedo y me acerco para requerirle muy seria, hierática, haciendo gala una vez más de esa proverbial frialdad que todos conocen sin saber que fluye por dentro un río de desechos a punto de desbordarse, cómo se llama, a qué ha venido, a quién espera. Por algo soy la propietaria de este tinglado, la que decide quién entra o se queda fuera, la monarca de este reino de cristal levantado con mi sacrificio, alimentado con mis tripas que tanto, pero tanto me ha costado.

El tipo es listo, y rápido, y debe de tener un sexto, hasta un séptimo u octavo sentido, porque me huele, me siente venir. Es posible que perciba mi sombra oscura gracias a una tenue variación de la luz o a mi reflejo esquivo en el metal pulido de su mechero porque de golpe, abruptamente, se despide con un taxativo: «Tengo que dejarte, luego hablamos» y cuelga y se levanta raudo encaminándose hacia la puerta a pesar de la que está cayendo afuera, dispuesto a salir sin hacerse notar más de lo preciso, sin concederme ni una mísera respuesta.

En cuanto a mí, me quedo sin aliento, profundamente perturbada, plantada en medio de la sala. En una fracción de segundo barajo la opción de seguirle, de acortar la distancia que nos separa y salirle al paso para interrogarlo sola o con ayuda del personal del local, que para eso están haraganeando entre las mesas, pelando la pava, oyendo el pedrizo caer, dejándose hipnotizar por el sonido que produce su choque contra las ventanas. Y sin embargo, contra todo pronóstico, logro que mi cerebro funcione como si de veras fuera un animal racional y permanezco donde estoy. Está decidido, por hoy lo voy a dejar escapar.

Él busca huir y yo ahora no puedo darle alcance. Esta es una situación de riesgo, algo que en este instante viene grande a mis posibilidades. Sería un escándalo montar una escena precisamente aquí, veneno para el negocio, carnaza para la prensa hambrienta de banalidades. Está avisado

de mi incapacidad, lo presiento, sabe que tengo las manos atadas, que debo guardar las formas y mostrar mi mejor cara. Pasa junto al consejero delegado al borde del llanto y por un momento mi hombre misterioso parece dudar sobre si exponerse a la furia de la meteorología o a la mía. Parece relajado, razonablemente satisfecho, pero yo tengo el convencimiento de que no es más que una pose, de que está a la espera con sus sentidos alerta. Conozco esa sensación, esa concentración necesaria para cazar sin ser cazado; le observo en la distancia y sé cuál será el próximo paso porque yo lo he practicado antes. Por eso aguarda, armado de valor y de paciencia, consciente de que llegará su oportunidad.

Entonces, como un rumor sordo que nace de mis entrañas, de las profundidades de mis órganos, de la raíz de mi cabello, comienza a bullirme dentro una oscura sensación que no sentía desde hacía tiempo. Ahí está mi viejo amigo: el miedo.

Los proyectiles caídos del cielo conceden una tregua en su descenso, los clientes se levantan de sus asientos y morosos comienzan a recoger sus pertenencias, a desperezarse, a estirar los músculos sin considerar a quienes a su alrededor les contemplan, como cuando se encienden las luces del cine al final de la proyección y el público se comporta como si estuviera en su propia casa y no en una sala con centenares de personas igual de sonadas, sumidas en la claridad recién adquirida, medidas en una vigilia artificial tan difusa como esta tarde de encierro en un antiguo invernadero en la que departieron con desconocidos con los que probablemente nunca volverán a coincidir y se confesaron verdades y pecados que de otro modo, en otra situación, en un tiempo o lugar más habituales, jamás habrían revelado.

Entretanto, prudente como el ratón que no sale de su agujero porque sabe que afuera está el gato, permanezco en mi sitio sin atreverme a dar un paso, observando cómo mi hombre misterioso se confunde entre los clientes y sale junto a ellos perfectamente protegido, conscientemente camuflado. Ya no hay ningún gato y la pantera, que soy yo, comprende que en realidad no lo es, que únicamente lo creía pero dejó de serlo hace apenas un rato.

Llega Tomás y con delicadeza me pasa la mano por los hombros, me da leves palmadas de ánimo y, susurrando que ha sido una tarde muy larga, seguro que estarás agotada, me pone en marcha una vez más. Me conoce desde hace demasiado y asume que a veces se me funden los plomos o se me acaban las pilas o se me van las ganas de vivir, de seguir avanzando

para alcanzar un día más.

—Aguanta un poco, Teresa. Ahora debes despedir a tus invitados.

Obedezco. Salgo a la calle como una autómatas movida por un levísimo poso de electricidad todavía no consumido y, nada más pisar la acera, compruebo que llego tarde. Mis no futuros editores se han largado sin despedirse y su cochazo devenido en chatarra abollada ya se ha incorporado al tráfico que avanza a paso intermitente. Si quisiera, si me apeteciera, podría darles una voz y agitar un poco la mano para guardar las apariencias en este triste naufragio, pero el semáforo se pone en verde y arrancan de nuevo con un brusco acelerón mientras yo, parada e intentando no asfixiarme a causa de la nube gris que deja su estela, me quedo meditando en la suerte que no sabe que ha gozado el consejero delegado.

Se ha salvado porque es de día. Si en vez de un almuerzo regado con granizo esta cita hubiera sido nocturna y bañada por la luna nunca habría regresado a su oficina sano y salvo. No me hubiera resultado difícil librarme de su inseparable empleada y, a solas en mi casa y en mi jardín, darle un escarmiento inolvidable e irreversible. Me sabe mal dejar escapar con esta facilidad a un ejemplar tan singular como ése, tan incapaz de comprender lo cargante que resulta, tan ajeno al esfuerzo que he debido realizar para permitir que una jornada más continúe respirando. Sin embargo, y para ser sincera, aunque ahora mismo ocupa el primer puesto en el ranking de mis futuribles materias primas destinadas a engrosar las baldas de mi nevera, lo cierto es que ni siquiera yo, con mi estómago privilegiado, tengo paciencia para digerirlo. Sólo pensar en escuchar y soportar su carga de egocentrismo y su falta de humildad mientras en mi mente decido cómo lo voy a despedazar y guisar me hace decidir que puedo prescindir de él por el momento, ya habrá mejores especímenes que inmortalizar.

Envuelta en mis pensamientos, me solazo observando cómo nuestros clientes se despiden de mis empleados con un calor que va más allá de la simple cortesía, como si hubieran compartido juntos un viaje crucial, una de esas travesías que te cambian la vida. Estoy a punto de reñirme por esta amargura vital que con frecuencia me lastra y me aísla, por ser tan desconfiada y descreída, por haber afirmado durante años que el clasismo existe, cuando me alarma un grito sordo que resuena por encima de mi hombro y me veo de pronto rebasada por un individuo alto y fornido, tal vez excesivamente musculado, que parece furioso.

Giro apresurada sobre mis talones para ver adónde se dirige con la esperanza de que no se le ocurra entrar en mi restaurante, no quiero espectáculos en mi negocio que le den mal nombre, y me dispongo a contenerle, a interponerme en su camino si es preciso para que no alcance la puerta cuando compruebo que se detiene junto a la modelo más célebre del momento, esa que acaba de pisar la acera acompañada del encargado de la plancha con el que hace escasos minutos coqueteaba sin reparos, encandilado y a sus pies, sudoroso y desaliñado como la Bestia del cuento que adora a su Bella, esta al parecer sin alma ni escrúpulos pues, por lo que se ve, callaba que el cazador la esperaba afuera.

Acierto de pleno en mis suposiciones y en dos pasos me planto ante ellos a tiempo de presenciar en primera fila la escena de celos. La modelo se ve lívida y desencajada, el novio despechado, fornido y malhumorado, la agarra del brazo y la zarandea con fuerza, no con intención de hacerle daño pero sí como un padre que reprende a un vástago travieso del que ya está francamente hartos y, en cuanto al nuevo pretendiente, después de su momento de gloria, de la conquista insospechada que le tenía embobado, despierta al fin a la realidad, a la dureza de la ley del corazón, y parece por un instante con el suyo roto y desgajado.

—¡Zorra! —exclama a su lado el cazador desengañado—. ¿Pero qué te creías, que no te vi a través del cristal tonteando con ese memo de cocinero, enseñándole las piernas y riéndote al ver cómo babeaba? ¡No sé ni para qué me preocupo por ti! —y su mano cargada de anillos de plata, remedo de un disfraz mal copiado de rockero rebelde, traza una parábola siniestra destinada a golpearle donde más duele, donde más puede hacerle daño debido a su trabajo, en la mismísima cara.

—¡Ni la toques! —se interpone el encargado de la plancha, que habrá perdido a la joven pero que no está dispuesto a que el otro siquiera la roce y que, tal vez por ese alelamiento del que todavía sigue preso, no consigue llegar a tiempo para frenar el tortazo, ese que al final recibiré yo, entrometida e intentando imprimir una autoridad que no poseo, como si mi cuerpo pequeño pudiera detener a estas dos moles, como si esta situación tuviera algún sentido.

Mala idea, muy mala, Teresa. Sin saber cómo me veo sacudida por un estrépito que no sé si viene del cielo o del suelo pero que me deja aturdida y confusa sin entender qué está sucediendo. Una ráfaga de aire silba a través de mi mejilla y noto un fuerte golpe en la mandíbula mientras la trayectoria de la palma impacta de lleno en mis labios.

Me siento mareada y sonada, me tambaleo levemente y a punto estoy

de caerme cuando para colmo parece romperme el tímpano un bramido desahogado:

—¡Salvaje! ¡Lárgate de aquí y no vuelvas más! —grita una voz por encima de mi cabeza. Supongo que es la del dueño del brazo que, cruzado sobre mis hombros, me rodea obligándome a apoyar la espalda contra su esternón. Con todo, si pudiera hablar me encantaría hacerle notar que, llevado por las mejores intenciones, creyendo que me brinda apoyo tras el trompazo, me aprisiona y me impide volverme para reconocer su rostro.

La modelo y su novio, confusos y avergonzados por el arrebató, me piden perdón y se temen lo peor: una condena al ostracismo, el alejamiento de toda vida social, el destierro de las pasarelas y las fiestas por un detalle tan tonto como haberme partido la jeta aunque fuera sin querer, sólo porque me entrometí para defender no sé si mi restaurante o mi paz o a una estúpida mujer.

—Lo siento —repite el agresor abochornado en tanto yo, enterrada en mi dulce refugio, un poco mareada por el porrazo, me detengo a elucubrar sobre la identidad de mi protector.

¿Y si se tratara de mi salvador de esta mañana? No hace nada que le perdí de vista, justo cuando salió a la calle confundido entre mis clientes e invitados. Sería una curiosa casualidad que estos puños fuertes y este pecho amplio que me acoge le correspondieran. De ser así, me habría socorrido ya en dos ocasiones en el mismo día y no le quedaría más remedio que dejarme demostrarle mi agradecimiento, me digo azorada y fantasiosa. Suspiro y me dejo llevar por una laxitud suave y apacible hasta que de repente me siento transportada en volandas al resguardo de una pared cercana donde me apoya como una damisela mancillada a la que hay que proteger o, más bien, como un bulto tembloroso que no puede sostenerse solo. Sus manos me sacuden con algo de brusquedad la ropa y revolotean frente a mí hasta alzarme el mentón para examinarlo. Yo me fijo en su rostro y comprendo entonces, aún entre las brumas del susto, que siempre se trató de Tomás, a quien no reconocí, cuya voz no fui capaz de distinguir hasta ahora, sumida en la inconsciencia del mareo.

—Te sangra el labio —me hace notar preocupado, y pasa un dedo rugoso como la lengua de un garito por la comisura de mi boca y me lo muestra rojo de mi propia sangre.

—Me mordería sin querer. Habrán sido mis colmillos... —ahora que lo dice me duele, siento la piel tirante, casi a punto de reventar, y noto la sangre que brota y se desahoga en un reguero en el que ni me había parado a pensar.

El altercado ha atraído la atención de mis empleados, que ayudan a Tomás. Entre todos me sujetan y pretenden conducirme al interior como a una inválida, pero yo me revuelvo y obcecada protesto:

—Dejadme un momento, tengo que buscarle.

—¿A quién, Teresa?

—Al hombre que antes estaba en la barra, me pareció verlo...

—No hay nadie más aquí: la modelo y su novio eran los últimos y acaban de marcharse —me contradice con dulzura Tomás.

—Pero he creído verlo por un momento. Sé que no puede andar lejos...

—Anda, vamos adentro, hay que ponerte hielo antes de que esto se hinche más.

Está claro que Tomás no cree ni por un instante que tal individuo exista más allá de mi cabeza, y por no discutir y parecerle más ida de lo que ya piensa que estoy me dejo conducir sin oponer resistencia al interior de mi restaurante, aferrada a su cintura mientras en algún rincón polvoriento encuentran el botiquín.

Por el camino abro levemente la boca y consiento que la punta de mi lengua busque la herida, que lama la sangre fresca de mi labio y se complazca en ella. Poco a poco me calmo y me sumo en una suave duermevela, acunada por el bombeo de mi propio corazón, embargada por ese sabor metálico tan conocido y anhelado que me relaja, me consuela y me llena.

8. Consejos prácticos para conservar las sobras

Cuando abro la cancela siento que los árboles del jardín se mueven inquietos, se mecen y agitan sus ramas repartiéndose codazos unos a otros. Pretenden hacerme creer que este alboroto lo provoca el viento, pero no me engañan, los conozco desde hace años y me sé de memoria sus disimulos, el sonido de su risa de aire, su naturaleza cotilla tendente a la exageración y a la mentira. Murmuran sobre mí, no me cabe la menor duda, y mientras avanzo por el sendero de gravilla con mi labio hinchado latiendo a mil por hora oigo cómo las hojas secas que ya empiezan a caer van propagando la noticia, del olmo al castaño, de ahí a los nogales y de éstos a las agujas de los abetos. Hasta el magnolio se altera y sus flores blancas y enormes como lechuzas se inclinan intentando distinguirme mejor, deseosas de comprobar si es verdad lo que les han dicho que ha pasado, que me han partido la cara, que me atrevo a regresar a *Je Reste* en este estado.

Debe de ser cosa del Ciprés Calvo del parterre del Retiro. Él los habrá puesto sobre aviso. Hace años que despierta mis sospechas, que escamada lo observo, que paciente lo vigilo. Por más que se finja ausente, que se aparente cansado y anciano y represente como un perfecto actor esa pantomima suya de su eterna fatiga y cuánto le pesan los racimos de flores que le cuelgan en otoño y le lastran como losas quebrándole los brazos; por mil veces que me repita el lamento de por qué no lo talaron las tropas napoleónicas como a sus hermanos, cansino a base de salmodiar que lo único que quiere es morir, que le dejen secarse al fin entre crujidos y lloriqueos, no logrará convencerme. Me da igual que se aburra y que diga que se siente solo porque no hay otro de su especie con quien conversar, no quiero chantajes con el soniquete acre e insistente de que es el árbol más viejo de la ciudad, que lo plantaron en 1633 y tiene casi

cuatro siglos de edad. No, no me va a manipular. Yo sé que es la antena de comunicaciones principal, la torre de control, el divulgador general.

Llevo toda una vida contemplándolo, no necesitaba más que cruzar la calle desde la escuela de cocina de mi madre y traspasar la majestuosa Puerta del Ángel para plantarme a sus pies. Cuando era una niña aún no estaba vallado y recuerdo la inquietante sensación que me producía acercarme a su tronco, posar mi mano en su corteza arrugada y sinuosa y notar su palpitación, el bullir de su savia subiendo, trayendo y llevando información, noticias frescas, ruedas de prensa, comunicados. Todo pasa por su conocimiento y, para colmo, con eso de que es uno de los árboles más altos, tiene una panorámica preponderante, un lugar de observación privilegiado en el parque justo enfrente de lo que ahora es mi local. Me imagino lo que habrá disfrutado, cansado del castigo del pedrisco sobre sus ramas y sus tallos nudosos a punto de desgajarse, cuando me divisó en la acera y vio cómo estallaba en mi rostro, por entrometida, el golpe destinado a otra más esbelta. Ya lo imagino sacudiendo sus hojas mojadas para empaparse del más mínimo detalle del altercado, gritándoselo al amparo del vendaval a la máscara siniestra de la estatua de Melpómene, que achinó más aún sus ojos de bruja de la risa que le entró con mi mareo y mi boca hinchada y mi confusión. Me apostaría el alma a que sin perder ni un segundo mandó un teletipo urgente a los robles más vetustos de mi jardín y fueron éstos los que corrieron la voz, los que han levantado esta expectación. A ellos se debe ahora la detenida inspección de mi semblante, el agitar de cada brote, el ulular de cada brizna de hierba sacudida por la consternación.

Y menos mal que Ofelia no está presente. De lo contrario, antes de que acertara a introducir la llave en la cerradura, probablemente por código morse ya le habrían soplado con repiqueteos rítmicos en el cristal de su ventana hasta el último detalle relativo a mi aspecto y el escándalo que significa entrar en este templo sacrosanto de la decencia luciendo este descalabro por bandera.

Antes de cerrar me giro y, en el umbral, reto con mi rebeldía acostumbrada a los árboles más cercanos aunque, he de reconocerlo, mezclada esta tarde con un poco de cansancio.

—Tampoco es para ponerse así —proclamo, y una nueva ráfaga de brisa los sacude haciendo que se agiten al compás de su carcajada, por un día todos de acuerdo, incluso el alcanfor y el algarrobo, hasta el palisandro que alfombra mis paseos con sus flores de jacaranda—. Como sigáis en este plan os talo uno tras otro.

Sé que han oído mi amenaza pero se hacen los locos. Doy un portazo y dos o tres gatos callejeros que dormitan en los brazos del acebuche caen sorprendidos al despertarse de golpe, rebotan en la hierba y echan a correr entre maullidos alterados. No me dan pena ni me remuerde la conciencia.

Avanzo por la casa a oscuras y me guío a tientas hasta la cocina. Cada vez que entro pretendo olvidar a quién perteneció y ahora me concentro en preparar algo, lo que sea, un plato laborioso que me haga olvidar mi mandíbula dolorida, que me impida ir a buscar como una posesa mi reflejo nublado, destrozado en algún espejo, que me deje concentrarme en algo más que yo, en mis manos amasando harina y agua, pelando manzanas o zanahorias, mezclando especias, emborrachando pasas, deshojando sobre una fuente pétalos de rosa y brotes de achicoria. La jornada en el restaurante ha sido realmente larga y me gustaría sentirme diferente, nueva, otra, sin tener que recordar constantemente la hija de quién soy, que le debo tanto que por su causa me reconozco como la que leéis ahora, que puedo librarme de su recuerdo.

No, no puedo cargar sola con la culpa de mi estirpe ni controlar el peso de la memoria que de cuando en cuando me desploman. Pero los recuerdos son más rápidos que yo, por mucho que quiera huir siempre consiguen atraparme, enredarme en su tela de araña. Esta noche me han tendido una emboscada mientras trato de mondar estas patatas que se me caen de las manos y me han traído su imagen en esta cocina haciendo lo mismo que yo, probablemente con un cuchillo similar al que ahora hago volar.

Fue, me atrevería a asegurarlo, el último año que vivimos juntas, y posiblemente uno de los detonantes de mi partida se activó aquel día. Era domingo y no hacía demasiado que, movida por uno de sus típicos arrebatos, acabábamos de reinstalarnos en *Je Reste* tras década y media en el piso frente al Retiro. De repente se había cansado de ese barrio, del tráfico que se oía desde su dormitorio, de la permanente esclavitud que suponía no descansar al hallarse su negocio justo debajo —si bien al principio le pareció el más perfecto exponente del sentido práctico— y, en especial, de los ociosos paseantes que tomaban la zona cada fin de semana y se confundían en un infinito bullir de estratos sociales y modos de vestir que difícilmente encajaban en su mentalidad tradicional.

De regreso a nuestro vetusto palacete, de donde según ella, presa de la llamada de su clase, nunca debimos salir, Ofelia estaba por aquellas fechas entusiasmada renovando la decoración tras tantos años de

abandono, sumida en un frenesí de albañiles y operarios varios, de cretonas, rasos y flores artificiales, de pan de oro y horrorosas porcelanas. Se había impuesto hacer de este lugar que siempre acogió a su familia su auténtico hogar, un fiel reflejo de su propia personalidad. Yo, por mi parte, pese a que podía lucir con orgullo mi reciente título universitario, aún no sabía qué hacer con él ni cómo utilizarlo. Por desgracia, mi somnolencia vital duró apenas una semana, vino a terminarse justo cuando a mamá se le agotó la paciencia.

A la mayoría de mis compañeros de facultad, sus progenitores, desde luego más magnánimos, por descontado más comprensivos, les habían concedido un trimestre sabático tras el esfuerzo de los exámenes finales. Quien más quien menos ya había disfrutado de un viaje a algún país lejano o un regalo de mayor o menor cilindrada con dos o cuatro ruedas que aparcar en el garaje. Mi madre, en cambio, no concebía el descanso. Para ella yo nunca tenía suficientes quehaceres, siempre era necesario estar involucrada en algo importante. Así, a los pocos días de andar por casa en pijama, de quedarme haraganeando en la cama tras años madrugando, de perder la tarde recostada en el sofá viendo algún concurso de preguntas y respuestas que emitieran por televisión, se sintió obligada a espabilarme, a echarme a andar enviándome de un empujón a la calle si fuera necesario.

—Para estar holgazaneando de una habitación a otra al menos podías ayudarme en la cocina —ordenó más que sugirió.

Por toda respuesta me encogí de hombros y agaché la cabeza. La conocía bien y sabía que como se me ocurriera protestar no tardaría en sepultarme bajo un alud de argumentos chantajistas y sentimentaloides. Resignada, cedí antes de que como hiciera otras veces me escupiera a la cara todo lo que había hecho por mí, lo que se gastaba en vestirme o alimentarme o el ímprobo esfuerzo de educarme en los mejores colegios como una señorita digna de mi posición.

Una tarde soleada, Ofelia, a pesar de su incontenible hipocondría —aborrecía salir de las cuatro paredes de su mansión—, me atrapó en el jardín. Tenía miedo de los insectos y sus aguijones desde que oyó comentar que alguien había fallecido por la picadura de una avispa; tampoco le gustaba mancharse la ropa de tierra, porque contiene bichos y larvas que se cuelan por la boca y terminan en el intestino, Teresa; ni las hojas de los árboles caídas al suelo, resbaladizas en otoño y todo un peligro en potencia, cualquiera puede pisar una y romperse la rodilla o la cadera, no entiendo, Teté, por qué eres tan inconsciente que saltas sobre

ellas, y qué decir del polen, que vuela libremente de acá para allá y puede hacerte estornudar, o las flores que surgen en primavera y provocan mil millones de alergias. Por no gustarle, ni siquiera apreciaba nuestros escasos árboles frutales que, al menos por su materialista concepción de la utilidad, deberían de haberle servido de provecho. Se quejaba de las moscas y abejas que revoloteaban bajo la higuera, amenazaba con comprarse una escopeta para derribar a los gorriones y mirlos que asaltaban la copa del cerezo y traían entre sus alas una plaga de microbios que según ella dejaban caer sobre su cabeza y, en definitiva, no dejaba de dolerse sentidamente de la ruina de jardín loco que había heredado de su igualmente loca familia. El suyo, afirmaba, era un palacete suntuoso y señorial, y más de una vez pensó seriamente en talar todo asomo de insurrección natural. Según su opinión, sólo valían la pena los ejemplares añosos que, por su madera noble, podían convertirse en un magnífico aparador para el dormitorio en caso de necesidad.

Ahora que lo pienso, es posible que ese odio visceral a lo verde fuera la causa por la que, cuando me veía con mis libros bajo el brazo en busca de una grata sombra, de un árbol amable sobre el que recostarme, se jactara, con la despiadada intención de humillarme, de que a pesar de haber transcurrido toda su infancia en esta casa no hubiera trepado nunca a ninguna de las ramas ni albergara la ocurrencia de celebrar cena alguna bajo la luz de las estrellas.

La recuerdo acercarse descalza dando ridículos saltitos sobre la hierba para no manchar sus zapatos de tafilete, con la quijada apretada y los puños cerrados a ambos lados de la falda, tan formal de la cabeza cargada de laca a los pies que hacía años que no veía desnudos, tan estricta, tan correcta, que por un momento me entró el pánico de saberme hija suya, de sentir que portaba sus genes o su manera de ser. Yo estaba tumbada junto al estanque, uno de mis rincones favoritos, y desde allí, sin apenas levantar la cabeza, podía ver el muro cubierto de madreselvas y el banco donde papá solía sentarse a leer o escribir en sus cuadernos. Recuerdo que aseguraba con una de sus sonrisas: «Me agradan las tapias encaladas, tengo nostalgia de los muros blancos, de los límites, de las fronteras».

Me gustaba alzar levemente los ojos y distinguir la tortuga sobre las piedras calientes por el sol, bañadas por el agua verde y oscura, turbia. Esta, a quien Ofelia siempre se refería como «el bicho», fue un regalo, otro más, de papá. Una tarde apareció sin que viniera a cuento con dos tortuguitas curiosas y pequeñas, con sus caritas de vieja y sus manchitas

rojas en el cuello, que asomaban la cabeza en su acuario de plástico con forma de riñón y un par de famélicas palmeras de pega. Luego crecieron, su paraíso artificial se les quedó pequeño, una murió cocida un domingo de agosto en que tuve la buena idea de que durmieran la siesta bajo el sol, poco después se fue también papá, y mamá empezó a cogerle manía a la única que resistía, no sé si por su calidad de superviviente, porque le recordaba a él o por mi desafortunado cariño hacia ese animal que no respondía a carantoñas de ningún tipo.

Primero empezó a lanzar frases veladas: «¿Todavía sigue vivo ese asco de bicho?». A continuación, sugirió tirarla por el retrete. Yo, con ese miedo irracional al que acostumbran a ser víctimas las niñas, temerosa de que *Rodolfa* sufriera un «desafortunado accidente» e influida por alguna película de la Mafia que sólo alguien como papá pudo permitirme ver, elaboré un plan para su salvación que consistió en salir de casa una noche de verano y ventanas abiertas sin que nadie se percatara y soltarla en el pequeño estanque del jardín. En aquel año horrible en que todo moría y cambiaba a mi alrededor estaba segura de que allí sería más feliz. A la mañana siguiente dejé caer en el desayuno el cuento de que había olvidado el acuario toda la noche junto a la ventana abierta y, al despertar, comprobé con estupor que ya no estaba. «Igual se la ha llevado un pájaro, mamá».

Pasé el resto de ese estío somnolienta y abochornada a la orilla del estanque, esperando ver asomar su cabecita sin nariz en la superficie del agua cubierta de nenúfares, hedionda por los excrementos de los peces de colores, cargada de verdín y hojas secas. No lo logré hasta bien entrado septiembre. Después de noches enteras llorando sobre mi almohada por el peso de los remordimientos, creyendo que se la habían tragado los peces voraces como pirañas o que tal vez se había muerto de asco en aquellas nauseabundas aguas, para mi asombro, una tarde al volver del colegio, la descubrí. Había salido a tomar el sol en la orilla y, puedo jurarlo todavía hoy, pareció por un instante que me sonreía. Nunca dudé de que lograría resistir, era una luchadora, como lo fue papá, como ahora lo soy yo, y seguro que sabría salir adelante a base de moscas, agua sucia y hojas mojadas y pútridas ante las que, pese a todo, ahora se encontraba Ofelia, que al fin había dado conmigo allí, en la parte más alejada, más umbría y tupida del jardín.

—Llevo un buen rato buscándote —anunció por toda presentación, aunque me costó entenderla a causa de ese pañuelito de batista con el que se tapaba la boca y la naricilla para no respirar el aire viciado de libélulas,

polvo de hada y pelo de gato que amenazaba a cada paso con intoxicarla.

—He estado todo el tiempo aquí, estudiando las ofertas de trabajo —respondí con desfachatez señalando el montón de periódicos esparcido a mis pies entre los que escondía la novela que había estado disfrutando.

—No parece que te cundan mucho —observó con desdén, taladrándome con sus ojos, como si supieran leerme el pensamiento y adivinaran mi absoluto desprecio hacia la tarea encomendada que no pensaba cumplir, la de convertirme en una esclava más de la cadena industrial, en una cautiva de la monotonía laboral encadenada a un rígido horario y a un jefe siniestro de los que, mientras pudiera, pretendía huir.

—Es el mercado, que está difícil —expliqué.

—O tus ganas de no trabajar —cortó furiosa al entender que no deseaba convertirme en lo que ella quería ni, peor todavía, lo intentaba disimular.

Aquí es cuando tendría que haberme echado a temblar, pero por aquel entonces era tan ingenua que aún no le tenía miedo.

—A ver, Teté —reprimí un mohín de fastidio, ya empezaba a reventarme que usara para dirigirse a mí, una licenciada, ese apodo tonto que nunca elegí—, ¿tú qué es lo que quieres ser?

En ese momento recordé a papá riendo, haciendo equilibrios en lo alto del tejado al intentar atrapar murciélagos con una caña de pescar; a papá pintando las paredes a las cuatro de la mañana con sus extraños y fascinantes garabatos; a papá al final con su pijama blanco y, pese a todo, la perenne compañía de un lápiz y un cuaderno en la mano, y respondí cediendo al impulso de ser sincera, de revelarle mis deseos por vez primera, de soñar por un instante con un oficio de mi agrado:

—Escritora.

Y entonces, sólo con esa palabra, la conversación dejó de tener gracia. Vi cómo sus ojos muertos se apagaban del todo, mordió sus labios y apretó los puños clavándose las uñas en las palmas de las manos. Vi la decepción pintada en su rostro. Vi que una idea, un sentimiento, un lazo o un hilo de sangre se rompían. Vi desde ese instante que nunca más aguardaría a que yo alcanzase a ser relevante, alguien de quien presumir. Vi el fin, el nuestro. Sí, todo eso vi reflejado en su semblante.

Me lo sigo planteando cuando tanto ha pasado: ¿por qué mi madre me rechazó? Lo vi tan claro en sus ojos muertos que más que el dolor me pudo el pánico, me derrotó la consternación. Era su hija, pero Ofelia se asombraba de que yo hubiera germinado y crecido en su interior sin haber

heredado ninguno de sus rasgos, de que no nos atara ninguna afinidad o nos uniera al menos una misma ambición. Éramos adultas las dos, lo suficiente como para no poder o no querer disimular nuestra falta de sintonía, la patética pantomima de nuestra relación.

Miro atrás mientras mi mano escarba en el fondo de la bolsa de patatas, en la arena de los recuerdos, y me descubro buscando pistas, acumulando reproches, dardos envenenados, cenas en soledad, llantos acallados. En qué momento dejé de ser esa joya de la que presumía, de la que se sentía orgullosa, para convertirme en este monstruo torpe y desamparado que recorría su casa como una sombra no deseada. Cómo pasé de ser la bella heredera a la aturdida Teté, en qué momento de mi infancia el cisne se convirtió en patito feo, la devoción por mí en desprecio, la esperanza en desencanto. Cuándo perdió a su hija. Cuándo perdió la fe.

Allí sentada, sobre la hierba rabiosamente verde, con la boca abierta y el corazón noqueado, asumí la nueva situación, pese a todo, con insólita facilidad y en una décima de segundo me dio por pensar que si ya no era adorable, si mis bromas no resultaban divertidas ni mis frases brillantes ni mi mente despierta, también podía ser que la culpa no fuera sólo mía. Quizás ella no esté dotada de ese instinto protector que se le supone a toda madre, pensé. Puede incluso que sufra todavía, más de dos décadas después, una depresión posparto que le haga arrinconarme. O es una progenitora desnaturalizada con expectativas exageradas. Sí, eso es lo que es. Vino también a mi mente, por supuesto, el espectro de papá y la certeza de cuánto me parezco a él, e intuí que verme podía despertar en su conciencia una imagen a la que no querría volver y que tenía que ver con su final.

Desengáñate, Teresa, concluí agotada de tanto pensar, cansada de buscar motivos para no ceder a la verdad. A lo mejor es más sencillo que todo eso. A lo mejor, simplemente, ya no te quiere.

Y tras la tristeza infinita, luego de la lacerante desolación de averiguar que no le ofreces lo que espera de un hijo, que no siente esa corriente de simpatía que la une contigo, llegó la tranquilidad, el orden y la razón: siempre supe que no era a ella a quien me parecía. Toda yo pertenecía a papá, lo positivo que había en mí a él se lo debía.

—Por cierto, Teté, no me gusta que me desobedezcas —comentó Ofelia deteniéndose de pronto en la distancia y girándose con toda su frialdad, sacándome de mis pensamientos con la sola fuerza de sus ojos de hielo—: Quiero que acabes de una vez con esa tortuga. Como la vuelva a ver

asomar la cabeza en ese estanque te doy mi palabra de que echaré veneno sin que me importe llevarme por delante a todos los peces naranjas.

* * *

Después de aquel cruce de revelaciones que volvió mi mundo patas arriba supuse que, al menos por un tiempo, me dejaría tranquila. Pero Ofelia no era de las que se derribaban al primer golpe y no tardó en reaparecer: tras evitarnos durante días, a causa de un error de cálculo en los horarios me topé con ella en la cocina. Yo había entrado a por una taza de café pensando que estaría dando clase en su escuela y por poco no sufrí un desmayo al encontrarla con un cuchillo enorme en la mano, pelando patatas e insólitamente haciéndolo sin guantes, sin mascarilla protectora y con toda la parsimonia del mundo.

Quise girar en redondo para salir sin que me viera, pero ya se sabe que los malvados en la literatura tienen dones portentosos y Ofelia, según parece, no era una excepción, pues sin mover apenas un músculo, sin alterarse, como sin darle importancia, me soltó con su vocecita tirana, pausada y perfectamente modulada:

—Ya tienes el trabajo que buscabas.

Y siguió concentrada en su tarea. Por lo menos tuvo el detalle de no intentar parecer contenta, de no fingir esos exagerados aspavientos de cuando se recibe un regalo o se narra un cuento, aunque tampoco hubiera estado de más un breve saludo a modo de introducción que me ahorrara el susto.

—¿Y cómo lo has conseguido? —inquirí, procurando que la taza no se me cayera al suelo y provocara un estruendo.

—Moviendo unos cuantos hilos. Para demostrarte que no soy una madre castradora y veas que aliento tu faceta creativa te he concertado una entrevista laboral en una revista —y al decirlo imprimía a su tono monocorde un leve matiz de superioridad que me reventaba y me llenaba de espanto.

—¿Y en cuál, si puede saberse? —insinué con malicia, reticente en principio a ilusionarme al menos hasta que supiera en qué consistía la oferta.

—En la que edita mis mejores recetas. Ya sabes que pertenece al mismo grupo que comercializa mis libros de cocina.

Acabáramos. Mi madre llevaba décadas divulgando extractos de sus

manuales en una publicación pseudocultural señorial y vetusta, exactamente igual que ella, instalada entre el quiero y no puedo y con ventas estancadas pero seguras.

—A ver, qué tiene de malo —añadió a la defensiva antes de que yo comenzara a poner objeciones.

—Que no quiero llegar allí como «la hija de».

—Sólo es una entrevista, lo que venga después tendrás que trabajártelo.

—Y quería dedicarme a escribir —repliqué.

—¿Pero tú qué te piensas? —saltó, confirmándome sus superpoderes malignos, pues en lo que dura un suspiro la tenía frente a mí con las pupilas en llamas, echando chispas que amenazaban con incendiar la estancia—, ¿que esto es un hotel, que puedes zascandilear por el jardín todo el santo día y que yo te mantenga?

—Me he informado de un curso de escritura creativa impartido por autores de prestigio y... —respondí tratando de hacerle entender que mis planes no eran una argucia para pasar los días mirando nubes sino un propósito meditado y acariciado en los últimos años que no me había atrevido a revelar.

—¡Ésos son unos sacacuartos que sólo quieren tu dinero! Lo que tienes que hacer es encontrar un empleo fijo que te permita pagar tus facturas y después, en tus ratos libres, juega a escribir una novela o a lo que te dé la gana.

—Me pondría un plazo —supliqué embarcada en la utopía de exponerle mi plan magistral—. Un año o dos para aprender y probar suerte en alguna editorial. Si no consiguiera publicar te doy mi palabra de que me pondría a trabajar.

No cuentes conmigo para una idea tan descabellada. En esta casa, Teté, nunca nos hemos quedado dormidos en los laureles dilapidando la herencia de nuestros antepasados. Es más —y su rostro se cargaba de sombras siniestras, de oscuros presagios mientras me fulminaba y me hacía sentir inepta, insegura, indefensa—, si pretendes llevarla a cabo no lo harás bajo mi techo. Me encantará convertir tu dormitorio en una sala de costura.

—¡Si vivimos en un palacete de veinte habitaciones! Tú no trabajaste hasta que murió papá y te diste cuenta de que te aburrías —me enervé arrasada por las lágrimas, olvidando mi empeño de no gritar.

—Hago esto por tu bien y para que aprendas.

—No, lo haces para humillarme, para castigarme porque no me

parezco a ti.

—Estás en tu derecho de pensar lo que quieras —zanjó, inmune a mis reproches y a mi dolor de niña desvalida porque así es como me sentía, porque sus palabras, la actitud con que me trataba desde que podía recordar, siempre dolían.

La taza de café se había enfriado pero poco me importaba. Después de aquella conversación no deseaba seguir despierta. Quería dormir una siesta eterna, tumbarme en el césped junto al estanque y dejarme ir contemplando cómo cabeceaba sobre un nenúfar la tortuga, sentir que no existía la maldad en este mundo, ni las amenazas, ni el amor con su carga de daño y burla.

Me acerqué arrastrando los pies hasta el fregadero y vertí el líquido, negro como el petróleo, tan inútil como yo, por el desagüe. Dejé la taza sobre la encimera, avisada de que ése era un descuido imperdonable que le reventaba, y sin mirarla a la cara pasé por su lado, cerca pero sin rozarla, dejando tras de mí la estela tangible, espesa, de mi impotencia y mi rabia.

—La cita es dentro de tres días, Teté. No me hagas quedar mal llegando tarde como siempre —me recordó mientras desaparecía por el pasillo.

* * *

Me fijo en mis manos y están mojadas, los ojos también y no estoy pelando cebollas, sólo patatas. Esto no debe continuar, no puedo dejarme aplastar por un recuerdo cualquiera y terminar llorando sola y a las tantas de la madrugada. Esta receta no tiene visos de funcionar, mejor dejarlo y buscar otra meta, centrarme en algo que me entretenga y me impida recordar a Ofelia.

Necesito un vicio que me arrastre, que me abstraiga, que me absorba y no le deje ganar espacio a la memoria. Me siento anciana, maltratada, acabada con mis ojeras de guardia, con mi sonrisa rota y mi labio hinchado, con mi partida cara. Si tuviera otro ánimo diría que no es para tanto, que lo peor ha sido el susto, que esto se pasa en nada. Pero no va a ser fácil. Sé que lo más grave no es el golpe ni el morado sino lo que se ha quebrado por dentro, ese compartimento estanco que mantenía tan bien sellado y que se ha resquebrajado dejando salir mi alma.

Las ramas de los árboles me guiñan un ojo al otro lado de la ventana,

más allá del cristal, y me retan, provocadoras, con sus hojas como dedos como antenas atentas y exageradamente largas. No puedo dejar de captar todos los matices de su risa y, también, de lo que hay más allá: la caseta que alberga el horno de piedra. Ahí es donde realmente señalan, ellas también sienten las voces que me llaman.

Sin parar a ponerme una chaqueta, despeinada y descalza salgo por la cocina despidiéndome de la araña negra y peluda que me espía desde su esquina, asentada en su tela que nadie limpia porque, al parecer, debo de ser la única que repara en ella, sólo yo sé que me vigila.

Cruzo el jardín sintiendo la hierba bajo mis pies hasta llegar a ese dintel que nadie más atraviesa. No necesito abrigarme, sé que dentro no tendré frío. Es el lugar donde reside mi consuelo, donde recibo el calor que me sustenta, mi nido cálido de sol, espuma y deseos. El sitio de mi recreo.

En cuanto accedo al cuarto de los experimentos recibo en las mejillas la dulce caricia de las brasas ligerísimamente prendidas, de los rescoldos de mi última aventura nocturna que, por lo que presiento, guardan de mí un buen recuerdo. Me siento a gusto donde todo es tan básico, tan primario, sin enchufes y ni una sola de las comodidades de la cocina de Ofelia o de los adelantos con que hemos acondicionado el restaurante. Será porque este sitio realmente se asienta sobre mis raíces, sobre mi auténtica naturaleza, o tal vez porque para trabajar no necesito más que una bombilla encendida que penda del techo, mi colección de cuchillos y, por supuesto, una amplia mesa de trabajo donde disfrutar.

Toco con las trémulas yemas de mis dedos su superficie fría y metálica y me emociono sólo con pensar en los buenos momentos que me ha proporcionado y los que todavía están por llegar. Me siento a gusto aquí — ¿lo he dicho ya?—, fuera de los dominios de mi madre, tan cerca del estanque, de los brotes de zanahorias, tomates, lechugas y fresas que a mi padre le recomendaron plantar y su muro blanco cuajado de madre selvas. Al borde de las margaritas y las gardenias la carne aguarda por y para mí en arcones frigoríficos donde los muertos, los degollados con su doble sonrisa en el rostro y en el cuello, duermen congelados su sueño eterno.

En una esquina de la mesa, cerca de la boca del horno que como un animal hambriento me espera, llama mi atención un papel, un trozo de cartulina que brilla y me desconcierta. Es una tarjeta postal antigua en un blanco y negro coloreado con tonos pastel que posiblemente un día fueron fuertes y vivos pero hoy se perciben deslavazados y desleídos. La acerco a mi nariz, la huelo, y recuerdo. Es de Benjamín, di con ella en su

bolsillo la noche de nuestro encuentro. Aún puedo verlo con sus ojos soñadores furiosamente azules reluciendo como soles, la respiración entrecortada, su tacto salado y las marcas de mis zarpazos, los labios inflamados que deseaba comerme a bocados y un rastro palpitante sobre su pecho aliñado con mi saliva hasta que, extrañada, me hizo detenerme un bulto en su camisa.

—¿Y esto? —curioseé, sacándola de su bolsillo con un arrumaco divertido.

—El barrio de La Boca. Está en Buenos Aires. Con esas casas de colores como de cuento que no parecen de verdad sino de fantasía...

—¿Has estado allí?

—Lo estaré. Una mañana cualquiera me levantaré y me armaré de valor para dejar todo esto, mi trabajo horrible, mi piso compartido, mis amigos felizmente hipotecados, y me largaré. Cogeré un avión y sin equipaje ni ataduras me plantaré en esas calles con lo puesto.

—Suena bonito.

—Ven conmigo.

—He de solucionar algunos asuntos que me inquietan —y por más que sonara a excusa, esta vez era cierto. Para no ver la decepción en su cara, para que la oferta no fuera a mayores ni mi negativa supusiera un punto de no retorno, di la vuelta a la postal y, tras comprobar que estaba matasellada y escrita, la leí en voz alta—: «Queridos padres, sepan por la presente que estoy bien de salud. El viaje fue largo y aburrido. Me dolió dejarles, pero nada más llegar localicé al primo Avelino y me albergó en su casa. Su mujer es muy buena y cariñosa y Buenos Aires es bonito y muy grande. Les prometo que no caeré en los errores de antaño. No tendré que huir de ningún sitio nunca más. Digan a María que me espere, que volveré a por ella en un año. Un fuerte abrazo. Su hijo Manuel». ¿Quién es Manuel?

—No lo sé, venía dentro de una vieja edición de *Rayuela* que compré en El Rastro. Es un talismán, me recuerda dónde estoy y adonde quiero ir.

—Cortázar es lo que tiene, todo lo que toca lo convierte en poema o misterio.

—No te rías de mí, tengo derecho a conservar vivos mis sueños.

Y me aferró entre sus brazos sin saber que, como una lamprea, era yo la que me enroscaba en su cuerpo, la que me aferraba a él.

Sonríó un segundo mientras avivo los rescoldos y cebo las brasas hasta conseguir unas llamas azules. El fuego chisporrotea y me regala oleadas

de calor que arrebolan mis mejillas y calientan mi alma, y río por lo bajo contenta de encontrar una tarea, como pensar en cuánta carne voy a sacar del arcón-congelador, quizá la que no utilicé para elaborar el Plato Efímero que le dediqué a Benjamín. Con ella y con las demás sobras prepararé unas sabrosas albóndigas grandes y redondas como sus ojos, mullidas y esponjosas como su corazón.

Crearé unos pastelillos, algo sencillo y eficaz, unas tartaletas de masa quebrada elaboradas con harina, manteca, huevo y sal, rellenas con un succulento picadillo de carne magra y jamón que rehogaré en la sartén con aceite de orégano y, en vez del consabido jerez y ya que se trata de él, una copa de whisky añejo combinado con un chorrito de cola. Después añadiré harina y leche para cocer la farsa a fuego lento y, cuando se haya reducido, la mezclaré con huevo batido y trufas laminadas. Finalmente meteré los pasteles en el horno hasta que estén en su punto y como homenaje los decoraré con tiras de fresa o, tal vez, con una fina capa de mermelada de frambuesa.

Dispuesta, ilusionada ante la faena por venir, me pongo el delantal que cuelga tras la puerta, me recojo la melena en un moño con una goma que me saco de la muñeca y, tras rescatar de su sarcófago helado los despojos debidamente envueltos y etiquetados, los dejo reposar sobre la mesa. Pero antes de empezar a jugar, a disfrutar, queda un asunto que solucionar.

La tarjeta postal será enviada a un nuevo, definitivo destino. Abro la portezuela del horno y, sin demasiadas contemplaciones, la arrojo a las llamas hambrientas. Espero mientras compruebo que el fuego prende en ella. Al principio se retuerce zarandeada por el vaivén de la hoguera y al poco sus esquinas comienzan a teñirse de negro y chisporrotear y se dobla sobre sí misma como alguien noqueado por un golpe bajo hasta convertirse, por completo, en cenizas.

Suspiro satisfecha y me dirijo a la mesa donde el trabajo espera, dispuesta a embriagarme con el aroma de la carne, a disfrutar con su tacto terso entre mis manos, con el suave olor a sangre que desprende y me impregna, me domina y me embarga, me relaja, me consuela y me llena.

Me encantaría poder escribir que me siento culpable o ruin, nostálgica o simplemente evocadora al volver a pensar en Benjamín, hasta un poco insensible o malvada por quemar una de sus posesiones más preciadas. Lo cierto es que estoy tranquila. Tengo la seguridad de que allí donde descansa no le va a hacer falta, de que puede perdurar sin esa ajada

postal escrita antes de que naciera y destinada a alguien que una vez tuvo su edad.

No quisiera parecer inmovible, no querría dar esta imagen de mujer fría. Lo que sucede es que no puedo, no debo hundirme en la miseria que conlleva volver la vista atrás y recuperar otra vez a mamá con el cuchillo en la mano y a mí saliendo con la cabeza agachada camino de mi habitación sabiendo, sin poder evitarlo, lo que iba a ocurrir. Por eso tengo que cocinar, para no recordar que ahí comenzó todo, que fue precisamente Ofelia la que tendió la trampa o tejió la tela o tiró del hilo gracias al cual, finalmente, terminaría conociendo a Agustín.

9. Sopa de recuerdos amargos con nube de tormenta al aroma de miel, café y menta

Todo hombre es susceptible de llamarte inútil en algún momento de su vida. Es mejor saberlo y asumirlo, remarcarlo con meridiana claridad, grabar a fuego esta máxima en la memoria para que luego, cuando esto suceda, no lleguemos a sorprendernos demasiado, para que cuando lo oigamos y restalle en nuestros oídos como esa bofetada inesperada que te suelta a veces el azar o la mano de un macho sepamos soportarlo, digerirlo o renegar, combatir o vengarnos según el carácter de cada cual. Lo único seguro es que tarde o temprano ocurrirá.

Está demostrado, matemáticamente probado y fuera de toda duda que, se trate del varón del que se trate, terminará por hacerlo. Unos lo pronunciarán sólo una vez en voz alta, otros lo dirán casi a diario mascullando por lo bajo, los más lo gritarán a pleno pulmón, los menos lo revelarán con una simple mirada. Pero pasará, y es mejor irse acostumbrando para que no vengan luego los dramas.

Cuando conocí a Agustín estaba llamando inútil a una mujer y todavía hoy, al rememorarle, no logro explicarme por qué no salí inmediatamente por piernas de allí, por qué permanecí a la espera y me dejé engatusar crédula, paciente e ingenua, desconocedora de las mil y una veces que, en el futuro, aunque no de forma directa, no a la cara como un insulto o un escupitajo, acabaría llamándome inútil de forma velada o, lo que es mucho peor, comportándose conmigo como si lo fuera.

—Pareces boba, mamá —le notificaba al teléfono con calma no exenta de resignación—. No es posible que puedas ser tan rematadamente inútil. Cualquiera, tenga la edad que sea, sabe instalar un aparato tan sencillo

como ése.

Yo esperaba ante la mesa de su despacho procurando parecer modosita, con los ojos bajos y actitud pretendidamente sumisa, titubeando entre sentarme, quedarme allí de pie o salir y esperar fuera por mucho que no me apeteciera, pues por descontado prefería escuchar aquella conversación tan divertida.

Debe de ser que hay un factor diferencial en la relación de los hombres y las mujeres con sus madres, recuerdo que pensé: por más brujas que sean, nosotras no nos atreveríamos de un modo tan descarado a mandarlas a hacer puñetas. Somos conocedoras del peso, del valor de las palabras y de la memoria de una progenitora rencorosa por mucho que pueda paremos anciana, despistada o directamente tonta. Ellos, en cambio, se muestran osados porque nunca alcanzarán a entenderlas, a recelar de sus ardides, a ponerse en su lugar. Por eso no llegarán a albergar la sospecha de que lo que cruje entre sus dientes al comer sus deliciosas lentejas no son otra cosa sino piedras que a mamá no se le han escapado en un despiste, ni sabrán que las guisó adrede removiéndolas con amor y cuidado como una lección que lamentablemente los pobres no serán conscientes de haber aprendido aun con la muela rota para que bajo ningún concepto, jamás, vuelvan a hacerlas objeto de sus crueles mofas.

—Ejem... —carraspeé bajito para darle a entender que seguía en el despacho, insistiendo todavía en parecer dócil y afable, inexperta y discreta.

Un segundo —solicitó tras detectar mi presencia incómoda, todavía con la sonrisa de circunstancias puesta—. Oye, mamá, tengo que cortar, hay gente esperando... Sí, gente importante, ni te lo imaginas —y me guiñó un ojo desvergonzado, cachondeándose de la autora de sus días que sin duda el domingo le serviría purgante con la lubina—, más importante que tus problemas domésticos por mucho que digas.

Y sin atender a sus protestas, sin esperar siquiera una respuesta, colgó y me dirigió su maravillosa, esplendorosa, perfecta sonrisa de ganador.

Perdón —me justificué—, la chica de recepción me dijo que podía entrar y...

—Tranquila, no pasa nada, ahora mismo la despido —bromeó, y al comprobar que parecía hacerme gracia el disparate, esbozó complacido una mueca de satisfacción—. ¿Quién eres? Me caen bien las personas con sentido del humor.

—Creí que su secretaria se lo había dicho...

—No me llames de usted, no tengo muchos más años que tú.

—Lo decía por el cargo, no por la edad —no pude evitar matizar.

—Sin duda eso lo explica todo —sonrió una vez más y yo, que desde la muerte de papá había crecido en una casa donde se practicaba una política de racionamiento de sonrisas, no pude dejar de asombrarme por ese derroche de hilaridad a todas luces abrumador. Creo que confundió mi expresión sorprendida con un acceso de nerviosismo derivado de la situación o provocado tal vez por su asumido atractivo porque, más que convencido de su encanto, aprovechó para estudiarme sin recato.

Fue entonces cuando noté por primera vez aquel cosquilleo, como si levantara mi falda una brisa juvenil y fresca que jugara a soplar tras mis rodillas. Era, poco después lo sabría, una de las múltiples habilidades, puede que la más celebrada, de ese galán: un arrollador descaro que nadie, bien por condescendencia, por vergüenza o por haber caído en la red de sus halagos, acertaba a frenar.

—No estaría en este puesto si dependiera de mis méritos, pero si me prometes no decírselo a nadie te confesaré algo —y se acercó levemente hacia mí con aire conspirador—: Soy un enchufado.

—¡Yo también! —admití con un punto de insolencia, como si le estuviera echando un pulso. A mí no me ganaba nadie cuando se trataba de mostrarse autocrítica.

—¿En serio? —y una chispa de comprensión le iluminó en tanto me ofrecía su enésima sonrisa—. Así que eres la pequeña Teté Valverde. Claro, tenía que haberme dado cuenta nada más oír tu voz, sigue siendo tan característica...

—Preferiría que me llamasas Teresa —le interrumpí, ahora a la defensiva.

—¿No te acuerdas de mí?

—Lo cierto es que no —el que me hubiera llamado por el apodo ridículo ideado por mamá, a quien siempre le pareció gracioso convertirme en una especie de mascotita de su pertenencia con nombre de perro faldero o chica de alterne francesa, hizo que emergiera la Teresa más cínica y arisca, aquella que subyacía bajo esa lograda interpretación de inexperiencia que me había obligado a improvisar para obtener un empleo que ni siquiera sabía si me interesaba en realidad. Perder o no aquel puesto no me quitaría el sueño, no podía ni querría cambiarlo por el alivio, la tranquilidad de volver a mi ironía de siempre, al humor cargado de mala fe que tanto tiempo llevaba cultivando con esmero.

—Seguro que sí, haz memoria —continuó bajo esa aura de príncipe de cuento que él mismo se atribuía—. Soy Agustín, Tiny. Tu madre te traía a

mis fiestas de cumpleaños. Casi puedo verte aún ahora, con tus trencitas rubias y tu cara tan seria, tan callada y siempre tan observadora.

Sí, nos conocíamos. Él era aquel adolescente seis o siete años mayor que yo, con ese aire de seguridad exultante que, con el jersey de marca atado a la cintura y rodeado de sus colegas, planeaba a qué discoteca de moda ir en cuanto terminara el plomazo de fiesta que le montaban sus padres, los dueños de la revista, según él unos carcas que organizaban año tras año el mismo ágape en honor de su primer hijo varón.

Recuerdo que su jardín espectacular se llenaba de infinidad de escritores y artistas que, acompañados de sus vástagos, aprovechaban para ponerse de punta en blanco y alternar contándose en qué fase de redacción estaba su próxima novela, dónde estrenarían la obra teatral que se convertiría en la sensación de la temporada, cuándo fijarían la fecha para inaugurar la exposición que nadie debería perderse o sobre qué especialidad gastronómica versaría el nuevo libro de recetas que Ofelia conseguiría una vez más colocar en la cima de los más vendidos.

—Has cambiado mucho, pero ahora que lo dices sí te reconozco —qué otra cosa podía decirle, ¿que no tenía ni idea de en qué tipo de hombre se había convertido porque nunca llegué a tratarle? Quince años atrás para mí sólo era aquel chaval creído que presumía de ser el rey de la fiesta y a quien los enanos que correteábamos entre los árboles enfrascados en distracciones tan básicas como lanzar globos llenos de agua, tirar patatas fritas a la piscina o jugar al escondite entre los macizos de su parterre le importábamos un pimiento.

—En cambio tú estás como siempre... Ya me entiendes, me refiero a que continúas con el mismo espíritu triste. Y tus ojos siguen siendo enormes.

Una de mis cejas pugnaba por enarcarse pero con esfuerzo logré contenerla. Jamás pudo reparar en mí, esas celebraciones se regían por las leyes de un mundo estrictamente estamentado, con sus reglas y normas no escritas, con sus categorías diferenciadas según edades condenadas a no encontrarse jamás y lo suficientemente multitudinarias como para que él y yo nunca coincidiéramos en la misma pista de baile, bajo el mismo farolillo o en la misma mesa. Toda esta película de los ojos tristes y mi espíritu melancólico sólo podía obedecer a un descarado ejercicio de adulación con la intención de que se lo mencionara a mi madre, la famosa cocinera a la que satisfacer. Claro que, pensándolo bien, también podría tratarse de un evidente intento de seducción. Lástima que mi brutal escepticismo lo estuviera abortando sin permitirle la

oportunidad de nacer.

—Lo que sí recuerdo con nitidez es vuestro jardín palaciego, con aquellas estatuas pulidas por el tiempo y la rosaleda. Era un vergel como sacado de un cuento —afirmé con los ojos brillantes.

—No queda nada de aquello. Una constructora nos hizo una buena oferta por el terreno y ahora se levantan allí varios edificios de apartamentos.

Un timbre que no logré identificar al principio me sobresaltó, y me escondí en mi silencio digiriendo mi desilusión, mi pena por los árboles arrancados, por un mundo mágico al que decir adiós. Era su teléfono, debía atender una nueva llamada. Llevada por un acto reflejo me levanté, no quería seguir importunando y estaba claro que aquella conversación, aparte de mencionar los paisajes comunes del pasado, el estado de salud de nuestras familias y un par de anécdotas banales y moderadamente graciosas, no iba a prosperar, terminaría por perderse en la inmensidad del espacio adonde van las charlas de ascensor.

—Muchas gracias por haber accedido a recibirme... —iba a llamarle Tiny pero me obligué a echar el freno. No creo que ese apodo, tan ridículo como el mío, le gustara especialmente.

—Perfecto, entonces hasta el lunes a las nueve —escuché de camino a la puerta mientras satisfecho se llevaba el auricular a su oreja.

Me detuve de inmediato y giré sobre mis talones para volverme hacia su sonrisa rebotante de dientes blancos.

—¿Cómo dices?

—Tu madre me ha explicado con claridad qué te gusta y qué no, y tampoco es que vayamos a darte ningún cargo de responsabilidad: empezarás como ayudante de redacción. Mi secretaria te explicará las condiciones. Es muy eficiente pese a no tener ningún sentido del humor, ya lo comprobarás.

Me quedé boquiabierta, dudando entre gritar de impotencia por lo odiosa, enormemente manipuladora que era Ofelia, o balbucear un agradecimiento por un empleo que ni busqué, ni me apetecía, ni creía que supiera realizar. Pero él ya se había dado la vuelta en su silla de cuero y mientras se enfrascaba en una discusión sobre la procedencia de incluir en el próximo número la necrológica de un desconocido poeta extranjero, contemplaba a través de su ventanal los solares y descampados cercanos y, más a lo lejos, el perfil de los rascacielos.

Tras cerrar su puerta estuve meditando en el pasillo durante varios

minutos, ignorada por cuantos pasaban, hasta decidir dejarme llevar sin reparar en lo que hacía. Con la perspectiva que me da verme algo más de una década después, accedí porque no sabía cómo escapar del hechizo de aquel lugar.

Pronto apareció una mujer de edad indeterminada y aspecto gris que me entregó los formularios a cumplimentar para el contrato de trabajo. Rellenar casillas y hacer recuento de mis números de afiliación me llevó hasta la hora de comer, y cuando por fin salí de aquella redacción embrujada me sorprendí de lo lejos que estaba en realidad del centro de la ciudad. Podría decirse que parecía asentada en medio de la nada. Mi vista se perdía entre naves industriales obsoletas, cuarteles militares abandonados y descampados oscuros y amenazadores. Divisé en la distancia la parada de autobuses que me devolvería a la civilización y me dispuse a caminar hasta ella. Sobre los edificios se cernían nubes siniestras, pero por fortuna iba armada con mi paraguas espantaprobemas. No era alguien que se dejase doblegar por una tormenta, pensé, y justo entonces comenzó el diluvio.

Busqué cobijo bajo el tejado de uralita del aparcamiento mientras el cielo parecía querer desplomarse sobre mi cabeza. Recuerdo que el conserje, desde una ventana del hall, vociferaba frases para que cruzara la calle y me resguardase con él hasta que amainase la tormenta. Yo, joven y orgullosa, me negué.

Mis zapatos se encharcaban con la misma rapidez con que el lugar se plagaba de coches de empleados que iban y venían de almorzar. A través de sus parabrisas distinguía las caras que me estudiaban con curiosidad, casi podía leer en sus ojos el quién es esta advenediza de las oficinistas, el viene a por mi puesto de las redactoras veteranas atrapadas por la paranoia, el otra vez vamos a tener que contratar a la nueva novia de Agustín del jefe de personal. Me entraron ganas de pintarrapear a toda prisa una pancarta que dijera: «Soy una recomendada, pero busco una oportunidad». No lo hice, gracias a Ofelia había aprendido que no es una idea inteligente revelar si tu mano tiene buenas o malas cartas con las que apostar.

Cansada del escrutinio, a punto estaba de echarme a andar bajo el chaparrón, enfurruñada y con los brazos ateridos, el cabello alborotado por el viento y el abrigo tan húmedo que empezaba a formar a mis pies su propio charco, cuando ante mí se detuvo un ostentoso deportivo negro con los cristales empañados. Estaba desesperada, pero no tanto como para meterme en el coche de cualquiera como una vulgar ramera de carretera.

Me mantuve en mi sitio, firme y altiva, y cuando la ventanilla de la carroza negra como la noche terminó de bajar, esperé con mi mejor mirada escéptica la más que inevitable pregunta:

—¿Te llevo?

Querido lector de esta libreta roja: acepté.

Como una colegiala ingenua, quizá demasiado imprudente porque segura de su fuerza no sabe lo que se juega, subí al coche y tomé de su mano el caramelo de menta que Agustín desenvolvía con calma, con su sonrisa cautivadora de seductor al fin y al cabo simpático, innegablemente atractivo, para qué negarlo ahora cuando lo nuestro está ya saldado.

Si he de ser sincera, entonces no le presté la suficiente atención a este acto. Estaba demasiado ocupada en acomodarme en el asiento, en permitir que me envolviera el olor a cuero de su tapicería mientras mi nuevo jefe proponía tomar un café. Incauta, me entretenía en perderme, hundirme o instalarme para siempre en aquel espacio cálido y halagador en el que todo resultaba tan fácil como dejarse ir, en donde nada llegaba a importar, ni si Agustín me caía bien o rematadamente mal, ni los comentarios insidiosos de mis futuros compañeros ni las señales de aviso de su secretaria, las invectivas de Ofelia o la densa cortina de agua que nos engullía y nos aislaba, en la que nos sumergíamos y que calmaba su sed de conquista, mis ansias de independencia.

* * *

Me gusta el agua caliente, el chorro de la ducha me baña y calma la sed de mi cuerpo, me acoge y me aísla, me engulle y en él me sumerjo para olvidarme de todo, para sentir que cada día que comienzo es realmente, en el pleno sentido de la palabra, nuevo. Lástima que hoy las gotas me hagan caer en esta red estéril de recuerdos y en vez de permitirme olvidar me lleven a evocar por qué estoy aquí, de dónde vengo.

Salgo de la bañera con ganas de echarme a correr, de escapar lejos, incluso desnuda, y no volver la vista atrás, no hacerlo jamás. Pero me quedo.

Me peino con malhumor los cabellos enredados, alborotados por la humedad y los malos pensamientos, y me visto sin fijarme en qué me pongo, sólo para no sentir frío cuando salga a la calle. No me maquillo,

hoy no quiero disfrazarme más de lo habitual, no busco más trampas aparte de aquellas a las que ya me debo, y bajo a desayunar con la cara lavada y, por dentro, el pecho empantanado en una ciénaga colmada de algas, inundada por las lágrimas.

Como siempre, Estrella me atrapa delante de la primera, la mejor taza de café del día. Al tanto de todo, no en vano se jacta de ser la mejor informada, contempla con atención mi labio aún hinchado después del incidente de ayer pero, prudente, obvia el tema, no vaya a ser que cualquier comentario inocente me remueva y despierte a la bestia que duerme en mi interior.

—Has madrugado —afirma más que pregunta, visiblemente satisfecha.

—Sí, para que no tengas queja de mí —respondo con *rintintín*, como solía decir una convencida Malvina.

—Yo también he llegado un poco antes. Jamás paseo por tu jardín y es un pecado no disfrutar, aunque sea un rato, de lo idílico que resulta este lugar.

—Tanto como idílico... —comento mordaz.

—Un oasis como éste en plena ciudad es un privilegio —protesta airada, como si ese cúmulo de árboles viejos y maledicientes le importase más que a mí—. Ahora me doy cuenta de que he sido muy arisca contigo, nunca te he mencionado lo cuidado que lo mantienes.

—¿Y tanto halago a qué obedece? —recelo suspicaz. Estrella no da puntada sin hilo y me incomoda este repentino interés, no saber adónde quiere ir a parar.

—Hija, no sé por qué te pones así, me refería a que siempre estás con el delantal de hule abonando y podando, quitando las hojas secas del estanque y moviendo de un lado para otro esas piedras enormes que colocas al pie de algunos árboles...

—Si estás intentando convencerme otra vez para que contrate a un jardinero permanente vas mal encaminada —no tengo ni idea del porqué de esta conversación y qué emboscada pretende tenderme—. Sabes que prefiero trabajar sola, tratar con mis plantas sin intermediarios y mandar sobre ellas sin que me lleven la contraria.

—Pero no das abasto. Deberías aceptar que te ayudase alguien.

—¡Ése es problema mío! —la corto tajante—. Me gusta en su estado actual: semisalvaje, con su vegetación y su furor natural no del todo controlado. No lo quiero cursi ni cuidado hasta el mínimo detalle, con un

jardinero que no dejase crecer libre ni una rama, que a cada rato lo estuviera podando.

—Lo sugería por tu bien, como todo lo que te digo —hay frases en que se parece tanto a mi madre que le cortaría la cabeza como a una gallina y me haría un caldo con ella, pero no intuye mis instintos asesinos y persiste en su responso que, me lo advierten los años que hace que la conozco, oculta una intención que sigo sin encontrar—. No me parece adecuado que te dejes las manos y la espalda haciendo agujeros en el suelo de semejante profundidad.

Vaya, los agujeros. Mira adonde hemos ido a parar.

—Vaya, los agujeros. ¿Es eso lo que te preocupa? —y por más que intente poner cara de que no pasa nada adivino a la perfección que su loca cabecita loca, desconfiada y desbocada, se ha echado a elucubrar.

—Son muy largos y profundos, y hace unos días no estaban. Me da miedo pensar que los has hecho tú sola, sin ayuda de nadie y por la noche, como la protagonista de una novela de fantasmas. ¿Se puede saber cuál es su finalidad?

—Alimenticia —respondo de inmediato tan seria como soy capaz—. Quería hacerme una sopa y tuve que ir a buscar unos cuantos huesos que tenía sepultados varios metros bajo tierra, como las perras.

—O las lobas.

—Eso ya lo dudo más. Los lobos van en manada, yo siempre estoy sola.

Nos miramos, nos calibramos, se levanta de su silla para echar un poco de agua hirviendo en su taza de té y, con su inimitable caída de párpados, se concentra en su quehacer antes de dedicarme una de sus suaves, magistrales broncas:

—Tu sentido del humor es abominable, asquerosamente negro.

—No tengo el que quiero, sino el que puedo.

—Ahora respóndeme en serio, Teresa. Te he hecho una pregunta —exige, poniéndose tan circunspecta como sólo ella consigue serlo, y pienso en cómo contestarle de otro modo si no tiene una pizca de sentido del humor, si es todo formalidad y razón.

—Quiero plantar dos árboles en esos hoyos. He pensado en tejos que, como seguramente sabes —no tiene ni idea, por fortuna—, son un tipo de coníferas de crecimiento lento y raíces muy invasivas, de ahí la hondura de los agujeros.

—¿Y la extravagancia de cavar de madrugada a qué obedece?

—Es preferible hacerlo a esas horas o con las primeras luces, el terreno está más blando que cuando le da directamente el sol. Fíjate en los

cementerios —añado, para darle un toque si cabe más macabro al cuento —, los enterradores siempre dan sus primeras paladas en cuanto amanece.

Estrella termina su té y abstraída contempla el fondo de su taza para, igual que una adivina, esclarecer gracias a los caprichosos dibujos que los posos juegan a trazar si mi discurso es o no veraz.

—Nunca dejaré de sorprenderme la actividad nocturna que despliegas —comenta al fin—. Debe de ser que a esas horas dispones de más energía, como las vampiras, y que aprovechas para desplegar tus alas cuando sabes que una entrometida como yo no estará para hacerte objeto de sus pesquisas.

—Cogí la pala cuando aún no se había puesto el sol. ¿Qué piensas, que espero a que caiga la noche para dedicarme a cavar fosas amparada en las sombras? —después del primer golpe tomo aire para asestarle el batacazo decisivo—. Sabes de sobra que me cuesta conciliar el sueño, que me duele dormir y que las pesadillas terminan por vencerme y en cualquier momento me despiertan. Por eso me entretengo haciendo las más duras tareas, lógicas o no: para que el cansancio me venza.

Se da la vuelta para echar los posos en la basura y ocultarme así su rostro seguramente arrepentido, puede que avergonzado. A mí, en cambio, me pueden las ganas de sonreír exultante, como una mocosa descarada que no logra evitar sacar la lengua para burlarse de alguien, para enseñarle que esto es lo que les pasa a los cotillas, a los que no viven su vida y se entrometen en la mía.

Por una décima de segundo me siento culpable por herirla, por lastimarla con mis respuestas gélidas y calculadas lanzadas con la precisión de dardos envenenados, y me ganan las ganas de pedirle perdón. Me salva, la salva, nos sobresalta a ambas el timbre de la puerta, que atrona para avisarnos de que tenemos invitados.

Estrella, deseosa de resultar útil, comprueba que se trata de dos empleados del vivero que traen los ejemplares que encargué. Aun sin mencionármelo sé que celebra que esta aparición providencial haya dado al traste con sus absurdas sospechas. Termino de beberme el café, agradezco a los jardineros su rapidez y les indico con amabilidad dónde se encuentran los hoyos en los que han de trasplantarlos ante la sonrisa aliviada de mi socia, que me pide mil perdones porque no puede explicarse qué le hizo embarcarse en este simulacro de interrogatorio, como una madre obsesiva empeñada en desenmascarar al último novio de su hija porque está segura de que es un golfo.

Me dejo querer porque a quién le sienta mal un poco de amor gratis, unas cuantas gotas de amistad, y tras un paréntesis de sentimentalismo y palmaditas en la espalda no tardo en subir a la planta de arriba dispuesta a arreglarme para salir. Todo parece muy fácil de contar, de vivir, de escribir, pero cuando voy a maquillarme, hoy muy sobriamente porque no tengo el cuerpo para fiestas, evito encararme con el espejo, no ver si mi rostro se refleja ni implicarme más todavía en esa lucha eterna que a él me enfrenta.

Mientras decido con desgana que no voy a ponerme guapa, que una adusta falda negra y su correspondiente camisa blanca son una elección más que adecuada porque lo que quiero es sentirme como en casa con estas botas de piel de tigre cómodas y gastadas, oigo por la ventana abierta cómo los operarios le comentan a Estrella que optar por los tejos no ha sido una elección recomendable.

—Son muy venenosos, señora, yo diría que letales. Tengan muchísimo cuidado con sus frutos, más tóxicos si cabe que las vainas y semillas de esa hermosa glicina que cubre su pérgola o que la adelfa fucsia que crece junto a esos matorrales.

—No me asuste, por favor, según lo dice parece que todo el jardín es venenoso —exclama escandalizada y desencantada de pronto. Por lo que se ve, poco le va a durar el entusiasmo de pasear por él.

—Todo no, pero yo procuraría que ningún niño se acercara a los tejos.

—No se preocupe, en esta casa no los hay y no creo que vaya a haberlos.

Lo dice con tal seguridad que me invade un irrefrenable impulso de no salir, de quedarme metida en la cama, a salvo de cualquier comentario, de una sola palabra dicha sin querer que me haga daño.

Tras meditarlo largo rato finalmente decido atreverme, me recojo el pelo en una coleta y, por no perder las costumbres y pese a que no son los míos sino los de alguien que se ha partido la boca contra un puño, me pinto con delicadeza los labios con un tono *Hot gossip* a juego con mi ánimo. Después del ritual bajo en busca del caldo concentrado de carne que, desde que lo preparé anoche, me espera en una de las baldas de la nevera dispuesto a dejarse degustar.

La carne ha de picarse muy fina.

Los consomés siempre son un buen recurso para aprovechar los huesos, los menudos y todas esas partes que no resultan fáciles de servir por su aspecto desagradable. Yo acostumbro a elaborarlos añadiendo a una gran olla llena de agua fría y salada la cabeza, el cuello, las mollejas y

las patas del animal, y no menos de un par de huesos partidos en trozos. A mí me gusta el sabor de los «de caña», es decir, de las extremidades. Su médula me recuerda a aquellos tiempos pasados en los que un enamoramiento calaba tanto que hasta empapaba en ella y confiere un toque especial, gelatinoso, denso, me atrevería a decir que añejo y dulce, muy intenso y de una textura aterciopelada muy particular. Para dar sabor suelo añadir unos cuantos granos de pimienta y varias zanahorias, una cebolla, un nabo y, según su tamaño, cuatro o cinco puerros. Tras mantener como mínimo tres horas estos ingredientes cocándose a hervor lento es imprescindible colar y desengrasar el caldo ya listo, un buen recurso que admite infinitas combinaciones sabrosas y que puede transportarse con facilidad. Justamente ahora estoy guardando los tarros en una bolsa térmica, dispuesta a presentarlo hoy como entrante coloreado con jarabe de caramelo, cuando entra de nuevo Estrella y cotorrea a mi espalda.

—¿Sabes lo que me ha explicado uno de los empleados del vivero?

—No soy adivina —miento.

—Que los tejos que has elegido para plantar son muy venenosos, igual que el macizo de adelfas y la glicina.

—Quédate tranquila, ni todo su veneno podría matarme.

No contemplo su cara, pero sé lo que ese silencio significa: que entrecierra ahora mismo los ojillos pensando en una buena réplica con que darme en las narices y que al final por piedad, por compasión, porque es humana —no como yo—, se calla.

—¿Por qué no puedes tener un jardín como todo el mundo —me recrimina en cambio—, con árboles normales que no sean susceptibles de hacer daño a nadie?

—La mayoría son, como tú dices, «normales».

—También me han dicho que raras veces los tejos enraízan en este suelo. ¿Y si les decimos que se los lleven y que en su lugar planten pinos, por ejemplo?

—No me gustan los pinos —contesto, es posible que con demasiada brusquedad porque Estrella cambia de tema con fingida facilidad.

—¿Te vas ya al restaurante, Teresa? —se interesa, quizá con una entonación demasiado despreocupada.

—Así es.

—Veo que te llevas ingredientes de casa. ¿También hoy vas a servir algún plato especial cuya fórmula secreta estuviste preparando durante toda la noche? —inquiere con un tono de voz que provoca que salten

dentro de mí pequeñas alarmas que a estas horas de la mañana todavía creía desconectadas.

—«Sopa de recuerdos amargos con nube de tormenta al aroma de miel, café y menta». No es más que un consomé muy suave teñido con sirope y acompañado de un *royale* aromatizado con café y miel y un toque ligero de hierbabuena. Usaré algunas hojas para adornarlo y creo que será un buen primer plato para estos días desapacibles, tan lluviosos a ratos y después tan cálidos. ¿Algo que decir? —y esta última frase, sin querer, o puede que queriendo, me sale teñida de una cierta insolencia pueril.

Sé que a Estrella un simple caldo le parece poco elegante, demasiado simple como para presentarlo en un restaurante del nivel de Barbantesa, pero no podrá resistirse a la idea del *royale*, que no es más que un simple flan elaborado con parte del propio consomé, sal y la proporción adecuada de huevos y yemas al que añadiré varios granos de café y unas hojas picadas de menta para hacer algo más evocador y exótico su sabor. Tras cuajarlo al baño María dejaré que se enfríe y una vez retirado del molde lo cubriré con miel de flores y lo cortaré en dados que esparciré sobre el consomé justo antes de servirlo. No creo que ni siquiera mi socia tenga queja de un manjar tan exquisito y, al tiempo, tan fácil de elaborar y susceptible de impresionar a la clientela.

—En absoluto, Teresa, los números de ayer que me ha pasado Tomás demuestran que tu idea fue todo un acierto. Al parecer ese tipo de creatividad asociada a la cocina encaja perfectamente con nuestra clientela y, como no pocos trabajan en los medios de comunicación, algunos ya han comentado que publicarán artículos sobre tu propuesta, que consideran muy audaz y original. Resulta que cuanto más atrevida e irreverente te muestras, más te adoran tus seguidores.

—¿Entonces tengo tu permiso para seguir haciendo majaderías? —la provocho, porque me molesta esta especie de falta de confianza, esta ceguera que le impide ver que en lo mío soy buena hasta que me lo reconocen los demás. A veces pienso que está conmigo por pena y que no tiene fe en nada de esto, que cree que todo lo que consigo es gracias a mi melena rubia, a mi cara de ángel y a mi porte de despreocupada rentista y rica heredera.

—¡Ni se te ocurra parar ahora! —y me señala con un dedo admonitorio en una suerte de farsa que no me hace gracia, con una falsa alegría teñida de sorna que enmascara por debajo una pizca de resquemor que, pese a todos sus esfuerzos, se le nota—. Invéntate cada día lo que te apetezca, ponle un nombre cuanto más raro mejor y no te preocupes por las cuentas,

que de ésas se encarga servidora.

—Había pensado que, para maridarlo, el Celler Batlle de dos mil sería un acompañamiento ideal, se trata de un espumoso con aroma a moca que le puede ir bien. Es intenso y persistente, placentero y delicado, con notas a flor seca, limón y frutas maduras. Supongo que, ahora que los números acompañan, puedo hacer en este aspecto lo que me dé la gana.

—El restaurante es tuyo y, no me duele reconocerlo, has demostrado que tus «majaderías» han sido todo un acierto de consecuencias francamente positivas —responde satisfecha, con los ojos casi en blanco marcando el signo del euro—. Es más, para que constates que te apoyo voy a gestionarte nuevas entrevistas.

—Por cierto —cambio de tercio para no escupir nada de lo que pueda arrepentirme, bastante tiene con el veneno de los tejos, los hoyos en el jardín y los enrevesados títulos de mi nuevo pasatiempo—, ayer me fijé en un individuo un tanto peculiar que estuvo mañana y tarde rondando por el restaurante sin llegar a sentarse en ninguna de las mesas, sólo al final, cuando la tormenta arreció, permaneció acodado en la barra.

—¿Puedes describirlo?

—Por supuesto, desde la edad y la estatura hasta su ropa y el color de su pelo.

—Me figuro que será el mismo que hace unos días apareció por aquí y estuvo interrogando a Alicia y luego, en Barbantesa, intentó hacer lo mismo con Ángel.

—¿Ya estamos otra vez con ese hombre misterioso? Hay que ver lo pesados que Tomás y tú os estáis poniendo con ese tema. Ése será un loco cualquiera y no dejáis de darle vueltas al asunto.

—Es normal que nos preocupemos por ti.

—No —le corto—, empieza a ser enfermizo.

—No eres objetiva respecto a tu imagen pública, Teresa, no comprendes que cada día que pasa eres más famosa y el número de personas extrañas e incluso peligrosas que se te acercan se incrementa.

—No quiero ser una esclava si fama y dinero implican desconfiar de cuantos se me acerquen. Quiero ser libre —me reivindico—, no pasarme la vida con la sensación de estar presa en una cárcel de barrotes de oro.

—Pues es mucha casualidad que dos individuos diferentes te ronden a la vez. Yo sigo creyendo que son la misma persona.

—Razón de más para localizarlo —rebato.

—Si este del que tú me estás hablando no había hecho reserva a su nombre ni pagó con tarjeta su consumición, el asunto está difícil —me

explica renuente—. De todos modos, y como parece un tema importante, indagaré por si alguien del equipo de sala pudiera identificarle.

—Hazme ese favor —y antes de que manifieste su extrañeza por este derroche mío de esmerada educación, de que se admire porque hace mucho que no utilizo esa palabra con ella, salgo de la cocina con mi preciado cargamento de caldo concentrado murmurando que el taxi llevará un rato esperando.

—¡No te olvides de que esta tarde tienes una firma de libros! —grita mientras me alejo, y con la cabeza asiento para que vea que me doy por enterada cuando no tengo ni la más mínima idea de qué demonios me está hablando.

Perdida en un atasco en el centro de la ciudad, me dejo sumir en un estado adormecido y contemplativo, abro la ventanilla y me vence el olor a hierba recién cortada que se escapa por la verja que rodea el parque y, a pesar del humo de los tubos de escape y la conversación a gritos del conductor al hilo de cómo nuestro mundo se adentra en el mayor de los fracasos, no puedo dejar de sentirme agradecida por este remanso de solaz y descanso, por este asiento libre de olor a café de máquina, por no sentir en mi boca el aliento a menta fresca que los besos de Agustín me dejaban. A lo único que aspiro es a fantasear con no llegar a mi destino, con quedarme aquí sin tener que recordar, con poder soñar con un solo día libre de mi memoria, de las ataduras del pasado muerto y enterrado y del precio que pago por seguir respirando consciente de cuántos quedan atrás por mi culpa, de cuántos caminos he cercenado, de cuántas ventanas he cerrado y, sobre todo, de cuántas me quedan todavía por cegar hasta que por fin, si es que eso pueda ser posible, me sienta plenamente en paz.

10. Cómo gestionar tu afición por la cocina y convertirla en un éxito

Sola y ante la puerta del restaurante busco inquieta a un tipo con cazadora de cuero que, por más que me fije, no encuentro. Algo decepcionada, entro cargada, con la cabeza gacha y atenta al suelo para no tropezar aunque me tientan las ganas de hacerlo, de dejarme caer con fuerza y terminar de arreglarme definitivamente la cara contra las baldosas a la espera de que aparezca mi hombre misterioso y me ofrezca un puñado de buenas respuestas.

Pero ni por éstas, así que después del tropezón fingido en el porche, y de volverme para contemplar el rostro de una empleada de la limpieza que con disimulo menea la cabeza como si creyera que no estoy en mis cabales, me dirijo a los fogones y nada más entrar me topo con Tomás aún sin delantal.

—Subo a la oficina —apunta en cuanto ve mis ojos que echan chispas—. Quiero estudiar varios presupuestos, eso de obcecarte en cambiar la mantelería nos va a costar un dineral.

—Quieto ahí —le detengo, dejando las bolsas sobre la encimera y señalándole con un dedo acusador mientras me quito la gabardina—. No vas a huir de mí así como así, tenemos que hablar de por qué eres tan cotilla.

—Qué pretendías, ¿que no le dijera nada a Estrella? Sabes que no puedo hacerlo —y ahora me clava esa mirada de perro pachón convencido de que no tendré más remedio que callarme, desarmada.

Acierta, claro. Y sin embargo no puedo resistirme a seguir rezongando un rato.

—Me siento controlada por vosotros.

—Exageras, Teresa. Te agobias porque confundes el que nos preocupemos por ti con esa estricta vigilancia a la que te tenía sometida

Ofelia. No estás acostumbrada a que te quieran.

—No se puede discutir contigo, eres demasiado sensato.

—Esa es mi función: procurar organizar este negocio y, sobre todo, que no le prendas fuego en un arrebato de ira o pasión.

—Me voy a poner de inmediato a trabajar —le informo, como si no le hubiera escuchado, porque no me apetece hablar del humor funesto con que me he levantado y de lo que soy o no capaz de hacer si me caliento demasiado—. Hoy también habrá en la carta una entrada especial.

—Veo que sigues adelante con el plan. Me parece bien.

—¿Lo dices porque ayer casi todos los clientes solicitaron el Plato Efímero?

—Lo digo porque has recuperado el gusto por cocinar.

Me callo porque, por no variar, ha vuelto a acertar, y tras recogerme la melena, cambiarme de ropa, remangarme y frotarme las palmas a conciencia, como una más de los que habitan esta cocina, me dispongo a elaborar contenta una receta volátil y fugaz que en un solo día morirá.

—Y si además se genera expectación y se incrementa en dos o tres meses la lista de espera, así sacamos para tus manteles nuevos —añado socarrona, sabiendo que todavía puedo buscarle las cosquillas—. En fin, si preguntan más locos por mí decidles que les espero cuchillo en mano —levanto uno bien grande y bien afilado— y que estaré encantada de recibirlos.

—Qué graciosa eres —se mofa Tomás sin que le haga pizca de gracia mientras hace ademán de marcharse—. Me está bien empleado, a ver si de una vez por todas aprendo que no mereces que te quieran.

Me pongo a cortar como una posesa verduras frescas en juliana y, sin que pueda frenar el flujo de imágenes y olores evocadores, mi mente comienza a volar y me recuerdo en este mismo lugar, más sola, sin tantos empleados como ahora ni tantas mesas ni tanta fama, sólo Tomás y yo en la cocina haciéndolo todo, con suerte uno o dos camareros y Estrella recibiendo a los clientes y quedándose después hasta tarde para ocuparse de la contabilidad, y dudo por un instante, añorando aquellos tiempos felices en que nos movíamos sólo por ganas y no por dinero, en los que nos lo jugábamos todo porque no teníamos nada que perder y cualquier triunfo, por pequeño que fuera, no era una atadura para el futuro sino un sorprendente placer, si ahora estamos mejor o peor que antes.

No tengo ni idea de si los que entran en Barbantesa, los que llaman durante semanas para conseguir una mesa como sea, esos mismos que dentro de un par de meses lograrán una reserva, lo hacen porque nuestra

comida sea excepcional o porque éste es un sitio de moda más, tan transitorio como perecedero, al que se viene por el ansia de impresionar, porque lograrlo es una gesta de la que fardar con sus amigos y, además del placer de contarlo, le hemos dado de cenar.

Levanto la cabeza en busca de Tomás. Quisiera que me contara qué piensa, si le parece que hemos llegado a donde él quería, si es éste el restaurante que soñaba regentar cuando idealista, romántico y optimista se embarcó pleno de ganas y escaso de capital en la locura de convertir este decrepito invernadero en un lugar donde crear nuevos sabores o recrear aquellos que echábamos de menos, que no probábamos desde que dejamos de ser chiquillos. No le encuentro, no está en la piedra afilando sus cuchillos ni meditando con una taza de café cargado qué puede preparar que no se haya hecho antes, que nadie haya imaginado y mucho menos cocinado. Seguirá arriba, enfadado o no, realizando pedidos a los proveedores o llamando a algún bodeguero que este año consiguió un vino excelente que pocos más encontrarán. Tampoco está Estrella, esa Estrella convertida ahora en una dominante de porte adusto y traje gris que invierte en Bolsa, que trata con artistas y empresarios que le dan el soplo de qué valor comprar y que la acosan a cambio con peticiones a cada cual más peculiar, como la de organizar en nuestras instalaciones la entrega de un premio teatral o realizar un reportaje fotográfico que una prestigiosa revista de moda publicará y contribuirá a incrementar más todavía de reservas el local.

De pronto me apetece parar, limpiarme las manos, arrinconar esta sopa loca y buscar a mis amigos, estén donde estén, para que me confiesen si esto colma sus sueños, si alcanza o rebasa sus expectativas, si no se sienten prisioneros ahora que se han cumplido nuestros deseos. Y qué queda de nosotros.

No sé por qué no lo hago, por qué no lo dejo todo y voy corriendo sala por sala hasta dar con ellos, como termino por hacer en los malos ratos, ansiosa por cobijarme entre sus alas y recibir su auxilio, su consuelo, las respuestas que no tengo o que no encuentro. Debería arrojarme en sus brazos y suplicarles que me den un nuevo empuje, que me convenzan de que no se han hartado de mí ni del sueño, de que poseemos lo que ambicionábamos y vale la pena continuar, de que sigue siendo gratificante cocinar.

Sin embargo sigo aquí, no me muevo. Mis dedos se ocupan en hacer volar el cuchillo con sus destellos siniestros de plata y metal sobre los delicados cebollinos, las zanahorias y los estambres como cabellos de

doncella de las flores amarillas del hinojo mientras corto y pico y me sumerjo en una sinfonía de naranjas y azafranes que sangran su savia sin piedad. Si resulta ser cierto que la mayoría de los que reservan mesa no tienen el menor interés por lo que pueda servirles, merecen saborear este caldo macerado con lo más oscuro de mis anhelos, aderezado con mis más amargos recuerdos. Merecen comerse mi furia, mi ira, los humores que bañan la vajilla y la plata de los cubiertos y todo lo bueno y lo malo que les ofrezco y les cobro con esmero.

En el fondo qué más da si vienen por mi cocina o su notoriedad, lo que nos hace realmente triunfar es la parafernalia con que fuimos rodeando desde el principio cada detalle, hasta los más imperceptibles. Tomás y yo hemos sido siempre unos teatreros y, en lo que respecta a Estrella, es tan sumamente protocolaria que entre los tres hemos sabido hacer de la experiencia de visitarnos todo un espectáculo. No es que amenicen las veladas cantantes de ópera o cuartetos de música clásica, pero es innegable que teníamos tantas ganas de montar este local y le pusimos tanta alma, tanto afán que, sin darnos cuenta, empezamos a representar una obra en la que cada pormenor está rigurosamente pensado, detenidamente elegido, mimosamente cuidado. Una vez dado este primer paso, sólo queda perder el miedo y el sentido del ridículo, creerse el papel y comenzar a actuar. Es como una puesta en escena o, por qué no, como un juego de seducción. Debe suministrar un cierto tipo de atracción.

Y es que, ¿qué nos distingue de otros restaurantes que ponen el mismo esfuerzo, que aman la cocina tanto como nosotros, que se juegan sus ahorros y hasta su vivienda y no obtienen más que vacío y deudas? Temo revelarlo, me da vergüenza divulgar que nuestra notoriedad, nuestros precios exorbitantes, nuestro buen nombre obedece a un recurso tan sencillo, tan banal, que desvelarlo sería como hacer público un truco de magia divulgado por un ilusionista desleal.

Pero he de decirlo, la libreta roja exige su cuota de sinceridad y, por otra parte, por qué callarlo por más tiempo, qué me ata si no sé si Estrella o Tomás o alguien más llegará a leer algún día este diario, si interesará esta historia que se escribe en los portales bajo la suave intensidad de las primeras luces, que repetirán los conserjes en las noches aburridas de los hoteles menos elegantes como un rumor, como una leyenda siniestra de mujeres devorahombres a las que no domeñaban hogueras ni cruces. Por qué voy a frenarme si me apetece desvelarlo, tampoco es para tanto, es una norma básica, obvia para cualquiera con dos dedos de frente: conseguir que el cliente se vaya contento, hacer que sienta que la

experiencia culinaria que se le ofrece es un regalo sin igual que viene a ser como tomar parte en el mismo juego de incitación, persuasión y soborno que llevamos interpretando desde que dejamos atrás las coletas y los pantalones cortos. Algo tan simple como planear la presentación y la puesta en escena, cuándo aparecer y cómo recibir al comensal para mostrarte con él adorable o misteriosa, inalcanzable o etérea; habrá que decidir después en qué mesa sentarle y cómo convencerle de que precisamente esa es la mejor y la que más le conviene, calcular a continuación cuánto vas a ignorarle como pose premeditada hasta que por sorpresa te acercas y le ofreces la mejor de tus sonrisas, intercambias unas breves palabras y no mucho más tarde deslizas suavemente ante él la cuenta que terminará por pagar encantado, prometiéndote con todo su entusiasmo que regresará, cueste lo que cueste.

Ahora sólo queda volverse y fijar la atención en un nuevo cliente o amante, una nueva presa fresca a la que encandilar. Aunque nada de esto podría funcionar si no contáramos a nuestro favor con el fervor de la clientela por las historias bien narradas y su olfato previamente entrenado para dar con una aparatosa trama (llámese las tristes vivencias del entremés, el terrible martirio de la carne o la increíble hazaña de cómo capturar el pescado) servida entre los entrantes y los postres, bien corregida y mejor aliñada.

Me refiero, claro está, a los asiduos del ambiente cultural que nos frecuentan con encomiable fidelidad, a los actores y directores, a las pintoras y novelistas, a los músicos y diseñadores y, también, a los editores de libros prácticos que como moscas a la miel siguen acudiendo para convencerme de que no abandone la escritura por más que afirme que desde que salgo en televisión y regento el restaurante ya no mantengo mi interés por volver a publicar. Los modos y maneras que emplean son variados y diversos, refinados o directos, agresivos o incluso malencarados, como los del consejero delegado sin alma que, a pesar de mis evasivas y del granizo traidor, al llegar a casa terminó por contarle a su beata esposa que el almuerzo fue insólito pero excepcional.

Inepto. ¿No comprende que, aun invitando yo, siempre terminaré por ganar, que manejo Barbantesa como los camellos de las esquinas más oscuras y, como éstos estilan, es mi norma invitar primero si veo que el cliente me interesa por su fama, su grado de adicción a lo suntuoso o por su dinero?

No me da vergüenza reconocerlo, cada cocinero agasaja a su manera con diferentes estilos y promesas. Es un todo vale con tal de procurar que

el comedor se llene cada día, que no quede libre ni una sola mesa. El ejecutivo, como el cantante de renombre al que no permití sacar la cartera, como el crítico de arte que se dejaba convidar hasta que finalmente acabó por hacerse fijo pagando sus reservas con una enorme sonrisa de satisfacción, terminará por traer a su mujer y a sus allegados ante los que ha alardeado de conocerme, y yo me acercaré e intentaré ocultar mi asco y le saludaré con la deferencia que merece y ya serán entonces cautivos de mis armas y mis redes, y repetirán, y no sentiré pena por ellos y sus cuentas corrientes. Así funcionan las cosas para bien o para mal.

Soy mala, y perversa, y a pesar de que sé que por más directivos y directores generales que acudan y me pretendan, por más jefes de marketing y asesores y palmeros culturales que me requieran, no volveré a publicar. Pero sigo permitiéndoles venir, y callo aunque no dejen de cortejarme, aunque nunca paren de llamar, unos atraídos por mi elevada posición en la lista de ventas, otros por mi piel de porcelana que se cuele a través de la pantalla en las casas ajenas una vez a la semana, algunos incluso porque se creen capaces, como los caballeros andantes de los cuentos de hadas, de hacerme hablar, reír y gozar, de liberarme de la maldición que me impide tomar un bolígrafo y deslizarlo sobre el papel para dar forma a una obra que aun sin leer accederían gustosos a publicar. Y les permito que se ilusionen y me esperen con los brazos y las chequeras abiertas sin informarles de que mis manuscritos y mi corazón siempre serán para quien primero apostó por mí, quien creyó en mis ideas que parecían locuras irrealizables y me convenció ofreciéndome un contrato entre chanzas regadas con alcohol y espanto cuando no era nadie y ni en mi propia revista ni en mi casa existía quien pensara que yo o mis proyectos valíamos la pena.

—¿Te diviertes?

Es Tomás, ha regresado y me ha pillado abstraída sobre la tabla de cortar con una sonrisa en los labios. Tal vez sea por eso por lo que no reparo en que tiene las manos repletas de periódicos y parece preocupado.

—Sí —admito, y estoy tan abstraída en mis pensamientos que no advierto su seriedad ni su rictus tenso. En mi descargo he de decir que no pregunto por cortesía, realmente me interesa su respuesta, no tener que sentirme culpable porque el triunfo de esta aventura haya segado sus ilusiones de cuajo, quedarme tranquila sabiendo que, pese a todo, sigue disfrutando—. ¿Y tú, eres feliz aquí?

—Razonablemente —contesta con su medida tan familiar—. Trabajamos como remeros en galeras, pero esto es lo que nos gusta, tenemos libertad y somos nuestros propios jefes. No me puedo quejar.

Respiro aliviada y anoto en uno de los casilleros de mi mente un ok en el apartado que lleva su nombre para acto seguido cotejar con resignación que la casilla que está a su lado, la de Estrella, todavía permanece en blanco. No debo anticipar el resultado, lo que importa es el hoy y la dicha de saber que, a fin de cuentas, no todo lo que hago es tan malo.

Sin embargo Tomás sigue ahí, esperando. Duda, parece temeroso, finalmente entre carraspeos termina por soltarlo:

—Acaba de llamarme Estrella. Ha encontrado una noticia en la prensa que no va a gustarte —y sin más explicaciones deja frente a mí la página abierta para mostrármela.

Ahí me encuentro, bajo el letrero de nuestro restaurante, palidísima y casi translúcida en el blanco y negro de las instantáneas de baja resolución de los diarios, paralizada en medio de la calle, con mi labio partido y mi cara semienterrada en su abrazo.

TERESA SINDE RESULTA LESIONADA EN EL TRANSCURSO DE
UNA REYERTA

**La famosa cocinera fue golpeada cuando se interpuso en una
disputa**

G. B.

Teresa Sinde Valverde, una de nuestras cocineras de vanguardia más internacionales y propietaria de Barbantesa, el que quizás es el restaurante más en boga de la ciudad, sufrió en la tarde de ayer un desafortunado accidente que le causó heridas leves y una breve conmoción fruto, al parecer, de un golpe propinado cuando intentó interponerse en una disputa sentimental que tenía como vértices a un empleado de su restaurante, a la conocida modelo Rocío Dueñas y a su actual pareja, el cantante y también modelo ocasional Marcelo Salazar. La contusión no requirió atención médica y, por fortuna, se recupera favorablemente.

Al parecer, según testigos presenciales, el percance se produjo cuando la restauradora, tras la intensa tormenta de granizo que paralizó numerosas avenidas, salió a la puerta de su negocio para despedir a algunos clientes y en ese momento presencié cómo se iniciaba la disputa entre los dos hombres y, con el fin de evitarla, se interpuso entre ambos recibiendo un fuerte manotazo en el rostro por parte del cantante.

Teresa, famosa también por su faceta como escritora de libros de

cocina y conductora de un programa televisivo gastronómico y cultural, hubo de ser auxiliada por sus compañeros, en tanto el cantante y la modelo se marchaban apresuradamente del lugar.

Tras leer de un tirón el texto paso a ojear los demás periódicos conteniendo el aliento. La mayoría reproduce la noticia en términos parecidos, pero todos citan que el restaurante es de tránsito frecuente entre artistas y famosos; unos de forma más breve, otros haciendo hincapié en mi biografía, los más aludiendo a mi difunta madre —y rogando que Dios la acoja en Su seno, lo cual, dicho sea de paso, ojalá se cumpliera, porque así se largaría de mi casa y yo me la quitaría de en medio—. Pero mejor seguir callada porque queda lo peor, las revistas del corazón, que para mi desgracia han tenido tiempo de incluir a última hora una escueta nota con mi fotografía acompañada de textos más ofensivos, frívolos y vacuos: «Teté Sinde es una de las solteras más cotizadas de nuestra alta sociedad, una rica heredera huérfana y desafortunada que, sin familia ni seres queridos, ha sabido rodearse de amigos que la consuelan en épocas de adversidades tan dolorosas como esta», «Pese al golpe, podemos contentarnos de que las huellas que el suceso ha dejado en su rostro sean pasajeras: no querríamos vernos privados de disfrutar con la contemplación de una de las caras más bellas de la programación...».

Al acabar de leer tamaña sarta de banalidades me encuentro, más que sorprendida, consternada. Asqueada. Furiosa. Mareada. Siento de nuevo un golpe invisible que me deja noqueada. Tomás me acerca una silla y tengo que dejar pasar unos minutos respirando como pez fuera del agua, boqueando concentrada para no ahogarme en mi propia bilis, en la sangre que se me ha subido a la cabeza y me sonroja hasta la raíz del cabello y no quiere marcharse de mis mejillas arreboladas por la ira y el desprecio.

—¿Cómo te encuentras? —tantea prudente unos instantes después.

—Asqueada. Furiosa. Mareada.

—Tampoco es para tanto —comenta tranquilo con la intención de quitarle hierro a la situación—, no es la primera vez que salimos en la prensa.

—La única que sale, como una borracha a la que hay que sostener porque no se tiene en pie, soy yo.

—Perdona, pero si la vista no me falla el sujeto sudoroso y colorado como un cangrejo que aparece a tu lado es servidor, y no me quejo.

—Pero ni tu nombre aparece ni es a ti a quien arrastran por el lodo.

—Vamos a racionalizar: nadie te juzga, tú eres la víctima y tampoco tienes por qué sentirte ofendida. Sufriste un accidente, alguien te sacó

una foto, lo cual no es raro habida cuenta de que eres conocida, y los medios la han publicado. Ya está.

—Yo no quiero figurar en la prensa a menos que sea por algo relacionado con el restaurante, mis recetarios o mi labor como presentadora. Odio tener tras de mí una cámara dispuesta a dejarme en ridículo y más aún salir en las páginas de sucesos o en las de sociedad. Quiero que me dejen tranquila y en paz.

Lo suelto de un tirón, rabiosa, con un punto de consentida caprichosa acostumbrada a que cumplan sus deseos, que se ve por vez primera contrariada y no tiene más salida que pillarse una pataleta para hacer notar su disconformidad. Y como esas niñas a quienes de pronto sus padres miran bajo una nueva luz, conscientes de que han concebido a unos monstruos malcriados imparables en sus antojos, siento de pronto que Tomás pierde la paciencia mientras, con una feroz determinación, me zarandea cogiéndome de los brazos:

—Cálmate y no digas más simplezas. ¿Sabes cuál es tu problema? Piensas que puedes entrar o salir sin que nadie te vea, pero no eres una sombra por más que lo finjas. Adonde te crees que vas con tu carita de ángel y tu melena. Nosotros disimulamos, hacemos como que no te vemos revoloteando por la cocina como si no estuvieras porque acatamos tus manías. Pero no eres invisible, asúmelo, porque en el fondo si quisieras pasar inadvertida no saldrías en televisión, ni escribirías libros, ni tendrías un restaurante sin aceptar que muchos clientes vienen aquí sólo por verte en persona. Se te acabó el anonimato. Acostúmbrate.

Se va. Permanezco un rato aquí, sola y sentada, rumiando mis desgracias porque no me queda más remedio, porque no sé qué otra cosa puedo hacer, porque me quiero olvidar de todo y relajarme y lo mejor será que me ponga a cocinar. Me levanto y me vuelco ensimismada en mi homenaje de hoy a quien me agrió el carácter y me dejó marcada. Esta sopa de recuerdos ha de ser excepcional pues mañana ya se habrá digerido y, como los periódicos de ayer, como las noticias ya pasadas, no dejará apenas más que un poso de sabor en la boca de todos los caníbales que, sin saberlo, se habrán comido mi pasado liberándome de su peso.

Despacio, lentamente, el reloj marca las horas y, para mi sorpresa, no llego a enloquecer, aparece el resto del equipo, también mi pinche particular, y empieza a llenarse el comedor mientras en la cocina la estancia se perfuma con el aroma de la efímera creación catártica y trascendental que nadie volverá a degustar, que tras hoy nadie saboreará

jamás.

Después de ordenar que se incluya en la carta la exclusiva vianda con que la chef, la insigne Teresa Sinde, nos deleitará durante esta única jornada y dar las pertinentes indicaciones sobre cómo presentar el consomé y, lo más importante, cómo explicarlo sin revelar qué ingredientes he utilizado, me retiro un instante e intento adecentarme. Luego, con la hinchada boquita pintada y los ojos brillantes, finjo durante dos horas amabilidad y entusiasmo y conquisto y seduzco, me dejo adular y comento lo preciosas que están las orquídeas que cultivamos en el invernadero, el tiempo revuelto que hace en esta tarde otoñal y, cómo no, porque aunque la gente no tenga vergüenza a mí me puede el pundonor de dar una mala respuesta, termino por ceder y comentar el susto de ayer y cómo es la prensa de entrometida, gracias por su interés.

Disimulo, casi se me va la mano exagerando al representar esta especie de orgasmo social y, cuando me quiero dar cuenta, exhausta pero aliviada, estoy despidiéndome de los últimos clientes. Aunque me da tiempo a oír alguna que otra afirmación ahogada sobre mí que quisiera pararme a rebatir, me lanzo a la calle en pos de un taxi que me lleve veloz a mi próxima cita no sin antes echar un rápido vistazo a mi alrededor pero no, qué desilusión, llena de desencanto compruebo que no está por ninguna parte, agazapado tras un árbol, sosteniendo alguna pared, doblando alguna esquina, aquel extraño individuo cuyo recuerdo me desasosiega y cuya imagen, sin embargo, no puedo inquieta dejar de perseguir.

* * *

Me subo al taxi sin recordar adonde voy y me veo obligada a rebuscar en mi cartera a toda prisa bajo la desaprobadora mirada del conductor. Doy al fin con la diminuta nota de papel en la que Estrella, que hasta para esto es ahorradora, me ha apuntado la dirección a la que debo presentarme y recito con voz bien clara la calle y el nombre de la librería, una de las más conocidas. En la siguiente línea figura el de la persona de contacto y es entonces cuando caigo en la cuenta de que le conozco desde hace muchos, muchos años y, por más que ahora su flamante cargo sea al parecer el de Director de sucursal, no puedo dejar de imaginármelo, a escasos minutos de nuestro inexorable encuentro, como aquel tipo que lucía la imagen de Durruti en la camiseta y que fardaba de ser más

anarquista que nadie, que pregonaba que lo principal era el compañerismo, vivir a tope, no perder la calma y dar siempre la cara cuando se presentaba un aguacero.

Yo acababa de empezar a trabajar en la revista y solía visitar con frecuencia su establecimiento para estar al día de las novedades. Él se encargaba de la sección de narrativa y, por su pregonado amor a la cultura y lo que podría considerarse una morbosa atracción por las princesitas de clase alta a las que pervertir con sus escandalosas teorías marxista-leninistas, ya en aquel tiempo desfasadas, solía rondarme cada vez que me veía aparecer. Sin disimulo, sin una sola concesión.

A mí me gustaba aquel juego, pelar la pava y hacerme pasar por una amante mundana libre de prejuicios. He de reconocerlo, siempre he sido propensa a dejarme querer, puede que por la falta de cariño de que adolecía en casa, y pese a asumir que el interés que le producía no era por mí sino por lo que representaba a sus ojos, por el morbo que implicaba descarriar a una chica como yo de tan insigne familia, jamás respondí con una mala palabra a sus galanterías y sí con una mezcla de picardía e indiferencia que, nunca fallaba, le encendía.

Los dos sabíamos que aquello no pasaría de un inofensivo coqueteo, sencillamente porque ni nos apetecía complicarnos ni estábamos tan locos como para dejarnos el prestigio o el alma en el intento por un simple escozor a pesar de que ambos éramos libres (mi relación con Agustín todavía no iba más allá de algún inocente café de máquina cargado de vergüenza ajena en la redacción). Qué dirían además sus amigos punkis y okupas en caso de enterarse, de qué torre se precipitaría mi madre si llegasen a sus oídos mis diabluras. Lo único que me reventaba era, para mi gran irritación, esa insistencia en llamarme Teresita.

—Qué ven mis ojos, pero si es Teresita —exclama guasón nada más verme en cuanto el taxi se detiene y, dedicándome un guiño cómplice a través de la ventanilla, se inclina para abonar la carrera por mí, como le han enseñado que debe hacerse con los autores de prestigio que llevan el bolso o la cartera como adorno, igual que la Reina de Inglaterra, al menos mientras dure la promoción, que viajarán y dormirán y comerán gratis en bufés de hoteles a cambio de sus palabras, su presencia, un autógrafo, un aliento al esbozo de narrador que aún no ha publicado pero está convencido de serlo o al mitómano contento de contemplar una cara famosa por más que el libro que le firman, con toda seguridad, nunca se leerá.

Aguardo paciente y reparo en cómo exige la factura para que más tarde le devuelvan el importe, porque una cosa es mimar al escritor y otra ser tan memo como para perder dinero del propio bolsillo, y pienso que aún no he conseguido, después de todo lo que me han hecho y he sufrido, de todas las barbaridades que he perpetrado, de lo mucho que he vivido, visto y sentido, reponerme del pasmo de encontrármelo de nuevo bajo ese impensable aspecto del que se muestra tan satisfecho.

—Hay que ver la de vueltas que da la vida —consigo articular.

—Y tú que lo digas —me responde fatuo, exultante por mostrarse ante mí, pensando con acierto que me deja deslumbrada con su insólita apariencia de gestor, con su traje de marca, con su afeitado apurado, su corte de pelo estudiado y ese porte de triunfador tan pagado de sí mismo que no se da ni cuenta de que mi desconcierto está tan exento de respeto como pleno de una descontrolada, malsana curiosidad que exige satisfacción.

—Te encuentro cambiado —ataco dispuesta a tirarle de la lengua mientras me cuestiono dónde habrá quedado toda aquella filosofía suya del trabajar para vivir y no vivir para trabajar.

—No me puedo quejar, he sudado como un animal para llegar a este puesto —admite sin fingir modestia, y suelta una risilla estúpida que se regodea en su propia gracia sin fijarse en las malditas ganas que tengo de adular su descubierta ambición, su desmesurada voracidad.

—Lo celebro —si se trata de fingir, yo soy la mejor en este juego.

—A ti no te pregunto cómo estás, Teresita, ya te veo cada semana en mi televisor y acabo de comprobar que al natural luces todavía mejor —me piropea, y en el cortísimo trecho que caminamos hasta la entrada su siguiente pregunta me pilla con la guardia baja—. Por cierto, si no te importa mi indiscreción, ¿has vuelto a saber algo de Agustín?

—No, nada —alego con prudencia y una, espero, convincente indiferencia en tanto me esfuerzo por escarbar en mi memoria hasta dar con alguna explicación de por qué se interesa tanto por él, qué sabe de nuestra historia y su final.

—No pretendía recordarte el pasado, es que creí que igual manteníais algún tipo de contacto, si no con él, al menos con su familia.

—Lo entiendo, pero por desgracia nunca tuve un trato muy fluido con ellos.

—Discúlpame, por favor —insiste, asumiendo mi incomodidad—, es que se esfumó de tal manera que no puedo quitármelo de la cabeza... Todavía le doy vueltas a esa forma de desaparecer, de dejarlo todo colgado

sin despedirse. Hay noches en que pierdo el sueño imaginando qué hará, dónde estará, y como me tope con alguien que lo haya tratado hace años me pongo pesado y no paro hasta que volvemos a analizar sus motivos.

De pronto lo recuerdo: Agustín y el librero llegaron a convertirse en una suerte de colegas y más que razonables amigos a raíz de su pertenencia a una asociación para la conservación de las obras antiguas y descatalogadas. Fue tal su sintonía en aquel grupo llamado Defensores del Libro que hasta se permitían bromear de su mayor punto en común: yo, y cómo el destino jugó a favor del primero propiciando que cayera en sus brazos.

—Ya sabes que siempre se distinguió por ser un poco caprichoso y soñador —le disculpo.

—Pensé que después de un cierto tiempo habría acabado dando señales de vida, si no a mí por lo menos contigo —se excusa de nuevo—. No pasa un día sin que lo eche de menos —y se detiene evocador y entrecierra los ojos añorando sus tiempos de calavera pasado de vueltas, ese que llegó a ser en el que ya no se reconoce, un sentimental preocupado por los amigos, un muchacho de barrio con conciencia de clase, un soñador siempre dispuesto a usar la palabra como arma de agitación social, sobrado de actitud y de ganas de provocar.

Quizá para justificar esa repentina parada me sujeta por los hombros y, yo diría que más para abortar cualquier intento de huida que para hacerse perdonar, me planta un beso en cada mejilla sin percatarse de que me he puesto extremadamente tensa, tal vez porque está demasiado ocupado comprobando que al otro lado del escaparate de la librería más de uno y de dos empleados chismorrear tras ser testigos de su muestra de familiaridad y asienten satisfechos al verificar que el jefe no se tiraba un farol, es cierto que es amigo de la pava estirada de la tele y hasta puede ser también que por poco no llegara a convertirse en su novia. Luego, satisfecho, sin aflojar la presión del abrazo, más posesivo que protector, promete enseñarme la ampliación de las instalaciones.

La mala noticia es que es un hombre de palabra, de modo que sin la más mínima opción a oponer resistencia me veo zarandeada de una planta a otra y me siento obligada a poner mi mejor sonrisa ante sus ayudantes a pesar de oír cómo me presenta como una «vieja amiga» cuando, más bien, me siento como un trofeo cobrado en un coto de caza que debe ser mostrado en cada plaza para que el pueblo llano reconozca el mérito, para que sepan que la gesta es real, que la hazaña existió y el director de esta librería, por más que digan las malas lenguas, fue anarquista convencido

y, nadie lo creería, amigo de alguien como yo, una niña rica y caprichosa reconvertida en deidad televisiva.

Tras finalizar el tour, luego de más manifestaciones de un exagerado cariño público que siempre fue recreo o espejismo, que nunca llegó a ser tal, me veo conducida a una mesa situada en la planta baja. Tengo ante mí una fila formada por lectores que, con alguno de mis libros en las manos, esperan pacientes a que les toque su turno. Comienzo a firmar. Me distraigo dándole palique a las señoras que me comentan lo poco que me parezco, tanto en mi escritura como en mi físico, a mi madre, que Dios la acoja en Su seno; sonrío a los pálidos jóvenes vestidos de negro que se me acercan con mi Grimorio acunado entre sus brazos y me contemplan con un fervor inusitado, como si fuera la máxima sacerdotisa de algún culto gótico y desconocido; me esmero en poner dedicatorias sentidas que satisfagan a todo el mundo y, en los escasos segundos que me quedan libres entre un beso, una nueva firma y un apretón de manos, busco con el rabllo del ojo al que otrora fue un joven revolucionario en su deambular incansable, incluso me atrevería a decir que hiperactivo, por la librería.

También hay ratos muertos, y los aprovecho contemplando cómo algunos vendedores colocan en el escaparate torres de libros de una novela que sale hoy a la venta pese a que lleva una llamativa faja que afirma que ya alcanza la quinta edición y los cien mil ejemplares vendidos, u hojeando esa otra que luce una pegatina redonda y roja en la portada que asevera que es el «libro del año» cuando, en realidad, ese premio se lo han otorgado los lectores de una biblioteca de Laponia. No tardarán en explicarme que son tácticas modernas de marketing y que algunas editoriales utilizan esos reclamos para toda obra que lanzan al mercado.

Luego llegan otros librereros deseosos de saludarme y, por qué no decirlo, entretenerme, sabedores por propia experiencia de que los escritores pertenecen a un tipo particular de neuróticos que muy pronto se agobian si creen que ellos o sus libros son injustamente ninguneados. Es por esto que me entero, pues algunos son viejos conocidos y no hay nada más sabroso para ponerse al día que disertar sobre las vidas de los demás, de en qué tipo de persona se ha convertido mi antiguo amigo el librero, ahora un jefe tirano y déspota que disfruta oprimiendo a sus subordinados, que almacena media docena de denuncias por acoso laboral, que se ha ido cargando poco a poco a todos aquellos compañeros que comenzaron en la empresa a la vez que él, los camaradas a los que incitaba a la rebelión, a los que les aseguraba que la Revolución y la

dignidad eran lo primero, a los que les juró tantas y tantas veces que la lealtad era su enseña y no aceptaría jamás vender a nadie por dinero. A ésos precisamente, a los que le conocían de antaño, a los que le hacían sombra y amenazaban con superarlo en el escalafón, fue a los que primero se quitó de en medio apartándolos de su camino sin contemplaciones, no fuera que un día revelasen su oscuro pasado a los mandamases. Así, clavando puñales por la espalda, conspirando, conjurando, utilizando como escalera los espinazos encorvados por el trabajo de los demás para trepar más alto, pudo llegar a ser quien es y no tardó en imponer sus propias leyes para convertirse en uno de los más aclamados representantes de la psicopatía empresarial, alguien tan frío, tan calculador, tan impersonal que el propio jefe de recursos humanos lo proponía como ejemplo de gestión eficiente ante los demás.

No me cuesta nada creer en todo lo que me revelan. Le veo pasar con su corbata de seda y sus gemelos de plata y me dan ganas de escupirle contra mi costumbre un par de buenos insultos, de tirarle a la cara la copa de agua que tan galantemente me ofreció nada más comenzar a firmar. Pero me contengo, aunque mis ojos no se dejan someter a las órdenes de no seguirlo de mi cerebro y lo distingo en su ir y venir de un lado para otro riñendo, colocando, aleccionando hasta que, como tenía que ser, las dos horas pactadas llegan a su fin y se acerca a mi sitio con su sonrisa zalamera y una invitación bailando en la mirada.

—¿Qué tal te ha ido? —me interroga, y como uno de sus empleados le da cuentas del número de ejemplares vendidos y las cajas de libros agotadas, exclama excitado creyendo que sus palabras aduladoras, tal y como leyó en un bestseller de inteligencia emocional, le hacen mejor persona—: ¡Qué grande eres, Teresita! ¡Esto es genial!

Si atendiera a ese tictac que me acompaña y me entretiene, que me permite encender y apagar a mi gusto una realidad que no termina de convencerme, que sería mucho más feliz si, haciendo caso de mi imaginación, se presentara tal y como yo la veo en mis fantasías, ahora mismo podría cerrar los ojos con un tic y al volver a abrirlos con un tac contemplaría a este espécimen con un cuchillo clavado en la garganta cual cerdo reluciente en día de matanza. Es sin duda su situación ideal, con las cuerdas vocales seccionadas, el gáznate abierto en canal y la boquita cosida y cerrada. Pero tras el rapidísimo parpadeo vuelvo a enfocarle y ahí está, peripuesto en su traje y dispuesto a cortejarme, efusivo y sagaz, cargado de dobles intenciones, como en una de aquellas tardes perdidas. Me apetecería levantarme y darle una patada a este cristal estúpido que

me separa del mundo soñado, que lo cerca y lo aleja de este otro mucho más feo e injusto, pero me contengo y le dedico la mejor de mis sonrisas como si estuviera enormemente agradecida por su piropo y éste me excitara hasta el punto de querer llevármelo a un callejón para arrancarle la camisa.

—¿Te apetece que vayamos ahora a tomar algo por los viejos tiempos y para celebrar tus ascensos? —le propongo maravillada, y en cuanto lanzo la sugerencia al viento como un pescador ocioso que no tiene nada mejor que hacer que tirar una y otra vez el anzuelo, constato que, con insólita facilidad y sin apenas esfuerzo, terminaré por llevarme a casa un premio seguro a mi osadía descarada.

—Eso mismo tenía en mente, me has leído el pensamiento —proclama contento y, volviéndose hacia una de sus siervas, una librera que ya peina canas y que durante esta tarde me ha parecido encantadora, le suelta maleducado y sin miramientos—: Tú, Mara, encárgate del cierre, de cuadrar la facturación y de meter en la caja fuerte la recaudación. Y que te acompañe el Armario —señala con un brusco ademán al guardia de seguridad que es, tal y como dice, alto y ancho como un ropero de tres puertas—, a ver si no tenemos desgracias como la del domingo.

—¿Qué desgracia? —curioso, pero no me da tiempo a escuchar su respuesta porque justo entonces, a pesar de que la reja metálica de la librería ya está bajada a la altura de nuestras cinturas, dos individuos se agachan y la rebasan decididos y se presentan ante nosotros con cara de pocos amigos.

Se trata de un hombre alto y moreno que ha rebasado los cincuenta pero aparenta ser tremendamente mayor, con esa vejez eterna que acarrear algunos por los avatares de la vida y que los vuelve duros, casi pétreos, infinitos como el granito que cincela sus rostros surcados de arrugas, grises y amenazadores. Su mirada barre el suelo y no parece querer levantarse de él, se diría más a gusto allí, junto a las hormigas y las colillas, los zapatos y los desechos, que enfrentándose a los ojos de la gente y a las miserias que se escapan por ellos. El otro, mucho más joven, se ve frágil en contraste con su acompañante, no más que una mera sombra, casi transparente de tan etérea, cosida a su espalda.

Sin dejar de observarles me acuerdo de papá y durante una décima de segundo pasa por mi mente la cantinela de siempre, ese «¿Qué ves, Teté?» del que como un vicio o una obsesión no puedo desprenderme. En cuanto la oigo retumbar dentro de mi cabeza surgen, fruto de mi voluntad bien entrenada, mil y una posibilidades, a cada cual más alocada y delirante:

les une una historia de amor desbocado que no pueden revelar; o son padre e hijo y no se soportan pero por deferencia a la madre y esposa se tienen que aguantar; tienen una misión en común que el mayor no puede olvidar y el joven ansia no afrontar; el primero es un ave de presa, un cazador que no cree más que en los antiguos métodos mientras que la sombra, aquejado de una honda pena, sólo pretende huir de su vera, escapar de su control.

La voz del director del establecimiento me saca de mis pensamientos y le escucho dirigirse a los intrusos con seguridad aplastante, con tono algo petulante y tajante:

—Señores, la firma ha terminado —pero éstos no se excusan ni retroceden y el librero pierde algo de fuelle, de esa hombría impostada que le insuflaba una cierta valentía. Amilanado, termina por venderme, como era de esperar—. De todos modos, estoy seguro de que la autora no tendrá inconveniente en dedicarles un ejemplar...

Estoy a punto de intervenir para decir, toda educación y cortesía, que por supuesto el público es lo primero, pero algo me impide hablar y tal vez por prevención, incluso hasta podría decir que por miedo, desisto del intento. Extiendo mi mano para recibir el volumen que se supone debo dedicar y me sorprendo cuando comprendo que no tienen nada que ofrecer ni parecen interesados en lo que escribo, pues en silencio y al mismo tiempo, como movidos por un resorte oculto, rebuscan algo que no acierto a imaginar en sus bolsillos.

Estilizadas y brillantes, altivas y seguras de su poder, esgrimen con convicción frente a nuestros rostros dos placas de policía. No me caigo porque estoy sentada pero noto que me falta el aire, que no puedo respirar cuando escucho decir con cara de pocos amigos y haciendo uso y abuso de su autoridad al más maduro, que por fin alza la vista de las baldosas, que ya no me rehúye y posa su mirada con ojos que me escrutan sin avaricia ni deseo, que recelan de mí como antaño, que son los que conocí tantos años atrás, de color pardo oscuro y con esos reflejos escarlata inquietantes por más que haya caído la noche sobre su espalda y los dos hubiéramos supuesto que nunca nos volveríamos a cruzar:

—Policía Judicial, quisiéramos hacerle unas preguntas.

11. Trucos de fácil aplicación para deshacerse de un invitado pesado

—Qué bochorno... Y que todo haya tenido que ocurrir justo delante de ti cuando hace tanto que no nos veíamos... Qué pensarás de mí, Teresa —gimotea el librero que ya no es anarquista, reconvertido gozosamente en vil capitalista y escondido tras la jarra de cerveza, tapándose ahora, en un melindre de vodevil grotesco y dramático, la cara con las manos, arrepentido tal vez en este instante de no seguir siendo el de antes o, cuando menos, de no poder fingir que lo es ante mí.

—No te preocupes, esto le puede pasar a cualquiera. Nadie, ni siquiera yo, está libre de despertar sospechas —le conforto con mi voz más comprensiva mientras pienso en todo lo que no sabe, en que no tiene ni la menor idea de cómo mis palabras, que parecen un mero consuelo, un quedabién sin mayor trascendencia, están tan peligrosamente cerca de ser verdad—. Es lógico que si ha habido un robo en la librería te tomen declaración, eres el director.

—Que conste que todavía no estoy imputado —y es tal su deseo de mantener la imagen de ganador con que pretendía epatarme que, sin darse cuenta, se le suelta la lengua—. Lo que ha ocurrido es que se han sucedido demasiadas casualidades: entraron a robar el domingo por la noche, justo el día en que guardamos más dinero porque se acumula la recaudación del fin de semana y no se puede ingresar hasta el lunes.

—No hay que ser un delincuente para conocer ese detalle, por algo tan obvio no pueden acusar a los empleados.

—Cierto, pero muy pocos tienen acceso al código que desconecta la alarma y estoy seguro de que ningún cliente puede saber dónde ocultamos las cámaras de vigilancia —y se va calentando—. Me refiero a las que disimulamos en lámparas falsas, las mismas a las que el ladrón, que se escondía bajo un pasamontañas, se dirigió sin perder un segundo en

cuanto consiguió forzar la puerta trasera del local. Las cegó para que no pudieran registrar sus movimientos de camino hacia mi despacho, en donde escondo la caja fuerte tras un falso panel de madera que también encontró a la primera.

—Ya entiendo, ahora cambian las cosas, con estos datos no es difícil sacar la conclusión de que el culpable es...

—Alguien de dentro, sin duda —me corta—. O en todo caso alguien que cuenta con un cómplice que le ha pasado la información desde el interior. ¿Comprendes por qué la policía me interroga hasta la extenuación? Qué sé de éste o de aquél, si despedí a algún trabajador que ahora haya buscado venganza... Cada vez que los veo entrar por la puerta me echo a temblar. Estoy seguro de que me ven como el verdadero sospechoso.

—Es su forma de...

—Y para acabar de rematarlo —vuelve a interrumpirme, tan embebido en sus cuitas, con tantas ganas de desahogarse que no se da cuenta de que mi rostro no muestra compasión, de que disfruto con la narración de su caída en desgracia— resulta que además de la cantidad en metálico también sustrajeron cuatro libros valiosísimos que custodiábamos y que iban a ocupar un lugar preferente en la exposición que estamos preparando en la última planta y todos saben que soy un coleccionista de ejemplares raros.

—La verdad es que el asunto no pinta bien —aclaro espontánea sin ocultar mi alborozo.

—Mis superiores de la Central ya ni me cogen el teléfono. Y luego me llegan rumores de que van a degradarme o incluso despedirme... Hay muchos que se frotan las manos anticipando mi desdicha.

—Tú más que nadie deberías saber que a la gente sólo la mueve la envidia —continúo con mi sibilino lanzamiento de cuchillos.

—Y luego están los agentes encargados del caso, ¿te has fijado en el de mayor edad, en sus ojos?

—Dan grima —vaya si me he fijado, han llegado a provocarme pesadillas.

—Y miedo. Le resbala que seas culpable o no, por su mirada ya sabes que te ha juzgado y te lo dice sin palabras, te taladra hasta la médula y te graba su mensaje bien adentro para que no se te ocurra olvidarlo —y entierra la nariz en la espuma de la cerveza hasta agotarla sin respirar.

—¿Estás bien? ¿Quieres que te deje solo?

—No, por favor —suplica viniéndose abajo y, al verle, no dejo de

reparar en que le está echando mucho cuento a su dolor, en que por detrás de su fachada dolorida, de su aspecto consternado, en lo más hondo de sus pupilas reluce un rescoldo de hambre agazapado. Vaya aprovechado, qué gran espíritu práctico que hasta de su derrota, de los revolcones que le da el destino, sabe sacar partido.

—Está bien, me quedaré un poco más contigo.

—No sabes cuánto te lo agradezco —y pretende mostrarse manso, mimoso, dolorido, sin llegar a conseguirlo. Debajo de su comedida sonrisa detecto un perfil siniestro y voraz: son sus colmillos de hiena que me quieren devorar.

Pues bien, juguemos. Por mí y por todos mis compañeros.

—Entonces, ya que nos espera una agradable velada, te propongo que busquemos otro lugar —sugiero—. El alboroto de este bar acabará poniéndote más nervioso.

—Me parece perfecto, Teresita —y en una fracción de segundo su postura cambia, sus hombros se enderezan, alza la cabeza y con un chasquido de dedos exige al camarero que traiga raudo la cuenta—. Conozco un italiano muy cerca que...

—No tengo hambre. No todavía. ¿Qué tal si nos tomamos una copa en un sitio discreto en el que no haya tanto bullicio?

—No creo que haya un lugar más tranquilo que mi casa. Entiéndeme bien —salta antes de que me dé tiempo a responder, como si le hubiera quemado la lengua su ofrecimiento—, no busco seducirte por más que no pueda quitarte la vista de encima porque sigues igual de guapa, sólo que como antes mencionaste que desde que sales en televisión te reconocen en todas partes y no te dejan en paz...

—Me parece una idea de lo más sensata. Sin embargo le pongo un pero —sonríe embaucadora intentando mostrarme indiferente a la propuesta que sí me incendia de verdad el paladar y la lengua y las encías—: Mañana debo madrugar, así que preferiría que fuéramos a la mía. ¿Te importa?

—¿Cómo me va a importar después de lo bien que te estás portando conmigo? —y busca desesperado al camarero, que tarda en traer la vuelta, y masca un taco destinado a insultarlo, vaya inútil, cómo no va a serlo si es el último mono de este antro, anda que si trabajase para mí iba a tener esa calma y esa sonrisita idiota en la cara. Cuando al fin aparece no puede contenerse y le escupe un «¡Ya era hora!» que suena como el disparo de una bala en la madrugada y, apresurado, sin dejar un solo céntimo de propina pero apropiándose de la factura que también pagará la empresa,

sale corriendo hacia la puerta tirando de mí, no sea que me dé por cambiar de parecer o un imprevisto aborte sus planes.

Caminamos sin saber bien qué decirnos. Imagino que irá pensando en la suerte que ha tenido esta noche. Yo, por mi parte, no puedo dejar de reflexionar en el tipo de cretino en que se ha convertido. Noto que posa su mirada sobre mi cintura y la percibo obsesiva, avariciosa, posesiva no de lo que soy sino de lo que represento, una mujer famosa que tras tantos años de deseo se le ofrece una noche sin más, sin haberse apenas resistido. Me da por imaginar cuál sería su reacción si descubriera cómo lo veo de verdad, como un simple trozo de carne destinada a aplacar mi hambre.

Mis impulsos revoltosos, casi suicidas, me tientan y me animan a revelarles todo y ya estoy a punto de detenerme al pie de una farola y permitir que su luz ilumine de lleno mi cara para que pueda comprobar que no miento, que le hablo en serio al decirle que si me lo llevo a casa es por un deseo mesiánico de redimirle, por la lástima que me suscita, porque aún puede servir de utilidad a alguien. Pero nos topamos con un andamio que estrecha la acera y, como un latigazo, advierto que, con el pretexto de guiarme, galante y sobón posa demasiado cerca del final de mi espalda una de sus manos.

Doy un respingo. Odio ese detalle tan masculino que se pretende sutil y despreocupado pero que revela tanto, esa manía de querer toquetearlo todo, hasta lo que ya saben que es suyo, y me vence el impulso de deshacerme de esa garra a manotazos. Algún lector romántico de esta loca libreta roja podría aducir que exagero, que soy suspicaz y malpensada, que es sólo una demostración de deseo, un necesito tocarte con cualquier excusa, la más absurda, a la mínima oportunidad.

Se equivoca, por supuesto.

Hay que ser mujer para entender qué significa ese contacto, la afirmación implícita que conlleva esa mano protectora y tirana a la vez. Es una forma de gobierno, un tú no te sabes el trayecto, un cuida por dónde pisas que con esos tacones y esa actitud te la vas a pegar, que tengo que ser yo el que marque tu rumbo y elija tu destino porque sola no puedes andar.

Ya se la devolveré, decido, y unidos a través de esos cinco dedos que se clavan en mi chaqueta como las zarpas de un oso, que me marcan como un hierro candente, llegamos al parking y nos introducimos en un ascensor sucio y con olor a orines que, renqueante, pareciera que nos trasladase al centro mismo de la Tierra. Aquí por fin despega su pezuña de mi cuerpo

para sacar su tarjeta de abonado y enseñársela al encargado que vegeta tras una ventanilla. Después me conduce apremiante hasta el lugar de penumbra, humedad y hollín donde su automóvil aguarda como la carroza fúnebre de un condenado que no se entera de lo que está pasando, que ignora su triste porvenir.

Como una zombi que cumple las órdenes de un santero aguardo a que saque las llaves y hasta me presto a interpretar la pantomima de que es un caballero y agradezco con una sonrisa que me abra la puerta. Definitivamente, sus padres no le dieron una buena educación: en vez de esperar a que me quite el abrigo para no arrugarlo y entre por mi propio pie me empuja impaciente hacia el asiento con leves empellones, más como un secuestrador imperioso pero apocado que como un seductor. Excuso estos deslices, fruto probable de su excitación o los nervios, y cuando ya tengo el cinturón de seguridad puesto y él ha encendido el motor me veo sorprendida por su ataque despiadado. Como era de prever, al abalanzarse sobre mí el coche termina por calarse con un sonido siniestro mezcla de espasmo, tos de viejo y estertor final de una existencia de metal que cruje, petardea y al cabo se apaga en tanto yo, con su lengua dentro de mi boca y su mano sobre mi muslo, sucumbo a una risa inesperada que le hace retroceder con disgusto.

—¿Qué ocurre? —se agita, y vacila entre mostrarse ofuscado o desalentado.

—Perdóname —me disculpo apresurada para no incrementar el golpe de mi rechazo—, es que hacía tanto que no me sucedía esto, y menos en un aparcamiento, con tanta prisa y pasión que, de repente, me vi como si fuera adolescente de nuevo.

—De alguna manera lo eres —concede entrando en la broma, dejándose llevar por mi juego—, no olvides que tenemos este asunto aplazado desde hace mucho tiempo.

—No te falta razón, sólo que ahora he crecido y no puedo permitirme el lujo de darme el lote en un lugar público —le reconvengo.

—Lo entiendo, Teresita, una hembra como tú no está hecha para un sitio como éste —asiente complacido, como si mi objeción respondiera a un modelo previamente establecido de lo que aceptan o no las diosas de clase alta como yo, y arranca decidido y satisfecho mientras no llego a imaginar qué tipo de fantasías trasnochadas con damas de alta alcurnia pueblan su cabeza.

—No es por ahí, vamos a mi antigua casa, al palacete de mi madre —le

indico al salir.

—¿Ya no vives por la zona de los Austrias?

—Ese apartamento, el que compartí con Agustín, era de su familia y en cuanto rompimos tuve que marcharme. Había demasiados recuerdos acumulados.

Con una sonrisita estúpida en los labios atiende a las precisas indicaciones que le voy dando para llegar hasta mis dominios, y dócil, se deja guiar encantado mientras elucubra con vete a saber qué depravaciones. Al cabo de unos minutos de forzado silencio en los que nuestras voces sólo se alzan para decimos frases tan prosaicas como «gira a la izquierda en la rotonda» o «justo después del semáforo», se rinde al fin a las ganas de retomar el tema aun a riesgo de parecer un entrometido, un pesado obsesivo que a cada paso y palabra me sigue hartando.

—Qué pena lo del apartamento. El edificio se caía de viejo, a pesar de eso debía de costar lo suyo estando en pleno centro y con esas vistas prodigiosas...

—Era un hogar pequeño, pero estaba lleno de amor.

—Tampoco puedes quejarte, ahora disfrutas de un palacete para ti sola.

—Ya casi llegamos, puedes aparcar donde encuentres un hueco —le miento, aún queda un trecho, pero no quiero lidiar luego con el engorroso problema de su coche estacionado delante de mi puerta.

—¿No tienes garaje? —se sorprende.

—Ayer se rompió la polea que abre la compuerta de la cochera —le miento de nuevo—. Es mejor dejarlo por aquí, en mi calle las farolas apenas iluminan y varios vecinos se han quejado de robos en sus vehículos. A mí no me importa caminar, la noche está agradable.

No hacía falta que me esmerara tanto, me hubiera bastado con hablarle sólo de los robos para engatusarlo, como comprobé en cuanto vi su rostro atenazado por el temor a que algún desalmado destrozara su bólido o lo mancillara posando sobre él sus sucias manos. Con el susto aún en su cuerpo avanzamos por la acera desierta y no tardamos en llegar a mi cancela, oscura y fúnebre por la falta de alumbrado y porque dentro, junto al estanque, maúllan como poseídos los gatos entonando salmos de alabanza a algún dios extraño.

—Cantan a la Luna —le explico, pero podría inventarme cualquier otra excusa ridícula porque no me oye, tiene la boca abierta como un cascanueces mientras contempla extasiado la tétrica y apabullante fachada de la casa de Ofelia, que nos espía sigilosa, tan cotilla como

siempre, detrás de los pliegues de las cortinas que no puede mover ni apartar con sus dedos de humo. Finalmente, mi amante bandido de corazón malherido se percata de que estoy a la espera y debe articular algún sonido para hacerme saber que aún se encuentra en el mundo de los vivos:

—¡Menuda mansión!, y vaya nombre raro que le pusieron.

—Sabía que te gustaría. *Je Reste* significa «Me quedo». Uno de mis tatarabuelos la perdió jugando a las cartas. Cuando llegaron los acreedores se negó a abandonarla y se encerró con sus escopetas de caza en el torreón, allá arriba, donde brilla esa luz que en su honor todas las noches está encendida, y en cuanto se atrevieron a franquear la verja la emprendió a tiros con ellos. Resistió el asedio una semana y logró conservarla. Tras esa gesta le cambió el nombre.

—Qué historia más interesante —él también miente, sé que le importa un pimiento—. Y dime, ¿es caro el mantenimiento?, ¿cuántas personas tienes de servicio? ¿Es toda tuya o hay algún otro heredero?...

Sus preguntas son tan indiscretas, tan fuera de lugar, que opto por adelantarme por el sendero de gravilla a riesgo de parecer maleducada o descortés y dejarlo atrás, como una pésima anfitriona renuente a ejercer su papel con tal de no permanecer a su lado y no escuchar cómo calcula los millones que vale esta propiedad. Puedo jurar que oigo los engranajes de su pequeño cerebro sumando, deduciendo, elucubrando cómo pagar menos impuestos, lo que podría sacar por el terreno y hasta por la madera de unos árboles tan nobles («Son robles, ¿no?, deben de valer un dineral») y, desde luego, cómo hará para seducirme y convencerme de que es el hombre que merezco hasta sellar nuestro amor pasando por el altar. Al infierno con su proclamado ateísmo y su alergia a los contratos matrimoniales, se dice por dentro, lo que importa es progresar, medrar, salir del agujero de esa empresa que no me valora, que me hace trabajar sábados y fiestas de guardar, que me humilla después de haberme dejado el pellejo en ella, que me obligó a ser el ángel exterminador de todos mis compañeros de promoción y ahora me pone en la picota y contempla con delectación cómo caigo mientras mi crédito, mi saldo, mi prestigio, se agota.

Me detengo a mitad de camino de la senda impaciente, arrepentida de haberlo traído. Me vuelvo y ahí continúa, con los ojos brillantes y los puños apretados, la cabeza levantada contemplando el escudo de piedra del frontón y en la cara ese deseo de poseerme, de hacerme suya en el pleno sentido de la palabra. Está dispuesto a agarrarse a mí como a un

clavo ardiendo. Cuando se cierra una puerta se abre una ventana, se dirá, y yo soy la promesa tentadora, la rica heredera cortita de luces y mona que la suerte le depara.

Lo veo meridianamente claro, tanto que asustaría a cualquiera que no fuese como yo. A la primera oportunidad me propondría montar un hotel de lujo, un centro comercial o una urbanización de adosados y, si me opusiera, no tendría reparos en quitarme de en medio y convertirme en polvo de estrellas, en recuerdo adorado, en triste mártir de destino malhadado que, como explicaría luego a la policía, condenada por la misma maldición que se llevó a toda mi familia, como belleza efímera, como flor de invernadero, terminé por marchitarme dejándolo solo, millonario y, no se cansaría de repetirlo, sin consuelo.

Por eso me siento tan libre y me relamo sin reparos: con canallas como él sobran los escrúpulos. Puestos a eliminar lo haré yo primero aunque, por otra parte, sería igualmente divertido dejarse ir y preparar la parafernalia de la boda católica, apostólica y romana, y casarme en la catedral ante un cardenal, y jurarle obediencia y fidelidad eterna y, tras la luna de miel en un crucero por las islas griegas, dejarme persuadir para vender la casa y esperar a ver qué cara se les pone a todos mis vecinos y amigos cuando las palas excavadoras horaden la tierra plagada de sorpresas del jardín.

Ahora soy yo la que se recrea en sus pensamientos y disfruta con sus pesadillas irreales hasta que su abrazo me coge desprevenida y me sobresalta sacándome de mis fantasías y, por qué no decirlo, también de mis casillas.

—Teresa, Teresita, ¿qué te pasa, mi vida, te he alarmado? —susurra, asquerosamente adulator, en mi oído.

—No es eso, es que de pronto he sentido frío. ¿Entramos?

—Como quieras, princesa, yo siempre a tu servicio.

—Así te enseñé mi castillo —y como un perrillo faldero asiente contento, ansioso por echarle el ojo a los arcones con doblones de oro que cree que le aguardan tras franquear el foso, y se deja llevar y escucha atento mis explicaciones sobre la arquitectura y el estilo, las hectáreas que ocupa el jardín, la antigüedad de los espejos de azogue veneciano que cubren paredes o de las arañas de cristal que penden del techo, el porqué de las pinturas y tapices que he retirado y que guardo a buen recaudo en el sótano o las mil y una cuestiones que no le habían sino todo lo contrario porque piensa que está visitando un museo que pronto será suyo, un palacio que le acogerá y se estremecerá al oír sus pasos. Yo, a

medida que nos adentramos en *Je Reste* y sus vericuetos, me voy adueñando de la situación hasta sentirme segura por completo, ama y señora de todo cuanto alcanza su vista y dispuesta a convertirme en la que manda, la tejedora que invita a la mosca a visitar su malla sabiendo que tiene el control y, en un dicho que me va como anillo al dedo, la sartén por el mango.

Después de unos momentos que me parecen eternos decido que ya está bien del paseo turístico por los señoriales salones, las terrazas con sus estatuas, la azotea con sus vistas y hasta el mármol de los baños. Ya me he cansado de oír el tintineo metálico de la caja registradora que esconde entre sus neuronas, no tiene gracia su charla maquinadora y ha perdido todo interés escucharle fingiéndose indiferente por la procedencia o el mérito de las obras de arte y traducir para mis adentros cada una de sus frases destinadas a averiguar lo que valdrían en el mercado negro. No hemos venido aquí para esto. Ya es hora de lanzar el anzuelo con su cebo y poner fin a tanto parloteo.

—Cada rincón es tan fascinante y espectacular —me asegura asintiendo con la cabeza como uno de esos muñecos con un muelle por cuello— que no me cansaría de contemplar todos sus recovecos una y otra vez.

—Pero no hemos venido aquí para esto, cielo.

—Tú bien sabes lo que deseo, Teresa —asiente cogiéndome del talle y plantándome un beso pegajoso en el hombro—. Pero antes dime ¿dónde está el famoso salón de fumar?, ¿tiene muebles antiguos, me lo puedes enseñar?

Definitivamente, este hombre no tiene arreglo.

Y, sin embargo, no puedo ser tan inepta como para no saber tentarlo y no llevarlo a mi terreno. Tiene que haber algún flanco por donde le pueda atacar...

—Antes nos queda visitar la sala más importante: la biblioteca. Eres un experto, estoy segura de que sabrás apreciarla como se merece.

El chucho de plástico barato se torna perro de presa de olfato afilado:

—¿Tienes primeras ediciones?

—La duda ofende. Mi abuelo no era coleccionista de incunables, era un adicto.

—Agustín me comentó qué estaba llena de tesoros, sólo que por aquel entonces tú ya no te hablabas con tu madre y no pude hincarles el diente... Bueno, tú me entiendes, echarles un ojo a los libros.

Antes de que le dé por seguir soltando sandeces sobre lo que vale esto o aquello le llevo hasta la escalinata que, cómo no, también le cautiva, y mientras la subimos le oigo calcular nuevamente su valía multiplicando el precio del mármol de cada escalón por el metro cuadrado y el total de peldaños, hasta que llegamos a la estancia prometida repleta de libros presidida en una de sus paredes por el enorme ventanal. Entonces, gracias al cielo en pleno y a todo su santoral, se calla, extasiado, olvidándose por un bendito lapso de hablar.

El dolor de cabeza que me provocaba empezaba a ser inaguantable. Ahora, agradecida, calmada, me reclino contra uno de los estantes y le observo pasear pausado, con las manos a la espalda y andares de noble decimonónico, inspeccionando, casi hasta diría que esnifando algún que otro ejemplar que selecciona y hojea con extremo cuidado e incluso devoción. Tan concentrado está que pasa junto a mi escritorio art déco colocado en el centro de la sala sin reparar en su valor, ni tampoco en la antigua porcelana de las lámparas aunque, extrañado, se detiene ante el televisor.

—¿Qué hace *eso* en este lugar? —clama maleducado.

—¿Por qué, te parece un sacrilegio? —le provoco con una sonrisa.

—No, no me refería a... —recula, pero yo sé que acaba de decidir que, en cuanto tome posesión y este lugar sea todo suyo, ese aparato irá a parar al sótano o, en el peor de los casos, al mercado de segunda mano—. Lo que sí me llama la atención es que ahora, si no estabas en casa, permaneciera encendida.

—Siempre lo está, me hace compañía.

—¿Y qué canal es el que tienes puesto?

—Documentales de National Geographic, son mis preferidos —y sin volver la cabeza sé que ahora mismo en la pantalla se ve una escena de caza en la que un depredador de los numerosos que habitan el planeta, un león, un tiburón, un cocodrilo o una viuda negra, termina por devorar a otro animal más débil e indefenso que, por mucho que lo intente, nunca se salvará.

—Da un poco de repelús —comenta.

—A mí me excita, ¿a ti no?

Y abandonando mi calculado reposo cruzo la distancia que me separa de él con un compás tanguero y sensual marcando el paso con la cadencia del latido de un corazón, bom-bóm, bom-bóm, y me acerco y le susurro al oído números de cuentas en bancos suizos y ante su éxtasis le echo la cabeza hacia atrás y le muerdo en el cuello con furia, ataco su tráquea con

ira mientras le oigo gemir, revolverse, agitarse alterado, incitado y me atrevería a decir que noqueado.

Ya está bien de tanto cotorrear, me digo mientras sigo succionando para asegurarme de que no tendré que aguantar su verborrea ni un segundo más, de que por suerte y para siempre su lengua no volverá a molestar.

* * *

Me quedo trabajando, o cocinando, o recreándome, o disfrutando de un par de horas de actividad frenética después de mi encuentro con el librero traidor que ya ni es anarquista ni capitalista, que ni siquiera es criatura digna de tener en cuenta, y cuando salgo de la caseta de piedra y atravieso el sendero hasta la puerta trasera de la cocina son algo más de las tres. Buena hora para dormir, me digo, y pese a que soy consciente de lo sucia que estoy después de mi intenso contacto con esta cita postergada durante tantos años que, a la hora de la verdad, me ha dado más trabajo del esperado, de que mi camiseta blanca ya no es tal sino un borrón rojo y ocre mancillado y sudado, hasta me atrevería a decir que chamuscado tras tantas horas cerca del horno, me resisto a meterme bajo la ducha. Lo que quiero es tirarme sobre la cama sin pararme a pensar, rendida, placentemente baldada y vencida por el sueño, esperanzada ante la perspectiva de que sea reparador, de lograr sumergirme en un limbo blanco en el que no me asalten recuerdos ni pesadillas, engañándome, creyendo que aún me quedan restos de la antigua ilusión o que, por qué no, vuelvo a ser la de antes y no estoy rota ni maleada, y Ari está a mi lado, y me mira.

Con la esperanza de dormirme sin más me niego a dejar que el agua me espabile, y paso de largo del baño para llegar a mi habitación sin perder un minuto que cederle a la realidad y regatearle al descanso. Cuando estoy en camisón a punto de caer entre las sábanas distingo en el pasillo un resplandor blanquecino que me confunde por un instante. Son las lámparas de la biblioteca, que me rastrean y persiguen, que me recuerdan que sigue ahí, que tarde o temprano tendré que enfrentarme a ella, que insisten en sus cantos de sirena como haces de luz que no piensan dejarme en paz, que pretenden destrozar mi sosiego y esta oportunidad única de dormir y olvidar.

Me vuelvo de mala gana maldiciendo esta casa de Ofelia llena de

trasgos, secretos y mentiras, marcada por su constante recuerdo y su cargante presencia por pasillos y esquinas por más que cuando se encuentre conmigo pretenda insultarme desde su indiferencia de espectro. Reniego de la frialdad del suelo frío bajo mis pies descalzos y del empeño en hacerme participar a deshora de su histeria y su llanto y entro en la biblioteca dispuesta a cortar de cuajo cualquier asomo de rebelión, a mostrarme implacable como si no tuviera sentimientos o no me importara este infinito asco que no alcanzo a conjurar.

Apago las luces y milagrosamente callan las voces que me llamaban, hago el ademán de marcharme, de volver a la cálida promesa del lecho, y reparo entonces en que la puerta que da al balcón se encuentra entreabierta. Segura de que me protegen de atisbos indiscretos los altos muros y la verja atenazada por la hiedra, convencida de que mis queridos árboles, a semejanza de los espinos del bosque encantado de Blancanieves, se cierran sobre esta casa cuando estoy en ella espesándose y aislándome del mundo exterior y su pobreza, de la curiosidad invasora, de las palabras crueles y las intenciones funestas, me acerco con intención de cerrarla ungiendo con la fuerza que me dio mi último amante, sintiéndome invencible e inexpugnable, sin temor de nada de lo que allá fuera pueda esperarme.

Un leve destello me detiene. Es un sutil resplandor naranja a lo lejos, al otro lado del portón, tan tenue que parece el brillo inocente, más allá de toda duda, de una solitaria luciérnaga desorientada. Intrigada me paro a contemplarlo detenida ante la vidriera sin cortinas, con mi camisón brillando en la oscuridad como el sudario de un fantasma. Me divertiría esta comparación si reparara en ella pero no es así, de pronto estoy preocupada, acabo de percibir que hay alguien ahí afuera, en la calle, en ese mundo que tras el amparo de mi tapia finjo que no me afecta. Y ese alguien de presencia amenazante, sea quien sea, fuma con parsimonia un cigarro mientras me acecha.

No lo pienso, me dejo llevar, abro la puerta y salgo al balcón sin reparar en mis brazos desnudos, en la tela liviana que apenas me tapa, en el relente de la noche de otoño, en que me expongo tanto como mi vigilante a mostrarme como lo que soy, un espíritu pálido perdido en su infierno particular, condenado a vagar sin tregua ni descanso hasta haber espantado a mis propios demonios, hasta acabar con ellos o, lo más previsible, que éstos me aniquilen al cabo. Me asomo sin temor al vacío o a las alimañas de la noche, me inclino sobre la balaustrada indiferente al

vértigo o al miedo, escudriñando la acera con los ojos furiosamente abiertos, entrecerrando a continuación los párpados para tal vez distinguir algo mejor la forma incierta de quien me contempla, insultando en un susurro la ineficacia de los empleados municipales encargados de reponer las lámparas de las farolas que sistemáticamente destrozo a pedradas a fin de sembrar el acceso a mi casa de una perenne oscuridad que otrora creía que me cobijaba, en la que tan a gusto me sentía.

Pasan unos segundos eternos y tensos y mis pupilas logran acostumbrarse a las tinieblas que me rodean hasta permitirme definir al menos las diferencias en la densidad y el contorno de los objetos. Ahí está. Más allá del cinturón de árboles, fuera de mi radio de acción, cómodo en la vía desierta.

Un hombre alto y corpulento que apaga la colilla tirándola al suelo — su trayectoria de luz traza un arco de estrella fugaz venida a menos— y la aplasta luego con su bota, una silueta sospechosa que me resulta ligeramente familiar y cuya tranquilidad me inquieta volviéndola sobrecogedora. De pronto alza la cabeza y parece mirarme directamente a través del denso follaje de mis guardianes vegetales, presintiéndome o puede que esperándome a pesar de estas altas horas, como si supiera que iba a aparecer, atraída por su cigarro como una polilla por la luz, divisando su resplandor como un barco en la tormenta, perdido y desorientado al pie del acantilado.

Me pregunto quién es, qué hace aquí, qué quiere de mí. Hago un recuento de enemigos y no puedo siquiera llegar a calcular cuántos permanecen vivos. Si al menos pudiera ver el brillo rojo en el fondo de sus iris sabría a qué atenerme, si una pavesa traidora huida del cigarro me permitiera vislumbrar una parte de su rostro para distinguirlo pétreo y curtido, macilento y empecinado, podría decidir qué hacer, si plantarme ante él o esconderme.

Espero. No ocurre nada.

Me siento sucia, me pongo nerviosa. En un gesto instintivo y rápido, como si realmente estuviéramos bajo la clara luz del día y fueran totalmente visibles mi cara, mi pelo, mi cuerpo apenas cubierto por esta prenda fina y pavorosa como un velo de novia muerta, cruzo los brazos sobre mi pecho, me aferro a mi propio cuello y me quedo sin aliento.

El hombre sin rostro se mueve, retrocede sin perder la perspectiva del balcón hasta alcanzar un bulto de reflejos metálicos aparcado en la calzada y parecido a una moto de gran cilindrada. Oigo los pasos de sus botas ligeramente amortiguados por el sordo rumor del tráfico lejano y

ajeno al orden que pretenden imponerle los semáforos, por los maullidos de los gatos callejeros que pueblan mi jardín y saltan jugando a cazarse, por el murmullo de las hojas alteradas que movidas por el viento quieren averiguar qué pasa aquí, a qué extraño duelo están asistiendo. Me recorre un escalofrío y mis colmillos, como siempre que estoy inquieta, buscan hasta morder las comisuras de mi boca sin pensar en lo que hago. Me doy cuenta justo entonces de la sangre que gotea de mis labios hinchados, y me sorprende calculando si podrá distinguirla a esa distancia, si se habrá percatado de su furioso color escarlata que hace resaltar más aún mis fauces rapaces.

De que si esta noche está tan roja no es porque la haya maquillado. Hoy no hay excusas que me cubran, hoy no me enmascara ninguna barra de labios.

12. Cómo conciliar un sueño feliz tras una copiosa cena

—Ay, Teresa, con qué carita de pena me vienes.

—Anoche dormí fatal, perdí el sueño y luego ya no fui capaz de recuperarlo.

—¿El insomnio de siempre?

—Malos sueños, pero no pesadillas corriendo ante una bestia, es algo aún más extraño: soñé con mi padre.

—Mi vida... —Simón levanta la voz dejándose llevar por la pasión y la lástima y varias mujeres, famélicas y exquisitamente vestidas, maquilladas y peinadas, levantan a su vez la vista para juzgarnos con reprobación. No acierto a averiguar si esas pupilas que como dardos se clavan en nuestra carne lo hacen porque somos los únicos que pesamos más de cuarenta y ocho kilos de esta cafetería o por la extraña pareja que formamos, con *Tilda* a nuestros pies con su collar de strass y sus aires de diva, entretenida en comerse uno de mis carísimos zapatos.

Hace sólo unos días no me habría sentido molesta por el peso de esas miradas y habría continuado con mis confianzas, indiferente a la atención que puedo suscitar. Ahora, tras la publicación de ese ridículo artículo y con la sensación de que un batallón de sombras quiere darme caza, me obligo a esperar a que esos maniqués que parecen tomar sólo un sorbo de café o no más de tres miguitas de pan regresen a sus conversaciones para continuar:

—Y lo peor es que no consigo encontrar su lógica, Simón.

—Los sueños no tienen lógica, cielito.

—En mi caso sí. Lo que sueño tiene un sentido y me preocupa no saber por qué mi mente me trajo ayer la imagen de mi padre, cuando me fui a dormir satisfecha —y sus ojillos reclaman una explicación—: Anoche fui terriblemente perversa con un viejo pretendiente y después me acosté tan

extenuada que jamás se me hubiera ocurrido imaginar que me despertaría al recordar a papá.

—A veces la crueldad, como juego, puede ser una bendición, pero debes controlar: al final resulta un arma de doble filo —una de sus caídas de pestañas aporta énfasis al consejo y ambos asumimos que sabe bien de qué está hablando porque lo ha probado antes que yo.

—Cómo me revienta no poder escandalizarte nunca —bufo.

—Haber padecido en propia carne la versión mexicana de *Alguien voló sobre el nido del cuco* me da una cierta ventaja.

Simón nació en México D. F. y su padre, puro prototipo del macho latino, no admitió su homosexualidad. En cuanto pudo convencerse de que su hijo no iba a cambiar por voluntad propia, y antes de que cumpliera la mayoría de edad, lo ingresó en un selecto sanatorio psiquiátrico conocido por reformar a los hijos y herederos de la alta sociedad fueran cuales fueran sus vicios, lacras o defectos. Entre sus métodos expeditivos acostumbraban a utilizar el electroshock, encierros prolongados en cuartos de castigo y unas dosis de calmantes que alelaban a los desdichados pacientes hasta el extremo de provocarles adicciones más perniciosas que los pretendidos males que perseguían eliminar.

Mi amigo, contra todo pronóstico, logró sobrevivir a ese infierno y preservar su identidad. No sólo no se curó su «mal» sino que, para furia de su padre, regresó de aquel lugar fortalecido, con esa cualidad que sólo los supervivientes adquieren y que les dota de un grado de impermeabilidad que los hace inmunes a cualquier tipo de crueldad, con una extraña fragilidad que siempre nos hace temer una recaída, una vuelta a los abismos pero que, sin embargo, les lleva a superar los obstáculos y dejar a los que intentábamos protegerlos desfallecidos por el camino mientras ellos, siempre débiles y casi sin fuerzas, salen adelante con una sonrisa difusa en los labios.

Le observo. Sus blancas manos regordetas y delicadas sostienen su cigarrillo con un amaneramiento imposible, como una especie de cruce entre Truman Capote y Dumbo, y me doy cuenta de que con su sola presencia quebranta al menos cuatro o cinco normas de la lista de prohibiciones de este local: fuma, lleva un perro y sin correa, habla demasiado alto, a veces canturrea. Parecemos un remedo absurdo de esas típicas películas de Hollywood en las que la heroína de la comedia romántica cuenta, no puede ser de otra manera, con un amigo gay que de tan sabio, tan comprensivo, tan divertido, termina por parecer una

entelequia de la amistad, algo así como el hada madrina de Cenicienta.

En el fondo me da envidia. Hay personas que viviendo lejos de su lugar natal y su familia consiguen hacerse con una nueva allá donde van, que convierten cualquier lugar en su hogar. No tengo idea de cómo lo logran, pero estoy segura de que si ahora tuviera que recurrir a un ángel guardián Simón sería el primero de mi lista. Él fue mi consejero en aquel tiempo en que me jactaba de tener sentimientos, y mi paño de lágrimas en esos días aciagos en que comprendí que podía llorar. Sé que no se escandalizará por nada que le revele, que siempre me dejará desahogarme.

Si estamos desayunando en esta cafetería tan chic como él, frente a la redacción de una de las revistas de moda más distinguidas, es por su culpa. Ostenta el puesto de jefe de arte y creo que aceptó el cargo como una forma de rebeldía, una más de sus muchas parodias del papel de mariquita loca en el que los demás le quieren encasillar. A Simón se le da especialmente bien asumir los clichés para dinamitarlos desde dentro.

Quiero dejarme llevar, pedir una botella de champaña en este desayuno y que nos levantemos para brindar ante estas lagartijas escuálidas vestidas de marca, por la vida, por lo perra que es, y por nosotros, que a veces conseguimos manipularla a nuestro antojo. De pronto regreso de las profundidades de mi cabeza cubierta por telarañas y muñecas viejas, adonde voy a refugiarme cuando no me gusta mi día a día, y recuerdo de golpe a mi padre en mi sueño y se me van las ganas de celebrar nada porque ahí está su rostro, sus manos en torno a las mías al final de ese momento que anoche reviví en mi vigilia, ahora veo la pena de papá en el fondo de la taza y allí me quedo, sumida en mis pensamientos.

—Yo me creía muy mayor a los siete años —comienzo con entonación monocorde, como quien desgrana las cuentas de un rosario—, de hecho nunca me he sentido tan mayor como entonces. Ése fue mi punto álgido, jamás he vuelto a ser tan libre, tan feliz, a sentirme tan querida. Más tarde papá se fue justo antes de Navidad y todo se volvió más aburrido, más triste, más negro.

»Pero a los siete años todo era presente y maravilloso y papá pasaba largas temporadas en casa, cada vez más prolongadas. En esos días esta era una ciudad que se llenaba de circos en invierno, y a los dos nos encantaban por sus acróbatas, tragasables y trapeceistas. “El espectáculo más grande del mundo”, afirmábamos con devoción: yo, porque era una niña; él, porque sabía cuánto de representación, de función siniestra tenía su rutina. Mi padre se sentía atrapado en la espesa red que con la excusa

de los privilegios y deberes de su clase tejía Ofelia, la febril e incansable arañita tan perfecta, tan modesta y corta de miras y, sobre todo, severa. Cómo no iba a gustarle aquel absurdo entre bambalinas, cómo no iba a reconocerse en el papel del payaso tonto que, pleno de candidez y buenas intenciones, se llevaba los coscorriones del otro vestido de gala que se hacía el listo y le enseñaba el buen sentido de las normas y al que el público nunca aplaudía.

—Son reminiscencias de Pierrot, Arlequín y Colombina, de la Comedia del Arte —me ilustra, siempre culto y atento, Simón.

—He leído sobre el tema con la idea de conjurar mis recuerdos, pero no he podido vencerlos —añado tras una pausa—, cada vez que veo una carpa me sigue invadiendo la tristeza. Todo cuanto tenga alguna relación con mi padre se tiñe del mismo dolor que me causó su fallecimiento, y es una desdicha terrosa que me llena la boca, que no me deja respirar, y por más dulces que fueran aquellos días la pena los baña ahora, los llena y no hay manera de escapar, nada que me salve de ella.

»Recuerdo aquella tarde de circo. La que, aunque no lo supiera, sería mi última visita al mundo del más difícil todavía. Papá disfrutaba y yo, emocionada, aplaudía cada pirueta sobre el trapecio, cada voltereta sobre la pista, cada aro de fuego que saltaba el león o cada restallido del látigo que les imponía disciplina. Lo que más me asombraba eran los elefantes. Me quedaba sobrecogida y extasiada cuando pasaban ante las gradas. Debió de ser por eso que, al acabar el espectáculo, cuando estábamos en el aparcamiento cargados con globos y algodones de azúcar, decidió cambiar de planes sobre la marcha.

»“No nos vamos aún, Teté”, anunció. “Tengo un regalo para ti, para que no me olvides si algún día estoy lejos, para que recuerdes cómo ser feliz”.

»Cogida de su mano me llevó a la explanada donde se instalaba el campamento y las caravanas de la compañía, un lugar maloliente y peor iluminado al que nos costó llegar, esquivando en secreto a los vigilantes, agachándonos y ocultándonos tras los arbustos para que nadie sospechara que unos intrusos invadían su mundo.

»No tardamos en acceder a donde se agrupaban las fieras, los cercados de los caballos y, en general, aquellos animales que, a diferencia de algunos perros, no convivían cómodamente con los humanos ni dormían bajo sus mismos techos. Si cierro los ojos todavía me parece distinguir las jaulas formando un círculo, la paja amontonada en el suelo, los operarios acarreando sacos de pienso y oír, a lo lejos, un relincho perdido, algún ruido gutural que no identificaba y el arrastrar de cadenas que

acompañaba los andares de la pantera, de los tigres amenazadores y hambrientos, de un león que me asustó en su actuación sobre la arena pero que ahora en su encierro se veía viejo y hastiado.

»«Apúrate, ya verás», me decía papá ilusionado.

»«¿Seguro que no nos va a ocurrir nada?», le preguntaba amilanada mientras intentaba ajustar mis pasitos cortos a sus grandes zancadas.

»«¿Cuándo te ha pasado algo malo por mi culpa?».

»A mi padre le exasperaban mis dudas y me tachaba de timorata. Las peripecias en que me enrolaba, aunque apasionantes e intrépidas, siempre conllevaban una contrapartida dolorosa. Sin embargo y pese a los castigos que mamá imponía, incluso a costa de los remordimientos que me asaltaban después de alguna tropelía, nada empañaba el ansia de proseguir con nuestras andanzas, la misma que me hacía avanzar y dejar atrás a los chimpancés con sus caras de condenados de campo de trabajo para alcanzar un claro cercado por montones de heno y neumáticos apilados. Varias estacas de gran tamaño clavadas en el centro y cabos de cuerda atados a sus patas eran la única sujeción de los elefantes que, sin los adornos y las plumas, parecían gigantescos fósiles antediluvianos.

»«Míralos, Teté. ¿No te parece genial tenerlos tan cerca?».

»Sí, me lo parecía, pero ni siquiera yo, una niña, era tan insensata como él, y de ahí mi silencio: estaba aterrada, muda por el miedo.

»«¿No ves que ni siquiera hacen falta jaulas o grilletes para sujetarlos?», y extendió la mano para indicarme que lo único que impedía su huida eran aquellas cuerdas atadas a las estacas que a mí me parecían muy gruesas pero que, en comparación con la envergadura de los paquidermos, aparentaban ser hilos de seda.

»«¿Por qué no necesitan cadenas, papá, porque son buenos?», pregunté.

»«Son muy nobles, pero no huyen porque están domesticados».

»«¿Como los perros y los gatos?».

»«Como los enfermos de los hospitales. Les han dicho que su mal es incurable y se resignan a morir, no se les ocurre luchar», y un velo de sombra cubrió sus ojos mientras fijaba la vista en un lugar perdido adonde nunca llegaba nadie.

»«No lo entiendo».

»«¿Sabes lo que les hacen cuando son pequeños? Los atan a la estaca para que aprendan que no podrán liberarse jamás, para que se les grave en la memoria que no tienen fuerzas suficientes para luchar contra ella. Fíjate en esa cría de elefante, está rendida porque lleva un largo rato tirando de esa cuerda contra la que le es imposible ganar, y eso mismo

hará noche tras noche bajo la indiferencia de su madre, acomodada ya a la rutina de seguir siempre atada, hasta que se convenza de que nunca se liberará”.

»“Ahora porque es pequeña, pero luego crecerá y podrá romperla, papá”, argumenté cargada de lógica.

»“No, Teté. El elefantito aprenderá que esa cuerda es invencible y seguirá pensándolo mientras viva. Ya no intentará escapar por más que crezca y se haga enorme y nosotros sepamos que, si quisiera, ahora sí podría arrancarla”.

»“Pero eso me da mucha pena”. Y se me llenaron los ojos de lágrimas y te confieso que en mi sueño pude recordar cuánto quemaban en contraste con mi piel fría por la brisa de aquella noche helada. No sé cómo pudo haberseme olvidado esa sensación todos estos años, la de mi cara marcada a fuego por los surcos del llanto.

—¿Y qué pasó luego? —inquire Simón con sus pupilas brillantes y acuosas.

—Supongo que debió de pensar que aquella era una experiencia poco aleccionadora para la persona que quería que fuera y por eso se animó a imprimir un giro a la aventura. Buscaba darme una sorpresa llevándome hasta los animales que tanto me fascinaban, y que yo descubriera que vivían en celdas, sin esperanza, no formaba parte de la idea de diversión que había organizado. No quiso que regresara a casa tras haber aprendido la lección de que al final uno siempre termina por adaptarse y dejar en el camino su libertad.

»Ése fue el detonante, quería demostrarme que la sumisión no era la única salida, que era lícito rebelarse y no creer a aquellos que dicen que hay que aceptar lo que el destino nos quiera deparar, porque valemos mucho más de lo que nos aseguran los demás.

—¿Y qué hizo tu padre? —y exagerado, como recién salido de una telenovela, extiende hacia mí sus manitas impolutas como las de un noble que no sabe lo que es el esfuerzo y me ruega que no le tenga en ascuas por más tiempo, que acelere el final de mi sueño, que le diga qué pasó para prepararse con antelación y sacar el pañuelo discretamente antes de que los compañeros de redacción que ocupan otras mesas le vean sollozar como una frágil damisela.

—Eché a andar hacia los elefantes, se puso en el centro del círculo que formaban las estacas en el suelo y comenzó a gritar: «¡Podéis hacerlo! ¡Levantaos y huid si no queréis quedaros para siempre en este lugar!».

»Yo estaba paralizada, me debatía entre ponerme a salvo o correr en

busca de ayuda. Papá estaba en serio peligro de morir aplastado por los elefantes tanto si les daba por levantarse para obedecerle como si se enfadaban por su intromisión. Aunque no se los veía amenazadores desconocía cómo reaccionarían ante la presencia de un loco que agitaba los brazos y a pleno pulmón les instaba a la insurrección.

»Nada de eso sucedió. Puede que fueran más tranquilos de lo que pensábamos o se habían acostumbrado al vocerío del público, pero se quedaron donde estaban. Levantaron sus enormes cabezas para contemplar mejor a aquella hormiga que como un don Quijote había osado acercarse, agitaron con levedad las orejotas, le olisquearon con sus trompas y siguieron dormitando y contando manías en sueños. Así que me decidí a acompañarle en su propósito absurdo y alocado, bajé de la loma tras la que me refugiaba y con toda la potencia de voz de que disponía comencé a repetir sus palabras creyendo firmemente en lo que decía, que podría convencerlos y hacerles huir.

»Mi padre gritaba a mi lado y unos cuantos elefantes, supongo que intrigados, ligeramente interesados, se habían incorporado porque los movimientos de nuestros brazos les recordaban a las indicaciones de sus domadores. El caso es que aquel vocerío llamó la atención de éstos, que se acercaron y nos encontraron riendo y cantando a voz en grito consignas en favor de la liberación de paquidermos. Les parecimos dos chiflados, o al menos esa impresión les dio mi padre, por lo que escogieron la opción más prudente: llamar a la policía.

»Las sirenas despertaron a todo el vecindario y tampoco me pareció que fueran necesarias. Imagino que algún retorcido orgullo llevó a los agentes a entrar en ese barrio de clase alta montando el mayor barullo posible para hacer notar a los vecinos que entre los pudientes también había garbanzos negros capaces de llegar a casa esposados o cuando menos amonestados. Ofelia fue la que lo llevó peor. Aguantó el tipo como pudo mientras estuvo en la calle, serena y fría al pie de la verja como la señora que era, pero cuando la puerta se cerró dio comienzo la guerra. Aquella fue la gota que colmó el vaso, el principio del fin.

—¿Y así acabó el sueño?

—Tras pedir al servicio que se retirase a sus dependencias comenzó su sermón. A mí me castigó durante meses sin salir a jugar al jardín y respecto a ti, le aseguró a papá muy seriamente, ya hablaremos tú y yo en cuanto Teté se marche a dormir. A él no pareció importarle demasiado, se preparaba tranquilo un café con una sonrisa despreocupada y lo cierto es

que nada tendría por qué ser diferente a otras travesuras del pasado de no ser porque por primera vez yo le planté cara a mamá. Fue entonces cuando desperté: de pronto me vi adulta, sentada en mi cama, y comprendí que había estado gritando la misma frase con que arengaba a los elefantes pero transformada para responderle a ella: «¡Puedo hacerlo, tú no eres quién para decirme que no! ¡Puedo hacerlo!», repetía sin desfallecer, empapada en sudor, y sentí, aturdida y asustada a un tiempo, una extraña quemazón que me oprimió el pecho y casi no me dejaba respirar.

Después de tantos años, al fin tenía de nuevo ganas de llorar.

13. Milhojas de librero anarquista al vino añejo, con esencia de cerveza, maría y sal

—Todo lo que acabas de contarme, ese sueño tuyo, ¿sucedió en realidad?... —consulta Simón con cuidado tras permanecer largo rato en silencio.

—Tal y como acabo de relatártelo. Quizás esa sea la causa de que esté conmocionada, pero para mí lo extraño, más que el sueño, es que hubiera olvidado este episodio de mi infancia.

—Es evidente que el recuerdo estaba latente, a la espera de que algo lo despertara. Ahora nos queda averiguar qué ocurrió anoche para que se materializara, qué hiciste o dijiste que lo desempolvó del rincón de la memoria donde lo tenías archivado. Piensa, cielito, no puede ser casual.

—No tengo ni remota idea de por qué ayer soñé con papá —comento ante tanta insistencia—. El experto en psicoanálisis, hipnosis y terapias psiquiátricas eres tú. A eso he venido, a que me ilumines con tu sapiencia.

—Creí que preferías entregar tu artículo en persona para desayunar conmigo.

Ha sido un golpe bajo del que me arrepiento. Simón no se merece esto, y como no puedo soportar el peso de su mirada lastimada me inclino bajo la mesa para hacerle a Tilda un mimo que su amo, con toda certeza, no me permitiría intentar ahora con él.

—¿Teresa?... ¡Qué casualidad! —ambos contemplamos a la recién llegada, la redactora jefa de la revista que, más artificial que mis lechugas de diseño, nos deleita con su sonrisa y la prolonga a riesgo de que se le quede congelada—. Hace mucho que no te veíamos por aquí, ¿has venido a entregarnos tu colaboración?

—Me he pasado sólo para ver a Simón —confieso cargada de intención mientras compruebo por el rabillo del ojo que éste no puede evitar

esponjarse complacido—, pero ya sabes cómo soy, siempre voy apurada y me gusta matar tantos pájaros como pueda de un único tiro —y sólo yo sé hasta qué punto es verdad.

—Fenomenal, pues ya que estás podrías subir para saludar a las chicas.

—Lo siento. El restaurante me reclama de forma inmediata, me he embarcado en un reto alocado que consiste en preparar una creación exclusiva cada día y...

—Lo sé, lo sé —asiente imprimiendo a su rostro un puchero escrupulosamente ensayado—, todo el mundo habla de eso y de lo imposible que se ha vuelto conseguir una mesa, ¡aunque sea en una esquinita junto al baño! —chilla histriónica pero con un fondo de reproche que no me pasa inadvertido.

—Para ti siempre habrá un hueco en Barbantesa, es lo mínimo después de todo lo que has hecho por mí. Llama a Estrella y dile que vienes de mi parte.

Ella fue quien me animó a formar parte hace muchos años de su plantel de colaboradores. Me encargó la elaboración de un artículo en la sección de gastronomía y, algo inusual, me dio libertad en la elección del contenido. Si después de semejante voto de confianza cuando yo estaba al borde de la ruina personal y laboral, no soy capaz de corresponderle alegrándole el día y asegurándome de que pueda almorzar en mi guarida siempre que quiera, no merezco nada de lo que tengo, ni seguir viva, ni avergonzarme de ser siquiera, con todo lo malo que eso conlleva, yo misma.

—¿En serio? En la redacción se van a quedar verdes de envidia. ¡No imaginas cuánto te lo agradezco! —exclama alborozada como una chiquilla.

Se pone tan contenta que no cae en la cuenta de disimular los oscuros sentimientos que la minan arruga tras arruga desde que llegó a los cincuenta, que la atormentan y le hacen sentirse insegura cada vez que sale de casa con el alma un poco más blindada, atenazada por el pánico de sentarse ante su mesa sabiendo que es la mayor de la plantilla, la dama venerable de la redacción y ya no la mujer deseable a quien la ropa que envían las grandes firmas a la revista apenas sirve por más que intente luchar contra la flaccidez, las canas y las ojeras.

Qué lástima. ¿A esto se reduce todo?

—Yo me reservo para otra ocasión más adecuada —agrega Simón—. Además, Teresa todavía cocina para mí en privado —y al explicarse, no

puede disimular su enorme, inmensa satisfacción.

Me sonrió porque sé que esta afirmación pedante y fuera de lugar viene a significar la paz entre nosotros. Como diría él, por fortuna sigue habiendo clases, y puede presumir de contarse entre mis diez mejores amigos —de hecho, se llevaría un disgusto si llegara a enterarse de que no tengo ni de lejos diez amigos. Lo cierto es que no llego ni a cinco. ¿Cuatro?, ¿tres?...

Será por eso, porque todavía hay clases y castas en un ecosistema tan elitista y selecto como éste, que en cuanto le entrego a la redactora jefa mi artículo sobre el vía crucis culinario del último chef de moda y me despido de ella con efusividad —ha tenido el detalle de no mencionar mis labios hinchados ni el incidente cacareado por la prensa—, y justo antes de darle también a Simón los besos de rigor, que entre nosotros nunca son fingidos sino sentidos, éste insiste en que le acompañe a la redacción.

—Sabes que unos minutos podrían desencadenar todo lo que temo.

—Hace mucho que no te dejas caer. Te recuerdo que hoy preparan el número especial de moda masculina y hay algunos filetitos que no desmerecen un par de bocados —insiste intentando ser ocurrente.

—Gracias, pero no. Para mí sería como entrar en una licorería después de pasar años en Alcohólicos Anónimos.

Es listo y no tarda en pillarlo, se lleva una mano a la boca en un escrúpulo teatral y conmovedor y asiente.

—Lo entiendo, mi vida. Ah, se me olvidó comentarte una fiesta espectacular que se celebrará mañana por la noche en el Matadero y que conjugará cultura, arte y moda. A esto no puedes negarte, me lo debes —no aceptará un no por respuesta, al menos hasta suplicar todo lo que haya querido.

Como soy fácil de manejar y no tengo ni cinco amigos y me siento algo culpable le digo que encantada, aunque mi aceptación no tiene que ver con él sino con mis ganas de contemplar el interior del antiguo degolladero transformado en enorme carnaval por el que pulularán damas encopetadas, arribistas, buscadores de tesoros y aquellos que dicen ser artistas. No me lo perdería por nada del mundo y le aseguro con énfasis que no le fallaré en el último momento, que no le dejaré tirado como más de una vez he hecho.

Y con sus ojos pilludos echando chispas nos besamos, se inclina para acoger en su regazo a *Tilda* y le acompaña hasta la puerta. Sale bamboleando las caderas con toda su humanidad y yo echo a andar por la calle pensando en la suerte que he tenido: hoy han querido atraparme las

náuseas y he conseguido librarme de padecerlas.

Las odio. Es un sentimiento que va más allá de la desagradable sensación física de tenerlas y volverse del revés intentando vencerlas. Me traen demasiados recuerdos no sólo de estos años recientes, después de que todo se rompiera y mamá falleciera y me viera sobrecogida por los cambios, sino también de lo que yo era, en esa época vana y loca en la que tantas jóvenes decidimos purificarnos a base de no comer o de atiborrarnos y vomitar después sin imaginar el coste, para algunas tan caro. Juré que no regresaría a esos días, a lo sórdido que resultaba entrar a escondidas en el baño o en la cocina por más que haya noches en las que, a pesar de asumir que bajo ningún concepto he de volver a hacerlo, no pueda dejar de añorar ese control, ese poder de diosa implacable sobre mi cuerpo.

No, mejor no intentarlo, mejor seguir andando que ceder a la tentación y caer en las rutinas de las precauciones y los silencios, el no despertar sospechas y disimular, el medir cada paso y cada bocado y tener siempre una excusa lista por lo que pueda pasar si algo indeseado se cuele sin avisar. Digamos que ya no necesito practicar ese juego que no fue más que un perfecto entrenamiento para lo que ahora me gusta ejercitar, una afición tan íntima como sigilosa que no me obliga a purgarme pero en la que me arriesgo sin duda mucho más.

Paro un taxi para que me conduzca a mi casa a recoger los ingredientes del plato de hoy y le indico la dirección. Aspirando el aire contaminado bajo la luz de la mañana que llega precisa y clara y avanza por las cerraduras, bajo las puertas, entre las ranuras, sobre las montañas, entretengo mi camino planeando cómo me regocijaré al elaborar las milhojas de librero. Anoche reservé su solomillo y lo até dándole la forma de un redondo que ha permanecido en adobo con leche, sal, cilantro, orejones de melocotón e higos y un muy leve toque de cogollos de marihuana finamente picados. Cortado en delicadas rodajas lo saltaré y en cuanto pierdan su fascinante color crudo usaré esas perturbadoras y sangrantes piezas para intercalar placas de hojaldre bien crujiente, calabacín y berenjena asadas a la cerveza y generosas capas de queso agrio con tropezones de tomate asado para dar forma a unas exquisitas milhojas. Después, adornaré las pequeñas torres blancas, verdes y rojas con una vaporización de aceite de semilla de cáñamo y tal vez una fresa o un rabanito. Para acompañarlas, nada mejor que una cama de patatas asadas y una salsa espesa con reducción de vino añejo.

Serán deliciosas y un poco psicotrópicas, un efecto que sin duda intensificará una syrah del Ródano poderosa y expresiva. Creo que Tomás me habló de un tinto rojo picota con ribetes amoratados y toques especiados que encajaría a la perfección. Poseía algunos toques animales como de bacon y carne cruda que recordaban a monte bajo, con sus hierbas aromáticas y esa fragancia agreste con la que tanto he disfrutado. Me regodeo emparejando las milhojas y el vino en mi mente, imaginando su efecto combinado, y saliendo de la ensoñación compruebo que ya estamos ante mi cancela. Le ruego al taxista que espere mientras recojo unos paquetes y sólo un instante después regreso con tanta celeridad que no habrá notado que me he ausentado, le parecerá que una brisa traidora ha removido el ambiente en el interior dejando un poso de flores marchitas, deseos perdidos y ropa mojada. Es mi perfume, imaginaré, una esencia que le remitirá con extrañeza a hojas secas y estanques en invierno, a especias, cenizas de maderas nobles y un ligero, tenue, sutilísimo hedor a muerto.

* * *

Abono la carrera ante Barbantesa, me bajo como siempre con prisa y tan cargada de paquetes como es habitual en mí, como si formara parte de una condena que nunca terminaré de pagar, y cuando estoy a punto de acceder por la puerta de servicio me topo con un repartidor de cajas de refrescos que se para a admirar mi cabellera, o mi vestido de flores o quizás a quien lo habita, y me celebra con un requiebro:

—¡Ay, preciosa, quién fuera jardinero para regar esos capullos que llevas por todo el cuerpo! —y como soy una cándida el piropo me anima y su desparpajo me ilumina el día, y entonces se da cuenta de que le sueno de algo, de que soy una persona conocida—: Anda, pero si eres la de la tele, ¡a ti sí que te cocinaba yo de abajo arriba!... ¡Hasta cruda te comía!

Me desbordo en carcajadas jaleadas por sus gracias y por la involuntaria broma macabra que encierra y, dejándome llevar por esa falta de prudencia que da la risa, me vuelvo para guiñarle un ojo o corresponderle el requiebro o qué sé yo si no soy más que una pánfila que quiere demostrar su agradecimiento cuando de repente, a lo lejos, en la acera de enfrente y apoyado en un coche, reparo en él.

Me quedo paralizada y casi asustada, de golpe todo cobra sentido y entiendo lo que mi padre gritaba en el sueño y sé que se dirigía a mí y no a los elefantes y asumo que ese «¡Puedes hacerlo!» es, más que una provocación o un consejo, una orden. Poseída por una furia irracional, por la ira, por la vergüenza, por un deseo ciego de actuar, tiro de cualquier modo los bultos al suelo ante la sorpresa del repartidor y a zancadas, casi corriendo, cruzo la calle con el rostro marcado por el empuje y la rabia de mi arrebató para dirigirme a ese otro hombre al que llevo tanto tiempo buscando.

Me ve venir, se gira en redondo y, dándome la espalda, se encamina a una motocicleta de gran cilindrada aparcada junto a una farola. Le oigo mascullar un taco entre dientes cuando se da cuenta de que la cadena que ha colocado inutiliza su rueda y, en el lapso en que se agacha para sacar la llave y retirar el cepo, le doy alcance. Me detengo frente a él y sé que le es imposible eludir mis zapatos mordisqueados por *Tilda* porque están ante su nariz. Me ignora y se finge afanado aunque tarda demasiado en liberar el neumático: está intentando por todos los medios no tener que alzar el rostro y enfrentarse a mí, más enfadada a cada segundo que pasa, con más ganas de pelea.

—Deseo hablar con usted. No tengo prisa, puedo esperar —expongo, y la cólera hace que mi voz se quiebre como una redoma de veneno demasiado llena.

—Qué quiere.

—Saber por qué me persigue y me acecha, por qué merodea por mi restaurante y por mi residencia e interroga a mis empleados sin decir qué busca o espera.

—Se equivoca, señorita. Yo no la estoy siguiendo —y se yergue y observo consternada que es más alto y corpulento de lo que parecía a simple vista, con esos ojos que brillan y sus colmillos de lobo tras la sonrisa aviesa.

—¿Se atreve a negarlo?

—Así es —afirma contundente—. Todavía no he hablado con nadie.

Un escalofrío me hiela y como embestida por un rayo comprendo que eran ciertas mis suposiciones, que me rondan dos merodeadores y no sé a cuál temer más, si a este a quien desconozco, tan rebosante de seguridad y osadía, o al otro, al que antaño me perseguía y ahora ha regresado a mi vida, ese cuyos ojos me sobrecogían con sus iris de reflejos rojos como ascuas del infierno, ese que me provocaba tanto pavor que aún me

estremezco si creo oír sus pasos tras los míos como los percibía en el pasado, acechando mis movimientos, con sus acusaciones que taladraban mi coraza, las que hace años profirió pero aún siguen grabadas bajo mi piel, marcadas a fuego aquí dentro. Y lo peor es que sé que seguirá cuestionando y destruyendo mi red de mentiras con un furor que aún no se ha apagado, porque el suyo es un rencor tan intenso que tiemblo sólo con pensar que a día de hoy siga siendo como lo recuerdo.

—¿Entonces me puede decir qué hace otra vez aquí, apostado frente a mi local? —ataco colérica, y me ensaño, dispuesta a librarme al menos de uno de ellos.

—Trabajo.

También puede ser que al caradura que tengo enfrente le dé por mentir. Puede jugar a engañarme como ha jugado hasta ahora a seguirme y vigilarme. No tengo por qué fiarme de él, por qué creerle cuando dice que no ha hablado con nadie más que conmigo. Debo contenerme, pensar en lo que es más posible, que en realidad sólo me ronde uno, nadie más que éste. Sí, eso he de hacer, no quiero volverme loca pensando que es Esparbel quien pregunta de nuevo por mí, con sus pupilas ardiendo de ira y su cara surcada por los rastros de las heridas sufridas.

—¿Trabaja en la calle? —y procuro parecer insultante al decirlo.

—Como los barrenderos o los vendedores a domicilio.

—No tiene pinta de ninguna de esas profesiones —sugiero ofensiva, terca, dispuesta a no apartarme ni un milímetro, a no perderlo de vista, a no dejar que se monte en su moto y desaparezca.

—No, señorita —algo cambia en su actitud, quizás un cierto deje burlón o un espíritu revoltoso que aletea entre su pelo e infiere a su rostro un aire de caradura con ganas de provocar y entrar en el juego—. Soy periodista y fotógrafo.

—¿Un paparazzo a las puertas de mi restaurante? —ahora sí que me sorprende—. Nosotros no despertamos ningún interés, no lo entiendo...

Pero sí lo entiendo, todo cobra sentido y comienzo a fijarme en detalles, a atar cabos casi sin darme cuenta y recuerdo una mochila negra a su lado que portaría su material de trabajo, esa cámara de fotos autora de los fotonazos que me cegaron el día de la tormenta de granizo, torpe y magullada en esta misma acera, y que achaqué a una cierta suerte de alucinaciones propias del desmayo.

Él estaba en Barbantesa ese día, acababa de irse cuando todo pasó.

Él estaba en la calle, con la cámara en mano y la voluntad dispuesta.

Él hizo las fotos, vendió el artículo y no fue quien me golpeó.

Pero sí quien disparó.

Recuerdo ahora sus palabras al teléfono, el significado que entonces no entendí, y me maldigo por ser tan inepta como para no darme cuenta y ahora lo veo todo rojo, me invade la furia más ciega, me puede el enojo y el enfado y el odio y, por qué no decirlo, la perturbación. Quisiera matarle, de hecho voy a hacerlo, está decidido. No sé cuándo ni cómo, pero me lo llevo por delante.

No es como cuando tengo hambre y me topo con un hombre al que deseo y con el que sólo quiero solazarme. No, nada de eso. Quiero hacerle daño de verdad. Quiero que sufra, quiero su dolor.

Alcanzo claramente a escuchar mi sangre entrando en ebullición. Igual que las salsas rojas y espesas como lava de volcán que me recreo en preparar con tanto amor, mis mejillas se arrebolan, vibran mis labios a punto de explotar como los pétalos colorados de un clavel reventón y los puños apretados comienzan a dolerme por la tensión de mis músculos agarrotados que no me permiten abrir las manos, que me frenan y me atenazan y casi mejor así porque, de poder moverme, no dudaría un instante en abalanzarme y sacarle los ojos, arrancarle el pelo de trigo y miel a puñados, lastimarle con mis dientes y uñas, pies y manos. Sé que esta lucha resultaría ridícula, por descontado. Él es grande y yo menuda, él es fuerte y yo enfermiza como las remilgadas señoritas de antaño. Sería una imprudencia y tengo la certeza de que él, ave carroñera de la prensa, no tardaría un segundo en aprovecharse y publicarlo a los cuatro vientos. Pero mi estado no atiende a temores ni precauciones ni a ningún tipo de razón.

Destrozarle, romperle, acabar con él, hacer que cierre para siempre esos ojos que me miran con aire burlón. Es un impulso fruto de la pasión, y hace tanto que no me encendía que no creo que pueda contenerme. Probablemente lo calcine todo y terminemos ahora mismo, aquí, consumidos por este incendio sin control.

—¿Se encuentra mal, señorita? ¿Puedo ayudarla en algo? —se ofrece al verme tensa y sonrojada, callada y aturdida. Y, pese a que nada en su tono revela que le mueva ningún otro interés que no sea la preocupación, no puedo dejar de detectar ese matiz sutil de regodeo, de orgullo del vencedor.

—Eres el autor de las fotos de mi agresión. Tú las vendiste —escupo.

—Sí. Ya se lo he dicho, ése es mi oficio.

—Te demandaré, te denunciaré, te...

—No hay demanda posible, ambos estábamos en la vía pública —corta

sereno antes de que me embale—. ¿Por qué se ofende tanto?, es la mera información de un percance, no hay mala intención.

—Sí la hay, y tendrá consecuencias. Cambiará mi vida por completo y ya no podré entrar o salir cuando quiera. Me has convertido en una prisionera.

—Siento decepcionarla, pero a pesar de sus poderosos amigos y de su brillantez para los negocios no es el foco primordial de nuestra atención —afirma decidido a no tutearme por mucho que mi desprecio me haya llevado a mí a hacerlo, manteniendo ese «usted» más como un insulto que como señal de respeto—. Si vine aquí fue por sus clientes famosos, lo del accidente sólo fue una consecuencia. Espero que no me malinterprete, pero es usted una hipócrita: no se puede aparecer en la televisión y pretender ser anónima —añade con un convencimiento que no sé si es fruto del desprecio o la jocosidad.

—Hasta ahora lo era.

—Eso es lo que piensa. De todos modos pierda cuidado, no volverá a pasar. Ya le he dicho que no es nuestro objetivo —y no sé si congratularme o dejarme llevar por la decepción—, he indagado en las bases de datos de la agencia y, aparte de la condena de su mala suerte, no he dado con nada que merezca la pena.

—Vaya —la suspicacia vence a la arrogancia y me lleva a preguntar mientras enarco una ceja—: ¿Y qué dicen de mí esos archivos que tan poco me aprecian?

—Que está soltera aunque hace bastante tiempo tuvo pareja, un joven perteneciente a la alta sociedad y director de una revista cultural desaparecido en extrañas circunstancias meses después de su ruptura. Luego estuvo dos años estudiando y perfeccionando sus habilidades en las mejores escuelas europeas de hostelería, que le servirían para montar el restaurante y producir su propio programa de cocina. Se sabe que sus dos progenitores han fallecido: su padre, trágicamente, cuando aún era una niña, y su madre, Ofelia Valverde, la famosa autora de recetarios, al poco de su retorno tras su periplo viajero. Dicen también que no guardaba con ella buena relación, añaden incluso que ni siquiera acudió a visitarla en su agonía ni asistió a su entierro, pero esta última información no está contrastada, no hemos encontrado fuentes que lo acrediten.

—Si mi vida es tan diáfana y mis acciones están tan bien documentadas, ¿qué está haciendo aquí?

—En primer lugar, y a título profesional, nos interesan los famosos que frecuentan su negocio. Y en cuanto a mí, a título puramente personal —

añade con un gesto que no llego a descifrar—, debo confesar que su biografía me resulta enigmática. Cuanto más la observo más me convenzo de que esconde algo. No tengo ni idea de qué, pero hay muchas lagunas, es todo un misterio.

Bailan mis rodillas, se mueve el suelo bajo mis pies, mi pulso se detiene y me falla el sustento. Voy a caer, voy a hundirme, creo que ahora sí voy a desfallecer.

—No soy de esa clase de personas a las que les gusta el acoso de la prensa. Deja de seguirme, no te compensa —suplico, para mi sorpresa.

—Sabe que no lo haré —y su voz serena me llega como una provocación, como una amenaza, como una afrenta—. Los fotógrafos somos como entomólogos enamorados de los especímenes más raros, de los insectos más bellos y extraños. Usted es un ejemplar único, oscuro, inexpugnable. He de estudiarla.

—Entonces me veré obligada a tomar medidas —prometo belicosa, cambiando de actitud, más cercana ahora a mi pose de mujer peligrosa, a mi ser natural, fiel a mis modos y a mi forma de actuar.

—Haga lo que crea conveniente, está en su derecho —acata con una mueca indiferente que da a entender que actuará al margen de mis deseos.

—Por supuesto —concluyo con firmeza aunque tiemble por dentro.

Me enseña las llaves de su moto y, sin dejar de mirarme, las mantiene en alto para indicarme que, en cuanto ponga el motor en marcha, desaparecerá en su corcel de hierro y su paso por esta acera será un recuerdo que durará tanto como tarde en disiparse la estela de su Harley colgada del viento. A partir de ahora será sombra cazadora que me persiga sin que acierte a adivinar dónde se oculta, por qué me espía, por qué se empeña y no me abandona.

—Por cierto, me agrada su voz —añade, ya con su casco puesto pero antes de bajarse la visera y vedarme para siempre el espectáculo de sus ojos escondidos tras el yelmo—. La mañana en que nos conocimos creí que del susto por el tropezón se le había hecho un nudo en la garganta, pero acabo de darme cuenta de que es así siempre.

—De pequeña una infección mal curada me dejó dañadas las cuerdas vocales —le explico fríamente aunque no tengo por qué hacerlo—. Me extraña que no aparezca en vuestros archivos, al final resultará que no son tan completos.

—Más de lo que piensa, señorita, aunque no alcancen a describir esa voz suya que pone la piel de gallina. Es voz de cama, de gemir, ¿nunca se

lo han dicho?

—No. Hasta ahora ningún hombre había sido tan grosero conmigo.

—Lo siento, pretendía ser un cumplido —y tras introducir la llave en el contacto se dispone a marcharse.

Sin pensar en lo que hago me sitúo delante para interrumpir su paso como un ciervo sorprendido en la oscuridad por los faros de un coche que dudara entre eludirlo o atropellarlo, y escupo mis últimas palabras negándome a perder, a tolerar que se salga con la suya, que se convierta en mi perseguidor sin que pueda oponerme, obligándome a aceptar que me siga como un zorro que cerca a una cordera. He de llevar la iniciativa como sea, me digo, he de cazarlo o al menos intentarlo, recuperar mi libertad, tenderle una emboscada, traerle a mi terreno. Y, como si quisiera retarle a un duelo del que ninguno de los dos saldrá bien parado, le planteo más con insolencia que con el necesario recelo:

—Te propongo un trato: ven esta noche a mi casa a la grabación de mi programa. Habrá tres directores de cine famosos y tal vez puedas sacar algo de ellos. En todo caso, tendrás la oportunidad de conocer dónde vivo y cómo soy en la intimidad. Si encuentras algo que pueda cotizarse en tu profesión, tendrás permiso para husmear el tiempo que consideres oportuno.

—¿Y si no encuentro nada?

—Entonces dejaré de ser interesante para ti y te largarás de mi vida.

—Me gustan los desafíos —admite sin ambages—. Acepto.

—Te espero a las ocho, estoy segura de que ya sabes la dirección. Una última cuestión: ¿cómo te llamas? No es que me importe —aclaro con marcado desprecio y la evidente intención de ofenderle—, es para que el guardia de seguridad te deje pasar.

Se ríe, se carcajea en mi cara, con las piernas abiertas plantadas en el suelo y la máquina rugiendo como un león entre ellas se permite el lujo de echarse ligeramente hacia atrás y casi recostarse sobre su sillín de cuero para estudiarme tranquilamente, con curiosidad, con exagerada y risueña atención, como un científico que con su lupa se recreara divertido en los andares desesperados de una hormiga o un escarabajo que lucharan por salir de un laberinto demasiado complicado.

Avanza, me bordea con cuidado con su moto que ronronea ahora como un gato aparentemente domesticado y, cuando está a mi espalda, antes de incorporarse al tráfico, masculla un nombre que me llega ahogado por el ruido del motor, con las consonantes amortiguadas y submarinas al surgir desde su casco cerrado.

—Germán —entiendo a duras penas.

Y luego se aleja permitiéndome entrar en Barbantesa taconeando iracunda con los ojos en llamas, la boca llena de insultos que no he conseguido evacuar y el bramido de una diablesa que nadie más que yo oíría porque lo llevo guardado a buen recaudo, escondido dentro de mi cuerpo. Me pongo el delantal y comienzo a cocinar como una posesa exasperada por la conversación o más bien el combate, confusa pero estimulada porque finalmente, después de tanto tiempo, vuelvo a tener algo que demostrarle a alguien, porque me interesa seriamente un ser humano aunque sólo sea para pisotearlo y destruirlo, para vencerle y dominarlo porque sí, porque es él, y esta vez no sólo por matar el aburrimiento.

—Ya he visto la nota de esas milhojas que incluirás hoy en el menú. Pareces muy apurada —observa Tomás—. ¿Necesitas ayuda?

—Me basto sola.

—¿Entonces a cuento de qué tanto ajeteo?

Tendría que aludir a mis dos perseguidores, revelarle que en la librería he vuelto a ver al policía de cara de hielo que tan bien conocemos y mis temores porque nuestro reencuentro no sea una mera casualidad, y también hablarle de ese rastreador que he invitado a penetrar en mi guarida en un alarde de imprudencia suicida. Debería decírselo, pero no quiero. Ahora estoy ofuscada, mi mente y mis manos trabajan con el único objetivo de desviarme de mis pensamientos, de olvidarme del encono y el frenesí que me corroen, que me roen el pecho.

—No soy sólo una cara bonita. Todo lo que tengo lo he trabajado —farfullo mientras amaso con violencia la mezcla de harina, sal y agua y vuelvo a extenderla con el rodillo, a juntarla en una gran bola, a aplastarla y golpearla y machacarla por mucho que sepa que no va a sangrar en ningún momento—. Nadie me ha regalado nada y nadie tiene derecho a ponerme en duda y creer que sabe más de mí que yo. Soy dueña de mis actos, no me podrán dominar y...

—¿A qué viene todo esto, Teresa?

—... y lo voy a demostrar.

14. Pecados y bocados

Con la cara embadurnada espero muy quietecita sentada en mi silla, los ojos y labios cerrados y los oídos bien abiertos, y estudio y analizo con calma todos y cada uno de los ruidos que se cuelan hasta aquí. Estoy esperando que llamen al timbre de la calle, pero el tiempo pasa y no llega el ansiado sonido. Sí el de los iluminadores dando indicaciones sobre dónde situar un foco o el de los técnicos tirando cables de un lado para otro o los de las camareras que, recién llegadas del restaurante, preparan el catering entre el tintineo de copas de cristal, cubitos de hielo y jarras con bebidas que colocan con prisa sobre la mesa; también el alboroto de la maquilladora y la peluquera cotorreando mientras restauran a mis invitados, mientras disimulan sus arrugas, mientras intentan con cuidado enmascarar alguna calvicie incipiente y, por supuesto, el de Estrella organizando, ordenando y discutiendo, es decir: haciendo lo de siempre.

Dentro de un cuarto de hora vendrá a avisarme el realizador para indicarme amablemente que baje, que todo está listo, y el equipo espera dispuesto. Como esto no es un directo podemos tomarnos la grabación con cierta calma, sin gritos ni desvelos, sin risas enlatadas ni aplausos preparados, nada de presiones y mucho menos un regidor propinándole patadas a las puertas para que salgan los presentadores. Por no exigir, ni siquiera reclamo un camerino propio o un asistente para mí sola, me basta con refugiarme en mi vestidor, en albornoz y con la cabeza humeante envuelta en una toalla, las babuchas en los pies, los cepillos sobre el tocador y, frente a mí, dos barras de labios que esperan mi elección: el anaranjado *Charismatic* en pie de guerra o el *Speak louder* de un fuerte rosa que, si opto por él, asegura conseguirme la gloria.

La triste realidad es que me es indiferente cuál utilizar. Si oyera el chirriar de la verja, los pasos contundentes sobre la gravilla, los nudillos en la puerta y la explicación, allá abajo, de que me llamo Germán y vengo

porque Teresa me ha invitado, de un salto me vestiría a toda prisa, buscaría un tono encendido, tal vez un *Lady dangery*, segura de mi atractivo, con una misión que llevar a cabo, bajaría por la escalinata sinuosa y hambrienta dispuesta a cazar a mi presa, a acabar con ella de un solo bocado. Aunque también podría quedarme en mi guarida, quieta, sin mover un músculo, sin cambiar de posición ni comer o beber nada, como una araña agazapada durante horas en su nido o una mantis colgada de su rama a la espera de verlo aparecer, convencida de que no podrá evitarlo, de que le será imposible luchar contra mí porque éste es su destino.

Pero no se ha presentado. Se ha echado atrás y ya no tengo por delante el pretexto de mi actuación como presentadora para mostrarme encantadora y seductora con el exclusivo aliciente de que me vea una sola persona, sino una tarea rutinaria y agotadora que durará más de lo deseado y me dejará vacía al final del día, con la sensación de haberme dado por completo, de haber empleado toda mi experiencia y mis conocimientos ante las cámaras cuando el único hombre que ahora me interesa habrá olvidado que existo.

No importa si me apetece o no, debo cumplir con mis compromisos y eso basta para que me espabile y me seque el pelo, me vista con desgana, me pinte la pestaña y le regale a mis labios el primer tono que encuentren mis dedos sin pararme a pensar si se caería algún planeta porque saliera con la cara lavada y una sonrisa que fuera de verdad la mía, no esta máscara impuesta que me ahoga cada día un poco más, que me deja sin aire y me clava al suelo y me atenaza y me convence de que todo va a salir mal.

Lo cierto es que no sé si a causa del plantón o de aquellos que me persiguen y los ojos que me vigilan y esta sensación de que todos me miran, de que el público puede absorber un poco de mi sustancia cada vez que me contempla en la pantalla y, sobre todo, los sueños que me acosan esta ultima semana y me vuelven una escéptica, una descreída, me siento obligada a reconocer, al menos en mi fuero interno, que mi programa ya no me inspira maldita la gracia. No puedo negar que nos reporta beneficios, que la publicidad se cotiza cada vez más cara, que gracias a él mis libros han aumentado espectacularmente sus ventas y que Barbantesa siempre se llena, pero no consigo quitarme de encima esta impresión odiosa de estar perdiéndome por el camino, de convertirme a cada paso en ese tipo de mujer, de cocinera inmaculada, que nunca he querido ser.

Comencé a escribir recetarios por diversión, disfrutaba sin pensar en si podrían hacerme más rica o serían sólo un ejercicio loco y libre en el que me embarcaba a golpe de ilusión, sin expectativas. Insólitamente terminaron por triunfar, y a raíz de la gran acogida que obtuvo el *Grimorio* nació el restaurante y después el programa y es ahora, cuando poseo aquello que deseaba, que me percaté de que no me queda nada más por contar, de que esto de publicar y redactar también se va a acabar y, de hecho, con la sola excepción de este cuaderno de secretos, ha finalizado ya.

No tengo a nadie a quien llamar, no tengo más recados que enviar ni notas que pasar bajo el pupitre durante la clase o sonetos bobalicones y románticos que anotar en los márgenes de las cartillas, que grabar con estiletes en las mesas de las bibliotecas. Por eso voy a dejarlo todo. No queda nadie que me dé amor verdadero, de ese que no te deja respirar, que te impulsa a ofrecerle tu sangre sin pensar, alguien al que hallas en todo lo que haces, por quien eliges cada una de las palabras necesarias para enseñar a elaborar un guiso o un artículo o la lista de la compra, cualquier cosa que debas apuntar por más cotidiana que sea y en la que, al final, acabarás garabateando el nombre idolatrado, perfilando sus manos o la melodía que conformaba su risa, su tacto suavísimo o sus ojos glaucos.

Por eso, sólo por eso imaginé obras que pudieron ser novelas o poemarios con apariencia de libros de cocina a los que los críticos, los editores, el público ilustrado, calificaron como «literarios» por estar cargados de reflexiones, versos y fragmentos de canciones. Sabedlo ahora: sólo quería enviar mensajes a quienes merecían mi cariño que no me atrevía a decir en persona por cobardía o pudor; sólo buscaba mover una pieza más en el juego de las sopas de letras, de los ocultos significados que únicamente es capaz de entender el ser adorado; sólo intentaba dar las gracias por lo que tenía y conjurar las pérdidas que temía. Al escribirlo sólo pretendía hacerlo eterno para, por pura superstición, conservarlo.

Esa era, supongo, la magia que encerré en sus páginas, con sus mezclas imposibles y sus fórmulas inventadas. Todos son recorridos sentimentales que rememoran viajes y lugares, olores y sabores pasados, perdidos para siempre en los agujeros del tiempo. Si hay poesía en ellos es porque no se trata de un quehacer mecánico y cotidiano; si el lector siente que cada uno de los ingredientes elegidos obedece a una razón oculta, a un dulce o triste significado, es porque son experiencias vividas, aliñadas con caricias y palabras, con arrumacos y música de fondo, con el tacto de una mano mimosa, con el dolor que me causó al final esa persona.

Ése es el motivo, también, por el que todos mis manuscritos resultan enigmáticos y hasta incomprensibles y los editores se pelean por adquirirlos y los periodistas rebuscan con interés malsano en sus tripas: quieren desentrañar sus misterios, averiguar a qué amante o situación me refiero en cada párrafo, descubrir qué acontecimiento de mi agitada y desgraciada existencia por todos conocida rememoro en cada uno de los sabores que he creado. Aunque, ahora que lo pienso, por qué rastrear el amor en ellos si mi gran éxito llegó con la venganza, con la compilación de guisos y consejos que no enseñan cómo conquistar o recuperar un amante a través del paladar sino cómo destruirlo.

Lo más adecuado será empezar por el principio.

Mi primer libro, *Restaurantes con espanto*, se publicó cuando aún trabajaba en la revista y fue, más que un hito perseguido con ahínco, una oportunidad que se me presentó sin que la buscara, a lo tonto, a través de un editor avisado a quien conocí en una presentación de las muchas a las que, a raíz de mi trabajo, debía acudir. Entre risas y un poco de coqueteo, al enterarse de que era hija de «la gran Ofelia» intentó tirarme de la lengua sobre sus costumbres y manías.

Pude haberle desvelado para nuestro común regocijo que vivía obsesionada, manejada por su hipocondría y todos los problemas que esta conllevaba en su día a día y en la práctica de su profesión, pues se resistía a frecuentar restaurantes de países que ella consideraba «tercermundistas» por miedo a contagiarse de alguna enfermedad al visitarlos o ingerir su comida. Comenzó eludiendo los marroquíes y yo lo achaqué a su racismo obstinado, aunque ella adujo un motivo tan peregrino como el pavor a caer, al probar el cuscús, víctima de un brote de cólera, que «bien sabía ella cuánto se daba esta enfermedad en África». Luego evitó los tailandeses: «en sus establecimientos el paludismo se puede cortar con un cuchillo». Y, como no podía ser de otro modo, también sucumbió a la aversión a los chinos, no fuera a infectarse de fiebre amarilla, «que si la llaman así es por algo, Teté».

Asimismo, pude haberle contado que no se ponía los abrigo de pieles heredados de sus antepasadas porque «en aquellos tiempos había mucha tuberculosis, a ver si por no querer pillar una gripe protegiéndome del frío voy a acabar en un pabellón de reposo tosiendo sangre como las tísicas de antes», pero me dio vergüenza y por eso, en vez de recrearme con todas estas maldades, terminé por revelar que mi madre odiaba salir a comer fuera porque los precios le parecían desorbitados y ninguna otra comida le

gustaba tanto como las preparadas por ella. Fue entonces cuando me propuso, posiblemente encendido por los vapores etílicos que nos envolvían, elaborar un itinerario con los lugares que Ofelia jamás visitaría, y surgió así un texto divertido y muy combativo contra ciertos negocios de hostelería especializados en vender aire —o nitrógeno líquido— y cobrarlo, por cierto, bien caro. Cuál no sería nuestra sorpresa al comprobar que, a pesar de habérselo planteado más como una broma que como un serio trabajo de crítica de campo, tuvo una muy notable acogida en la prensa.

Lo veo ahora, sentada y sola, con la perspectiva que dan los ya casi diez años pasados, y creo que obtuve el apoyo del público porque, en el fondo, no había demasiadas guías tan sinceras como la mía en el mercado. Hubo legiones de incondicionales que tras leer sus capítulos se mostraron dispuestos a visitar y repudiar uno por uno los por mí denominados «Establecimientos más siniestros de la ciudad (pero no porque sean temáticos como los de los parques de atracciones, sino porque sus propuestas culinarias dan auténtico pavor)», o el «Top ten de inmorales con estrellas Michelin (no porque organicen despedidas de solteros sino porque algunos no las merecerían ni en un millón de años)», o aquellos que señalaba en uno de los apartados más reverenciados: «Mejor no entres, te van a sablear». En verdad mi guía de restaurantes con espanto no vendió una barbaridad ni me hizo millonaria de la noche a la mañana, pero puede que por desprender sinceridad, por decir la verdad, hubo no pocos que disfrutaron con ella. Y es que no tenía nada que perder ni tampoco que ocultar.

En esos días en la revista yo era la recién llegada, «la recomendada», y nadie me tomaba en serio a pesar de que pasaba tantas horas ante el ordenador como el que más. Incauta e idealista, luchaba por hacerme respetar, por encontrar proyectos con los que acudía ilusionada a mi superiora para obtener como único pago una sonrisa condescendiente cargada de su indiferencia maliciosa y, a pesar de todo, me consagraba a batallar convencida de que algún día se darían cuenta de mi valía y seguía adelante con mi sueldo irrisorio para mí del todo innecesario, haciendo lo posible por no dejarme llevar por el desánimo.

Terminé quemándome. Dejé de preocuparme por la calidad de los reportajes, por tratar bien a mis entrevistados, por procurar que mis reseñas fueran bienintencionadas y olvidé que antes, cuando aún no había empezado a perderme, tenía fe en una suerte de justicia que otorgaba el

triunfo a quien lo merecía. Me venció el sistema, se adueñó de mí la desidia.

Si retrocedo al pasado en este momento, mientras aguardo a que entre por su propia voluntad en mi hogar el que anhelo sea mi próxima víctima, mientras me preparo para poner cara de niña deslenguada y picara al servicio de este peculiar cajón de sastre catódico que ya no me aporta nada, que apenas me anima, no puedo comparar aquella enfermiza situación más que con alguna historia de Dickens o las fábulas tristes y no tan infantiles surgidas de la mente acomplejada de Andersen. Yo era en esa redacción, por fin lo entiendo, como un patito feo y, como él, luchaba por ser aceptada en un lugar donde todos aborrecían mi nombre, mi clase, mi dinero.

He de decir en mi descargo que desconocía lo que era convivir con nadie más que con la muy particular Ofelia. Nunca tuve demasiados amigos porque mi madre detestaba a los mocosos chillones que venían a jugar a casa, lo revolvían todo y hacían preguntas inoportunas sobre dónde estaba mi papá, por qué vivíamos solas en un palacio tan grande o cómo es que mi madre nunca daba besos a nadie. Podría decirse que cuando llegué a esa oficina, exactamente igual que el polluelo feo y desgarbado del cuento, estaba recién salida del huevo y, como él, era diferente a todos sin saberlo. Una voz amiga me hubiera precavido de no traslucir mi pueril inocencia, me habría enseñado a recelar de dónde me metía, a callarme a tiempo, y nada de lo que pasó más tarde me habría dolido tanto. Pero estaba sola.

Con la cabeza gacha serví cafés durante años, fotocopíé, archivé, obedecí y arreglé lo que malredactaban los demás siempre con mucha prisa, nunca con un «gracias». En la sala de descanso masticaba mi rabia a la espera de que llegara mi oportunidad, pero las felicitaciones seguían sin venir, ni siquiera se me permitía firmar los artículos y nadie se molestaba siquiera en saludarme. No había ni un compañero que se dirigiera a mí.

Sólo una persona se preocupaba por mantener conversaciones conmigo, fruto de choques aparentemente casuales, al atardecer, cuando apenas quedaba nadie. No tardé en darme cuenta de que mi inesperado compañero buscaba aquellos encuentros, y fingía tímidas sonrisas, y jugaba a mirarme simulando desconocer de qué iba ese baile de seducción y deseo. Hablo de Agustín, por supuesto. El Señor Director, el Tiny de años atrás que tan mal me caía en las fiestas infantiles, ese encantador de pacotilla a quien ahora debía estar agradecida y que me había prometido

ignorar hasta que me pudo el vacío, hasta que me venció su insistencia, hasta que accedí a hablar con él porque me aterraba la soledad.

—Teresa, faltan quince minutos. ¿Qué tal vas?

—Según lo previsto —tranquilizo al realizador, que aguarda en el pasillo una réplica que, semana tras semana, nunca cambia.

—Te veo abajo —y sé que se aleja porque oigo sus pasos mientras el presente me reclama y hace que regrese a esta casa que no es mía, que siempre será de Ofelia, y a la sesión de maquillaje, y a la grabación inminente, y a la espera de una persona que no llega.

* * *

Mi siguiente obra, *Guía del gozo en el cielo de la boca*, nació de mi entusiasmo.

Yo acababa de instalarme con Agustín en su apartamento y jugaba, aunque fuera tan ingenua que ni siquiera me daba cuenta, a las casitas. A todas horas me devanaba los sesos preparando almuerzos, postres y cenas para agasajarle, para mantener su entusiasmo, para conquistarle por más que ya fuera mío. Vivía instalada en aquel espejismo y no me podía creer la dicha que me envolvía. Era libre y nunca, con una sola excepción, he vuelto a sentirme tan plena y afortunada.

Desde el primer día en nuestro hogar, con espléndidas vistas y pocos muebles, desangelado pero lleno de pasión, él dio por sentado que guisaría maravillosamente por una suerte de transmisión genética, sólo por ser hija de quien era, de modo que me exigí que sus suposiciones fueran ciertas y, casi sin procurarlo, me convertí en una muy solvente cocinera.

Los recuerdos de las clases de mi madre pesaban. Por más que nunca se molestara en enseñarme, me permitía enredar por la cocina entre cacerolas y paelleras, supongo que porque mi presencia contribuía a otorgarle ante sus alumnas credibilidad, un aura de viuda adorable, trabajadora y sacrificada. El caso es que aquello debió de dejarme algún poso de conocimiento, de ciencia infusa que no fui consciente de haber adquirido hasta que llegó la oportunidad de usarla, y menos mal que logré aprovechar aquellas enseñanzas sin tener que recurrir a Ofelia, porque desde el momento en que le anuncié que me marchaba a vivir con Agustín se negó a dirigirme la palabra y dudo que respondiera a mi consulta sobre

cuánto tiempo asar las patatas.

Aquella postura suya rayana en la intransigencia, peligrosamente cercana al desatino, orgullosamente próxima a la estupidez no tenía razón de ser, pero se obcecó en mantenerla aun a costa de los innumerables problemas que le causaba: Agustín ostentaba el cargo de director de la revista que publicaba sus más afamados consejos y recetas, y seguiría haciéndolo merced a un contrato rubricado con demasiadas cláusulas penalizadoras en caso de incumplimiento. Pese a todo, ella, demasiado soberbia y arraigada en sus creencias trasnochadas sobre lo que debía ser y hacer una muchacha decente, e insistía en despotricar sobre la rebeldía de las nuevas generaciones y los galanes irrespetuosos que seducían a las jovencitas mancillando su honor y su virtud sin pensar en el sagrado matrimonio. Y, por supuesto, dejó de dirigirme la palabra.

Mientras busco unos zapatos que me eleven lo suficiente del suelo, que me hagan tan alta y esbelta como para no sentirme insignificante junto a los invitados de hoy, me abandono a los recuerdos y me burlo en silencio de su enojo que nunca dejó de crecer porque nadie se lo tomó en serio. Que se enfadara cuanto quisiera. Que demandara a la revista. Que me desheredara. Nos creíamos indestructibles. No pensábamos en el futuro ni en lo que opinaran los demás ni en las heridas abiertas que tarde o temprano terminarían por convertirse en feas cicatrices mal curadas llenas de pus, avariciosas de dolor y de lágrimas y de llagas.

En aquellos tiempos yo acompañaba a Agustín a numerosos actos fuera del horario de trabajo y de forma paulatina comencé a trabar amistad con escritores, actores y artistas hasta cultivar mis propios contactos. Al igual que ocurriera con mamá y su escuela de cocina en la que nadie se preocupaba por instruirme pero en donde, sólo por ver trajinar a los demás, aprendía sin saberlo, sin darme cuenta comencé a sacar provecho a aquellas enseñanzas que los expertos que me rodeaban dejaban caer cerca de mí como miguitas de pan que me alimentaban y me mostraban un camino que más tarde, sola, seguiría con una increíble resistencia, con desgarrador tesón.

Y leía. Leía para desahogar los temores que no me atrevía a confesar por no empañar esa imagen de amor perfecto que creíamos que podríamos apuntalar, para conciliar el sueño cuando él no llegaba, para proseguir con las costumbres que conservaba desde pequeña y en honor a aquellas tardes aburridas junto al estanque devorando páginas y más páginas, deleitándome con las frases, los personajes, las historias. Leía para aprender a ser mejor redactora; para conjurar las dudas y el devenir lento

de las horas; para descargarme de mis cuitas con amigos que no podían traicionarme porque todos, excepto Tomás, eran personajes de papel. Leía porque, aunque no quería admitirlo, en el fondo seguía estando sola.

Fue en una de esas veladas literarias cuando me reencontré con mi editor, con quien había perdido el contacto llevada por el deseo de complacer a Agustín, más celoso de lo que quería reconocer.

—¿En qué andas metida ahora, Teresa? —curioseó sin recato.

—En nada nuevo, lidiando como siempre con el trabajo y, cuando estoy en casa, cocinando. Me he impuesto el reto de complacer a diario al Director General —añadí con ironía dedicándole un mohín a Agustín que, algo alejado, fumaba complacido un puro flanqueado por el penúltimo cronista gay de sociedad reconvertido sin pudor en aspirante a novelista.

—De modo que la hija de Ofelia Valverde se ha puesto a guisar... ¿Y puedo saber qué tal se le da? —le interrogó el editor alzando la voz por encima del humo y las conversaciones de los demás.

—De muerte —le aseguró Agustín—. Deja volar la imaginación y se inventa ensaladas que no figuran ni en las mejores guías de cocina; reboza flores y prepara bocadillos con pámpanos, láminas de galletas y pasta; se saca de la manga nuevas salsas que parecen confituras... Descubrir ese talento oculto ha sido toda una sorpresa.

—Y dime, Teresa —se volvió hacia mí el editor con sus ojillos brillando—, ¿vas apuntando en algún sitio esas delicias que inventas?

* * *

Desciendo por la escalera con el pelo brillante y cepillado, los labios perfilados y la sonrisa reluciente y dispuesta, recién desempaquetada, acabada de estrenar. Es mi sonrisa de repuesto, pero nadie parece darse cuenta excepto Estrella.

—Perfecta y puntual —comenta el realizador levantando la vista de su guión.

—¿Han llegado los invitados de esta noche?

—Están controlados en el salón de fumar —mi socia me tranquiliza—, lo único que falta es que pases a saludarlos, como una buena chica.

Sin objeciones me encamino obediente y un tanto ajena a este enredo que se apodera periódicamente de mis habitaciones y, por el rabillo del

ojo, puedo ver su estupefacción mientras me alejo. Ella sabe que ninguno de los tres directores de cine que en breve entrevistaré me cae especialmente bien, que lo habitual en mí sería remolonear por esta sala de baile reconvertida en plató en busca de evasivas hasta que empezáramos a grabar. Está visto que la niña ha cambiado, se dirá Estrella a sí misma, y anotará en esa agenda que lleva dentro de la cabeza que ha de seguir indagando, como quien espía a una hija adolescente que comienza a descarriarse, que llega de madrugada y está como ida, hasta averiguar qué me sucede, por qué de pronto me ha dado por obedecer sus órdenes sin rechistar.

Disfruto sólo un poco con este pequeño susto que sé que se ha llevado y, cuando estoy a punto de entrar en donde mis invitados esperan, oigo a lo lejos que suena el timbre. Alguien llama desde fuera, al otro lado del muro. Más allá de las fronteras de mi mundo.

* * *

—Buenas noches y gracias por venir —los invitados se levantan no demasiado presurosos y me dedican cortesías más o menos efusivas según el concepto que tengan de mí o los diversos grados de ilusión que les suscite participar en la función. Los tres son directores de cine maduros, curtidos y muy famosos y supongo que les molesta el hecho de estar juntos y revueltos y soportar a una advenediza como yo por más que mi espacio televisivo, no estrictamente cultural, goce de una considerable audiencia.

Sé que piensan que una chica que redacta libritos de cocina no puede considerarse ni una escritora ni una periodista ni una creadora seria y de ninguna manera está a la altura de nuestro arte, se dirán, pero aun así me besan atentos e incluso uno se muestra más cariñoso de la cuenta. Estoy a punto de gritar para liberarme de su larga mano, de su abrazo excesivamente prieto, cuando, por suerte, aparece el fotógrafo de la productora y me rescata con la excusa de que es costumbre tomar una instantánea de la anfitriona con los participantes.

Esperamos un segundo, dos, tres, y cuando creemos que va a disparar nos ruega menos seriedad, que descrucemos los brazos y sonriamos. Estamos demasiado tensos, explica, casi acartonados. De pronto caigo en la cuenta de que por mi tamaño y mi pelo rubio en contraste con sus barbas, sus gafas de pasta y sus chaquetas marrones o pardas, siempre sobrias y discretas, parecemos Ricitos de Oro y los Tres Osos y me río sola

aunque no tan bajo como para que puedan ignorarlo. Me clavan sus ojos como alfileres mientras les explico el porqué de mi hilaridad y que precisamente el leitmotiv de la emisión de hoy gira en torno a las fábulas y los cuentos, pero no me secundan y nos cubre un incómodo silencio que rompe la llegada del ayudante de realización para anunciar que podemos empezar, todo está ya dispuesto. Obedientes, les veo encaminarse hacia el plató algo intimidados, carraspear, aclararse la voz y sé que dentro de sus cabezas, aunque intenten disimularlo, van repitiendo sus mejores frases e intentando recordar las advertencias de sus esposas, muestra tu lado bueno, así parecerás más interesante, medita antes de hablar, cuidado con los tacos, ojo con esos chascarrillos que nunca te salen bien.

Yo, en cambio, no pienso en nada de esto, parece que soy la única que recuerda que no estaremos en directo y por tanto disponemos de la posibilidad de repetir la toma. Voy de hecho tan relajada que ni he terminado de aprenderme el guión bajo la excusa que nunca cuela de que me gusta improvisar por más que Estrella y el resto del equipo se preocupen y piensen que algo puede fallar e insistan en que cumpla con mi cometido porque, en resumidas cuentas, no se fían de mi capacidad. Cómo explicarles que dilapido buena parte de mi existencia actuando sobre la marcha, guiándome por impulsos, moviéndome a escondidas agazapada por las esquinas, a contrarreloj y sin paracaídas para arreglar los despropósitos que mi loca pulsión destructiva, osada, suicida, me lleva a provocar.

* * *

Me empeñé en que mi tercer libro, hasta la fecha el último editado y muy posiblemente el último que consienta en publicar, fuera un grimorio. Para mí era tan fundamental esta definición que exigí por contrato que se le designase así en vez de guía o manual. A mi editor, mi fiel e insensato editor, no le quedó más remedio que aceptar, puede que porque no se atreviera a enfurecerme más de lo que ya estaba por aquel entonces o bien porque, dejándose guiar una vez más por su instinto, adivinó que sería una de las claves de la enorme popularidad que podría alcanzar.

El término que recogen los diccionarios establece que se trata de volúmenes compilatorios de fórmulas mágicas usados por los antiguos nigromantes. La idea se me ocurrió durante mi convalecencia y, como quiera que desde su publicación ha alcanzado un notorio prestigio y ha

dado, además de grandes beneficios, tanto de que hablar, me siento en la obligación de aclarar, por si en alguna improbable ocasión esta libreta roja cayera en manos de mis seguidores más apasionados —aquellos que inspirándose en mi obra han formado una nueva tribu urbana que aúna lo gótico y lo siniestro con la práctica de la cocina como una suerte de ritual del cual yo sería su máxima sacerdotisa—, que no desciendo de ninguna estirpe de hechiceras por más que mi madre fuera una auténtica bruja. He de repetir hasta la saciedad, y pese a los rumores que lo rodean, que mi *Grimorio de sabores inconfesables* no es un libro de magia: ideé las recetas inspirándome en mis propias experiencias y en mis deseos más ocultos, en las frustraciones y rencores que me asolaban y me encendían hasta el punto de no dejarme pensar en nada más que en el agujero en que me hundía.

Tanto sufrimiento merecía un resarcimiento y por eso sus sugerencias culinarias resultan tan oscuras y siniestras. Entendía que la vida había sido injusta conmigo y no vi otra salida más que cocinar y escribir para no tener que gritar hasta quedarme sin voz, para no cortarme las venas o no arrancarme los ojos. A la luz de la luna solía entrar en el invernadero que hoy forma parte de Barbantesa y esperaba a que llegara un nuevo amanecer trabajando entre orquídeas y macetas, planeando febril, incansable, cómo sobreponerme a toda aquella miseria, con las manos enterradas en la tierra buscando tubérculos, podando rosales secos, abriendo con las uñas los huecos para las semillas, arrancando sin guantes las malas hierbas y regando con mis lágrimas los nuevos esquejes que había logrado salvar. Al menos, de todo aquel dolor nacerían nuevas vidas.

En aquella época tenía el sueño tan perturbado que era casi inexistente y supongo que debió de ser el germen de esa costumbre mía que tanto altera a Estrella de guisar por las noches, de robarle horas a la almohada metida en la cocina. Hubiese querido acceder al jardín de mi infancia, ese que había jurado no volver a pisar desde que Ofelia dejó de hablarme. Qué rápido me habría recuperado, qué consuelo hallado y cuán diferente sería todo ahora si hubiera sido capaz de dar con una manera de acceder al estanque donde seguía nadando *Rodolfa* para charlar un rato con ella y apaciguarme al amparo de las madreselvas. Pero era imposible, después de lo ocurrido no pude reunir el valor para hacerlo, se me habían agotado las fuerzas, las reservas de esperanza e ilusión. Supongo que el final se las llevó.

Todavía no sé cómo pude soportarlo. Cómo logré resistir y levantarme

de nuevo, salir adelante y lamerme las heridas tan sola y tan perdida. Cómo pude sobrevivir desde ese día con el peso de la culpa de seguir existiendo.

Un martes sombrío, mientras vagaba por el patio como un fantasma que respiraba pero no vivía en busca de una manguera con la que regar un brote de ruda que había encontrado junto al caño del canalón, en una esquina particularmente húmeda, tropecé con un tiesto poblado en otros tiempos por un arbusto de romero ya seco. Me lo acerqué a la cara, lo olí y recobré incontables sabores de mi infancia. Vi a Malvina aderezando un asado, creí aspirar la fragancia de los saquitos de plantas aromáticas que la abuela metía en el armario de la ropa blanca y el perfume a canela y vainilla del aparador donde guardaba las cajas de galletas. Y por el olfato me entró el escozor de cocinar usando aquellas especias y crear con toda su simbología implícita un libro de guisos que, a modo de conjuros, atravesase cada fase de mi dolor para exorcizarlo y arrancarlo de cuajo con los oídos tapados, como dicen que debe hacerse para no oír el llanto de la raíz de la mandrágora cuando la extraen bruscamente de la tierra hasta mostrar a la luz su cabecita, sus bracitos y sus piernas antes sepultadas tan parecidas a los de un bebé que nace a un mundo hostil y se lamenta de tener que abandonar el vientre materno, tan caliente, tan dulce, tan ajeno a la maldad que es mejor no salir, quedarse allí para siempre, bien protegido y cuidado, al margen de las amenazas y los miedos.

De ahí las carnes aderezadas con espinas y sangre de ortiga, adobadas con lágrimas de sauce recogidas bajo la luna llena, los granos de pimienta en los ojos de los gazapos y los clavos de olor enterrados en los corazones de las alcachofas, entre las manitas de los cerdos, bajo las branquias de los barbos.

La idea de recopilar las recetas y darles el tono y la forma de maleficios, encantos, sortilegios o bebedizos surgió más adelante, cuando ya me había cansado de ese tipo de experimentos gastronómicos y me había embarcado en otros aún más extraños. Mi sufriente editor, cada vez más atado a los beneficios en parte por mi culpa, en parte a mi costa, en parte gracias a mi inusitado sentido del humor, puso el grito en el cielo cuando ojerosa y rota, pero movida por una firme determinación, le hablé de mi plan de dividir la obra en tres partes y jugar con los colores, las tintas y el formato. El primer bloque tendría el papel blanco y las letras de un subido escarlata; el segundo llevaría papel rojo como la sangre sobre el

que bailarían las letras negras; y el tercero, y he ahí el toque maestro que puso al responsable del taller de impresión al borde del ataque de nervios, se leería en páginas rigurosamente azabaches como el ala de un cuervo. En cuanto a sus letras, y según había leído en un relato de vampiros y brujas no poco truculento, éstas sólo podrían leerse en la oscuridad de la noche, bajo la luz de la luna.

Debo reconocer que nos costó dar con una fórmula económica y viable que pudiera reproducir este efecto. Estábamos a punto de desistir cuando finalmente reparamos en unas publicaciones juveniles que prometían códigos encriptados, diarios privados o trucos de detectives con letras invisibles y claves secretas. Contactamos con una imprenta que usaba una novedosa tinta simpática que se volvía visible bajo la luz artificial de los neones y las lámparas y, por más que los implicados intentaran convencerme durante el proceso de edición de lo costoso que resultaría el libro con ese diseño, de lo inaudito que les parecería tal artificio a las madres y esposas que eran su público en potencia, no hubo quien pudiera hacerme renunciar a seguir adelante con un texto que ofrecía propuestas culinarias cada vez más complejas y extrañas, cada vez más prohibidas y macabras según las hojas iban cambiando de color.

Fue un fenómeno masivo, increíble, abrumador.

Todos querían conocer de pronto a esa cocinera romántica, bella y un tanto decadente que había ideado platos tan originales con sabores mágicos y hasta embriagadores. Comenzaron a llegar las invitaciones para entrevistas en todo tipo de medios, reportajes fotográficos en los suplementos dominicales, secciones en las emisoras de radio más alternativas, cursos de cocina creativa en los que se leían poemas de Poe, Baudelaire o cualquier otro escritor de acontecer desgraciado y recuerdo eterno. Mis ojeras y mi cara triste dejaron de ser desconocidas y algún avisado productor televisivo pensó que sería transgresor que presentara un espacio nocturno sobre cultura y cocina. Me apetecía dejar atrás a la Teté que fui, que todavía era, para convertirme en una mujer distinta con renovadas ambiciones, con ganas de plantar cara, de pelear y dar guerra.

Así nació Teresa, una hembra despedazada que imponía sus condiciones, como grabar en un salón de su palacete, pero que a cambio transmitía más intensidad que ninguna otra presentadora ante la cámara. Los cronistas la recibieron como a una nueva reina catódica impasible y serena y, según escribieron en sus críticas, su pena, o su ira reconvertida en cinismo, en inocencia desgarrada, resultaba rabiosamente atractiva,

furiosamente carismática.

Me sonrío entre dientes repasando los pasos y golpes de suerte y muerte que me han traído hasta aquí mientras dispuesta me siento en mi silla, vetusta y deteriorada, toda una antigüedad solemne y recargada con incomprensibles símbolos que fue rescatada de entre el mobiliario de mis antepasados. Su diseño llamativo y extraño hace las delicias de mis fervientes fans, de los miembros de mi tribu, esos chicos y chicas casi famélicos y vestidos de negro que, maquillados con polvo de arroz y armados con un brillo inusual en los ojos, se me acercan reverenciales en las presentaciones de mis obras para pedirme con la mayor devoción que acepte uno de sus brazos, de sus piernas o de esas nalgas que no dan ni para un mísero pellizco, no digamos un mordisco, y disponga de sus cuerpos para cocinarlos como prefiera. Me niego, y no dejo de asombrarme por la osadía de sus ocurrencias, de su delirio inusitado cuando me aseveran que no habría para ellos mayor placer, un acto más grande de amor o sacrificio, que permitir que les sazonzara, les aderezara y guisara a fin de formar parte de alguna de las extravagancias que crean mis manos. No saben cuán corrosivo resulta que ellos, a quienes toman por locos o enfermos, sean los únicos que estén tan cerca de la verdad. Deseo que no lleguen a averiguarla jamás, ojalá no se rompa su sueño y tengan que enterarse de lo difícil que es vivir, de lo complicado que resulta mantener una ilusión y seguir riendo.

—¿Qué pasa, Teresa? ¿Te molesta alguna luz? —se preocupa el director al advertir el frunce de mi ceño, la pena en mi rostro tan serio.

Me doy cuenta de que estoy a la vista de todos, de que mi cara no debe ser ya la mía sino esta máscara impenetrable de sonrisas y mentiras que muestro día tras día, y como para disimular toso y carraspeo como si hubiera de calentar mis cuerdas vocales y, ya recompuesta, pido al realizador que me indique cuándo comenzar. Distingo a duras penas a Estrella y, junto a ella, a un recién llegado que con las manos en los bolsillos de sus tejanos contempla escéptico este alocado espectáculo sin perder un ápice de su característica tranquilidad.

Es Germán. Sonrío sin aliento. Transparente me siento y aun parezco flotar.

—Buenas noches y bienvenidos a *Pecados y bocados* —comienzo con voz firme, cantarina, inusualmente risueña—. En nuestro programa de hoy, además de las secciones habituales de gastronomía y de un espacio

dedicado al canibalismo en fábulas y cuentos, contaremos con la intervención de tres realizadores de excepción, tres genios de nuestro cine bendecidos por el respeto de la crítica y el público, que nos hablarán de sus comidas favoritas, sus particularidades a la hora de cocinar y, como no podía ser de otro modo en un espacio como el nuestro, de sus recetas infalibles para alcanzar la fama o, por qué no, satisfacer sus vicios más ocultos. Y si no nos lo cuentan por propia iniciativa no debemos alterarnos —declaro mirándoles con una picara sonrisa—, como todos ustedes saben, he perfeccionado métodos expeditivos para averiguarlo.

15. Cómo conseguir que una fiesta improvisada resulte perfecta

Tengo ganas de acabar cuanto antes, de quitarme este vestido y el maquillaje y mostrarme tal como soy, sin afeites, engaños ni trampas. Me dejo llevar por la urgencia y me visto de cualquier forma para bajar a despedir a mis invitados, tomarme una copa con mi equipo y recibir como se merece a mi nueva presa.

Desciendo trotando por las escaleras con las manos en los bolsillos de mis vaqueros y me topo en el hall con Estrella y el realizador que, con sonrisas nada sinceras, felicitan por sus agudas intervenciones a los tres reputados directores de cine. Yo también les beso en ambas mejillas, nos ofrecemos las direcciones de correo electrónico más por educación que por verdadero interés y me tratan con amabilidad sin duda simulada después de los disparates que se me ocurrió improvisar en mitad de la entrevista. Finalmente, tras una espera que se me antoja larga y tensa, se presentan sus respectivos coches de producción y nos dejan.

Los tres suspiramos aliviados, intercambiamos sonrisas cómplices y después de tantas horas de trabajo exclamamos:

—Al fin solos.

Es un decir, es obvio que no lo estamos, y cuando traspasamos el umbral del salón donde hemos grabado el programa una veintena de voces nos reciben con un sonoro «¡Ya era hora!» ante el silencio atónito de Germán que, en una esquina, no puede más que observar cómo los de producción recogen cables, focos y cámaras y despejan de forma ordenada las pesadas cajas negras que invaden la estancia. Me gustaría poder saludarle como si nada, con toda naturalidad, igual que si fuéramos dos chavales que se encuentran en el patio del colegio y empiezan a hablar de cualquier cosa, de esa nueva peli de monstruos, del cromo que me falta o de por qué no compartimos un paquete de pipas con sal que nos dejará los

labios inflamados hasta casi no poder reconocerlos como nuestros, hasta que no nos permitan sentir el beso que al final de la tarde, no delante de la puerta para que no nos vean nuestros padres pero sí en una esquina como esa donde se apoya ahora, acabarás por regalarme.

Ojalá consiguiera hacerlo todo tan fácil. En mi caso nunca lo fue, ni siquiera en esa adolescencia de vagares eternos de fin de semana que jamás llegué a conocer. Ofelia siempre estaba presente —como de hecho aún está, vigilándolo todo, vagando entre la luz y la sombra con sus aires de diva melindrosa y esos pasitos cortos que ya no pueden por suerte dar patadas a los gatos o evitar pisar las alfombras— y en su presencia era inconcebible vagar, salir sin rumbo fijo a pasear, dejar que un chico te cogiera la mano sin más. Por eso me mezcló con el equipo en vez de acudir junto a Germán y Charlo y sonrío y gasto bromas blancas sobre las meteduras de pata que al final el montador podrá subsanar, las tomas falsas que habría que archivar para esas noches en que estamos tristes y queremos reír, lo mal que encajaban los invitados mis ironías y cómo, según todos, me propasé con ellos sacándoles los colores, poniéndoles en algún aprieto y haciéndoles hablar, más que de sus películas, de sus manías.

Lo cierto es que tienen un poco de razón, no puedo negarlo, mi pasado como periodista cultural me traiciona y siempre voy un poco más allá de lo que le gustaría al entrevistado. Es fruto de mi profesión, que me enseñó a percibir que se puede saber mucho de un creador, casi todo, por el contenido de sus obras o el modo de enfocar su arte, por la manera de cantar o interpretar, por el especial estilo al pintar o los rastros que deja entre líneas un escritor. Y es que el artista siempre olvida borrar sus huellas, las pistas sobre sus complejos, los recuerdos velados sembrados al azar, los indicios perdidos involuntariamente sobre sus aspiraciones, su frustración, sus sueños y sus penas.

Yo, para su desdicha, sé interpretarlos y descifrarlos.

Y lo peor es que sigo haciéndolo. Soy una mujer oscura, muchos dirán que cruel y malsana, y como no puedo dormir cocino y leo en las madrugadas, también veo películas, y escucho música y en ocasiones me entretengo destripando seres vivos y obras de arte para, como los augures y las pitonisas, averiguar lo que se oculta en sus entrañas, agazapado entre las notas y los colores, al margen de las letras y las palabras, bajo lo que no se oye ni se dice, más allá de lo que se calla.

Los tres directores que acaban de marcharse con el rabo entre las

piernas tienen éxito, cada uno a su manera, y curiosamente ninguno disfruta del estatus que quisiera. Sé que no debí haberlo dicho, que calladita estoy más guapa, que nunca han sido particularmente agradables las chicas que van de listas y terminan por preguntar más de la cuenta, pero a veces me pueden las ganas, me olvido de la prudencia y de parecer buena, me lleva el impulso de meter el dedo en el ojo y lastimar, tocar las narices, llevar a los entrevistados al límite de su paciencia.

Viendo que, pese a mis esfuerzos por hacer nuestra charla más amena, los tres se tomaban a sí mismos tan en serio, se me ocurrió sobre la marcha, en el contexto de la conversación sobre canibalismo y cocina en las fábulas infantiles, al hilo de si realmente creyeron de pequeños eso de que el lobo se comió a la abuela de Caperucita y luego la regurgitó intacta o si la bruja de la Casita de Chocolate iría de veras a zamparse a todos los niños que llegaran ante su puerta, que sería divertido hacer un llamamiento a la audiencia para instarla a inventar platos en los que los presentes adalides del cine nacional fueran el ingrediente principal. «Enviénnos sus recetas basadas en los sabores que les inspira alguno de estos tres caballeros y premiaré a la mejor con un lote de películas del propio autor», propuse antes de despedir el programa y agradecer su presencia mientras ellos fingían reír la broma en tanto me maldecían para sus adentros.

—¿Cómo se te pudo ir así la cabeza? —me recrimina luego un guionista entre risas—. Creo que sospechaban que les estabas faltando al respeto.

—¿Y de dónde saco yo el presupuesto para un lote de películas? —se angustia la de producción.

—Eso sin contar el tiempo para leer las cartas que vayan llegando... —remata otro compañero—. Que mucho proponer sobre la marcha, jefa, pero somos los demás los que pagamos el pato de tus ideas repentinas.

—Y yo que creía que os había hecho gracia... —protesto divertida buscando de reojo a Germán, que sigue vigilándonos estratégicamente apostado en su esquina.

—Lo que es seguro, Teresa —interviene Estrella alzando los ojos—, es que ninguno de estos tres se va a pasar por Barbantesa en mucho tiempo —y todos reímos a carcajadas y ya despejado el centro de la sala de baile alguien pone un disco de pop y aparecen las del catering con refrescos y aperitivos y algunos vinos blancos de esos que con tanto celo mamá escondía en la bodega y unos y otros se reúnen con sus colegas mientras atacan las bandejas, salen al jardín a fumarse un canuto bajo la luz de la

luna y el vuelo de las luciérnagas o flirtean y se buscan para comerse a lametones al amparo de un seto como universitarios en celo apoyados en el tronco de cualquier árbol, tumbados en la alfombra de la hierba.

Sé que éste es el momento, que no puedo dilatar por más tiempo la situación, que debo dar la cara y dirigirme hacia mi invitado pues no en vano por algo le he ofrecido venir. Es mi deber agasajarle y charlar con él de cualquier tema, de alguno tan simple como qué le ha parecido la grabación o si todavía piensa que soy tan diferente. Decídete, me reafirmo, hoy te toca comenzar a ti, ir a por el varón, tomar las riendas en vez de esperar y dejarte conquistar. Es tan sencillo que a casi todo el mundo le sale bien, tan simple como acercarse y procurar que la conversación fluya, que se inicie con cualquier banalidad para que luego, roto el hielo, él la pueda continuar.

Le contemplo. Aguarda sin que parezca importarle demasiado que nadie le dirija la palabra, buscándome con la vista y acto seguido consultando la hora en su reloj y es que tienes que ir ya, Teté, o se marchará como esta mañana y volverás a perderlo, se te acabará toda opción y no puedes permitirte, te quedan preguntas por hacer, demasiados asuntos pendientes que cerrar además de la molesta sensación de que un peligro te rodea como para consentir que se largue en cuanto se fume ese pitillo que acaba de encender.

Hay que echarle valor, tengo que actuar. Cruzo decidida la sala hasta la mesa de las bebidas, agarro sin fijarme una copa de vino y, no sé por qué, por intuición tal vez, una botella de cerveza bien fría para él. Con una en cada mano me dirijo decidida a la esquina, *su* esquina, mientras esbozo una picara sonrisa. Germán alza la vista, me mira entre el humo de su cigarro y comienzo a exasperarme porque tengo la impresión de que ríe por lo bajo, o eso creo al menos, como si por alguna extraña razón que no alcanzo a desentrañar supiera que ha triunfado y yo, que sigo avanzando hacia él, he perdido el round en esta extraña partida de seducción que ni siquiera sabía que acababa de comenzar.

Sin embargo el combate —si es que lo es este juego— se queda finalmente en tablas porque se me adelanta una de las guionistas que, dispuesta, atraviesa la estancia taconeando altanera, con un compás tanguero y sensual y, plena de gracia y salero, se acerca a él para pedirle fuego. Cuando se lo ofrece, agarra su mano para acercar su mechero abierto, ese mechero de acero que ya conozco, a su rostro desvergonzado y travieso. La llama prende, pero ella decide que no quiere irse, se apoya en la pared y comienzan a parlotear, y bromean, y echa la cabeza hacia atrás

en una carcajada y se sacude con la mano la melena negra y deja que el ancho escote de su fino jersey resbale sin querer sobre su piel mostrando uno de sus hombros, y se lleva la mano a la boca como para quitarse una hebra de tabaco de la punta de la lengua y le incita coqueta, dispuesta a dejarse seducir, pidiéndole con los ojos que se atreva.

De modo que es así como se hace, me sorprendo, y me quedo paralizada en medio de la sala como una tonta admirando la impecable escena de atracción y flirteo que yo nunca aprenderé, para la que nunca me entrené y que jamás, por mucho que quisiera, llegaré a salirme bien.

Quizá debido a que asumo mi inutilidad manifiesta para embarcarme en este duelo y porque odio competir, porque no tengo claro que sea esto lo que deseo y me da pereza y miedo enfrentarme a lo que necesito imperiosamente averiguar. Tal vez porque los interrogantes que buscan conocer por qué me sigue, qué quiere de mí, pueden esperar o quedarse sin respuesta, decido rendirme y esperar todo el tiempo que él quiera enredar haciéndome sufrir, todo el que pretenda fingir que me importan sus reglas.

Salgo al jardín a que me dé el aire, a respirar un poco de libertad, a reponer fuerzas. Deambulo entre los árboles y como pronto me canso de que se burlen de mí, de sus chascarrillos jocosos que se repiten de hoja en hoja, de rama en rama y saltan y rebotan de una a otra corteza criticando mi ilusión y mi inutilidad, su plantón y mi torpeza, me acerco hasta el estanque. Al pasar junto a uno de los setos oigo ruidos altamente sospechosos que me obligan a rodear con cuidado esa zona en que la pasión se desata mientras pienso que mañana ese lugar estará, como siempre que alguien se ama en mi jardín, plagado de mariposas durante el amanecer y de murciélagos que al anochecer volarán en círculos sobre ese claro recién encantado. En mi camino me topo con un garito blanco de los que han nacido hace un par de meses y me entretengo mojándole con gotas de vino tinto de la copa que aún sostengo. Cuando está tan rojo como si un camión lo hubiera atropellado me canso del juego y, retomando el sendero y el sentido de mis pasos, llego por fin a la orilla del estanque y me siento en mi sitio preferido.

Rodolfa no aparece, la muy traidora debe de estar durmiendo. La maldigo en silencio increpándole entre dientes el pago que me da después de haberle salvado la vida tantas veces cuando oigo pasos a mi espalda y detengo de golpe mis lamentos.

—Tenéis a vuestra disposición una mansión entera con decenas de

dormitorios, rincones y cómodos salones —reprocho sin paciencia y sin volverme, no vaya a ser que descubra cuerpos desnudos o relaciones sexuales que laboralmente no serían procedentes— y se os ocurre venir precisamente aquí a tocarme los...

—¿... cojones? —sugiere una voz grave de hombre.

—No iba a decir eso, nunca digo tacos. ¿No hay nada relativo a eso en tus informes?

Se sienta a mi lado a pesar de que no le invito a hacerlo ni desvío mi atención del agua oscura ni me molesto en crear una corriente de afabilidad que le haga entender que es bien recibido.

No me gustan los hombres que se pasan de listos.

No me gusta que nadie se me arrime si no se lo he pedido.

No me hace ninguna gracia que aparezca de repente cuando mi intención es estar sola, cuando no me apetece charlar, cuando me voy lejos para poder reconcomerme o serenarme o defenderme levantando de nuevo mi coraza —lo cual me lleva un cierto tiempo y mucha concentración— en uno de mis lugares predilectos más íntimos y escondidos.

—No, señorita, nada de eso aparece en el dossier —responde al cabo—. Dice, en cambio, que la suerte no para en tu portal.

—Y qué más.

—Que has sido educada en los mejores colegios de pago pero que después decidiste estudiar en una universidad pública. Y que esa fue la primera vez que tu madre amenazó con desheredarte.

—No sabes de la misa la media. Y no me llames señorita —zanjo.

—¿Por qué te fuiste? —suelta de golpe. Desde luego no puede decirse que este hombre sea de los que se meten en problemas por no ir directos al grano, de esos que se enfangan en arenas movedizas cada vez más densas por no revelar lo que piensan hasta que les terminan ahogando.

—Los alumnos pertenecían a los círculos más selectos de la sociedad y mi madre estaba encantada de que me codease con ellos, pero yo no encajaba allí.

—No me refería al pasado. Hablaba de ahora mismo, ahí dentro, en el salón de los espejos.

—Es la antigua sala de baile de Ofelia. No le gustaría nada saber que la llamas así —y suspiro fastidiada porque sé que, por mucho que a ella le dé por vagar por la mansión y mover con su aliento de hielo las cortinas y soplar en los cristales de las arañas de techo para que me asuste su tintineo, nunca osa salir al jardín y no le habrá podido escuchar cometiendo semejante sacrilegio.

—Sigues sin responder.

—Quería tomar el aire, el ambiente estaba muy cargado.

—No entiendo para qué me invitas si luego me rehúyes —comenta sereno.

—Me pareció que estabas ocupado.

—Sólo he venido para saber más sobre ti, a descubrir lo que ocultas y si vale la pena —confiesa con sinceridad descarnada, apabullante en su ausencia de artimañas.

—¿Y cómo van hasta ahora las pesquisas? —y siento una extraña mezcla de sosiego y nerviosismo que me hace dudar entre quedarme o salir corriendo.

—Regular. Cuanto más te analizo más me confundes, a veces pareces encantadora y otras una manipuladora insensible. Toda una depredadora.

—Suelen decírmelo. No estás siendo muy original.

—Eres demasiado compleja como para conocerte en una noche — prosigue Germán como si no hubiera escuchado mi contestación o, en todo caso, no estuviera dispuesto a prestarle atención.

—¿Te rindes ya? Cuánto lo siento.

—No te subas tan pronto al podio del ganador. Esto acaba de empezar —y con exasperante tranquilidad coge de mi mano el botellín de cerveza ya caliente y echando la cabeza para atrás, de un trago largo, bebe la mitad.

Permanecemos callados, juntos pero sin tocarnos, hombro con hombro en uno de esos silencios en los que cada cual está a lo suyo y ni la situación ni la compañía molestan. Mientras dejamos pasar el tiempo sin más, sin sentirnos obligados a abrazarnos o a besarnos o a meternos mano y jadear, pienso que hacía muchos, muchos años que no me encontraba a gusto con alguien que supiera quedarse quieto y mudo, que no fastidiara y me dejase pensar en paz. Quizá con Estrella a la hora del desayuno, en esas mañanas en que parecemos una vieja pareja de lesbianas recién levantadas, ella con su té y su periódico de economía y yo con cualquier novela en la mano saboreando una taza de café ligeramente amargo; o con Tomás en la cocina de Barbantesa, él en sus fogones y yo en los míos, cocinando sin hablar pero moviéndonos igual de rápido, troceando, especiando, salpimentando a toda prisa y, sin embargo, sin tropezamos, igual que un matrimonio que llevara años bailando el mismo vals, que podría girar a ciegas en la misma sala llena de gente sin soltarse nunca, sin pisarse jamás.

Claro que no debo confiarme, me digo. Puede ser que sepa cerrar el

pico, pero no deja de ser el enemigo.

—¡Dios santo! —grita entonces Germán dando un respingo, y rompiendo el encanto se pone en pie y señala al agua con la mano—. ¿Tú has visto ese bicho?

Es *Rodolfa*, al fin ha aparecido. Asoma su cabeza verde y amarilla entre las hojas de un nenúfar y nos observa con sus ojillos de criatura traviesa, feliz al comprobar la conmoción que provoca su presencia. Desde donde estamos no se distingue su concha, sumergida en el líquido negro y espeso, y parece una extraña serpiente de agua demasiado grande, demasiado lista y voraz, demasiado aviesa.

—Sólo es una tortuga —le informo con un fondo de escarnio bailoteando en los recovecos sin luz de mi garganta—. Lleva más de veinte años en este estanque y todavía no se ha comido a nadie, al menos que yo sepa.

—Qué cosa más enorme —se justifica sentándose de nuevo sin dejar de escudriñar la superficie del agua con recelo.

—No la juzgues. Es una superviviente. Tú no entiendes lo que es saber que eres única en tu especie, que no hay nadie tuyo cerca para apoyarte o comprenderte.

Se gira para estudiarme y afirma sin sutileza:

—Eres rara, y todo lo que te rodea también, pero es bonito tu jardín a pesar de las sorpresas. ¿No tiene piscina?

—No.

—Vaya desperdicio de terreno.

—Las piscinas son de nuevos ricos. Éste es un palacete serio.

—A mí me da escalofríos —admite.

—¿Y esas casas donde viven los famosos, los banqueros, los cantantes de moda y sus esposas a las que acosas, no te alteran?

—De ellos sé qué puedo esperar: tienen piscina.

Muy adentro pugna por abrirse camino mi risa, pero prefiero hacerme la arisca y de nuevo nos sumimos en el silencio, prudentes, tal vez temerosos, mohínos o simplemente cansados. En algún lugar abren una ventana y se oye la música que escapa por los balcones y habla de lo que tienen que contar las estaciones, de las terminales de aeropuerto y los bares donde nacieron nuestras canciones, de aquellas noches en que tu chica te decía nunca más. Me da por pensar en lo que queda de nosotros en esos lugares, en las butacas de cine, en una boca de metro, en todas las esquinas que solíamos doblar.

—¿Sabes que las casas viejas atraen a las brujas? —pregunta de

pronto Germán.

—Yo vivo con una en esta.

—¿Lo dices por Estrella?

—No, por mi madre.

—Así que por eso este lugar se llama *Je Reste*.

—Exacto. A los espíritus de mi familia suele gustarles permanecer aquí, molestando a los que nos quedamos. Ofelia es la peor. Mira, ¿ves la luz que emana del torreón? Ahí la tienes, nos vigila.

Espero que se burle, que me mire con incredulidad y haga algún comentario sobre lo loca que estoy o el humor tétrico de mis bromas que en realidad no hacen gracia, pero calla. Al cabo, prosigue la conversación:

—Mi oficio no es tan horrible —confiesa, arrastrado por esa ola de imprudencia que he levantado y que me hace decir las verdades más increíbles enmascaradas tras bromas que terminan resultando macabras—. Soy fotógrafo porque me gusta retratar a las personas tal y como son, sin posar. Nunca pensé en convertirme en paparazzo, sólo en buscar la instantánea espontánea, inocente. Así se llamó en sus inicios el fotoperiodismo: «fotografía cándida».

—Pues permíteme que te señale cuánto ha cambiado —objeto con sarcasmo.

—Ahora da asco. La única salida para no resultarte vomitivo a ti mismo es conservar un código ético individual. Yo respeto al objetivo, le robo su imagen, pero sin traicionarlo —se detiene unos segundos, como sopesando cómo vertebrar su discurso—. Las llamadas que yo atiendo son las de camareros que te dan un soplo y te permiten colarte en una fiesta y deambular entre los posibles candidatos sin que sepan que van a ser abatidos por mi disparo pero nunca las de los propios protagonistas, las de los arribistas que buscan promoción. Sólo yo soy el cazador.

Habla entornando los ojos, encendiendo un pitillo y echándole el humo a la luna, tan loca y tan bruja. Lástima que no me conmueva, que no me llame la aventura ni el riesgo ni la épica de la foto robada que hará historia y cambiará su cuenta bancaria. Estoy demasiado ocupada temblando otra vez, recordando aquella noche en el balcón, sabiéndole al acecho tras el muro, observándome a través de algún agujero de la tapia perfumada por la madreselva con la pala a mi alcance y mis manos ensangrentadas y la boca abierta y roja y los dientes afilados templados por el sabor de la carne fresca, de la sangre salada.

—Estás tiritando —exclama sorprendido al volverse hacia mí—. Vamos adentro.

—No tengo frío.

—Sí lo tienes. Además, no quiero que tus amigos se pregunten por qué estamos tanto rato fuera.

—Que piensen lo que les dé la gana —protesto insolente y retadora—. No me importa nada.

—A mí sí.

—Entonces va a ser que eres un hipócrita que juega con la buena o mala fama de los demás pero se cuida de retar a su propio destino —le ataco entrecerrando los ojos e imprimiendo a mis palabras un tono mordiente y altivo.

—Qué puedo decir: la suerte es una ramera de primera calidad —y se levanta sacudiéndose la hierba de los vaqueros y emprende el camino hacia el palacete sin tenderme una mano que me ayude a levantarme.

De golpe reacciono, me pongo en pie con rapidez y me apresuro para alcanzarle e indicarle que no hace falta rodear la casa para entrar por la puerta principal, está más cerca la de servicio. Obediente y en cierto modo temeroso de mi perturbador vergel hechizado, me sigue con aparente docilidad, y no sé si por esta actitud suya de sumisión o por la brisa nocturna y el brillo de las estrellas, termino calmándome y me olvido de nuestro enfrentamiento.

—¿No quieres ver la cocina? Es donde nacen mis propuestas. Si buscas verdades inconfesables, ahí las guardo todas.

—No me engañes —añade con un punto de impaciencia—. ¿Qué es eso de que se te ocurren las recetas en la cocina? He leído la carta de tu restaurante y estoy seguro de que nacen en tu cama.

—Te equivocas. Me cuesta conciliar el sueño, apenas paso tiempo acostada.

—No me refería a eso, no te hagas la inocente conmigo —me afea.

No sé por qué insisto. Me molesta lo que insinúa, me siento sucia, de pronto me asalta el ansia de lavar mi imagen, de mostrarme ante él pura y blanca como una novia inmaculada:

—Es la verdad, siempre estoy entre dos cocinas, la del restaurante y la de mi casa. Pero esta es donde más cómoda me siento, donde planeo todos mis actos.

En vez del halago deseado, de la admiración que no llega, del mira qué mujer más responsable, qué profesional tan entregada, lanza una nueva burla disparada con flema y precisión.

—Siempre activa y ocupada. Vaya joya. Por la noche eres alguien con quien no dormir y por el día alguien con quien no vivir. ¿Por eso estás tan

sola?

Callo, ensartada por el rayo de su crueldad, y con los ecos de su reproche calentándome las orejas nos internamos en el largo pasillo que comunica el área de servicio con el resto del edificio y, a pesar de que permanece encendido, sé que una sombra nos contempla. Y aguarda. Al acecho.

Nosotros, desavisados o al menos disimulando que la divisamos agazapada tras el cerco de la puerta, escondida en el quicio de una ventana, en el ojo de las cerraduras, caminamos sin prisa pero sin pausa y en nuestro paseo nos detenemos ante una pintura, debajo de una moldura, deslumbrados por el esplendor de alguna lámpara. Sin querer, creo que por costumbre, al pasar por cada una de las estancias nobles que atravesamos empiezo a explicarle el origen de los objetos, los años que hace que descansa en esta balda o a qué estilo pertenece cada jarrón, y le aviso para que repare en los sorollas, los anglada camarasas, los romero de torres y hasta en los muebles diseñados por Gaudí. Al percatarme, consciente de lo que implica y de la atención despreocupada, un tanto ausente, con que Germán escucha mis palabras, comienzo a deslizar incisos que insinúan como al desgaire en cuánto se valorarían muchas de estas piezas en una sala de subastas y detallan las ofertas de coleccionistas extranjeros que recibo con frecuencia y que siempre son rechazadas.

—¿Quieres dejar de hablar de dinero? —me dice tras un rato—. ¿Por qué lo haces?

—Eres periodista, supuse que te interesarían los datos.

—Lo soy, y estaba disfrutando con este discurso tuyo que seguro sueltas a todos tus amantes sobre el alma de tus obras de arte, pero lo que me emocionaba era lo que mostrabas, no cuánto vale. Creí que tenías más clase —acusa.

Nuestros ojos se cruzan en la semipenumbra del pasillo, junto al taquillón art nouveau que mi madre heredó de un pariente enfermo de locura fallecido tiempo ha en una residencia. Tras una breve pausa para calibrar la oportunidad de volver a enfrentarnos, continuamos caminando, él a mi espalda, de nuevo armado con la coraza de su aparente serenidad, y yo varios pasos por delante procurando que no vea la sonrisa en mi cara, que no sepa por qué estoy tan satisfecha ni que ha superado tal vez la más importante de las pruebas.

—Hace años habité otra casa —confieso a punto de llegar a la sala de baile—. Digamos que era más pequeña que *Je Reste* y también que el piso

frente al Retiro en el que Ofelia instaló la escuela de cocina, el que ahora es mi restaurante. Fue la única vez que me atreví a decir que tenía un hogar, que lo sentí como mío. El resto de mi vida me he limitado a vagar de un sitio para otro hasta volver nuevamente aquí, donde comenzó todo.

—¿Qué pasó?

—Que me dejé ir y no vi llegar el final —desvelo melancólica. Él calla, con el rostro imperturbable, y como sé que en su oficio le han enseñado a sonsacar, a encontrar los puntos débiles de los incautos y arrancarles las entrañas a los entrevistados, salta, desde algún rincón escondido, una de mis numerosas alarmas—. No dices nada. ¿Ya conocías esta historia?

—Algo había oído —confiesa de mala gana y añade—: Lo leí en los informes. Te hablé de ellos, pero no quisiste creer que fueran tan veraces.

Me muerdo los labios rabiosa y reprimo un gesto de dolor involuntario: había olvidado que no pasan por su mejor momento, que a pesar del maquillaje que todo lo disimula aún están hinchados. Decido seguir adelante sin esperar a ver si viene detrás, indiferente a si se queda perdido en la maraña de pasillos a merced de la furia de mamá. Me siento traicionada y estoy enojada conmigo misma por bajar la guardia, por ser tan necia como para soslayar las normas del pasatiempo al que estoy jugando y dejar que me hagan trampas, que me pillen en mi propia celada revelando demasiado, contando mi vida al primero que se sienta a mi lado en la hierba y que no muestra deseos de seducirme bajo un árbol. Claro que no, estúpida, lo que quiere es llevarte al huerto, pero en un sentido menos figurado, pienso para mis adentros, sacarte los higadillos tanto como tú a él y venderlos a un buen postor en el mercado del corazón mejor pagado.

Tonta, tonta, más que tonta, que nunca aprenderás.

Repitiéndome el insulto como un mantra irrumpo como una tromba en la sala de los espejos sin preocuparme por si me escolta o no Germán. Me detengo en el centro de la estancia y busco con los ojos a alguien que me aprecie. Distingo a la guionista morena en una esquina fumando y reparo en que se le ilumina la cara y asumo que sí, debe de ser que Germán me ha seguido al fin. Pues todo para ella, que se lo coma con patatas, yo prefiero merendarme a otros que me saben más sabrosos y me dan menos trabajo. En tres zancadas me planto ante la mesa de las bebidas y agarro otra copa de vino y a punto estoy de tragarme su contenido sin respirar cuando Estrella se me acerca y me amonesta.

—¿Dónde has estado, nena? —se me ocurren mil barbaridades que

recitarle, también alguna que otra maldad relativa a dejarme en paz y vivir su propia vida, pero tal es mi frustración que no acierto a articular palabra, pero entonces reparo en su sonrisa y concluyo que era una interpelación retórica, que le da exactamente igual dónde me haya metido, que sólo es una manera de acercárame.

Se nos arriman dos o tres compañeros que pretenden explicarme una gracia que no pillo porque para eso tendría que haberla escuchado desde el principio, una técnico de sonido aparece como por arte de magia a mi lado y se parte de risa intentando enumerar las bromas que me he perdido, un script que se desternilla me coge de la cintura con cariño y familiaridad y se ofrece a soplarle la mitad al oído y, curiosamente, no me molestan sus manos sobre mi cuerpo y todos nos carcajamos al unísono y brindamos hasta que alguien cambia la música y pone un rock y muchos empiezan a bailar, la mayoría haciendo el ganso, y de pronto, entre el asombro general, distinguimos a Germán en medio de la improvisada pista marcándose un baile con Estrella que, algo torpe pero animada, se agarra a su mano y le sigue el ritmo graciosamente coqueta, ligeramente sofocada.

De inmediato se convierten en los reyes de la fiesta, los presentes se avisan unos a otros y a su alrededor se forma un círculo que los aplaude y vitorea mientras ellos, con aire indiferente de tipos duros y ausentes, se desperezan y menean como bailarines de película que evolucionan al son de un twist descontrolado. Acaba la canción y el aplauso es atronador, tanto como mi asombro. Todos se les acercan para darles palmaditas en la espalda, tiernos achuchones e incluso hasta cachetitos risueños en las mejillas. Estrella, risueña igual que en las fiestas de empresa de aquellos tiempos lejanos, toda arrebol y vergüenza, se acerca a mí y me suelta espontánea un «¿De dónde has sacado a este hombre?» que no me da tiempo a aclarar porque antes de que pueda reaccionar añade un contundente y definitivo «¡Es genial!» del que, al parecer, no puedo discrepar. Con todo, lo intento:

—¿Te acuerdas de ese que vi varias veces en el restaurante y que parecía que me espiaba? ¿Y del artículo sobre mi accidente que salió en todas partes?: todo es responsabilidad suya —le soplo en la oreja porque no puedo resistirme, como siempre, a sorprenderla, a clavarle alguna puya.

—¡No me fastidies! —se vuelve hacia mí con ojos desorbitados.

—Y sé por qué lo hacía: es un paparazzo.

Se le abre la boca sin que pueda evitarlo. Las dos le observamos en el

centro de la sala, departiendo con nuestros compañeros y amigos, bebiendo cerveza distendido, disfrutando de la compañía y dejándose envolver por su confianza y su cariño como un niño recién llegado que sólo busca ser aceptado en la pandilla.

—A ver ahora qué hacemos —comenta Estrella no sé si para sí o porque quiere planear una estrategia de actuación conjunta contundente y definitiva.

Tendría que explicarle a grandes rasgos nuestro pacto sobre esta noche, la apuesta que nos hemos cruzado, la serena charla de ahí afuera al borde del estanque y sus confesiones sobre cuánto le gusta entrar en las fiestas, alternar con sus víctimas, fotografiarlas sin que se den cuenta. Para ser justa, debería hablarle también de la corriente de simpatía que pareció —o tal vez era uno más de sus trucos— surgir entre nosotros y cómo yo, susceptible y maniática, rompí la baraja y malgasté una de mis últimas oportunidades de intimar realmente con alguien mandándola al traste. Sí, debería colmar de confidencias a mi amiga, pero me callo con una pérfida sonrisa porque sé que, hiperprotectora y si cabe más paranoica aún que yo, levantaría a Germán, pequeña como es, y se encargaría de ponerlo de patitas en la calle de una muy merecida patada en el trasero. Justo cuando nace este pensamiento, como si presintiera la intensidad de nuestras miradas clavadas en su espalda, Germán se gira, levanta su vaso y, radiante y descarado, nos guiña un ojo.

Me sonrojo y aguardo la reacción de Estrella.

—¿Sabes qué te digo? —me suelta ella—, que me da igual en lo que trabaje. Y aunque esta sea tu casa y tu fiesta por mí se queda.

Me muerdo los labios para reprimir una exclamación fruto de la estupefacción y vuelvo a recordar demasiado tarde por segunda vez en esta noche que están doloridos. Cobarde, incapaz de dar la cara, de hacer sola este trabajo sucio, de largar a este tipo atractivo y tan odiosamente seguro de sí mismo sin ayuda de nadie, sin un secuaz que me eche una mano para quitármelo de encima con sus ojos que me vigilan y su díscola apostura al saludarme y ese exasperante dominio de la situación que me frustra y me irrita, me asusta y me excita, claudico.

Y me rindo.

16. Estrategias para manejar el exceso de familiaridad en los comensales, huéspedes y agasajados

La fiesta toca a su fin, quedan apenas un par de compañeros amodorrados en los sofás a los que Estrella pretende echar de malas maneras y, amparada por las sombras del pasillo, tras focos y cámaras de grabación y grandes cajas metálicas, otra pareja enzarzada en su peculiar combate cuerpo a cuerpo.

—Vengo a despedirme —anuncia una voz a mi espalda.

No necesito volverme para reconocerle del mismo modo que no precisé localizarlo desde que acabó su inesperada exhibición. Como si presintiera mi vigilancia, como si supiera que permanecía pendiente de sus movimientos, departió amigablemente con unos y otros sin alejarse demasiado ni acercarse a la guionista morena que, desencantada, terminó por marcharse sola hace menos de una hora.

—Te acompaño a la puerta, Germán.

Echamos a caminar en silencio por el jardín hasta la verja de la entrada. La noche ha ido avanzando y, pese a que no acierto a explicarme cómo ni por qué, se ha diluido mi enfado. No quiero discutir ni meterme en fangos de acusaciones, traiciones y desconfianzas que ya ni recuerdo por qué empezaron. Afuera ha comenzado a refrescar como si por fin el clima se hubiera convencido de que en estas fechas debe ser otoñal, y nuestros pasos suenan como un arrastrar de cadenas sobre la gravilla. Antes de llegar al portalón me desvío unos metros del camino y me paro al pie de uno de mis árboles guardianes, un sauce que quisiera estar junto al estanque y llora buscando el agua. Yo, egoísta, hago oídos sordos a sus quejas, apoyo mi espalda en su tronco y expectante aunque pretendiéndome soberbia, un tanto inquisitiva, me encaro con él.

—¿Y bien?

—Rodeada de tus amigos no pareces la misma del restaurante, ni la que habla ante la cámara, ni siquiera la de la solapa de tus libros.

—¿Eso cómo debo interpretarlo?

—Ni idea. Pero me encantaría averiguar qué diferencia a la mujer que acabo de ver reír ahí dentro de la cocinera glacial y distante que aparece en la televisión —elucubra reflexivo.

—Supongo que lo mismo que separa al fotógrafo divertido que baila con mi equipo del amoral cazador de imágenes que vendería una foto de su padre muerto antes de que se la roben sus compañeros.

—Todos guardamos más de una cara —reconoce—. De hecho, esta es la mejor que tengo.

Quiero frenarme, hacer una pausa ante una taza de café para meditar estas frases y poder llegar a una conclusión, adivinar quién es este hombre que se yergue ante mí y decidir qué debo hacer con él, qué merece, si mi ira o mi perdón. Pero ahora no puedo detenerme, no es el momento, no hay café ni tranquilidad ni soledad para meditar cómoda y placentera mientras no se vaya el par de empleados borra chuzos que haciendo penosas eses llegan a la acera y se paran desorientados a discutir si coger o no un taxi. De qué serviría tomar una decisión, de nada me vale concluir que no voy a dejarle marchar, acercarme a él sinuosa y decirle que me muero de ganas por saborearlo, no permitirle respirar, degustarlo, lamerlo, comérmelo al fin, si todavía quedan testigos que me impiden saciar mi sed, convertirlo en mi sustento.

No, resuelvo. Así no. Pero siempre puedo intentar ganar tiempo.

—Todos los chefs necesitan pasar por un vía crucis para alcanzar la genialidad —comienzo a enredarlo con mi cuento—. Yo antes tenía sueños, y un hogar donde guisar, e inventar recetas era una diversión que, no sé cómo, se ha convertido en una obligación que a veces me angustia y me pesa como una losa. Sin embargo no puedo dejar de hacerlo, ni de sentirme en deuda porque me cambió la vida y, en una circunstancia concreta, me ayudó cuando decidí volverme implacable y, de una vez por todas, triunfar. Ese día comprendí que debía empezar desde cero y apuntar a lo más alto, conseguir tanto dinero como para pasar el resto de mis días sin preocuparme.

—¿Y el capital de tu familia?

—Nunca he querido tocarlo. Abrí Barbantesa gracias a los derechos de mis libros, lo que me permitió montar el negocio sin excesos pero también sin hipotecarme.

—Pero vives en una casa heredada —objeta.

—Este lugar va mucho más allá. Ofelia no edificó este palacete, sólo lo ocupó un tiempo, una temporada larga para una persona pero corta para esas piedras y estos árboles que se plantaron hace siglos. Me trasladé aquí para recuperar mi esencia y todo lo bueno y malo de mis recuerdos y mi sangre. Y no me arrepiento. Además —añado—, mantengo *Je Reste* en pie a costa de mi oficio y de mi esfuerzo. El capital de mi madre está a buen recaudo en un banco, intacto y bien lejos de mí, tal y como hubiera deseado.

—¿Puedo saber qué problemas tenías con ella?

—Todos —y en cuanto lo escupo siento un enorme alivio a pesar de que esté hablando demasiado, de que sin entender el motivo me esté confesando precisamente con él, un carroñero de la prensa del corazón tan gozosamente vivo y, curiosamente, ahora tan muerto—. Lo que soy y lo que tengo tuvo su origen en una única obsesión: provocarla, superarla, demostrar que podía salir adelante sin su ayuda y alcanzar cotas que ella no conquistaría jamás.

—Qué triste.

—Es patético. Mis recetarios son tan extraños sólo para diferenciarse de los suyos, y si decidí aceptar la oferta de la productora como presentadora fue, sobre todo, porque era atrevido. Ofelia, con esos aires de dama decimonónica, nunca tuvo valor para dar la cara en público —sonríó—. Y, por supuesto, abrir el restaurante también obedeció a mis deseos de ofenderla.

—No te entiendo.

—Para cocinar hay que poseer una valentía casi suicida; para escribir libros de cocina, no —expongo con una cierta exasperación, como si me hicieran perder la paciencia sus preguntas que me demuestran que no capta la mitad de la mitad de los conceptos que le revelo—. No aguanto a esas autoras que no se manchan las manos, señoritas remilgadas con perlas al cuello que alardean de sus hallazgos culinarios cuando realmente no les gusta cocinar y, por no saber, ni siquiera serían capaces de reconocer sus alimentos si los vieran triscando por el campo, que no pueden acercarse a una ternera viva o a un cordero lechal y localizar en su lomo el lugar donde aguarda el redondo a la espera del delgado cuchillo que penetre en la carne sin despertar a la piel, como entra una piedra que atraviesa el agua.

—Tu madre era de ésas —aventura.

—Sin duda. Yo al menos reconozco mis víveres cuando me cruzo con ellos. Es algo que todos, no ya los profesionales del ramo sino cualquiera

que se alimente del cuerpo de otros, deberíamos ser capaces de hacer. Pasar por todas las fases del proceso, aprender a seguir el rastro de los animales que pretendemos ingerir, cazarlos, degollarlos y desollarlos en el matadero o en la cocina y luego al fin prepararlos para ser consumidos y, por qué no decirlo, devorados. Así aprenderíamos el valor real de llevarse una vida por delante para convertirla en manjar por más que digan que la gula es pecado.

—¿De ahí viene el nombre de tu programa, *Pecados y bocados*?

—Mi madre solía repetir: «Todo lo que es pecado surge de un bocado», una frase muy de colegio de monjas que se refiere a la manzana de Eva, aunque dotar a la comida de cualidades malditas y generadoras de tentaciones ha pervivido en numerosos cuentos, desde Caperucita a los pasteles alucinógenos del País de las Maravillas o la propia manzana envenenada de Blancanieves. La comida siempre ha sido pecado, lo es ahora para las anoréxicas o las bulímicas y, ya que según Ofelia yo era la más grande pecadora que hubiera conocido, no deja de ser una provocación que dedique mi existencia a hacer caer a los demás en la tentación ideando recetas o enseñando a mis lectores y seguidores cómo prepararlas.

—Y cocinando en tu restaurante Barbantesa.

—Sí, eso también. Mi madre estará reconcomiéndose al ver en qué he convertido su preciada escuela —confieso orgullosa sin ocultar el placer malsano que me proporciona burlarme de su fantasma, bailar sobre su tumba, haber profanado el negocio que perfeccionó durante largos años para transformarlo en uno de esos restaurantes caros de tendencias modernas que tanto odiaba.

Germán paladea mis palabras o tal vez mi actitud pendenciera.

—Quién iba a decir que una muñequita de porcelana como tú esconde tanta pasión dentro —sentencia.

Debería saltar con mi genio presto y a la defensiva como la fiera agresiva que soy, la que no consigue calmar su pecho agitado, zarandeado por la fuerza de mis argumentos, por la dolorosa contundencia de esta sinceridad que nunca libero más allá de mi libreta. Pero sin embargo río. Y me sorprendo por haberlo hecho. ¿Por qué no me defiendo ni ataco?, ¿tal vez porque entre los dos no hay asedio ni posesión ni acoso?, ¿porque no busca vencer ninguna resistencia ni acabar en mi lecho, sólo descubrir los extraños mecanismos que marcan mis actos?

Despacio, sin prisas, mi buen humor remite y quedo agotada y vencida, algo dolorida, con el estómago contraído por las agujetas que me ha

provocado tanta risa y por las barbaridades que no querría reconocer que he proferido. Cuando voy a invitarle a pasar de nuevo pensando que ya veré cómo librarme de la pareja que todavía permanece entrelazada dentro porque esto no puede quedarse así ni él escaparse ahora con la información que ha obtenido, porque lo que he confesado carecería de sentido si no fuera porque estoy segura de que no podrá repetirlo en ningún sitio, oímos un extraño chillido que parece brotar de las raíces del sauce, a ras de suelo, incluso del centro mismo de la Tierra.

—¿Qué demonios ha sido eso? —se sobresalta de nuevo.

Es gracioso ver a un tipo como él, que presume de experimentado y curtido, alterado por algo tan banal como un maullido. Me obligo a sofocar a duras penas mi regocijo y le explico:

—Hay una camada de gatitos. Por la noche pueden llegar a alterarte los nervios. Suenan igual que el llanto de un recién nacido.

No sabía que tuvieras gatos. Podrías hacer como los restaurantes chinos y darles una salida cocinándolos.

—No son míos, son de la calle. ¿No lo pone en tus informes? —le pico, y a pesar de que acaba de hincar la rodilla en la hierba intentando dar por entre los mil vericuetos de las raíces con el animal, puedo oír su bufido por respuesta—. Yo sólo les permito vivir aquí, mantienen el terreno libre de ratones. Tampoco quiero domesticarlos, no valgo para tener a nadie que dependa de mí. Mucho menos para guisarlos. Se me ocurren alternativas mejores.

—¡Ya eres mío! —exclama satisfecho Germán, y se incorpora con las rodillas sucias de hierba y, en una de sus manazas, una bola de pelo blanca y roja—. ¿Qué te ha pasado?, ¿estás sangrando? —susurra preocupado al felino, que pateo en el aire y maúlla desesperado como si intentara contarle que una gamberra con un sentido del humor macabro estuvo jugando a teñirlo con vino tinto.

Por si acaso se le ocurre acusarme, antes de que pueda señalarme con su zarpa traidora me anticipo y, haciéndome la experta, intento arrebatarérselo para fingir que le examino por más que luce por quedarse enganchado con sus zarpitas a su camisa de hilo.

—No lo parece. Se habrá manchado de pintura o algo parecido.

—¿Quién ha sido el desalmado que se ha ensañado contigo, pequeñito? —susurra poniéndoselo justo delante de la nariz y haciéndole unos arrumacos tan cursis que a punto están de derribar su propio mito.

El gato me mira y se piensa si denunciarme o no. Tras unos instantes de duda le puede, como a todos, el instinto, que le lleva a propinar una

dentellada en el pulpejo de la mano a su supuesto salvador. Germán suelta su propio grito sobresaltado y dolorido e intenta infructuosamente sacárselo de encima. No lo consigue, el gatito blanco y rojo se obstina en engancharse a su carne y su sucio pelaje, ahora sí, comienza a teñirse lentamente del escarlata de la sangre.

—¡Maldito bicho, me ha mordido!

Finalmente logra zafarse de la cría, que se escabulle entre los setos densos y sombríos. La mano le sangra abundantemente y en la piel lacerada puede apreciarse con claridad el rastro de los cuatro pequeños colmillos como la doble marca de un vampiro.

—No es nada —le tranquilizo—, esto se arregla con unas tiritas.

—¿Que no es nada?, ¿este lugar qué es, el Jardín Sangriento? —brama enojado—. ¡Estos gatos son antropófagos! ¿Se puede saber qué les das de comer?

—Sobras.

—Pues no les echés más, por favor. Muy bucólico y romántico tu parque encantado, pero está lleno de criaturas extrañas —refunfuña—. Que si tortugas que me espían, que si gatitos que chillan bajo tierra como si acabaras de enterrar a un niño y luego te atacan a la mínima que los acaricias...

—Déjame ver la herida, no será para tanto.

—¡No me toques con esas manos frías! —protesta enrabiado, y se aparta de mí como si al tocarme le fuera a dar un calambre.

—Eres un desagradecido —y para que no pueda librarse, para que se sienta en deuda conmigo, ahora que está ofuscado y con la guardia baja, con la mandíbula tensa por la impresión o el susto o el dolor, tiro de su brazo para encaminarnos hacia el sendero de gravilla que conduce a la casa—. Vamos adentro, te haré las curas y prepararé algo caliente para que no tengas mal cuerpo.

—Déjalo —se resiste—. Es tarde y mañana debo levantarme temprano.

—Mañana es festivo —rebato. Como no da indicios de ceder, cambio sobre la marcha mi plan—. Al menos deja que te cure. Como no lo limpiemos pronto se te va a infectar ese mordisco.

Para no parecer un maniático, para que no piense que me tiene miedo, para no hacer el ridículo echándose a correr hacia la acera se detiene y, ligeramente reticente, como si temiera el contacto de mis dedos, me permite por fin examinar la palma de su mano a la luz de los fanales que iluminan el sendero.

Vaya desgarrón para un gato tan pequeño, la sangre brota incesante, tibia y curiosa asoma, baja por su muñeca y escapa presurosa empapando los puños de su cazadora mientras me describe, blanco como un folio en blanco, que desde siempre le ha tenido fobia. Tal vez por eso intento con rapidez limpiarla con un pañuelo de papel. No lo consigo y, ante mi inutilidad para contenerla y temerosa de que en un instante Germán se desmaye, opto por una arriesgada decisión, la de acercar mi boca sedienta a su piel para con mis labios y mi lengua sorber por completo ese zumo rojo y brillante de la vida que se desliza sigiloso, que no deja de aflorar, que no deseo que pare, que por favor no se detenga.

Es entonces cuando se produce la descarga. He oído hablar en muchas ocasiones de su existencia pero, debo confesarlo, hasta este mismo instante nunca creí que fuera más que una leyenda. Sé que se asusta por esas chispas que no vemos pero sentimos, por ese latigazo eléctrico que nos atolondra y nos sobrecoge como si un rayo nos hubiera atravesado y fulminado. Quiere apartarse, escaparse, no percibir mi tacto, este frío que le cala los huesos, que le eriza la piel, que le hace temblar como si fuera la primera vez.

Le entiendo. Yo también me estremezco y esta sensación me confunde y me nubla los ojos como con un velo. En los demás encuentros —o tal vez debiera decir forcejeos— no he sido así, no me importaba el después ni qué pensarán o sintieran porque no eran al fin y al cabo más que reos de mi pasión, prisioneros de mi obsesión, esclavos de su carne. Y sin embargo ahora, en medio de este abandonarse, del dejarse ir por una sensación nueva, difusa, a la que no termino de acostumbrarme, me obligo a abrir los ojos y escudriñarlo, no con la prevención de otras ocasiones en que si me preocupaba era por pura cautela, para prever sus movimientos, su desesperada lucha por llevar la iniciativa y no perder esa libertad o ese afán de dominación que nunca les concedía.

Lo que me interesa es averiguar si Germán disfruta tanto como yo, si le desconcierta esta misma conmoción, si se le encoge el alma abandonándose a mi abrazo, tan expuesto, tan indefenso como lo siento.

Le contemplo. Los ojos entrecerrados, la cabeza echada hacia atrás, la vena de su cuello latiendo desaforada y en el rostro esa expresión que no sé interpretar, que lo mismo parece dolor o placer o las dos cosas a un tiempo.

—No... Espera —suplica.

Me gustaría dar marcha atrás, parar para satisfacer sus deseos, pero

no estoy en disposición de hacerlo. Me invade la ansiedad por estrecharlo entre mis brazos y verle desfallecer sin importarme nada más que disfrutarlo hasta el amanecer y, pese a todo, obedezco a la razón y le doy un respiro y aguardo sin llegar a soltarle, y aunque otras veces en este preciso instante suelo regodearme de mi autoridad, ahora no puedo más que aguardar en suspenso, casi resignada a su lucha inminente por retroceder, por huir. Por sobrevivir.

—Así no —murmura en cambio, y sin hacer amago de escabullirse, con el rostro sombrío y los ojos entrecerrados, me obliga a incorporarme y me sujeta por los hombros y me apoya contra el tronco del mismo árbol en el que antes nos cobijamos, del sauce donde se refugian para dormir los gatos.

Me roza el bufido de su aliento entrecortado. Va a golpearme, pienso, y cierro con fuerza los párpados y lo veo por un segundo todo rojo dentro de mi cabeza a la espera de la bofetada seca y sin compasión que atravesará mi cara como un trallazo.

Pero no llega. No hay mano ni golpe ni caricia, sólo una boca húmeda y ávida que me busca con tanta ansia como antes la mía libaba su herida. Y hay codicia, y prisa, y urgencia y voracidad y egoísmo y el exigente, tirano intento de dominar, de poseer, de someter y controlar en su beso, con su lengua, en su saliva, que al contacto con la mía se funde y me quema.

Intento hablar pero no puedo y yo también me pierdo y pierdo la noción del tiempo mientras arden en llamas nuestros abrazos y se llevan entre cenizas las sombras de mi pasado y la culpa de nuestro deseo y las palabras que llevan veneno y que ya no decimos hasta que de pronto, inesperadamente, se detiene y con vergüenza, con un pudor que no sabía que escondía, me atrevo despacio, expectante, a levantar la mirada y descubrirlo frente a mí calibrándome y sonriendo, relamiéndose, mordiéndose los labios y saboreando en ellos el rastro de los míos manchados aún con su sangre o tal vez se trate de la mía, pues todavía sufren y persisten en su hinchazón y es posible que, sin saberlo, también esté deshaciéndome en mi propia herida.

Quiero moverme, avanzar hacia él, colgarme de su cuello y obligarle a que me obedezca. He de ser yo, tengo que ser yo, como siempre, quien dicte las reglas. Sin ellas estoy perdida, no sabría qué hacer ni cómo seguir ni cómo terminar, no me quedaría más remedio que dejarme ir. No me lo permite. Más rápido que yo, con un ademán experto de chico malo, de desflorador de monjas, de profanador de tumbas, de guerrero acorralado, sujeta con fuerza mis muñecas y con una sola mano las

mantiene en alto sobre mi cabeza.

Ahora estoy indefensa. Mi vientre, mi propio cuello, mi pecho se muestra, se ofrece sin la protección de mis brazos, expuesto, dispuesto a ser profanado y descubierto. Se recrea con mi espanto, puedo verlo. Brillan sus pupilas anticipando su próxima acción y me mantengo en vilo nerviosa a la espera del golpe en el esternón, tal vez en las costillas.

Pasa un segundo, un minuto, una hora, no lo sé. Me revuelvo, me esfuerzo por liberarme, hago el intento de patear, de golpearle y advierto que estoy sin aliento, rodeada de calor y aunque suplique sé que no me escuchará y tengo que respirar, y respirar, y respirar. Le oigo reír. Resopla, bufa cerca, sobre mí, y de repente noto cómo con sus rodillas aparta e inmoviliza mis piernas y su torso me oprime y su resuello me azota inclemente y su barba de tres días lija mi cuello y raspa mi mejilla y me deja un rastro de quemazón en el escote en tanto él, como un torturador que no conoce la piedad, como un dictador que sólo piensa en su deseo y su bienestar, se enzarza con mi blusa e intenta subírmela sin soltarme ni dejar de lamerme ni arañarme el corazón.

Claudico, no me queda otra salida. Asumo el cambio de normas y en silencio, a la expectativa, le cedo las riendas curiosa por ver adónde me llevará, cuándo podré asumir mi papel y abandonar este rol de dominada y vencida, cuándo bajará su guardia y pasará, por fin, a ser la próxima víctima.

Me dejo manejar y casi en volandas le permito que me guíe dando tumbos y que trastabillando me haga volver sobre mis pasos y me interne, siguiendo sin darse cuenta el itinerario que marcan las piedras que Estrella me acusa de mover por las noches, esas que como en un cuento de niños perdidos indican un camino errático y secreto, un rosario de recuerdos y agujeros que sólo yo entiendo, en lo más frondoso y umbrío del jardín para sin pedir permiso tumbarme en un rincón oscuro, y siento el roce húmedo de la hierba bajo mi espalda desnuda y le veo a contraluz inclinándose sobre mí y abro mis brazos para recibirle y oigo, sin que él llegue siquiera a entreverlo o sospecharlo, el escándalo que montan los árboles, el revuelo de hojas alborotadas que se esponjan y entrechocan unas con otras mientras las ramas se estiran como garras de alimañas y murmuran y se escandalizan y se las ingenian para informar incluso a las agujas incipientes de los recién llegados tejos y hasta para alertar a sus hermanas a lo lejos, mucho más allá de la primera línea de batalla, sin los privilegios de la platea de los que se encuentran cerca, y todos ellos me

escrutan, y parlotean, y opinan, y sacan defectos de mi abdicación y, por supuesto, también se regodean.

Mecida por los besos, los arañazos, las embestidas y las caricias, sumida en los jadeos, soñadora y arrebolada, femenina y pasiva, hago lo imposible por olvidarme de ellos, por no atender a sus susurros, por no preocuparme de sus guiños y sus señales y esos golpecitos que oigo en los cristales y son, seguro, los que provocan con sus deditos de madera para avisar a Ofelia de lo que me estoy dejando hacer, de este sacrilegio que cometo contra mí y contra todo asomo de prudencia y del que, mal que les pese, no me arrepiento. Con toda probabilidad su fantasma, al borde del ataque de nervios, alborotado y en camisón, sin su mascarilla protectora ni su antifaz negro ni mucho menos su cardado, estará apagando y encendiendo los electrodomésticos, batiendo puertas, aporreando ventanas, subiendo y bajando persianas y moviendo sillas y mesas con el empuje de su furia, con la escasa fuerza incorpórea de sus patadas que no llegan a cambiar ni a alterar apenas nada, tan sólo un marco de fotos o las lágrimas de una lámpara que no van más allá de rebullir en un leve tintineo que se ríe con sus carcajadas de cristal de su nula entidad como ectoplasma. Recuerdo de pronto en un raptó fugaz de practicidad a los improbables invitados que todavía puedan permanecer dentro y los compadezco aunque, quién sabe, es posible que entre el alcohol y el humo lleguen a pensar que esos ruidos raros no son más que alucinaciones de borrachos o el jaleo de los duendes de la casa a los que a veces maldicen si se apaga una luz o un foco por sorpresa estalla.

Que hagan lo que quieran, decido, me da igual si se les antoja huir o quedarse y comenzar una sesión de espiritismo. Lo único que me importa es que nadie nos moleste, que no osten internarse en la espesura del bosque, cruzarse en nuestro camino. Y en cuanto a la vieja bruja, no estaría de más que se calmara un poco, que se olvidara de mí por un ratito, que me dejara el resto de la eternidad en paz.

Me río entre dientes y pienso con inusitado alivio, con un cierto regusto de dulzor intenso que me sabe a venganza inesperada, en el hecho de que no pueda divisarme, de que lo único que acierte a adivinar o intuir no sea más que aquello que sus enemigos de clorofila y savia le estarán contando. Sigo riendo y Germán me secunda pensando que lo hago porque su cabello de miel y espuma me provoca cosquillas, o tal vez porque sus colmillos de lobo hambriento que se ceban en mis hombros desnudos logran que los nervios o el gozo me sacudan. No le saco de su error. Para qué. No alcanzaría a entenderlo, no creo que sea tan ruin como yo, tan propenso a

pensar mal y adivinar, al fin, la libertad que me da que Ofelia no pueda vernos, el alivio infinito de saber que estamos a salvo y tan lejos de su terreno como para que no se atreva a salir ni a vagar por aquí fuera ni a destrozar con sus críticas, con su sola presencia, cualquier hecho que me suceda. Y lo que más regocijo me causa es que todas las historias que le están llegando, las descripciones de su hija de piel blanca poseída sobre el musgo en medio de la oscuridad, sin oponer resistencia, sin remilgos ni alharacas ni ganas de parar ni el amago de rechistar serán, con toda certeza, mucho más crudas y descarnadas, más sucias y procaces y, en resumidas cuentas, peores de lo que haya acaecido en realidad.

Entorno los ojos repentinamente cegada por una potente luz que se cuela entre el velo espeso de las hojas y las ramas que sobre nuestras cabezas nos protegen y espían y vigilan y acorazan. Miro hacia el palacete y ahí está, en la última planta, el potente fulgor que emana desde las ventanas de la alcoba que Ofelia eligió para sí cuando decidió instalarse de nuevo en la mansión de su infancia, en el más privilegiado puesto de vigilancia. Ahora que Germán ha dejado libres mis manos, sin que lo advierta, levanto una de ellas y saludo como una niña orgullosa de su hazaña a quien desde allí me maldice enloquecida. No es ninguno de los compañeros que todavía alargan lo que pueden la fiesta, todos saben que el acceso al piso superior del torreón les está vetado y, además, desde que mamá murió y tomé posesión de sus dominios, ese cuarto ha estado siempre cerrado a cal y canto, clausurado con siete candados y ninguna llave que pueda hacerlos ceder porque me encargué de perderla en el fondo del estanque donde, con toda probabilidad, mi tortuga ya la ha devorado.

Me carcajeo más aún en silencio, satisfecha, radiante por el inesperado triunfo que sin haberlo previsto estoy anotando en mi casillero. Disfruto con su furor, casi me da más placer causar su irritación, asistir a esta demostración de impotencia, de ira contenida que sólo yo sé percibir, que el puro deseo que estoy concibiendo, que Germán me obliga a sentir.

Una vez agotada la risa, por si acaso me llevara al llanto, cuando todo termina y todo parece acabado, hasta el rencor y la estricta venganza familiar que Germán no acierta a vislumbrar, lo contemplo rotunda y plena y ahí está, vacío y abandonado. Suavemente le acaricio, casi parece dormido entre mis brazos.

Entonces me da por pensar.

Dónde iremos a parar, me digo, caminando en círculos, calculando el

vértigo de los sueños que quedaron detenidos. Y qué pasará con los otros, con todos ellos.

No nos lo perdonarán.

Por eso he de hacer algo, romper este hechizo, conjurar el embrujo, bordear con éxito esta suerte de sortilegio que nada bueno augura para ninguno de los dos, él encadenado a mi cuerpo y a mi encanto, yo a mi apetito voraz y eterno.

Tengo que actuar, debo dar el paso y será definitivo. Si ha de ser, le susurro al oído, será para acabar contigo otra vez, y fijo mi atención en su palma lastimada que ya no sangra y me dejo llevar por la voz de la herida abierta que me llama con su boca sin labios ni dientes, profunda y grana como un agujero negro que canta cual sirena y grita mi nombre y me reclama porque, dice, quiere tenerme cerca.

De modo que me aferro a su mano inerte y la acerco a mi cara y me concentro en la llaga redonda que como un ojo sin párpado me hipnotiza y en cuanto mi lengua lame su superficie aún caliente me domina la pulsión y comprendo que ya estoy perdida, enganchada de nuevo porque está en mi garganta, me está cortando y sangra, me ahoga el deseo que jamás dominaré.

—No, por favor... —suplica una segunda vez—. Espera...

Pero yo sigo sin detenerme, porque esto es lo que debería pasar, lo que siempre termina por suceder aunque no quizá de esta misma manera, no con esta lujuria desbocada y esta falta de previsión y esta torpeza propia de una principiante que no sabe frenar, medir sus fuerzas, que pierde el control y se deja arrastrar.

Y sin embargo, como en un *déjà-vu* o en un bucle del tiempo del que por mucho que luche nunca conseguiré salir, al oír su voz y abrir los párpados que cayeron pesados como un telón sobre mis ojos y me hicieron verlo todo teñido por el rojo y me volvieron ciega a la precaución, perdida en las brumas escarlatas de la avaricia de su cuerpo, dispuesta y abandonada y desorientada en el limbo de la pasión, me sorprende al comprender que el escenario ha cambiado.

—¿Qué haces, Teresa? Déjalo ya —los dos permanecemos de pie junto al camino de gravilla que conduce al portalón y Germán hace el ademán de retirar la mano y parece como si mi saliva le quemara o le asustara o le provocara dentera, pero no paro de sorber, de absorber el sabor metálico que se enrosca en la bóveda de mi paladar, que se me sube a la cabeza y no encuentro modo de serenar su efecto, de contener mi avidez, de detener

mi hambre y mi soledad y mi tristeza—. Para, te lo ruego. Ya no somos niños pequeños, hay modos mejores de solucionar esta escabechina — implora, ordena, intenta convencerme, pero no dejo de hacerlo hasta que capto la excitación o el nerviosismo latiendo dentro de él y entonces, segura de que ya le he inoculado mi veneno, de que está en el torrente de su cuerpo, en el flujo del que no podrá liberarse, le suelto y me aparto perversa y provocativa para observarle sin consentir que se percate de mi confusión.

—De acuerdo —le concedo—. Ahora que ya no sangras, vamos a por esa tirita.

Pero no vamos a ninguna parte, o al menos no juntos.

—No, yo me marchó. Se ha hecho muy tarde y no me siento bien, quiero dormir tranquilo y, a poder ser, no soñar contigo —musita.

—¿A qué viene esto? Creí que... —objeto desconcertada.

—He de trabajar mañana, pero sobre todo debo pensar. En ti — confiesa, en un arrebató de sinceridad que me halaga y me desordena—. Eres muy extraña, no sé a qué atenerme contigo y me da la sensación de que si no me voy ahora ya nunca podré descubrir a qué juegas, qué me ocurre cuando te tengo cerca.

A medida que habla va retrocediendo, desandando sus pasos de espaldas sin quitarme la vista de encima. Soy consciente de que debería correr hacia él, detenerle, impedir que pueda huir, llevarle adentro arrastrándole si es preciso para evitar que medite sobre lo que ya sabe, que repita en su mente lo que le he confesado, que analice lo que ha visto, sentido e incluso olido. Pero yo también me siento rara, o triste o insensata, no acierto a definirlo, y me quedo parada, demudada, blanca como una estatua erguida al pie de la escalinata.

—Como quieras —accedo—. Pero luego no digas que no te abrí las puertas, que si no has encontrado más secretos ha sido porque yo te lo he impedido.

—Descuida, no lo haré —admite sin fuerza, silbándolo en un suspiro.

—También puedes venir alguna noche a cenar a Barbantesa —le ofrezco, interesada en sellar una tregua—. Con esta ya es la segunda vez que te invito.

—Soy vegetariano, pero lo tendré en cuenta —objeta más pálido todavía y, para no dejar de mirarme, continúa su camino reculando sin apartar sus ojos de mí a riesgo de toparse de frente con un árbol y acrecentar sus heridas. Extiende hacia atrás su mano, como un invidente que se interna en un sendero desconocido, que deambula sin rumbo por un

páramo desolado y perdido cuajado de lobos. Cuando su espalda choca dolorosamente contra el viejo portalón se vuelve, abre la cancela y sale dando un traspié a la calle desierta. Le veo marcharse casi a la carrera, volver sólo una vez la vista atrás antes de llegar junto a su moto aparcada cuyos contornos, cuya sombra en la noche ya conozco, y arrancarla con un rugido no sin antes comprobar que elegante y sedienta, asombrada y abandonada, permanezco todavía en el dintel, a la estéril espera de que regrese y pongamos fin a nuestro combate bajo esta luna llena.

Es la primera vez que me rechazan y no sé cómo asumirlo, cómo obrar ahora entre las malditas risas de los árboles y los gatos sanguinarios que celebran esta noche uno de sus aquelarres mezcla de escaramuzas y bailes. Ahora tendré que salir a buscar comida, me digo, y alguien que me arranque de cuajo la pena. De alguna manera tendré que olvidarlo, tengo que olvidarlo de alguna manera.

* * *

Deambulo por el jardín ligeramente sonada pese a que, según mi particular ritmo vital, esta sería una de mis horas de máxima actividad. Me siento aliviada y contenta por mucho que los árboles —malvados, metomentodos, maledicientes— vuelvan a mofarse de mí y algunos, los más viejos del lugar, los más preocupados, hasta se permitan reprocharme, reñirme por mi imprudencia, por esta debilidad manifiesta que ha permitido que se me escapara este trofeo cuando estaban confabulados a mi favor todos los elementos, cuando estaban alineadas todas las estrellas. No se me pasa que aguardan que les plante cara pero, como diría el propio Germán: lo siento mucho, hoy no me da la gana. Entro en casa y descubro que ya no quedan más invitados cantando, amándose o dormitando. Estrella se los habrá llevado en su reluciente Mercedes para repartirlos por sus respectivos domicilios como una taxista de beodos que esconde su buen espíritu bajo esa fachada malencarada.

Me quedo sola y desguarnecida. En el recibidor desisto de visitar la cocina y los salones para no disgustarme con las botellas y los vasos por los rincones y, también, para no tener que toparme con Ofelia, que se hace fuerte en lo que fue su terreno y me esperará, seguro, agazapada tras la puerta de la nevera o escondida en una de las baldas de la despensa dispuesta a gritarme a la cara en cuanto pueda que voy a la deriva y soy una perdida, una descarada, una desclasada y, por descontado, una mala

hija. No, no estoy para monsergas, la noche ha sido larga y llena de emoción, necesito descansar, dormir, aclarar mis ideas y dilucidar amparada por el roce de las sábanas de hielo contra mi cara tan blanca como ellas qué ha pasado en el jardín, si todo fue real o no más que un delirio o un ensueño.

Decido retirarme a mi aposento para intentar dormir acunada por el sabor de Germán en mis labios inflamados, arrullada por el sonido rítmico de su corazón que taladraba mis oídos cuando bebía de su mano. Pero mamá me persigue. Era previsible e inevitable, a qué negarlo. Va tras mis pasos alzando los brazos, profiriendo amenazas, echándose en cara con sus susurros siniestros haber mancillado el honor de las hembras de esta estirpe y, lo peor, haber profanado la sagrada tierra de su casa. Como la ignoro, se dedica a dar manotazos a los cuadros de los pasillos, a volcar el agua de los jarrones y dejar a su paso el suelo encharcado con una estela de pétalos pisados, tallos rotos y pistilos desparramados.

Que le prenda fuego a la casa si se empeña. A mí qué si tiene el desván repleto de armarios que el amor nunca ha saqueado. Ahora ya no puede tocarme ni tampoco alterarme. No es nadie que me importe por mucho que destroce.

Vestida con mi blanco camisón y el pelo cepillado y suelto, disfrazada de ángel vengador pero ángel al fin y al cabo, me altero al percibir el sonido de un motor que, en medio de esta noche hasta ahora recién instalada en el silencio, se detiene ante mi verja. Miro por el ventanal y distingo, a la luz del incierto resplandor de los faros, a un individuo vacilante en la acera desierta. Rauda, con el corazón palpitando atolondrado y antes de que el timbre estruendoso despierte a las musarañas que al fin duermen en la mansión ya muda y sosegada, bajo corriendo los escalones descalza, trote por el sendero del jardín y, sintiendo el cosquilleo de la gravilla bajo las plantas de mis pies de seda, me acerco hasta el portalón de la entrada. Protegida por la oscuridad, amparada tras mis muros, desazonada y coqueta pego mi rostro y mi ojo por una rendija abierta y, con su fría superficie arañando mi piel, sabiendo que del otro lado estará él, y aguarda, pregunto debatiéndome entre el triunfo y la decepción de volver a ganar:

—Germán, has cambiado de idea.

—No, te equivocas de persona. Debería haber llamado antes, lo siento, no ha sido buena idea presentarme a estas horas sin avisar. Creí entender que trabajabas hasta tarde y la luz encendida en el torreón me lo

confirmó, pero ya me marchó.

—Pasa —ordeno secamente—, te abro.

El aire de la noche que antes, cuando salí atolondrada, no sentí, eriza ahora uno por uno cada vello de mi cuerpo y mientras oigo cómo mi visitante inesperado indica al taxista que está todo bien, no es necesario que espere más, ya ve que me esperan dentro, analizo la situación y sopeso mis opciones y hasta si volver o no corriendo a casa para ponerme una bata sobre la ligerísima y translúcida ropa de dormir. Finalmente decido que no, que es mejor así, y comienzo a descorrer los pesados cerrojos de hierro que aseguran el portón. Para qué esconder mi piel si es lo que ha venido a ver. Está claro qué pretende, nadie llama a la puerta de una dama en mitad de la madrugada si no es por eso y, ya que ha hecho el esfuerzo de trasladarse hasta aquí, no veo por qué he de escamotearle la visión de aquello que tanto desea, lo que ha salido a buscar y, por descontado, va a encontrar.

Cuando logro vencer la hostil resistencia de las fallebas y picaportes ya soy otra, no la candorosa adolescente cargada de frescas sonrisas e ilusiones nuevas. Sé con claridad lo que me espera y, permitiendo que mi figura se recorte a contraluz por obra y gracia de las linternas de jardín que flanquean el camino de gravilla y brillan débilmente a mi espalda, contemplo los ojos saltones y apagados, la sonrisa falsa y el rostro abotargado del mismísimo consejero delegado.

—Qué grata sorpresa —sonrío retadora—. Ven, sígueme —ordeno sin esperar su respuesta, y me dirijo al calor de mi hogar sin añadir una palabra más.

—Te reitero mis disculpas, sé que es muy tarde y le he dado muchas vueltas a si debía o no venir —balbucea tras de mí—, pero si no lo hacía ahora tenía que dejarlo para mucho más adelante: en cuatro horas cojo un avión con destino a la Feria del Libro de Frankfurt y antes quería mostrarte estos documentos preparados por nuestros abogados sobre la cesión de derechos de los libros de tu madre y...

—Me encantaba esa feria en esta época del año —evoco, y vienen a mi mente las noches calientes en coquetos hoteles junto a Agustín, que acudía como corresponsal de la revista a cubrir el evento, y los pies doloridos tras las caminatas por los pabellones, las copas con los colegas, las entrevistas con los autores, las bolsas llenas de catálogos, los desayunos opíparos del buffet y las cenas copiosas con chistes y besos y deseos de no regresar jamás—. ¿Todavía siguen instalando ese mercadillo

de artesanía en el paseo principal?

—Creo que sí —contesta abiertamente confuso, sin poder enmascarar su asombro ante los derroteros que toma la conversación. Imagino que había calculado todas mis posibles reacciones ante esta intromisión pero precisamente esta no.

—Entra, tenemos poco tiempo para echar un vistazo a esos contratos. Pero te lo advierto —y endurezco el gesto y actúo como si le amonestase—, no te perdonaré esta visita intempestiva a menos que mañana, nada más bajarte del avión, me compres un bonito broche art déco en uno de los puestos —especifico con mi sangre fría de villana sin alma sabiendo que nunca lo obtendré, que ningún regalo que quiera hacerme más allá de él mismo en cuerpo y alma podrá terminar en mi poder.

—Dalo por hecho —promete, y sonrío para sus adentros sin percatarse de que le estoy estudiando, de que veo asomar sus dientes diminutos y viles como los de un pequeño roedor carroñero, de que desde aquí huelo el tufo de su carísimo perfume, de que le desprecio por llamar a mi puerta poco antes de iniciar un viaje asumiendo que soy loba de una sola noche dispuesta a amamantarlo sin más, con la cobardía implícita al hecho de no haber sido capaz de encontrar otro modo de dar esquinazo a su señora y madre de sus hijos.

Lo cierto es que no me apetece en absoluto recibirlo, ni siquiera saludarlo y menos invitarlo a pasar, pero ha venido a mí y cuando emprendí mi ardua penitencia me juré no rechazar a ningún varón que demostrara desearme.

Su mirada me habla, ven, manéjame, toma mis riendas, soy todo barro en tu piel. Ven y muéveme, insiste, tu marioneta te hace este guiño de ciega fe.

Asiento levemente y acepto. No puedo negarme, tendré que ocuparme de este patético hombre hasta que aprenda de una vez por todas la lección.

Nunca asumiré lo rematadamente estúpidos que son. Había pensado olvidarlo, dejarlo ir, permitir que se me pasaran las ganas de fustigarlo, pero regresa, llama a mi puerta con su sonrisa ostentosa y segura de sí misma y, como es lógico, termino invitándole a entrar disimulando como puedo mi desagrado y pensando en ocuparme de él rápido. Mis ganas de hacerle un favor al mundo son más fuertes que mi asco, pero no soy tan masoquista como para recrearme en el acto.

—¿No te importa acompañarme a la biblioteca? Quiero revisar estos legajos —consulto mientras comienzo a subir por la escalera—. Allí tengo

mi escritorio y quiero detenerme a estudiarlos sólo un momento.

—En absoluto —se aviene, ya casi frotándose las manos en anticipación de sus deseos cumplidos, del sudor y los quejidos y la rendición de mis encantos—. Pero a cambio me gustaría hacerte una pregunta.

—¿Quieres saber de dónde viene el nombre de la mansión? —me anticipo—. Supongo que te habrá llamado la atención.

—No. Lo que me extraña es esa obsesión por arrebatarme los derechos de las obras de tu madre a su editorial de toda la vida —confiesa acompañando sus palabras con el repiqueteo de sus pasos siguiéndome en nuestro ascenso, serviles e incautos respecto a este juego.

Debo responderle, no hacerlo no sería educado por mucho que me venza el hastío de explicarle mi vida y mi pasado, mis deudas y mis desencantos que no quisiera desvelar. El hambre aplacada bien vale un pequeño sacrificio, todo sea por no irme esta noche a la cama sin cenar.

—La familia propietaria de ese grupo editorial posee también la revista donde di mis primeros pasos en el mundo laboral, y los dividendos que reporta la venta de los libros de cocina de mi madre son el principal aporte a sus cuentas. El director de esa publicación y yo fuimos pareja. Cuando nuestra relación terminó ni él ni sus familiares dudaron un instante en expulsarme sin piedad del apartamento en que vivía. Ahora soy yo quien quiere cerrarles el grifo, que dejen de ganar dinero a mi costa, que sepan lo que son las deudas y que nadie quiera hacerse cargo de ellas.

—Eres despiadada, serías un excelente directivo —reconoce admirado.

—Gracias, pero el mundo empresarial no se encuentra entre mis objetivos. Para el único departamento que valdría sería para el de Recursos Humanos —ironizo. Y él, irreflexivo, celebra mis maldades con una carcajada cuajada de optimismo.

Ahora que tengo su permiso, con toda tranquilidad y sin asomo de culpabilidad, encaro el último escalón morosa, sinuosa, sabiendo perfectamente lo que he de hacer, cómo darle su merecido.

17. La clave de la excelencia: mantener el secreto de las recetas

—¡Qué asco! ¿Me puedes decir qué es eso? —Estrella señala con un dedo tembloroso un cúmulo de vísceras ensangrentadas que dejó sobre la encimera. La de ayer fue una noche agitada, lo que explica mi descuido. Aun así, he de ofrecerle un pretexto que suene coherente, que no desencadene más investigaciones ni temblores de piernas.

—A veces pareces tonta. Qué va a ser, ¿no lo ves? Un corazón —aclaro al fin—. Después de que acabara la fiesta estuve trabajando y...

—No me digas más: te quedaste hasta las tantas haciendo experimentos de casquería en tu caseta de los horrores y has olvidado recoger los restos de ese pobre animal despiezado.

—Yo no lo habría explicado mejor.

—Pues si no te molesta, te rogaría que los apartaras de mi vista cuanto antes —aconseja muy seria calándose sus gafas de leer y abriendo el periódico—. No me apetece desayunar ante este espectáculo de entrañas y sangre.

Obediente, dispuesta a no seguir tentando mi suerte, guardo el corazón en un recipiente que deposito en la nevera. Los restantes pedazos de carne, por el contrario, terminan en la trituradora sin clemencia.

—Ya está, mira qué fácil ha sido —anuncio antes de sentarme para que no le quede ninguna duda de que he cumplido sus deseos y no vuelva a hacerme levantar por alguna otra pega, algún otro capricho.

—Lo que no entiendo es por qué me pareció tan pequeño —reflexiona—. Siempre creí que los corazones de cerdo eran mayores que los nuestros...

—Puede que se tratara de un cerdo mezquino, sin apenas corazón —bromeo sin compasión—. No alcanza más que para tres o cuatro raciones, así que creo que voy a descartarlo. Menos mal que también reservé los

sesos...

—Tú sabrás... —contesta indiferente, embebida en su diario—. Oye, fíjate en esto, ¿no es la librería del centro donde fuiste a firmar el otro día?

Alzo los ojos de mi sempiterna taza de café e intento interpretar las manchas blancas, grises y negras de la fotografía.

—Sí, ¿qué dice?

—Es una noticia sobre un robo, al parecer vaciaron la caja fuerte con la recaudación del fin de semana y también se llevaron unos valiosos ejemplares que iban a mostrarse en una próxima exposición.

—Ya lo sabía, el director de la sucursal era un viejo conocido mío y me lo comentó. Según él, el robo no tenía tanta importancia como sus jefes querían darle.

—Claro, como que ahora se descubre que es el único imputado. Te leo: «El máximo responsable de la librería, una de las decanas y más reconocidas del país, y reputado experto y coleccionista de volúmenes antiguos, ha desaparecido tras ser interrogado por la policía. Los investigadores, que no pudieron demostrar su implicación en el robo a pesar de que desde el primer momento lo consideraron el principal sospechoso, han determinado a raíz de su huida que todo parece obedecer a un plan urdido con el fin de hacerse con estos apreciados ejemplares».

—No puedo creerlo, conmigo fue encantador y tan atento... —hay que ver, cuando me lo propongo, lo bien que puedo fingir mi asombro.

—Menos mal que no se te ocurrió enseñarle el palacete, si ese pájaro llega a descubrir tu biblioteca, capaz hubiera sido de hacerte cualquier cosa con tal de hincarle el pico —me río, qué otra cosa puedo hacer, Estrella despliega en ocasiones una clarividencia que me haría tiritar si no fuera porque sé que, de tan estricta y cuadrículada como es, jamás seguirá a sus instintos ni dará pábulo a sus presentimientos.

—Eres tremenda —le recrimino en tanto dejo la taza en el fregadero, aún manchado por goterones y restos del trabajo de anoche—, hay que ver con qué contundencia emites tus juicios. ¿Qué te hace pensar que, de habérmelo traído, no hubiera sido capaz de defenderme y quitármelo de encima?

—Eso lo sé perfectamente, lo que me preocupa es justo lo contrario —y una sombra nubla su cara—: Saber que, por más pretendientes que te salgan, te muestras decidida a no caer en brazos de ninguno con tal de no dejarte querer.

Para que no aprecie el efecto que causan en mí sus palabras, me aliso lentamente la falda hasta comprobar que está impecable, que ni una sola

mota de polvo empaña sus reflejos tornasolados ni una arruga estropea su tacto suave. Sólo cuando he conseguido controlar este rictus amargo me animo a seguir hablando:

—Menudo concepto tienes de mí. Me pintas como a una solterona incapaz de llevarse un colín a la boca y, mira, a lo mejor cualquier día de éstos te encuentras con una sorpresa y descubres que soy una amazona que cada noche sale a cazar a un incauto para comérselo vivito y coleando justo aquí, en esta cocina en la que estamos.

—¡Y yo que lo viera! —exclama Estrella con una carcajada que, tan pronto como se extingue, deja paso a sus preguntas como balas perfectamente calibradas para dar en la diana—. ¿Cómo es que estás arreglada, ya te vas?

—Quiero llegar pronto a Barbantesa. El especial de hoy requiere mucha preparación y he de salir temprano, porque esta noche he quedado con Simón —y mientras le doy cuentas de mis horarios y movimientos me acerco al refrigerador y rescato de su interior el recipiente de cristal con los sesos del consejero delegado que tendrán el honor de ser el ingrediente central de mi Plato Efímero, tan esperado como seguramente aclamado.

No puedo dejar de contemplar las regiones de su cerebro y reparar en el lóbulo parietal, el que rige las emociones. Con sólo un vistazo comprendo su modo de ser, mientras reparo en el gran tamaño de la parte destinada a amasar dinero, a quebrar empresas por su ineptitud, a despedir a empleados con hijos pequeños y, en definitiva, a hundir a los demás. Diría por mi experiencia como anatomista que está mucho más desarrollada que la zona asociada a la compasión, a la generosidad y a la bondad, claramente atrofiada.

—Te llevas parte del trabajo hecho de casa, por lo que veo —observa con la vista puesta en el recipiente que sostengo—. ¿De dónde sacas tanta carne fresca para tus ensayos? Sé que no la traes del restaurante, pero aquí siempre tienes los arcones llenos.

—¿Y desde cuándo te interesas tanto por mi vida? —replico ya cansada y contrariada—. Para tu información, hago con frecuencia pedidos a nuestros proveedores. De madrugada, cuando los camiones salen cargados del matadero rumbo al mercado central de abastos, pasan antes por aquí y descargan las piezas más frescas, las sacrificadas en el último turno. Son los privilegios de ser una cocinera famosa que sale en televisión. Después de mis «ensayos», y ya que casi siempre suelen sobrarme varias partes del animal, acostumbro a congelarlo para no desperdiciarlo y que no digas que no soy ahorrativa. ¿Satisfecha? Si no te fías puedes hacer unas llamadas a

los transportistas y comprobarlo por ti misma.

No acierto a determinar su grado de satisfacción ante mis explicaciones y me escaman estas continuas peticiones de información con que me agobia últimamente. Está demasiado preocupada por los detalles de mi rutina, por lo que hago por las noches en, como ella la llama con burla, «la caseta de los horrores». Es posible que precisamente por eso decida justo ahora que lo mejor es una buena huida a tiempo y, poniéndome la ligera gabardina doblada con esmero sobre el respaldo de la silla y terminando de abotonarme el cuello de la etérea blusa de corte Victoriano, me encamine hacia la puerta con paso firme y el tarro con los sesos debidamente empaquetado y bien sujeto por mis frías, gélidas manos.

—Teresa, no me has dicho cómo has bautizado al especial de hoy —me recuerda cuando estoy a punto de marcharme, desesperada ya por salir de aquí.

—«Sesos de consejero delegado con espinas de rosa y clavos a la grasa de cerdo sobre lecho de cardos».

—Hija, mira que les pones nombres raros. Tienes a los críticos gastronómicos rompiéndose la cabeza intentando dilucidar a quién van dedicados los títulos de cada día. Ya he oído todo tipo de teorías: que estás realizando una lista de enemigos a los que simbólicamente sacrificas; que son una metáfora sobre el viciado panorama cultural... En fin, qué más da, este del consejero delegado pinta bien. Si me queda tiempo para cenar en Barbantesa no dudaré en probarlo.

No sé si contestarle o despedirme por fin, centrarme en mis cosas y no en su vigilancia que me acosa y me cerca cada vez un poco más, cuando me sobresalta el timbre estridente de la puerta, tanto que a punto estoy de dejar caer el paquete con los sesos al suelo.

—¿Has hecho otro encargo al vivero? —comenta Estrella.

—No, y tampoco espero a nadie —no consigo disimular mi extrañeza y, quizá por su reflejo, las dos nos miramos inquietas.

—Ya voy yo a abrir —dispone en plan sargento—, pero por si acaso no te vayas muy lejos, espera aquí a ver de qué se trata.

—Tengo prisa, atiende tú a quien sea —objeto, y sin obedecerla me aferro al picaporte para salir por la puerta de atrás, como una vulgar ratera, cuando una doncella asustada irrumpe en la cocina para anunciarnos que afuera hay dos personas que me reclaman.

—¿Y no han dicho quiénes son? —inquiero con curiosidad.

—Sí, son de la policía.

* * *

Cuando entro a la antigua salita de té de mamá, tan a rebosar de arte y magnificencia, por más que me haga una idea aproximada de quién me aguarda, no puedo reprimir mi sorpresa. Y menos mal que he logrado que no me acompañe Estrella, empeñada en apuntarse a la reunión y a quien finalmente disuadí con argumentos tan contundentes como que la visita tendrá que ver con el librero fugado y que, por mucho que piense que soy una incapaz, me basto yo sola para atender a los agentes.

Rígidos y sin sentarse, como dos chiquillos embarrados recién llegados del parque temerosos de manchar cualquier superficie sobre la que osaran apoyarse, me topo con los dos policías que interrogaron al librero anarquista en su local, el mismo que, hay que ver lo que son las coincidencias, tanto disfrutó hace unas cuantas noches en este mismo salón.

El mayor, tan hosco como la tarde de nuestro encuentro en la librería, no deja de pasearse por la estancia con un rictus áspero y las manos a la espalda. El joven, en cambio, se mantiene en una esquina de la alfombra, con los brazos pegados a su costado y los ojos entrecerrados, no sé si a causa del asombro que le causan las antigüedades y excentricidades que cuelgan de las paredes o, precisamente, por el hastío que le provoca tanto arte concentrado en un mismo lugar.

—Buenos días, inspector Esparbel. Cuánto ha pasado desde nuestro último encuentro.

Intento mostrarme segura y tranquila, hasta me permito ironizar sobre mi relación con el de mayor edad, a quien conozco desde hace mucho, mucho tiempo atrás, mientras les invito a tomar asiento. El joven lo hace de inmediato y escoge el mullido sofá para recostarse, hundirse y enterrarse rodeado de cojines. El otro agente, en cambio, sin preocuparse de arrugar su gabardina, se sienta en el brazo de un butacón de manera que su posición quede ligeramente elevada y pueda observarme, planear sobre mi cabeza como un gavilán sobre una paloma, tan fácil de cazar en cielo abierto.

—Lamentamos aparecer sin avisar —su recia expresión me recuerda que es tan incapaz de lamentar como de reír o disfrutar, pues ya no está dotado para abrigar sentimiento alguno—, pero la desaparición de su amigo el librero ha conferido un giro a nuestra investigación que nos obliga a actuar con urgencia y sin demasiada contemplación.

Como si alguna vez hubiera tenido miramientos, me digo, y aunque sé que debería responder con una pregunta que aludiera a mi posición como interrogada, preocuparme por saber si soy testigo o imputada, prefiero no entrar aún en el tema: antes necesito respirar de un modo discreto, que no se percate de que me falta el aliento.

—Veo que de nuevo tiene un compañero, inspector —y señalo al mozo que, acomodado en su blando, dulcísimo lecho, parece de un momento a otro echarse a dormir—. Creía que por su cargo podía desempeñar su labor en solitario.

—No es más que un centinela —explica de mal humor—. Está ahí para vigilarme, por si se me vuelve a ir la cabeza.

—Qué sincero. Le admiro.

—La sinceridad es un bien escaso. Me ahorraría mucho trabajo en mi profesión si todas las personas lo fueran.

Sé que el estoque se dirige contra mí pero hago como si no me diera cuenta. No voy a desmoronarme ante sus trampas por mucho que las disfrace. No, no caeré tan pronto, al menos si puedo evitarlo, y redoblo mis esfuerzos por fingir que soy cortés, que me interesa su vida y su bienestar, que no oculto nada, que estoy serena.

—Y su familia, ¿qué tal se encuentra? —inquiero, y sé que pincho en hueso.

Ahora es él quien se resiente. Aprieta la mandíbula, cierra los puños sobre sus rodillas y traga saliva revelándome con la tensión de sus facciones, más rígidas de lo habitual, que he dado de lleno, justo donde más lastima, en el vientre al descubierto, sin la protección de corazas ni costillas. Y es que por más que mi pregunta pueda parecer inofensiva no lo es en absoluto. Nadie, de aquellos que le tratamos y sufrimos en su momento, pudo mantenerse al margen de la desgracia personal que primero le agrió el carácter y que finalmente, después de que hubiéramos dejado de frecuentarnos, terminó por llevarle al hundimiento.

—Como siempre —masculla entre dientes, y algo en su voz rota me hace adivinar que miente, que bajo su apariencia de control y normalidad nada ha dejado de ir mal en su vida. Sus pozos son los mismos y, por mucho que se haya reinventado, no puede olvidar los horrores pasados.

—Me alegro —miento yo también.

—Y bien, ya que estamos todos felices y nos hemos puesto al día, ¿qué le parece si le hago unas preguntas? —propone vomitando las palabras como si le diera un subidón de glucosa tras tanta corrección y cursilería.

—Estaré encantada de colaborar —acepto imperturbable—. Aunque

como no me ha leído mis derechos, entiendo que no me comprometerá lo que aquí declare.

—Estoy haciéndome mayor pero no olvido el procedimiento —ladra, y consulta algunas notas en su libreta antes de empezar a atacar—. ¿Es cierto, como afirman varios testigos, que salió de la librería acompañada de nuestro investigado?

—Así es —confirmo escueta.

En situaciones de tensión suelo acudir a las normas de cortesía. La buena educación ha sido siempre una excelente excusa para calmarme, para permitirme ganar unos instantes y hacer acopio de mi sangre fría, de modo que alzo mi mano y, recreándome en el gesto, sabiendo que es una provocación, que se alterará aún más por este nuevo pasatiempo, aviso a la doncella agitando una campanilla con un cierto regocijo por el petulante alarde de ostentación.

—¿Qué desea la señora? —es Alicia, que asoma la cabeza y al toparse con la desasosegante presencia de Esparbel palidece y tiembla como una hoja.

Yo, flemática, consciente de que su aparición prolongará la espera a mis respuestas, me vuelvo solícita hacia los dos policías:

—¿Han desayunado, puedo ofrecerles algo? Tenemos café recién hecho y también zumo, o si prefieren un té...

—A mí me gustaría uno con leche, gracias —acepta el joven custodio antes de volver a sumirse en la callada contemplación del lienzo que ocupa una de las paredes del salón—. ¿Es auténtica esa pintura?

—¿El Sorolla? Claro que sí —respondo con naturalidad—. Tengo uno más en otro salón, puedo mostrárselo luego si lo desea.

—No hemos venido de visita turística —corta su compañero de mala manera.

—Como desee —argumento con parsimonia, intentando mantener mi sonrisa a toda costa porque sé que, como los chacales hambrientos, como las rapaces más belicosas, este perro viejo es capaz de oler mi recelo y cebarse en él llevado sólo por la fuerza de su instinto más fiero.

—¿A qué hora salieron de la librería? —continúa mordiendo.

—A la misma en que ustedes la abandonaron —informo aunque precavida, quisiera negarlo todo, declarar que en cuanto llegamos a la calle nos separamos, nos despedimos con dos besos y partimos en direcciones opuestas, cada uno por su lado. No lo hago. Yo también soy cazadora y sé que intentar engañarle sería una pésima idea porque tiene la trampa dispuesta, a la espera de aprisionarme.

—¿Adónde se dirigieron? —continúa, molesto porque apenas me exployo.

—A tomar una copa por los viejos tiempos, como habrán declarado los empleados que nos vieron salir —como con Germán, me puede la curiosidad y el vértigo de saber hasta dónde han llegado sus pesquisas, cuánto me ha investigado.

—En efecto, desde que supo que usted iría a firmar ejemplares el sospechoso se dedicó a pregonar que la conocía de tiempos pasados, incluso llegó a sugerir que hubo entre ustedes un cierto contacto...

Sonríó para dar a entender que nada de cuanto insinúa me afecta, muevo la cabeza con condescendencia y suspiro procurando demostrar indiferencia. Aguardan mi respuesta mientras yo, elegante y discreta por fuera, saboreo en mi interior el recuerdo de la caída en desgracia del librero, sus súplicas y sus ruegos tendido en el suelo encharcado, y me relamo por no haberme planteado ni por un instante atenderlos.

—Nos conocíamos desde hace años —revelo al fin—, pero las cosas nunca fueron más allá de un leve cortejo juvenil.

—Entonces ¿por qué se marchó con él?

—Porque estaba abatido tras su interrogatorio —le reprocho—. No sé con qué le amenazaría, pero lo dejó roto y sin anclajes, aterrado y a la deriva.

—Nosotros no amenazamos, señorita —puntualiza Esparbel.

—Pero presionan. Y asustan.

—Ése es nuestro trabajo, y sólo lo hacemos con quienes creemos que albergan motivos para tener miedo. ¿Lo tiene usted?

—En absoluto.

—Pues debería sentirse inquieta por la suerte de su amigo.

—Si relacionan su desaparición con el robo de esos valiosos libros, lo lógico es pensar que ha huido al estrecharse el cerco policial. ¿Por qué debo preocuparme? Estará disfrutando en una playa tropical rodeado de nativas.

—Es como si se lo hubiera tragado la tierra. No tenemos constancia de que subiera a bordo de ningún avión o barco, tampoco solicitó ningún visado, no se despidió de sus conocidos, ni siquiera hizo las maletas. Seguro que esta historia le suena. No es la primera vez que le ocurre algo parecido a quien está cerca de usted.

Debería saltar de ira, sonrojarme, incluso gritarle y abofetearle, pero soy más sofisticada y cerebral de lo que piensa, y para demostrárselo levanto una mirada tan clara y tan franca, tan libre de toda sospecha en

mi rostro angelical de piel candorosa y sin mácula que, desalentado, comprende que aquí no le queda más por hacer pues es incapaz de lograr que pierda el control y ya ni siquiera lo consigue mencionándome sin decir su nombre a Agustín.

Parece a punto de levantarse, disculparse por las molestias y marcharse, cuando surge Alicia tras la puerta con una pesada bandeja.

—Mi café, qué bien —exclama el joven policía, que se incorpora dispuesto a disfrutarlo tras un rato contando musarañas.

Alicia deposita su cargamento sobre una mesita auxiliar, la que está más cerca del ventanal que da al jardín, la misma sobre la que acostumbro a dejar mis cosas y en la que reposa ahora, brillante y roja, mi libreta de los secretos. Como es una recién llegada a esta casa no tiene ni idea de su valor, ni de qué hacer con ella ni dónde colocarla tras acomodar allí su bandeja y disponer el servicio y servir el café con las mejores maneras, tal y como le exige Estrella. Sostiene la libreta, duda un momento y al final me la tiende deferente esperando que la acepte y me haga cargo de sus entrañas de papel llenas de misterios que han de permanecer a cubierto. Rígida la recojo y, como sería de mal tono levantarme ahora y salir de la habitación, sacarla como sea de esta estancia y de la vigilancia de Esparbel, guardarla con llave, encerrarla bajo mil candados como debí haber hecho hace tiempo, la abandono sobre un cojín a mi lado, fingiéndome despreocupada.

Nadie parece darle importancia a este gesto excepto yo, que debería disimular y actuar con naturalidad, olvidarme del peligro y de la inverosímil posibilidad de que cualquiera de los dos agentes se atreva a extender una mano curiosa y tomarla, abrirla y leerla. Es totalmente impensable, me repito y, sin embargo, tan sumamente fácil hacerlo que no puedo dejar de temer, preocuparme, mirarla y remirla y comprobar que sigue ahí, llamativa, confiada, durmiendo con su bomba de relojería dentro a punto de estallar.

Cuando por fin Alicia, tan deseosa de agradar y complacer, entrega la taza a mi acosador, que la acepta renuente pese a su negativa anterior, no puedo evitar que se me escape un suspiro de alivio que resulta atronador. Con presteza sus ojos inquisitivos, sumamente perceptivos, se posan en mí y dudan, y sospechan, y no saben qué deben buscar pero husmean, intuyen. Recelan.

De nuevo en suspenso vuelve a cubrirnos el silencio mientras Alicia, por fin, me acerca una taza de café también a mí. Mientras la recojo con una sonrisa falsa de agradecimiento puedo palpar la expectación de

Esparbel por comprobar si me delatan trémulas las manos, si me tiembla el pulso, si se me derrama el líquido por culpa de un nerviosismo que debería sentir porque así funciona este juego.

Buena soy yo. Me perseguirán, me acosarán, querrán meter las narices en mis armarios pero, por mucho que crean que me conocen, no saben con quién están tratando. No deberían olvidar cómo me gano la vida, que a medio camino entre la magia y la precisión, sin olvidar la pasión, sin perder el control, irradío felicidad y maestría con un cuchillo entre las manos.

—¿Seguimos con sus preguntas ahora que ya están servidos? — propongo osada y provocadora a mi enemigo mientras revuelvo con soltura el café en la taza.

—¿Adónde fueron después de salir del local de copas? —embiste el inspector.

—Nos marchamos cada uno por su lado —ahora sí, miento con descaro.

—El vigilante de un garaje ha declarado que les vio entrar en él, pagar el ticket y dirigirse al segundo sótano —por primera vez sus facciones muestran una evidente satisfacción.

—Fue muy galante y me acercó hasta mi barrio, pero no me dejó en la puerta de mi casa sino a varias manzanas de distancia. Me explicó que no quería desviarse más de su ruta y así es como terminó nuestro encuentro.

—¿Y cómo podemos saber que no llegó a entrar aquí con usted y no pasaron la noche juntos? —interpela suspicaz.

—Tendrán que fiarse de mi palabra. Como comprenderán —compongo un mohín coqueto y divertido—, no soporté su asedio durante tantos años como para caer en sus brazos precisamente ahora que se le acusa de un delito.

—No le recomendaría mentir. Podríamos seguir su rastro hasta esta mansión y buscar sus huellas dactilares, pelos, incluso su semen —ya llegó el momento de tirarse el farol.

—Podría, inspector Esparbel —acepto con un matiz apacible y susurrante en mi voz—, pero para eso necesitaría una orden judicial, y dudo que vaya a lograrla ahora cuando no la ha conseguido en ninguna ocasión anterior.

—A lo mejor hemos estado trabajando este tiempo con una hipótesis equivocada —reconoce de pronto cambiando el juego—. Tal vez el librero tuviera un cómplice, una amiga de gustos caros interesada por el coleccionismo de libros, con relaciones con marchantes de arte y un palacete como éste, lleno de antigüedades. Es posible incluso que le

alentara a sustraer los volúmenes desaparecidos.

—También pudiera ser que el librero actuase en solitario y, una vez conseguido el dinero, se quitase de en medio para disfrutar su botín sin sobresaltos —le sugiero.

—O que su amiga, una vez en su poder esos valiosos ejemplares, lo asesinase sólo por el puro placer de verle morir, para a continuación despedazar su cuerpo y hacerlo desaparecer —y le centellea la mirada mientras habla y me clava vehemente, enardecido, sus pupilas exaltadas.

Tras el último asalto de este duelo, el más bronco, el más revelador, nos quedamos callados, abstraídos en nuestros pensamientos, manteniendo nuestras poses y las máscaras que nos colocamos al comienzo de la partida. Él la del poli con instinto y sin pruebas y yo la de la sospechosa lista que se hace la ingenua. Me esfuerzo por mostrarme impertérrita y creo que lo consigo con relativa facilidad hasta que oigo, detrás de la pared, justo tras el cuadro de Sorolla, la risa macabra de mamá. Ha estado todo este tiempo aquí con la oreja puesta, disfrutando como una bellaca con la escena. A pesar de la furia que me provoca debo contenerme, no puedo permitirle adivinar cuánto me altera y mucho menos llamar la atención de los agentes hacia la pintura que zarandea débilmente y que ahora, asumiendo sus nulas aptitudes fantasmales, araña y golpea con sus puños invisibles de espectro chapucero.

—¿No le han dicho nunca que tiene una imaginación portentosa? —le adulo para que vuelque su atención en mí e ignore a esta Ofelia burda y artera—. Podría ser un excelente guionista, incluso un más que aceptable autor policíaco. Ya le veo presentando su novela en la próxima Semana Negra.

—Ríase, pero aún no me ha dicho qué le parece mi historia.

—No vale la pena, ninguna de sus teorías se puede demostrar.

—¿Qué tendrían que demostrar? —pregunta Estrella haciendo una entrada triunfal.

—Las suposiciones del señor inspector y su compañero —le informo rápida para ponerla en situación antes de que le dé un ataque de nervios, vencida por la impresión de volver a ver a Esparbel, y se desplome sobre cualquier sillón—, ¿le recuerdas? Nos frecuentaba en el pasado con cierta asiduidad.

—Cómo no... —balbucea estudiándole con atención, asombrada por su deterioro, por lo mucho que ha envejecido desde que con inmenso alivio lo perdimos de vista y se alejó, creíamos que para siempre, de nuestras vidas.

Y es que Esparbel, es evidente, ya no es el mismo de antes sino algo así como una versión maltratada de otro que algún día, mucho, muchísimo tiempo atrás, fue. Le recuerdo altivo, cínico y con un tipo especial de fuerza interior, de potencia masculina, de confianza interior, que le pertrechaba contra las múltiples e impensables invectivas de su oficio. No ha perdido ese porte marcial de militar de otros tiempos y una elegancia desaliñada que sigue estando ahí pero de diferente manera. Las manos firmes y armónicas de pianista de jazz se crispan ahora como garras; el pelo negro de raya al medio lustroso y sano, envidia de sus compañeros calvos, se ha vuelto de un gris sombrío entreverado de canas tan llamativas como mal cortadas; la mandíbula cuadrada, los pómulos bien altos, se oscurecen a causa de una barba que le aporta un toque macilento de dandy venido a menos, de ser acabado y resentido cuyos labios finos y bien perfilados muestran esta mañana un talante cruel y extrañamente despiadado en su austeridad, reflejada también en la gabardina arrugada que, como una sotana, no se quita de encima; en la corbata torcida sobre el cuello ya no tan blanco de su camisa; en los zapatos que ya no brillan y, sobre todo, en sus ojos. Esos ojos rojos que antes eran fieros.

Cuando era niña, semanas después de la muerte de papá, apareció por el barrio un perro abandonado. Era un pastor alemán impresionante y de pelo muy oscuro, tanto que a la gente que se lo cruzaba le daba miedo. Yo creía, cuando lo contemplaba parado en la acera al pie de nuestra verja, que era una especie de vigía, un ángel de la guarda enviado por papá para cuidarme y espantar de nuestra casa cualquier atisbo de mal que quisiera entrar.

Una mañana, un malnacido aficionado a la caza mayor reparó en su existencia y se propuso llevárselo por delante, no a fuerza de palos o golpes, no enfrentándose a él abiertamente sino por placer, por aplacar el vicio y quitar el polvo de su anquilosada escopeta.

Erró el tiro y entendió como una humillación que el perro siguiera paseándose por la zona. Fue entonces cuando se tomó la molestia de llamar a los funcionarios de la perrera municipal. Recuerdo la tarde en que lo apresaron y la mirada del animal a través de las rejas de la furgoneta. Antes era orgullosa y segura, la que vislumbré mientras el vehículo arrancaba estaba confusa y vencida. Eran ojos hueros de esperanza, de quien ha descubierto que los humanos son propensos a lastimar y a hacer daño. Que nadie es de fiar.

Eran ojos de perro apaleado.

Los mismos con que ahora nos mira Esparbel.

—Un placer —articula en dirección a Estrella tras un largo silencio, y es evidente que no lo siente en absoluto. No creo que guarde muy buenos recuerdos suyos y, en cierto modo, le comprendo. Si para mí es como una profesora atenta a la que es difícil engañar, a la que se ama y que te resguarda pero ante la que estás obligada a rendir cuentas, para él debió de ser una fiera que, con tal de defenderme, con tal de mantener intacto el espeso muro de calidez y protección con que me velaba, interpuso en su camino mil y una trabas.

Como en un partido de tenis, mi atención péndula de uno a otro analizando detalles, caídas de párpados, tics y respiraciones que me den a entender qué pasará ahora, quién va a sacar la bola, quién ladrará, quien morderá primero.

Es ella la que comienza. Toma aire, alza el mentón y, procurando no mostrarse muy arisca ni demasiado seca, intentando por todos los medios averiguar qué ocurre sin por ello dejar de guardar las formas ni desencadenar otra vez el antiguo reino del terror, formula la típica pregunta vacía de contenido y plena de educación:

—Veo que está usted estupendo, ¿y su esposa, cómo se encuentra?

Si se interesa es porque llegó a conocerla. A medida que se intensificó la obsesión de Néstor Esparbel por el caso de la desaparición de Agustín nos molestamos en averiguar quién era, de dónde procedía, y dimos con la extraña coincidencia de que ambas habían asistido al mismo colegio de niñas. Casualidades de la vida, tan cruel que ahora las unía y las separaba a la vez en bandos enfrentados pero con idéntica vocación sufriente, y es que las dos tenían por quién preocuparse. Una, por su marido, que perdía a pasos agigantados el prestigio y la credibilidad y vigilaba mi puerta como un alma en pena; la otra, por su amiga, a la que no se cansaba de empujar para que levantara al fin la cabeza y publicara su primer libro de cocina, y presentara un programa de televisión, y abriera incluso un restaurante y, de una vez por todas, se recompusiera hasta lograr, al menos en apariencia, parecer entera. Por eso precisamente, por esa lejana conexión infantil, por esa cercanía adulta de mujeres amantes e inquietas que temen que cada noche lleguen o no enteros a casa aquellos a los que esperan, la respuesta de Esparbel deja a Estrella tan sonada, tan confundida e inquieta.

—Falleció hace un año. Se cortó las venas.

Mi socia abre los ojos, boquea, lo contempla.

Sé que siente pena.

Sé que la noticia ha calado hasta dentro del fondo de su alma.

Y yo sé que él es el enemigo y que una corriente de antipatía los enfrenta, pero no puedo dejar de sentirme como la protagonista de una novela de Jane Austen, como una de esas comadres inglesas dispuestas a confabularse y conjurarse para encontrarle marido a cualquiera, a la joven huérfana, a la desolada viuda, a la digna y rígida solterona que no sabe lo que es sentir la barba incipiente de un hombre arañando tu piel por las mañanas, que merece vivir, gozar, gemir, que la fuerza de una embestida te altere y descoloque por dentro. Sin darme cuenta de lo peligroso y arriesgado de la situación, o siendo perfectamente consciente de ello pero ignorándolo porque, con franqueza, dudo que la cosa pueda ir a peor, me sorprende a mí misma pensando cómo hacer para organizarles una cita que los una ahora que sus caminos están expeditos de terceras personas, que los haga felices por fin y los entretenga y me dejen así a mi aire con mis vicios y mis problemas.

—No tenía ni la menor idea, Néstor. Lo siento sinceramente... — Estrella lo lamenta de verdad, se queda tan triste y sorprendida que no se le ocurre qué más decir aparte de la verdad—: ¿Y qué nuevas le traen por aquí?

—Como imagino que su socia le habrá comentado, hace pocos días coincidimos de manera fortuita en una librería —le explica pausado con forzada amabilidad—. El caso es que nuestro investigado es el director de ese establecimiento, casualmente un antiguo conocido de Teresa, y ahora, a raíz de su fuga, hemos creído conveniente interrogarla.

—¿En calidad de qué?

—De testigo. Aunque ciertas revelaciones recientes nos llevan a plantearnos si no estará involucrada de algún modo en la desaparición de esos valiosos ejemplares robados... —insinúa maliciosamente Esparbel.

Estrella salta como un resorte, como era de suponer.

—¿Qué está sugiriendo, la acusa de receptación? ¡Qué barbaridad! —su entrecejo se llena de arrugas y saca las uñas y enseña los dientes y estricta y severa le exige una acusación formal.

—No podemos formularla aún, carecemos de pruebas, pero no tardaremos en encontrarlas. Además, también ha desaparecido el librero y... —hace una pausa teatral que anticipa la traca final, la frase que nadie se ha atrevido a pronunciar y que gracias a él está a punto de reventar, de explotar y salpicarnos con su pus repleto de asco y espanto— no debemos olvidar sus antecedentes.

Ahora, pienso resignada, es cuando se enzarzarán como lo que son, un perro de presa hambriento de sangre, incapaz de abandonar su rastro por

mucho que pasen los años, y una férrea guardiana dispuesta a todo con tal de conservar intacta la estabilidad de su hogar.

Debería intervenir, responder, quitar hierro a sus veladas afirmaciones, a las insinuaciones falaces que aluden sin citarlo a nuestro pasado. Pero no lo hago porque estoy ausente y fascinada, concentrada en observar cómo la libreta roja comienza a temblequear y mover levemente sus páginas sin corrientes de aire que la empujen, sin puertas que batan ni ventanas abiertas que la agiten.

Ofelia, con todo el empuje de su odio, con la fuerza que le otorgan la maldad y la venganza y el deseo de mi ruina, de su triunfo, de su despecho, se empeña en sacudirla, y removerla, en hacerla caer del cojín en donde la posé para que ahora quede a los pies de Esparbel abierta por la página más comprometedora, aquella que sea definitivamente, para su regocijo eterno, mi condena.

Espero, con los ojos fijos en las tapas rojas, como congelada en el espacio y el tiempo, sin atreverme a estirar un brazo y atrapar la batahola de papeles y hojas sueltas que caerán en cuanto inicie el vuelo cruzando la estancia como una paloma atrapada entre cristales, asustada y loca. Contengo la respiración, no me decido a hablar ni a moverme, no les escucho siquiera mientras intento descifrar la potencia ectoplasmática de Ofelia. La libreta parece vibrar, está a punto de alzarse y despegar, de elevarse por los aires e improvisar una acrobacia destinada a arrastrarla hasta el regazo del inspector, posiblemente el ser al que más temo. Transcurre un segundo eterno, dos, tres, oigo a lo lejos, muy muy lejos, el tictac del reloj del pasillo, tan antiguo y solemne, y también el golpeteo rítmico contra la ventana, ensordecedor hasta el punto de convertirse en estruendo, de las ramas y las copas de los árboles que se llaman entre sí, se avisan y despiertan, que aúllan y jalean y, anhelantes, esperan.

—Teté, estás pálida, ¿te encuentras bien? —es Estrella, que me contempla dispuesta a llamar al servicio, a hacerme un boca a boca, a echar a los policías a patadas, abofetearme, llevarme a urgencias, lo que sea con tal de hacerme reaccionar—. Ya ve lo que ha conseguido, inspector —se vuelve hacia él y poseída por la furia le desgrana un rosario de preguntas boqueando sin aire, sin descanso, sin pararse a pensar—: ¿Por qué ha tenido que volver?, ¿por qué se empeña en hostigarla? ¿Quiere regresar al pasado, destrozar su vida, derribarla y pisarla con sus amenazas y sus sospechas hasta que esta vez, para que usted se quede en paz, Teté no se vuelva a levantar?

—Cálmese —le pide templado, como si nada pudiera lastimarle, pero sin embargo con un leve matiz de preocupación en la voz, como si no quisiera causarle ningún mal, como si estuviera cansado del previsible e inevitable daño colateral que nuestro enfrentamiento provoca a los demás.

—¡Que me calme! ¿Y cómo quiere que lo haga si después de tantos años vuelve a acusarla de una desaparición? Entérese —advierde tras inspirar y recuperar su energía y su decisión—: Teresa no tiene antecedentes, no es responsable de lo que sea que le haya sucedido a Agustín, como nunca pudo demostrar en aquellos años y, mucho menos, nada tiene que ver con la huida de ese librero ladrón. Y si no está conforme presente pruebas, pida nuevas órdenes judiciales, reabra el caso si sus superiores se lo permiten, que lo dudo, y para que ella pueda defenderse, si hace el favor, formule una acusación.

Esparbel la escruta, la analiza. Sentado, parece por un instante como encogerse ante su presencia y la fortaleza que emana. De pronto, como si un recuerdo doloroso le llenara de sal los ojos, reprime un tic involuntario, asiente y casi de un salto se yergue como si un escorpión le picara.

—Nos vamos. Levanta, Lirón —ordena al agente que le acompaña.

Éste obedece y bostezando se incorpora despacio, como un bebé que acabara de terminar la siesta, que se permite el lujo de reír y gandulear sin la más mínima conciencia de lo que le espera, sin oír los gritos de mamá tras el Sorolla, sus protestas y sus quejas, sus súplicas para que no se marchen, el ruido de sus uñas arañando las paredes, el rechinar de sus dientes de aire y niebla cuando comprende que no conseguirá retenerlos, que se marcharán sin atender a sus ruegos y, con toda probabilidad, nunca volverá a tenerlos tan cerca y a la vez tan lejos.

Estrella y yo, agotadas tras el combate, les permitimos que estrechen nuestras manos lánguidas y muertas. Mi socia, mi baluarte, mi defensa, contempla desde el centro del salón cómo les ofrezco acompañarles a la salida y como una excepción decide permanecer en su sitio, inmóvil y grosera. Ellos aceptan mi ofrecimiento sumisos, vencidos al menos por ahora, se dejan guiar por salones y pasillos y, tras despedirse de mí y agradecer «mi disposición a colaborar» —frase que el inspector pronuncia cargada de sarcasmo, clavando sus ojos en los míos con la promesa de regresar porque los dos sabemos que no me ha olvidado, que errante en las sombras me busca y me nombra—, se alejan por el sendero de gravilla acompañados por el rumor de las hojas alborotadas que se mueven aunque no haya viento, que ya no se molestan en disimular su ansiedad, hasta traspasar el portón que da a la calle para finalmente salir.

Sé que debo regresar, que tengo muchas tareas que hacer dentro, pero no todavía. Permanezco unos segundos inmóvil en el quicio de la puerta contemplando cómo caminan por la acera, cómo se dirigen a su coche oficial y, justo antes de llegar a él, se detienen para examinar otro automóvil estacionado a una veintena de metros del suyo y a todas luces abandonado, cargado con varias multas de aparcamiento y ya cubierto de polvo, ramas secas y excrementos de pájaro. Dan un par de vueltas a su alrededor y, escamados, sacan sus libretas para anotar sus datos, el modelo, el color y su número de matrícula.

Mantengo mi sonrisa por si acaso les da por volver la vista atrás, pero por dentro siento cómo se me va la vida. No quiero moverme para no trastabillar, para no volver a meter la pata, para no levantar aún más sospechas.

El coche que ha llamado su atención, como no podía ser de otra manera porque hoy no es mi día de suerte, porque tenía que ser así, es el de mi querido Benjamín.

* * *

—Cierra la puerta —ordena Estrella en cuanto regreso a la salita de té.

Me esfuerzo una vez más por parecer dueña de mí misma, pero creo que no lo consigo porque mi mano, alterada, buscando algo que hacer, un apoyo al que asirse, un juego al que agarrarse, se cierra en torno a un bolígrafo olvidado sobre la mesita de café, donde vuelve a reposar mi libreta roja, e involuntariamente, como un niño al que le da por jugar con un interruptor, me entretengo pulsando el mecanismo automático que esconde y despliega su punta de metal, clic-clac una vez, clic-clac otra más hasta que ella se decida a hablar, clic-clac rezando para que no oiga los pasos de mamá que ya llega, clic-clac porque ya está cerca, clic-clac porque de un momento a otro se va a poner a gritar. Clic-clac. Clic-clac.

—¿Quieres dejar de una vez de jugar con ese bolígrafo? Me estás poniendo nerviosa —grita.

Y asustada porque sé cómo se altera cuando se enfada, porque en el fondo soy como una hermana pequeña temerosa de un castigo que sabe que se avecina, porque le tengo demasiado respeto, obedezco.

—Tenemos que hablar —anuncia de nuevo preocupada, circunspecta, casi amenazante—. Vas a contarme qué es todo eso del encuentro con

Esparbel en la librería y por qué no me lo dijiste antes y, sobre todo, vas a explicarme qué ocultas en esta libreta roja que tanto temías que él viera, de la que no podías apartar tu mirada.

La recoge, ya está en sus manos. Al agitarla ante mis ojos, por entre el aire que se escapa de sus páginas al abrirse levemente, percibo un aullido creciente que me atemoriza y me hiela. Desde dentro, solazándose porque se sabe triunfadora, vengativa, risueña, me llega la risa macabra de mamá.

18. Sesos de consejero delegado con espinas de rosa y clavos a la grasa de cerdo sobre lecho de cardos

No es fácil encargarse de la cocina de un restaurante de moda y compaginarlo con la familia, con las obligaciones particulares, con el dentista o el psiquiatra y, en definitiva, con la propia vida. Mucho menos si, además, debes dar cuentas a un agente de la autoridad repentinamente reaparecido tras largos años, demente y obsesivo, interesado en todo lo que hago o digo y, algo totalmente imprevisto, a los propios compañeros y socios, tan suspicaces de buenas a primeras, tan temerosos y prestos a sospechar, vigilar y cuidar y reconcomerse por dentro como ahora se muestra Estrella por fuera.

Cuando decidí abrir Barbantesa tuve claro que no podría hacerlo sola. Comprendí que me vería obligada a delegar y, por mi particular carácter cargado de manías y normas ridículas, esas personas deberían ser de la máxima confianza, cercanas, amigas y, en definitiva, las únicas dispuestas a aguantar, más por amor que por hambre de fama o dinero, mi abrumadora carga de filias y fobias.

Sin embargo, nunca preví que terminarían convirtiéndose de algún modo en mi familia y ello me obligaría a amar y perdonar, a ofrecer explicaciones y a alejar sospechas, y a mentir y prometer y a jurar y perjurar que no hay nada importante en esa libreta roja, te doy mi palabra, no sé por qué me quedé embobada mirando para ella, tal vez por temor a enfrentarme a los ojos del inspector, no lo puedo explicar con claridad pero en sus páginas no hay nada, de verdad, más que recetas y pensamientos y ese tipo de cosas absurdas, curiosas o ingeniosas que recorto de los periódicos y guardo entre sus hojas. Sí, ya sé que no dejo de repetir que no deseo volver a publicar, tienes razón, pero eso no quita para que siga escribiendo a mi aire, para que apunte mis recetas y continúe

creando, como hago con los Platos Efímeros, porque eso no me está prohibido, ¿verdad? ¿Me das permiso?

Después de mi discurso, de mi alegato sensiblero y tramposo, tan chantajista como embustero, Estrella terminó por aceptar mis excusas, a ver qué remedio. No sólo eso, tanta pena le di que conseguí que, renuente pero complaciente, me relevara hoy en la atención de los clientes en el restaurante para intentar, con su apoyo y el de Tomás, espoleada por ambos que quieren que salga a la calle, que me ventile, que ría, que olvide y descubra de nuevo la diversión, llegar a tiempo a mi compromiso con Simón.

Pese a todo, calculo que será complicado. El día se ha torcido desde el principio y, después de esta visita intempestiva de la policía, el consejero delegado, influido por el gusto de ponerme las cosas difíciles, se ha mostrado eficazmente pesado hasta para ser elaborado y, en su lucha por resistirse incluso más allá del fin de sus energías y sus días, me ha dificultado su preparación hasta el punto de no dejarme salir de los pucheros en toda la mañana. Los sesos, por lo habitual, son arduos y complicados de preparar ya que necesitan una cocción previa con independencia de la técnica que posteriormente les vayamos a aplicar. Además, antes de empezar a cocinarlos deben haber sido desangrados minuciosamente, para lo cual se ponen a remojo en agua tibia que hemos de cambiar con frecuencia a medida que el órgano vaya soltando sangre y, en último lugar, debemos retirar la telilla que los cubre. Este procedimiento finalizará al menos una hora antes de que nos dispongamos a hervirlos en una cacerola junto con cebolla, zanahoria, vino blanco y especias al gusto al menos durante quince o veinte minutos según su tamaño, luego se escurrirán y tapanán con cuidado para que se conserven blancos hasta la hora de guisarlos.

Para la receta efímera de hoy, una vez cocido el seso decido adornarlo con clavos y hojas de rosas, preferiblemente rojas. Los primeros se insertarán de manera simétrica en toda su superficie procurando que ocupen las intersecciones naturales de la propia vianda; en cuanto a los pétalos, se enrollarán y se introducirán también, alternándolos con los clavos de olor, entre las protuberancias y meandros del órgano. Después se preparará una gelatina aromatizada con comino, tomillo y unas gotas de Madeira a la que añadiremos estambres de la flor troceados, se cubrirá con ella el seso y se dejará enfriar. Aprovecharemos este tiempo para preparar una salsa no muy espesa con la manteca de cerdo, aceitunas negras y los cardos previamente cocidos. Finalmente, para servirlo,

cortaremos lonchas del seso como si se tratara de un fiambre exquisito y completaremos el emplatado con una generosa cantidad de salsa y un par de tallos de rosa con sus espinas colocados sobre la carne a modo de decoración.

Se trata de una propuesta espectacular en su presentación y estoy segura de que a su protagonista le encantaría saber que pretendo acompañarlo con un vino de fama contrastada, un Nicolas Joly Clos de la Coulée de Serrant, cosecha del 2004, sabroso y ácido, que intentará contrastar, por lo goloso y fresco, con la pesadez del propio consejero delegado. Sus notas de melocotón, viña y ciruela amarilla, sus toques a cera de abeja y un fondo de piel de naranja crearán el contrapunto perfecto a la receta, tan extremadamente laboriosa en su preparación que, como vaticiné esta mañana cuando hablé con Estrella, no consigo dejarlo todo listo hasta última hora de la tarde, lo que nos obligará a presentar el especial en el turno de noche y, a mí, a perderme las reacciones que provoqué en los clientes.

Temerosa de que hayan llegado ya los primeros y pueda toparme con algún asiduo que se empeñe en darme conversación, acongojada por el interrogatorio de esta mañana y por la incómoda sensación de que me será imposible zafarme de una vigilancia que ya no sé si es real o inventada, salgo de la cocina por la puerta trasera y alcanzo al fin la calle con la intención de coger un taxi pese a que ninguno se da por enterado.

Me paro desalentada ante la pared en la que Tomás me apoyó tras el puñetazo traidor que lastimó mis labios y, al parecer, también la memoria o la moral, porque recuerdo el suceso y me da por sentirme sola, extrañamente desamparada aunque a lo mejor esté siendo observada y alguien anote con esmero mis pasos y, justo ahora, este desánimo que me marca la cara. Tan cansada que ya me da todo igual. Que me investiguen, que me acusen, que me detengan o me encierren en un centro penitenciario. Quisiera permanecer aquí el resto de la noche, dispuesta a ver aparecer a Germán en su moto y a permitirle que se meta conmigo, que me vapulee el ánimo, que me interrogue o me ponga en mi sitio.

Pero no va a venir, lo sé. Temo que anoche provoqué su fuga definitiva y, por más que fuera justo eso lo que pretendía, ahora me doy cuenta de que su ausencia, no acierto a entender el porqué, pesa y lastima.

Suspiro, aún sin moverme, y un viandante se asusta al oírme. Tal vez me ha confundido con alguna cariátide cansada de la carga de sus obligaciones, de la servidumbre que soporta y que no parece aligerarse nunca hasta hacer que se plantee dejarlo todo y volver a reinventarse o,

más probablemente, desaparecer.

—Nena, ¿te encuentras bien? —se preocupa una voz de hombre que, para mi desilusión, para mi roto corazón duro y amargo, no reconozco. Es un taxista que, con el antebrazo apoyado en la ventanilla bajada, me escruta con descaro.

—¿Está libre? —respondo incorporándome.

—Todo tuyo. Oye, ¿no eres la de la tele? —me suelta a bocajarro nada más acomodarme en el asiento trasero, y sus ojillos que brillan a través del retrovisor me hacen intuir que la carrera será de las charlatanas, que se atreverá a solicitar que le revele indiscreciones de mis invitados mientras yo, muerta de cansancio, echo balones fuera y pruebo a hacerme la dormida sin resultado, primero hasta mi casa y después, ya que le ruego que me espere aparcado en doble fila mientras me arreglo, hasta el dichoso lugar de la recepción a la que me comprometí a acudir por más que ahora, a decir verdad, me esté arrepintiéndome a pasos agigantados.

Cuando salgo de *Je Reste* unos minutos más tarde, arreglada y dispuesta a olvidar mis agobios, los artículos sensacionalistas de la prensa, a Esparbel y su regreso, me topo nada más abrir el portalón de la verja con el ocaso iluminado por las luces rojas y azules de un coche policial estacionado junto al utilitario de Benjamín. Un agente uniformado habla por su radio mientras su compañera inspecciona con una linterna el interior del vehículo abandonado.

Si tuviera arrestos, si me quedaran ganas de provocar o valentía o un poco de esta inconsciencia suicida mía de la que hace sólo unos días me solía jactar, me dirigiría a ellos para saber qué sucede, qué buscan, si han dado con algún indicio que les haga sospechar o si es la suya una comprobación habitual, una práctica marcada por la rutina. Pero estoy agotada, y tensa, y me puede el desasosiego y quiero irme lejos, olvidarlo todo, no pensar en quién soy. Huir.

Les saludo con un conciso movimiento de cabeza, entro en el taxi que me aguarda y le dicto con urgencia la dirección enfadada por mi pasividad y mi falta de iniciativa. Soy realista, sé que con esta evasión no soluciono nada, que lo único que hago es recular y esconder la cabeza bajo el ala y volver a interpretar a esa Teté débil y dócil que nunca he dejado de ser, la cría que prefiere el mundo de la imaginación y sus juegos y evita preocuparse de lo que vendrá después, de mamá arisca esperando en la puerta, de papá encogiéndose de hombros con su sonrisa apagada.

Deseo suplicarle al conductor que me saque pronto de aquí, que me lleve raudo a la fiesta como si su automóvil fuera la calabaza encantada

de una fábula, como si pudiera envolverme en un sortilegio que me entretenga y me haga reír olvidada de los agravios y los temores, cómoda y dulcemente vencida, dispuesta a disfrutar de un rato libre de rémoras y espectros al menos hasta que despunte el día o cante un gallo atolondrado y rompa el sortilegio que me mantiene libre, joven y feliz, como en los cuentos.

* * *

—¡Mi amor, ya creí que no vendrías! —Simón aguarda en la calle y está desesperado. Nada más poner un pie en el adoquinado lo noto en su acento, que se pone más mexicano cuanto más se ataca de los nervios.

—Lo siento, me ha sido imposible llegar antes. Demasiado trabajo.

Intento esbozar una sonrisa esplendorosa que enarbolo a modo de escudo con la esperanza de que me ayude a calmar su enfado y, al parecer, lo consigo: tras hacer un rápido examen de mi vestido, del ligero mantón que a toda prisa me he echado sobre los hombros y del suave tono *Captive* que resalta la voluptuosidad de mis labios partidos y quejicosos, me da el visto bueno y, apresurado, me coge del brazo y tira de mí con ansia por traspasar la barrera que forman las azafatas de la organización.

Avanzamos como dos estrellas de cine por la alfombra roja que cubre el paseo bordeado por rocalla y palmeras y sonrío cegada por los flashes, jugando a ser una princesa maldita, secretamente aliviada por haber escogido un vestido que resalta mi figura etérea, creyéndome por un instante una reina de la noche, la consorte de algún playboy o la muñeca favorita de una niña de cabecita un tanto hueca. Sin embargo, no puedo sustraerme a todo lo vivido hoy, al vértigo del inquisidor que invadió mi hogar, al enfado de Estrella y a las amenazadoras artimañas de mi Ofelia, y sus jubilosos vaticinios de que por fin me van a capturar, y se me ocurre que detrás de esta maraña de cámaras que disparan sin saber que no lo lograrán, que nunca me inmortalizarán, pueda estar agazapado Germán con su mano agujereada, mirándome a través de su objetivo como un marino que avistara en un mar encrespado a una sirena o un asesino a sueldo que tuviera a su próxima víctima en el punto de mira de su rifle. Nerviosa de pronto, repentinamente recelosa, me detengo obligando a Simón a pararse confundido a mi lado, casi dando un traspiés, y escruto a los simples mortales que nos contemplan y tienen prohibido pisar esta alfombra y sin embargo nos admiran, envidian o incluso odian, a todos los

que trabajan mientras nosotros disfrutamos y que, por suerte o por desgracia, no podrán seguir el camino de baldosas que da acceso a nuestro paraíso particular lleno también de brujas, príncipes y hadas.

Hay cámaras de todo tipo, las pequeñas de los fotógrafos y las enormes de televisión, hay periodistas y guardias de seguridad y camareras en minifalda que nos esperan con copas de champaña, pero no está Germán y sí, en cambio, allá a lo lejos, tras las vallas, el gentío y los focos, media docena de agentes uniformados que nos controlan, vigilantes y atentos, y no puedo dejar de pararme para fijarme, para averiguar qué hacen, para intentar adivinar por qué están aquí, si por meras razones de salvaguardia de algún político o exclusivamente por mí, porque sus compañeros han destapado esta mañana el frasco de las esencias y la sospecha se cierne ya en todo el Cuerpo sobre mi persona, sobre esta sombra que soy yo que se jactaba de su inmunidad y ahora casi no acierta a caminar.

—¡Vamos! —me grita Simón con ilusión, y echa a andar reproduciendo con sus andares el paseílo de un matador—. Ya están todos dentro, somos los últimos.

No me queda más remedio que dejarme llevar una vez más, permitirle que tire de mí y me arrastre con mis nuevos zapatos de tacón y mi felicidad pintada en la cara como una máscara que no refleja las turbulencias de mi interior, mi angustia y este espanto que llevo de incógnito mientras intento sosegar a mi amigo recordándole que es mejor llegar tarde, pues la entrada a última hora de las divas causa más revuelo que la aparición temprana. No creo que me escuche: en cuanto pisamos la inmensa nave en la que se celebra la fiesta un par de colegas de su gremio se le acercan para, cargados con el bagaje que les otorga su innegable buen gusto, comenzar a destripar y juzgar como tres brujas en torno a un caldero la reforma y decoración del espacio que nos acoge.

Estamos en lo que otrora fue el antiguo frigorífico del matadero, cuyas instalaciones se acondicionaron para adecuarlas a lo que ahora es una atípica sala de exposiciones, un espacio dantesco, surreal y desangelado que no consigue abandonar su imagen gélida y desamparada. Ahora mismo nos encontramos ante un muro repleto de graffitis que a Simón, exaltado como está por la presencia de famosos del corazón y modelos de pasarela que nunca se sabe bien qué hacen en este tipo de fiestas, le parecen el culmen de la originalidad en tanto que a mí, bastante más escéptica, no dejan de recordarme al descampado que había detrás de mi

colegio, ese en el que jugaban los chicos del barrio. No es que no los considere arte, a lo que me refiero es a que logran reproducir esta sensación de provisionalidad que me inspira todo el local: casi se diría que puedo sentirme como muchas de mis piezas empaquetadas dentro de sus arcones de hielo, como todos mis amantes ocasionales encerrados en su cajita fría de los recuerdos, como la carne fresca que espera su gloria en algún paladar que la saboree sin miedo, sin saber a quién perteneció ese lomo, esa espalda o esos sesos, qué destino habrían corrido de no haber sucumbido a mi ansia depredadora y a mi cuchillo perverso.

Abandonadas sus comadres, mi excitado amigo y yo, menos entusiasmada, algo más congelada, deambulamos por entre la gente, nos hacemos con un par de copas y saludamos con algún ademán que a veces no pasa de un alzamiento de cejas, raramente con una franca sonrisa; nos acercamos también, como es obligado, a presentar nuestros respetos a los anfitriones, los máximos directivos de una nueva empresa de alimentos dietéticos que intentan darse a conocer en el mercado, y departimos con ellos y sus esposas y hasta nos dejamos retratar en esas absurdas fotografías de grupo que al día siguiente aparecerán en las revistas. Yo siempre acabo situada en el centro de la instantánea, no en vano soy la cara famosa, Simón a veces consigue colocarse a mi lado, otras es zarandeado y empujado hasta quedar fuera de plano y las más es pillado mirando al suelo o abriendo la boca de un palmo.

Huimos en cuanto podemos con la excusa de que aspiramos a tomar el pulso de la fiesta y, por no faltar a nuestra palabra, nos internamos en ella y descubrimos que, como ovejas de un rebaño racista que separara a las blancas de las negras, como alumnos de diferentes edades que se polarizan y agrupan en las cuatro esquinas del patio del recreo sin mezclarse, aquí también los diferentes sectores artísticos han decidido montar distintas fiestas dentro de la propia fiesta, como esa clase de gente que por cada noche apuesta, personas que beben y brindan y bailan canciones de viernes que ni conocen, que les hacen parecer al ritmo de la música jóvenes y bellos por un momento para una vez fuera de los focos y la ropa de estreno, ante el lienzo del espejo por la mañana, con la cara gris frente a la luz azulada de la bombilla que pende del techo, sin saberlo, sin quererlo, volver a ser tan vulgares otra vez.

Simón, como un traidor, da por iniciado un conato de fuga alegando que otro amigo, un estilista, ha quedado con él en la otra punta del pabellón y debe marcharse para encontrárselo, pero no debes preocuparte,

querida, seguro que aquí estarás bien, y sin que pueda impedirlo consigue desaparecer entre la barrera de danzantes para dejarme tirada, perdida y desorientada. Me planteo seriamente si irme ya cuando una mano atenta sujeta mi brazo y me detiene en mi huida. Es mi editor de toda la vida que, cómo no, también ha acudido a la llamada. Le reprocho su asistencia gritando, porque la música no deja de sonar muy alta. Parece mentira en él, tan selecto, tan elitista, dejarse ver por aquí, con toda esta fauna.

—A ver quién es el listo que se pierde esto —se desahoga en mi oído con ese humor socarrón suyo tan hiriente, tan abierto. Sin embargo no tarda en comenzar con esa cantinela suya para mí ya consabida de dar lástima porque es el precio de la independencia, tú bien lo sabes, Teresa, que ir por libre está penado y todo el mundo me ningunea o me relega porque no tengo padrino ni el apoyo de una gran corporación de medios de comunicación. Estoy tentada a dar por fin esa media vuelta que antes no concluí y largarme ya mismo con el sol con el que muere la tarde, cuando me frena—: Venga, Teté, no me dejes ahora, ¿cuándo vas a escribir otro libro que consiga vender un millón de ejemplares y nos haga ganar una montaña de dinero a los dos? —ruega con un deje gangoso que demuestra, como temía, que ha bebido más de la cuenta.

—Creo que nunca. Y no me llames Teté.

—No me digas eso, que me partes en dos el pecho —suplica con ese aire suyo avergonzado y descarado a un tiempo—. Por cierto, a ver si me invitas un día a tu palacete, que en todos estos años aún no he tenido el placer de conocerlo.

—No va a poder ser. Me caes demasiado bien, lo siento.

Tras despedirme con alivio y afecto, diviso a lo lejos, apoyado contra un muro, a un viejo conocido de mis épocas de malquerida en la revista cultural. Le recuerdo como ese tipo siempre dispuesto a fumarse el último cigarro, a asaltar la joyería y robar el mejor collar, el de más quilates, el más caro. Sigue tan reconocible como antes aunque, claro, ya no tan delgado.

Me refiero al joven artista que estaba destinado desde su nacimiento a comerse el mundo, ahora un cuasiadolescente que ha rebasado con creces la treintena pero que, sin que le importe, al menos en apariencia, sigue siendo más chulo que nadie porque él, sólo él, ha conseguido salir del barrio donde creció y llevar por bandera la mala leche de sus orígenes humildes, y las rodillas desolladas y los mocos aún colgando tras el último sopapo que se dio con el más bruto del patio.

Es una lástima que no lo advierta, que no sea capaz de verse a sí mismo en toda su grandeza y su miseria, tal y como ahora yo lo contemplo, y siga sin darse cuenta de que en el fondo, o ni siquiera tan adentro, es tan torpe y tan inexperto como cualquiera porque, a la postre, no deja de ser un artista con su ego de pintor que busca a toda costa el éxito, con su aura de joven promesa eterna, con sus manos oliendo a barniz y a óleos, a pinceles y a trementina.

El joven artista que iba a devorar al sistema viene, como muchos otros compañeros de juerga, de ser destacado en las críticas de una muestra colectiva en la que ha brillado otro creador más enchufado que él y tiene el aire en la mirada como de perrillo al que acaban de echar de casa pero que, inasequible al desaliento, no deja de arañar la puerta insistiendo una y otra vez, gimiendo lastimero, a veces suplicando tanto y tan sentidamente que, finalmente, consigue que le dejen entrar para acurrucarse a los pies del amo, cerca de la chimenea, calentándose con el fuego de la gloria pero sin alcanzar siquiera a tocarla con las manos.

Lo que no revela el artista joven y arrabalero es que de tanto poner su mejor cara se le está olvidando su honestidad primigenia, y reconocerse, y buscarse dentro para dibujarse después y sacarlo fuera. Y es que, día a día, se le empiezan a borrar los conceptos: confunde los confines de su barrio con un ático de trescientos metros cuadrados en el Centro, se figura a sí mismo como el arrojado antihéroe sin rostro de sus grabados y está convencido de que, como con sus retratos, puede manejar a su antojo la realidad. Como si llevara unas gafas desenfocadas, al joven artista se le nubla la vista y pierde el sentido de la orientación, se le tuercen los bordes de los marcos, las patas de los caballetes, y no logra recordar el nombre de sus amigos de la infancia pero sí, palabra por palabra, un reportaje que le hicieron para un conocido dominical.

A estas alturas ya todos a su alrededor se han dado cuenta, y por eso ha llegado a mis oídos, me lo han soplado los manteles de Barbantesa, lo comentan los centros de mesa que siempre se enteran de las conversaciones, hasta lo susurran los cubiertos que manejan como dardos los críticos de arte: ya nadie cree que pueda comerse el mundo, anda descentrado y padece delirios de grandeza sobre su propia personalidad y su posición en las bienales, en las muestras locales de las cajas de ahorros, en el panorama del arte nacional. Pero nadie se compadece lo suficiente como para decírselo y, por ahora, este leve cambio en su categoría aún es demasiado sutil, demasiado incipiente como para que él se haya percatado. Por eso apura lo efímero de su atolondrado periplo vital y

artístico, feliz e irresponsable, más ocupado en representar su papel, en mantener su pose que en preocuparse por ese hálito de talento o sangre que se le escapa por la punta de los dedos, que terminará por dejarle, sorprendido y confuso, sin aliento ni oportunidades.

Lo cierto es que el joven artista que un día pretendió merendarse el universo no está del todo mal. Es posible que se deba a mi desesperación, que el deseo surja de mi hambre o de la angustia que poco a poco comienza a invadirme estos días y me vuelve más voraz, más desesperada y triste que nunca, pero no consigo dejar de mirarle. Refulge con luz propia en esta noche y destaca entre los demás quizá por joven, quizá porque aún no sabe llevar con soltura la corbata o se ríe en un volumen inoportunamente alto, insultantemente franco. Las demás damas instaladas en esta esquina de la fiesta lo admiran con gula, con la atención que se presta a lo desconocido, con la curiosidad que se le otorga a lo exótico y sé que les parece, como puedo leer en sus pupilas brillantes y atentas, como he oído en algún comentario perdido, varonil y bestial. No con ese salvajismo inocente de los indígenas sin alfabetizar, no con esa simplicidad ingenua que te hace acogerlos en tu seno y educarlos hasta enseñarles paso a paso la A, la M, la O y la R y cómo practicarlo, sino con esa fuerza bruta de los que conocen las convenciones sociales y se las saltan porque se niegan a vivir acorde a ellas y se tornan irresistibles por atreverse a ponerse el mundo por montera.

Todas le contemplan, le admiran y buscan frases desesperadas, presentaciones vanas, soluciones manidas y más o menos recatadas, más o menos justificadas para acercarse a él, para llegar a su esquina pero no las encuentran porque no tienen mis recursos ni mi pasado, algo de lo que yo ya me he percatado.

Entretenida de pronto, acuciada por la adrenalina que da la caza y la competición, hallando alicientes insospechados en este lugar que hasta hace nada se me hacía insoportable por aburrido, decido que ahora el tiempo ya no pesa para mí y no me duele malgastarlo. Por eso le permito que beba, que se divierta a voces, que se acerque y se aleje, que baile y se maree al son de una música de indudable modernidad y cuestionable gusto que adensa al aire ya viciado de la velada. Yo, mientras tanto, sin carabina ni coartada, le observo coquetear con las modelos y hasta con las hijas de los directivos que no dejan pasar la ocasión de vestirse de gala para codearse con la *crème de la crème* y paladeo complacida, morosa, el amable dulzor de su derrota. Porque al final yo triunfaré y él caerá. Vendrá a mí. Lo sé.

Es cuestión de aguantar y esperar. Con mi flema imperturbable, con la sangre fría, con la seguridad suficiente, con la precisa calma antes de la tempestad.

Sabe que le aguardo, que no me marchó porque le deseo, y nos cruzamos guiños desde diferentes lados de la abarrotada sala, y deambulamos pero sin perdernos y por mucho que nos movamos o hablemos o alternemos siempre sabemos, al final, dónde está el otro. Lo veo tan presuntuoso, tan envanecido por la conquista inminente, que hasta me da ternura y un poco de pena saber cómo va a acabar todo, que se deslizará al final entre mis brazos vencido y deshecho como agua sucia que busca el sumidero.

Con un gesto me revela desde lejos que es mi noche de suerte, que ya ha decidido, que de todas se queda conmigo y, sin decir una palabra, sólo por medio del lenguaje corporal y lo que nuestros ojos nos permiten mostrar, me ordena que salgamos ya, que me esperará fuera, pero que lo hagamos por separado. Asiento imperceptiblemente, refinada y discreta, como una autómatas dispuesta a obedecerle. Cuando, de camino a la salida, paso por su lado intentando disimular, le veo tal y como es de verdad, sin el furor y el disfraz del cortejo, y sé que es un caradura, un prepotente engreído instalado en la mentira, un hipócrita que se describe como superviviente de la droga que en los suburbios ha perdido a toda una generación mientras, para mantener el ritmo, para preservar su aura de maldito, consume a espuestas en los bares de moda toda la nieve que le pongan delante siempre y cuando el gasto no corra por su cuenta.

Me alejo desencantada por la facilidad con que he capturado a la presa y me despido de mis falsas amistades, tan divinas como selectas, que se plantean dónde continuarán la fiesta. Atrás quedan el director de museo contemporáneo que saca tabaco de liar con dedos torpes y rostro abotargado, los dos periodistas que se pelean por llevarse a su cama al último y casi púber actor revelación, el audaz fotógrafo de países en guerra que clama por la abolición de la pobreza pero porta un peluco de muchos miles de euros en la muñeca y la prestigiosa arquitecta que ya sólo hace encargos para estados en donde las dictaduras que gobiernan amordazan a la prensa para que no puedan criticar sus fastuosos proyectos de inservible vocación esteta. Yo abandono el recinto y me recreo en los olores de esta hora de la noche. La calle aún tiene prendido en el asfalto un resto persistente de aroma del verano y me siento libre y anhelante, emocionada por la incredulidad y el temor que degustaré en los

ojos de mi próximo trofeo, por el olor de su miedo de macho atrapado, esa sospecha instintiva y desvalida del inocente que no intuye aún lo que le espera.

El aire pesa por la contaminación, un barrendero riega los jardines al borde de los cuales espera mi príncipe de novela montado en su corcel con forma de deportivo y yo me acerco dando saltitos con mis zapatos de cristal sobre la calzada mojada y me gusta y río como una niña pequeña que aún no se ha cansado de jugar. Hace que me sienta nueva.

Ahora mismo soy razonablemente feliz, mi lengua baila y se mece en mi boca al compás de mis pasos de tacones embarrados. Monto en la carroza con una sonrisa cándida y provocadora a un tiempo e informo al jinete enamorado que me aguarda impaciente de cuál es nuestro destino. Arranca de inmediato, se salta algunos semáforos y por momentos me dedica miradas de deseo mientras su mano de joven artista talentoso se adueña de mi rodilla, y palpa más arriba del borde de mis medias, y fisgona y descarada asciende por mi muslo con rumbo hacia mi vergüenza. La fabulosa promesa del arte se confunde, cree que se está llevando el gran premio pero la historia funciona al revés. Ignorante de su futuro, susurra en mi oído alguna perversión que espera muy pronto hacer cierta entre las sábanas y alaba mi voz ronca que le excita por las promesas que anticipa y besuquea mi cuello dejando en mi piel un tenue olor a ron y tequila. Busca mi boca y la encuentra, «hoy tus labios son burdeles», recita con la esperanza de que me asombre la capacidad evocadora de su genio, y yo acepto el cumplido como si nunca hubiera escuchado tal canción y simulo estar complacida y halagada procurando que no perciba mi rechazo, la desilusión de oír las palabras y las notas mancilladas y sucias, desvaídas y rotas nada más salir de su garganta.

—Dicen de ti que vas a comerte el mundo, ¿es eso cierto? —le sonsaco entre besos y bocados, ronroneando como una gata zalamera complacida por las caricias de su amo.

—Totalmente —me asegura—, pero antes voy a comerte a ti.

Sonrío de nuevo y en el auto que nos conducirá a mi casa y a mi cama y a mi horno y a mi restaurante y a mi mesa sé que no acierta a entender la ironía que encierra esa aseveración, hasta qué punto aberrante y cruel, aunque en un sentido opuesto al esperado, su premonición puede llegar a ser cierta.

19. Menudencias de joven artista con rebozado de galletas maría, acompañadas de palomitas de patatas fritas y salsa de refresco de naranja

—Pero... ¿estás contenta?

La frase de Agustín resuena en mi cabeza con ecos lejanos de desconfianza, terror y sorpresa, y despierto sobresaltada con la imagen de sus manos aferradas a las sábanas y los nudillos blancos y los labios desencajados y entreabiertos.

Mi pecho está agitado, mis rodillas tiemblan. Mientras me levanto para buscar una manta que me proteja de la humedad que se cuele desde el jardín por las ventanas entreabiertas, me recuerdo precavida que he de pedir a Estrella que compre más edredones para mañana, porque todos los de esta casa no serán suficientes para hacer retroceder la gelidez que sé que me aguarda.

Regreso a la cama, me concentro y cuento ovejas, o cuchillos, o latidos de un corazón que se enciende y se apaga gracias al esfuerzo de mis párpados cerrados que, de nuevo, pesan. Pero no duermo. Sé que es imposible, que no lo conseguiré porque Agustín se aparece una noche más ante mí con su sonrisa de dientes de hiena que refulege en la oscuridad y me pregunta lo mismo, vigilia tras vigilia, sin dejarme descansar:

¿Estás contenta?

Sé que no hay nada que hacer, busco una chaqueta y, poniéndomela sobre el camión, bajo a la cocina y desde allí salgo y cruzo el jardín para entrar en mi exclusiva, en mi tenebrosa sala de trabajo en la que con un interesante quehacer entretendré el insomnio de esta madrugada: idear

un Plato Efímero que se adecúe al sabor del joven artista hambriento de fama, sediento de éxito, cuyo regusto todavía siento, si cierro los ojos, en el velo del paladar y en la punta de la lengua al recordar sus manos y sus caricias, su avaricia de mi cuerpo, su fulgor, el olor de su cuello y la fuerza que brevemente me contagió y me hizo sentir viva y llena. Creo que la vainilla, la nuez moscada y la cayena le sentarán bien, y que no le vendría mal un ligero rebozado, puede que con un toque dulce que me haga regresar a esas tardes eternas de sábado, a las sesiones de cine a las cuatro con la boca llena de palomitas de maíz. Está claro, concluyo: será una receta decididamente infantil.

Me pongo manos a la obra convencida de que, en el fondo, le encantaría envolverse en la crujiente mezcla de galletas María y pipas de calabaza antes de ser freído, y apostaría todo mi prestigio como cocinera a que, con ron o sin él, le volvía loco el refresco de naranja que utilizaré para, tras reducirlo a fuego lento y mezclarlo con jarabe de mandarina, preparar una salsa que le acompañe y que contraste con las palomitas de patatas fritas infladas y saladas que me encargaré de elaborar en cuanto llegue a Barbantesa.

Haré un homenaje a su talento, vivirá su día más triunfal, aquel en el que fue admirado por los mejores críticos, encumbrado a la gloria por sus papilas ávidas de innovadoras sensaciones y originales experiencias gustativas presentadas bajo títulos largos, pretenciosos y herméticos que evoquen mucho y no digan demasiado, que no les permitan adivinar qué están saboreando. Será alabado, será deglutido y aplaudido y merecerá los elogios de todos cuantos le ennoblecieron como la más brillante promesa, como la gran esperanza blanca en un panorama adocenado para luego, poco a poco, irle olvidando, dejándole caer con suavidad, muy despacio, porque prefirieron correr detrás de valores más frescos y osados y, sobre todo, recién bautizados.

Me siento a gusto, me congratula portarme bien, hacer justicia con aquellos que me han dado tanto sin esperar más de mí que un mísero beso o hacerse partícipes de los placeres de mi cuerpo. Y es ahora cuando me reconozco como chef de verdad, catalizando sensaciones, dando protagonismo a las materias primas, dignificando las carnes y las vidas que serán nuestro sustento a diferencia de esas otras que cocinamos por compromiso, porque hay que aprovechar los cortes antes de que se echen a perder, porque después del placer de la caza se nos exige darle un sentido a las piezas cobradas y buscar pétalos de rosa para introducirlos en un cerebro y martirizarlo con clavos y cocerlo a fuego muy lento regándolo

después con espirituosos para que la salsa empañe la falta de sabor del seso, y preparar una gelatina con más pétalos de esas mismas rosas ya sin espinas para adornar y acompañar lo que por sí solo no tendría valor, aquello que no nos comeríamos si supiéramos de qué clase de animal proviene, un ejemplar enjuto y desabrido, desaborío y seco.

* * *

Me bajo del taxi cargada de recipientes a rebosar de carne y en cuanto me acerco al aparcacoches percibo en su rostro que el mío debe de estar horriblemente macilento a consecuencia de mi incapacidad para conciliar el sueño.

Qué se le va a hacer, suspiro para mis adentros, y me interno en las profundidades de la cocina dispuesta a solicitar que se pelen patatas, se desmiguen galletas, se cuaje una salsa espesa con litros de refresco de naranja y se consiga que el de hoy sea el día en que el joven artista se erija en mito devorado por bacantes dispuestas a apropiarse de su talento con el mismo entusiasmo con que él juró adueñarse de nuestro mundo.

Apenas me da tiempo a dejar sobre la mesa los tarros llenos de menudencias cuando oigo que suena imperioso el teléfono de pared de la cocina que, después de haberlo descolgado y tras asentir en silencio, un cocinero me acerca.

—¿Llegaste bien a casa, cielito? ¿Qué tal pasaste la noche?

Mientras intento no liarme con el cable kilométrico que amenaza con ahorcarme escucho el saludo de Simón que, con toda probabilidad, se siente culpable por haberme abandonado.

—Fatal. He vuelto a soñar.

—¿Con tu padre? —intuyo la urgencia, la preocupación latente en su voz.

—No, con Agustín.

—Déjalo, mi vida, no debes seguir preocupándote por alguien que no es nadie.

Lo que no le confieso es que también aparecía Ari en mi pesadilla. Hay determinados detalles que son menos peligrosos si no los revelo, si me los callo, si me los guardo para mí sola y nadie intenta forzarme a sacarlos afuera, y ése es el motivo por el que, con la excusa de empezar a trabajar, hago el intento de colgar.

—Simón, estoy ocupada, otro día te llamo y me cuentas qué tal acabó

tu fiesta.

—¿Y por qué no mañana? Lo tengo libre —me sugiere con tono pícaro.

—No podrá ser. ¿No recuerdas qué día es?

Al otro lado del hilo se hace una pausa larga, eterna.

—Ya comprendo —dice al fin—. No importa, mi vida, hablamos pasado.

No veo a Tomás ni a Estrella, es lógico pensar que él no haya aparecido aún y, en cuanto a ella, sé que debía ir al banco a primera hora, de modo que motivada y dispuesta a aprovechar la oportunidad de trabajar sin interrupciones comienzo, con la ayuda de otro pinche, a moler y tamizar para el rebozo las migas de galleta que mezclaré con el pan rallado aderezado con canela, vainilla y nuez moscada, en tanto en una olla de barro se espesa y toma cuerpo y olor la salsa de naranja que acompañará a la receta.

Me concentro tanto entre mis cucharas de palo y mis patatas a punto de estallar sobre el aceite que hierve para convertirse en palomitas, que comienzo a recordar al joven artista y su boca picante y gruesa frunciéndose desdeñosa al comentar el extraño nombre de mi palacete, enarcando luego una ceja incrédula al oírme decir que se debe a la triste historia de una joven doncella que sirvió en la casa y se enamoró, siglos atrás, de uno de mis antepasados, un señorito caprichoso y mimado que la poseyó pero nunca la llegó a amar. La muchacha se suicidó, como era de suponer, y su espíritu vaga por la casa desde entonces atormentando a todos los varones de mi estirpe, lo que tal vez sea uno de los motivos por los que, en las últimas generaciones, sólo lo hayamos heredado mujeres.

—Quién sabe qué sucedería si viviera aquí un hombre —le relaté—. Seguro que el fantasma terminaría hostigándolo hasta que se suicidase también, hasta que muriera en el jardín colgado de cualquier árbol.

—Invítame a quedarme y daré la vuelta a esta historia —recuerdo que respondí, seguro de su atractivo, osado y seductor—. Pintaré en el torreón, ese que tiene una luz encendida, y desde allí invocaré al alma en pena de la doncella hasta que también termine acostándome con ella.

Me río ahora rememorando su bravuconería, esa chulería pendenciera que no se borró de su rostro ni cuando se agotó la gasolina de su bólido. —«Voy flojo de pasta, nena. Estoy esperando a que los ladrones de la galería me paguen unos cuadros míos que han vendido hace meses»— y nos vimos obligados a aparcar en el primer hueco que encontramos y a caminar hasta la parada de un autobús nocturno que nos dejó en mi

barrio y al que subimos agarrados como dos adolescentes por más que cuando lo fuimos no nos hubiera interesado conocernos, sobándonos como dos perdidos hambrientos de sexo en los asientos traseros del vehículo abarrotado, saltando sobre las aceras, abrazándonos a las farolas, riendo quedo como niños que buscan jugar sin alborotar, echando carreras sin soltarnos, él con el preciado tesoro de una botella de champaña robada de la fiesta mal envuelta con su chaqueta y yo con mis zapatos de tacón en la mano. Sí, era un caradura embriagador y succulento, un desvergonzado, un tornado apetitoso y arrebatador de fanfarronería perdida tan pronto como comprobó que no controlaba la situación, que no era el invasor de mis dominios, el elemento perturbador en mi fábula de princesa dormida necesitada de vida real, de un varón de verdad, porque el cuento funcionaba justamente al revés y quien debía someterse, y obedecer, y dejarse morder y consumirse era él.

Me deleito en silencio con el recuerdo de sus manos crispadas, de esos dedos que tanto prometían, que tanto talento acumulaban y que terminaron aferrándose inútiles, débiles, vencidos, a un cuello, el mío, que no pudo llegar a oprimir como hice yo con el suyo, doblegados por el poder de mi voluntad, sometidos por la intensidad de mi beso, y tan entretenida estoy recordando mi combate de ayer y la noche que pasé junto a él que no me percató de la llegada discreta y silenciosa de Tomás, que me nota feliz y concentrada y que, aunque sabe que debería interesarse por mí, reñirme por lo que le he ocultado respecto a Esparbel, prefiere dejarme cocinar tranquila con el ardor de una mujer poseída por su don.

Más tarde se presentará Estrella, y en la cocina superpoblada de hormigas con delantal que preparan lo necesario para servir medio centenar de comidas se cruzará una mirada preocupada con Tomás y decidirá, ante la seña disuasoria de él, vigilarme discreta desde lejos, no olvidarse de pasar en algún momento por mi lado para comprobar qué tal nos está saliendo el invento.

Creen que no me doy cuenta pero sí que los advierto, les veo de reojo observarme con el gesto arrugado porque saben que mi bestia negra ha vuelto, y que la temo y, sobre todo, cuál es mi temperamento en estas fechas señaladas por mí en el calendario. Es esto último lo que les impide dar un paso y preguntarme qué tal me siento, si he dormido al menos unas horas o cómo he amanecido.

Yo, entretanto, sigo cocinando ajena a su preocupación y, por qué no, también a las mías, a las dudas que me comprimen y zarandean, a Germán y su actitud y sus secretos y su rebeldía que no se deja domar, y a

la irrupción en mi casa de un inspector de policía hambriento de odio, sediento de mi caída. Centrada en dar lo mejor de mí, en controlar hasta el último detalle, me muevo entre cazuelas y cuchillos indiferente y activa porque precisamente a eso he venido, a no pensar, a no recordar, a no tener presente todo lo que debo olvidar y las cadenas que me obligan a seguir y respirar en este absurdo mundo de los vivos.

En cuanto las raciones están listas y comienza a llenarse de clientes el local me arranco el delantal y salgo a atenderlos con un fervor tal que hasta pareciera que se me fuera la cordura en ello. No me permito una pausa siquiera para beber un vaso de agua porque no olvido el riesgo que corro si me relajo y me siento: el de volver a caer, el de perderme en mis sueños, y por eso de repente son más de las cinco y no quedan apenas clientes que hayan prolongado su sobremesa y me encuentro, exhausta, sola y sudando, contemplando la nada con la mirada febril de los desesperados.

—Me voy, estoy agotada —anuncio al traspasar la puerta batiente de la cocina en donde sólo permanecen algunos jóvenes limpiaplatos y mis dos socios que se toman un té acodados en la encimera.

—Cómo no lo vas a estar si no has parado ni un minuto. Tanta actividad no es buena. Y tampoco tantos quebraderos de cabeza —me recrimina Estrella, y no puede resistirse a añadir por más que una mirada reprobadora de Tomás intente hacerla desistir—: No sé cómo se te ha ocurrido venir a trabajar hoy después de lo que ha pasado con Esparbel.

—Lo hago para olvidar.

—Eso no evita que nos preocupemos —interviene Tomás, y sé que está al tanto, que ya le han informado de los detalles de la visita, de mi ofuscación cuando se marcharon y de lo sumamente arisca, más incluso de lo normal cuando se acerca esta fecha, que desde entonces me he mostrado.

—Quedaos tranquilos, mañana no haré ninguna estupidez —intento detenerles antes de que se ofrezcan a acompañarme a *Je Reste* o a llevar a cabo cualquier otra idea igual de cargante.

—Si quieres puedo llevarte a casa y pasar la noche en alguno de los cuartos de invitados —sugiere Estrella como si me leyera el pensamiento y le importaran un comino mis deseos.

—Muy amable por tu parte, pero no —deniego, molesta por este ramalazo de compasión que ni es habitual ni encaja en su comportamiento.

En el mismo instante en que termino de pronunciar la frase, Tomás comienza a proponer otro plan igual de absurdo, hasta es posible que más descabellado.

—Puedes venir a nuestra casa, Sonia y yo estaremos encantados...

—Lo único que quiero es refugiarme en mi dormitorio, descansar hasta reventar y después quedarme todo el día de mañana en la cama, sin agobios ni todo este cariño vuestro que agradezco, pero me aplasta.

Estoy absolutamente segura de que no respetarán mi voluntad, de que me dejarán marchar pero en cuanto llegue mi teléfono no parará de sonar. Ahora sólo necesito dormir, cuando amanezca ya me detendré a pensar cómo afrontar el dolor, cómo vencer la turbación y sobreponerme a las lágrimas y seguir adelante a pesar del sufrimiento que traerá el nuevo día, ese que por más que se sucedan los años nunca deja de repetirse en el calendario.

Imagino que algo leen en mi expresión contundente, supongo que la inamovible determinación de llevar a cabo mi solitario plan, porque ambos acceden y permiten que me marche con un escueto «Como quieras».

Desconfiando de la facilidad con que he conseguido no dejarme consolar, apresurada y decidida a no quedarme en este lugar ni un segundo más, me hago con mi gabardina y salgo dispuesta a internarme en esa mansión maldita a la que llamo hogar, cerrar la puerta a mis espaldas y durante un día entero no abrírsele a nadie por mucho que el mundo se obligue a gemir y retumbar.

* * *

Es una conjura para no dejarme estar sola.

Los árboles de mi jardín se comban a mi paso y se doblan sobre mí, casi se me atraviesan en el camino de gravilla como si no quisieran que entrara en casa, como si se negaran a que durmiera esta noche con la única compañía de mi sombra. Por fortuna, sus raíces los anclan al suelo y no pueden perseguirme por más que arañen los muros con sus ramas esqueléticas o curioseen a través de las ventanas con sus copas agitadas mecidas por el desconsuelo. No conseguirán invadir mi pena, no serán capaces de robarme estos momentos ni aliviarme del peso de mis recuerdos.

Quiero sufrir.

Quiero sentir el suplicio de nuevo.

Quiero saber que estoy viva gracias a mi calvario y a todas las personas que me importaron un día: los muertos.

Voy dejando a mis espaldas el rastro de mi ropa tirada por el suelo como si fuera el sendero de piedrecitas blancas del cuento. Subo por la escalinata de piedra y, a medida que asciendo, abandono mis máscaras quitándome más y más prendas, despojándome de vendas y ataduras en cada esquina que me sale al encuentro. Sin ropa interior llego al vestidor, con el vello de los brazos y los muslos erizado como un animal al acecho y el ombligo de mi vientre plano como un ojo que espiera cualquier asomo de mal en cada recoveco, mis miembros tan enjutos y espigados como los de una gacela, los pezones alerta como los cuernos de un caracol al viento y mi piel pálida como el lomo de una zorra ártica, hasta que me envuelvo en una bata como una camisa de fuerza que me acompañará en mi deambular hasta la biblioteca para desconectar la pantalla encendida con la inacabable repetición de animales en perpetua huida, de bestias feroces que los persiguen para darles caza, del eterno dilema entre la víctima y el depredador que hoy no me entretiene ni me recrea, que no alberga ningún sentido, que no me hace compañía siquiera. Hoy debo afrontar la realidad sin pasatiempos ni distracciones. Debo ser yo y no buscar excusas, y enfurecerme, y llorar sin trampas ni condiciones.

Apago las luces que descubro a mi paso y a oscuras alcanzo mi cuarto y me tumbo en la cama y, como una maldición que me atrapa año tras año, soy consciente de todos y cada uno de los nervios de mi cuerpo, del frío de mi tacto y de sus huecos que nadie cubre ni acaricia, que jamás volverán a estar colmados.

Hace años que duermo sola, ya no recuerdo el peso del abrazo de un hombre en una cama junto a mí, dándome calor, rodeando con sus manos mi cintura o aferrado como un bebé consentido a mis pechos. Y es que ninguno de mis amantes ocasionales me ha complacido lo bastante como para plantearme ni por un instante la posibilidad de que puedan acompañarme en mi lecho. Aunque también influye, claro, el hecho de que no logren sobrevivir el tiempo suficiente. Hago memoria y llego a la lacerante conclusión de que el último varón que pernoctó a mi lado, que se atrevió a cerrar los ojos y dejarse ir, a dormir desprotegido a pesar de tenerme cerca, fue Agustín, aquel muchacho insolente al que todos llamaban Tiny, el seductor de sonrisa perfecta y aplastante seguridad que dirigía una revista igual que si jugase una partida de póquer, el tirano

disfrazado de conquistador fascinado por lo grave de mi voz y mi cara inocente. El saboreador de hembras que poco a poco dejó de quererme sin que me diera cuenta, el héroe cuyo fuego se fue apagando a medida que yo crecía, y le cuestionaba, y le planteaba retos y dudas, y me volvía más mujer y menos niña.

Cómo fui tan estúpida, cómo me confié y le permití custodiar mi sueño a él, egoísta y vanidoso, prepotente e inmaduro, galante y superficial, cómo pude acabar oprimida por el peso de sus manos y sus besos que me aplastaban como si fueran de hierro. No me reconozco en esa Teté cursi y cobarde de antes, la misma inepta que se subió a su coche una tarde de lluvia sólo porque sabía que eso iba a molestar a Ofelia —la gran dama que le humillaba y se reía de las notas manuscritas mal redactadas que en su flamante puesto de director le enviaba desde su despacho—, la misma niña tonta que proclamaba que ese idiota le caía mal y, a pesar de todo, terminó por dejarse querer porque no tenía tanta experiencia como creía, porque fui fatua y presuntuosa, porque un día pensé que no estaba mal acostarse con él y reírse de su vanidad y de la estricta estrechez de miras de mi madre, que no había experimentado un orgasmo en su vida, que no sabía lo que era un instante de placer y se ponía verde de envidia cuando me veía regresar despeinada de madrugada, justo antes de que asomaran las primeras luces del alba.

Cómo puedo pretender parecer coherente al explicar que terminé conviviendo con ese hombre y por él rompí con todo, y fui expulsada de mi dormitorio de la infancia y de mi casa, repudiada por mi progenitora y odiada por mis compañeros de trabajo cuando, para colmo, no estaba enamorada, nunca le llegué a querer.

Tal vez era eso lo que buscaba, una excusa para insultar a Ofelia, para enfrentarme a ella con todas las consecuencias. Lo que no pude prever — porque ya lo he dicho pero no está de más repetirlo: me comporté como una ilusa, como una rematada ingenua— era que me fuera a salir tan absolutamente mal la jugada. Y es que ni siquiera la dicha de verla histérica, tan alterada y descompuesta, compensaba las molestias que a la postre me ocasionaba.

Porque resultó que el amor de Agustín no era eterno, porque se aburrió al cabo del tiempo y le pudo la rutina y el tedio en cuanto comprendió que ya era suya, que había domado a la fiera y conseguido el trofeo que era mi sumisión y mi cuerpo. Qué querrán aprehender los hombres que no logramos conservar, que nos lleva a perderlos y que extermina todo atisbo de afecto y compasión; qué provoca su rechazo y su daño; por qué se

vuelven intransigentes con nuestros defectos. De pronto dejamos de hacerles gracia y los despistes que antes les divertían les parecen torpezas inadmisibles, y nuestra risa se vuelve pesadez y nuestras caricias costumbres y nuestra piel, aquella que antes les parecía perfecta, deja de ser imán para sus dedos.

Al menos Agustín, y eso debo reconocerlo, tuvo el detalle de decirme que no me deseaba cuando me sentía más guapa que nunca, más completa, más llena. Sólo que a partir de entonces, como atada por un hechizo, como víctima de una condena, comencé a volverme fea. Nadie se dio cuenta pero yo lo sabía, tenía la íntima convicción de que lo era. La corrupción de mi alma, la transformación de mi dicha, la pérdida de mi belleza sólo la percibí yo. Iba por dentro, pero por fuera seguía siendo igual y, tal y como me ocurre ahora, nadie se percató.

—No estoy preparado para algo así —murmuró con la cabeza gacha, sin atreverse a mirarme a la cara—. Pero tú no te preocupes, Teté, yo me ocuparé de todo, no te faltará de nada. Fíate de mi palabra, no tengas miedo.

Y juro que en ese instante no lo tenía. Acepté sus promesas serviles, sus frases entrecortadas, la suavidad, la poquedad, hasta diría que la dulzura con que desgranó sus excusas improvisadas. Lo acepté con serenidad, con elegancia, con madurez. Incluso pretendí sin conseguirlo esbozar una sonrisa para que no sufriera, para que se quedara tranquilo. Sería fuerte. Resistiría. Qué iba a hacer, contra qué iba a luchar si no me pretendía ni deseaba.

Le permití que me besara por última vez, pero en la frente, dijo él, a modo de despedida, y ya no se atrevió más a tocar mis manos, ni siquiera a acariciar mi pelo, y aguardé con paciencia a que recogiera su ropa y se llevara todas sus pertenencias. Lo sobrellevé con indiferencia, procurando que no me afectara cada vez que pasaba por casa a llevarse una nueva caja repleta de chismes, una evidencia más de lo que había sido nuestra convivencia.

Únicamente le pedí, asumiendo que el apartamento que pertenecía a su familia no era adecuado para mí por mucho que insistiera en que quien tenía la obligación de marcharse era él ya que me abandonaba, que me concediera un plazo razonable para dejarlo. En cuanto pudiera le devolvería las llaves pero, por favor, dame tiempo para hablar antes con mi madre o encontrar un lugar mejor.

—No te preocupes, es lo mínimo que puedo hacer —se ofreció

complaciente y comprensivo, todo un señor.

* * *

—Estarás contenta —fue lo único que acertó a soltarme Ofelia cuando la llamé para proponerle un encuentro en algún lugar neutral.

En cuanto colgué me arrepentí de haber telefoneado, pero no podía dar marcha atrás, el mal ya estaba hecho y debía ser valiente y hasta razonablemente positiva: ahora tenía asuntos que solucionar y mi prioridad se cifraba en obtener su ayuda por más que sólo hubiera conseguido arrancarle aquella lacónica frase, esas dos palabras que, cuando era una niña, siempre precedían a la riña que estaba por llegar: «Estarás contenta», exclamaba esperándome en el umbral de la puerta con esa mueca mezcla de asco y reprobación y, quizás, un ligero atisbo de satisfacción porque una vez más se cumplían sus profecías y yo había resultado ser el fracaso que ella preveía, y mientras entraba en casa preparándome para el castigo que a mi juicio no merecía, intuía que, además del correctivo y el sermón, aquella frase entrañaba la promesa de la humillación y durante semanas, a veces hasta meses, sistemáticamente se me recordaría lo poco que valía, lo predecible que resultaba mi mal comportamiento habida cuenta de quién era yo hija, del desastre que fue en vida mi padre y de que, como a él, me aguardaba un funesto destino. La más absoluta de las ruinas.

Esperaba que al reunimos en su territorio, bajo la cúpula de ese majestuoso hotel, uno de sus rincones preferidos, coartada y comedida por la presencia de numerosas conocidas que frecuentaban aquella cafetería, se refrenase a la hora de echarme en cara la lista de reproches que guardaba para mí desde hacía tanto tiempo. No le gustaba cómo era, no me había educado en la indecencia ni en la falta de respeto, no me perdonaba nada de lo que había hecho. Mis actos para ella eran una desventurada sucesión de errores con resultados funestos: irme a vivir con un hombre sin estar casada, que éste fuera además mi jefe y nuestra relación comprometiera la publicación de sus recetas en la revista, y ser feliz, y existir, escribir libros de cocina sin su consentimiento en los que caricaturizaba su negocio y sus consejos...

Si no fuera porque, por la cuenta que me traía, pretendía arreglar lo

nuestro o cuando menos aliviar la carga de rencores que nos había separado durante tres años, que provocó nuestra ruptura y también nuestro silencio, no hubiera logrado contener la explosión de mi risa. Era todavía más mojigata, más absurda y antigua y estrecha de miras de lo que recordaba.

Al menos no se me pasó por la cabeza ofrecerle dos besos al verla, ni siquiera abrazarla al comprobar que me brindaba, soltándome ya de entrada su famosa reprimenda, aquel glacial recibimiento. Con todo, sí tuve tiempo para reparar, antes de que se sentara al otro extremo de la mesa de café que nos separaba y refrenaría nuestros impulsos de tirarnos de los pelos, en cuán desmejorada estaba.

—Estarás contenta.

—Has adelgazado mucho, mamá, ¿te encuentras bien?

—Perfectamente —y pese a que llevábamos mil días con sus noches sin hablarnos, en ese encuentro forzado y tenso no me dedicó ni una sonrisa. Tampoco la más mínima compasión ni, por supuesto, asomo alguno de generosidad.

El mismo gesto avinagrado de siempre, el cardado perfecto y la barbilla rígida, apretadas las mandíbulas a punto de empezar a ladrar, de soltarme la reprimenda reservada desde mi escandaloso motín, desde el día de mi rebelión. Bajo las capas de seriedad y censura y altivez la adivinaba satisfecha. Se congratulaba pensando que no tenía ni idea del vapuleo que me aguardaba, ella llevaba años esperando este reencuentro y no pensaba reprimirse, nada la podría frenar:

—Estarás contenta —repitió una segunda vez. Y aunque su frase era la esperada, Ofelia no era la misma. Su piel estaba más amarillenta y sus manos temblorosas, las venas marcadas, más profundas las ojeras, marchitos los labios y seca su vitalidad, hasta menos sonoras sus palabras.

—Sí, lo estoy —proclamé serena, y pudo ver en el brillo de mi pelo, en mi boca carnosa, en la extraña vivacidad que desprendía mi rostro terso y redondo, que era cierto. Nadie podría hundirme, no retrocedería un paso, no me vencerían su resentimiento ni su odio a pesar de que no obtuviera su apoyo, de que no me permitiera instalarme en su palacete, ni siquiera en el pabellón de invitados, de que no supiera adónde ir o estuviera a punto de ser desahuciada.

Estaba sola y perdida. Estaba sola y asustada. Estaba sola y desvalida y descorazonada y aterrada. Pero era fuerte y allí abajo, muy adentro, en el fondo de mi interior, sentía nacer una ilusión nueva, notaba cómo crecía

la esperanza. En verdad estaba sola, pero liberada.

Fue entonces cuando comprendimos lo poco que pintábamos las dos juntas allí, que ninguna cambiaría y no había salida posible para ese rencor que nunca se terminaría, que permanecería siempre entre nosotras obstinado y cerril. Ésa fue la primera vez —pero no la última— en que presencié cómo Ofelia se quedaba sin habla.

Despierto riendo y me asombro por ser capaz de hacerlo, ha debido de ser el recuerdo de mi madre, de sus facciones desencajadas al verme llegar, de su placer que tan poco le duraría al comprender que iba a arrastrarme, que tenía intención de rebajarme o suplicar. Se me hace raro, para la noche de hoy y el día de mañana había previsto llorar e, incluso, llegué a anotarlo en mi agenda: no ir al trabajo, estar en cama gimoteando, hacer examen de conciencia, sufrir hasta reventar...

Habrà sido el sueño que me juega esta mala pasada, concluyo, y sentada en la cama continuó disfrutando acordándome de Ofelia y su plan siniestro para someterme de nuevo, para devolverme al redil, para humillarme como creía que debía y conseguir al fin que aprendiera la lección de cómo han de comportarse las señoritas de buena familia. Lástima que le saliera el tiro por la culata, lástima que buscara el ocaso de los demás cuando no percibía que quien tenía una fecha de caducidad, inapelable y señalada, era ella.

¿Cómo pude ser tan necia y tan osada al pensar que podía contar con su mano tendida?, me recrimino y hasta me avergüenzo mientras me levanto y descalza me dirijo para beber un vaso de agua al cuarto de baño, ¿cómo se me ocurrió citarme con mi madre para intentar convencerla? ¿Cómo me expuse de ese modo imprudente a su inquina y a su aversión y le regalé la oportunidad de escupírmelo ante mis ojos? Nunca pretendí recuperar su amor o su respeto. Fue todo por necesidad, me digo. Y porque supongo que en eso consiste el sacrificio, añado luego. ¿Puede haber espejismo más grande que el creerte rodeada de gente sin darte cuenta de que estás llorando en medio de un desierto?

Al menos tuve la oportunidad de enfrentarme a lo que era y asumirlo, pude decirle adiós para siempre según sus reglas, elegantes las dos en un establecimiento de tanto prestigio, tan rígidas y educadas como dominadas por el rencor y la incomprensión, tan corteses como para jurarnos que nunca más volveríamos a hablarnos y, sin embargo, darnos un beso en la mejilla al despedirnos.

Suena el teléfono y sobresaltada lo cojo con rapidez sin reparar en lo que hago, olvidada de que me había prometido a mí misma alejarme del mundanal ruido hasta que acabara el día de mañana, permanecer sola en mi dormitorio sin nada que hacer más que digerir mi pena y mi rabia.

—Soy Estrella —informa al otro lado del hilo—. Sé que hemos quedado en no molestarte pero Tomás y yo creemos que debemos avisarte. Acaban de notificarnos del Ministerio de Sanidad y Consumo que mañana se va a presentar uno de sus inspectores en Barbantesa. Requieren que tú, como primera cocinera y cabeza visible del negocio, estés presente. Les he explicado tu situación pero son inflexibles, no puedes faltar.

—¿Por qué a nosotros? ¿Y por qué con tanta premura?

—Por lo que he podido averiguar es una inspección rutinaria y el procedimiento es el usual; si avisan con un día de antelación es para que no intentemos arreglar en unas horas aquello que estuviera mal. Pero no hay de qué preocuparse, lo tenemos todo en regla.

—Si exigen que esté allí, haré ese esfuerzo.

—En cuanto todo acabe te devolveré a casa en mi coche —asegura, dispuesta a demostrarme su agradecimiento—. Una última cosa: al parecer también acudirán con un par de agentes de policía, aseguran que en otros locales a veces la situación se pone tensa al descubrir cualquier fallo y quieren evitar problemas.

Trago saliva antes de soltar la frase que ronda mi cabeza desde que cometí la torpeza de descolgar el auricular:

—Estrella, ¿queda algún resto del Plato Efímero de hoy?

—Absolutamente nada, se terminó prontísimo.

—Cuánto me alegro —suspiro aliviada sin que intuya mis temores.

—Como los días anteriores, a duras penas alcanzó para unos cuantos comensales durante la cena —exclama satisfecha.

—Pues anuncia al personal que mañana no habrá plato especial, ya sabéis que en ese día nunca puedo cocinar. Y una última cosa: asegúrate de que antes de cerrar esta noche un pinche procese sin falta todas las sobras de comida en el triturador de basura; que no quede ni un gramo de carne ni de verduras ni salsas ni congelados en los frigoríficos que no sea lo que recibamos mañana a primera hora de los proveedores.

—No puedo estar más de acuerdo, ahora mismo daré la orden. Y oye, Teté... ¿Seguro que no quieres que me pase un ratito por tu...?

—No me llames Teté. Todos los años te preocupas y nunca me ha ocurrido nada. Sólo quiero pasar un día alejada del mundo, sólo uno, y

para colmo esta vez no lo voy a conseguir. A media mañana me tendrás allí.

Y antes de que pueda añadir algo más corto la comunicación con una indigesta mezcla de alivio y preocupación, aunque no sé cuál de las dos en mayor proporción.

Tendría que salir a dar una vuelta por el jardín, así me tranquilizaría y conseguiría que esta inquietud inesperada se calmara. Qué esperan encontrar los de Sanidad, y lo más importante, por qué ahora, casualmente con el inspector Esparbel pisando mis talones con sus sospechas y sus preguntas indiscretas.

Cálmate, me ordeno. Los restos de sangre, los cuchillos afilados, los ganchos para colgar carne, las picadoras, las trituradoras, las planchas y los fogones a rebosar de indicios son normales en una cocina como la nuestra. No hay nada que no debiera estar en ella. No son forenses ni investigadores criminales, son simples funcionarios que examinarán la salubridad de las instalaciones, de las cámaras frigoríficas, del baño. Nadie buscará huellas, nadie echa en falta a nadie y no tienen nada por lo que interesarse más allá de la calidad de nuestros ingredientes y la limpieza e higiene de Barbantesa.

No debo obsesionarme. No he de pensar tanto. No albergo nada que ocultar.

No me atraparán.

No hay que darle tantas vueltas o acabaré como papá.

Mejor me quedaré dentro de casa, decido de pronto, no se me ha perdido nada en el jardín. Si salgo será peor, los árboles se reirán de mis miedos y en vez de ayudarme, de animarme, me hundirán más todavía en la desdicha. Mejor me meto en mi cama y me entierro entre sábanas y me olvido de lo que ocurre a mi alrededor, de las nubes oscuras que se ciernen y las negras sombras que reptan y trepan al pie de mis cabezales y se mofan de mi cobardía. Sí, mejor dormir como si no estuviera en peligro, como si no me asustara soñar ni a la noche de hoy la persiguieran las densas tinieblas del día de mañana.

Creo que me he quedado dormida, sí, será eso, y sin embargo algo me ha despertado. El rumor de los árboles del jardín alborotados. ¿Qué hora es?, ¿las tres, las cuatro?

Algo aturdida, medio confundida por mi sueño profundo sin pesadillas ni recuerdos, por el paréntesis de consuelo que supone cerrar los párpados y dejarse ir sin angustias ni desvelos, me incorporo de la cama y aguzo el

oído. Los gatos maúllan y parece que arañasen algo, se pelean y suben a los árboles y corren frenéticos por el sendero de gravilla persiguiendo a los murciélagos que sobrevuelan el lugar donde Germán y yo mantuvimos nuestro único encuentro. No hay duda de que pasa algo.

Un rugido como un trueno surca la quietud de esta noche tranquila sólo alterada por el insólito fragor de las batallas felinas, sin borrachos en las aceras o prostitutas arrimadas a las farolas, sin parejas de estudiantes con hambre de sexo que, sin dinero para una pensión, ansían restregarse dentro de un coche de segunda o tercera mano sin temor a ser molestados a estas horas en que el mundo está callado y no suena el tráfico, apenas el débil golpeteo de los pasos de luz de los muñecos de los semáforos. El ruido me alerta y, sorprendida, extrañamente lúcida, me doy cuenta de que lo reconozco: es el bramido ensordecedor de una motocicleta.

De un salto bajo de la cama, corro hacia la biblioteca y, sin encender ninguna lámpara, la cruzo en un par de zancadas hasta pegar la nariz en los ventanales bañados por el rocío que se abren al balcón a la espera de descubrir quién origina ese estruendo y poder confirmar mis sospechas. Apenas diviso a lo lejos, sobre la calzada, la luz de un faro que se aleja por la carretera.

Comprendo, dejándome caer de rodillas sobre el parqué todavía con las manos sobre el cristal, que sólo puede ser Germán. No existen las casualidades, no debe de tratarse de nadie más. Si repaso con cuidado la lista de amigos y conocidos no recuerdo ninguno que alardee de una moto tan potente y ruidosa y sepa dónde vivo ni, eso es importante, esté dispuesto a vigilarme o espiarme o acecharme de madrugada tras mi verja.

No debí invitarle a venir.

No debí dejarle escapar.

Cómo pude olvidar quién era, perder los papeles, bajar la guardia.

Ahora tendré que hacer algo, quitármelo de encima de algún modo, ocuparme de él. Es fotógrafo, trabaja para la prensa. Sabe demasiado. Es peligroso.

¿Qué otra cosa podía hacer a estas horas bajo las farolas rotas que se ríen con sus blancos dientes mellados de mi angustia y mi desgracia?

Es un cazador, lo supe desde el principio, dejé que me engañara con esa tranquila apostura suya y sus maneras suaves pero rotundas, me avine a hacer un trato y luego, todo por mi culpa, después de acceder aquí dentro y averiguar tanto sobre mí, acabó por huir. Ahora anda libre por

ahí y se acerca demasiado y rompe las reglas y pone en peligro mi negocio, mi manera de subsistir, mi vivienda.

Debo tomar medidas, y pronto. No puedo dejar que me cace como a uno de esos fenómenos de feria que persigue con su cámara. No soy un bicho que observar a través de la lente de ninguno de sus objetivos.

Y mientras Ofelia se burla de mí y se ríe a carcajadas desde el pasillo y celebra mi miedo brincando sobre las alfombras, colgándose de las cortinas, encendiendo y apagando las lámparas a un tiempo y aplaudiendo alborozada como una posesa porque tu final se acerca, se acabarán tus noches y tendrás merecido castigo como lo tuvo tu padre en su día, decido que no, que no puedo ser su presa.

Caerá bajo mi abrazo pues soy yo quien ordena y manda. No la que huye, no la que teme, no la que tiembla.

Soy la depredadora, me repito a mí misma, soy la que decide la vida de los seres y el destino de los que atrapa.

20. Mil maneras de matar a un bebé

Te levantas una mañana temprano, con tu estómago en ayunas rugiendo su hambre y su vacío, y de pronto, nada más salir del baño, todo cambia.

Eso, al menos, me pasó a mí.

Lo veía todo con una inocencia recién estrenada, recorría nuestro apartamento desvencijado, poco funcional, repleto de torres de libros y periódicos y revistas atrasadas y era capaz de discernir, aún adormilada por el sueño y la voracidad del que no ha desayunado, que hasta el más mínimo rincón había amanecido cargado de un peligro potencial antes inadvertido.

En el cuarto de baño comencé a notarlo: el antiguo lavabo de porcelana, hasta entonces tan inofensivo, tenía al menos dos esquinas pronunciadas, mal encaradas y capaces de hundirse con saña en la frente menos avisada, y el suelo de la ducha resbalaba por ausencia de pegatinas antideslizantes, y el radiador eléctrico enchufado tras la puerta podría provocar un cortocircuito a causa del vapor de agua.

Siguiendo mi periplo llegué a la cocina con sus cajones a rebosar de cuchillos y tenedores puntiagudos, con esa ventana permanentemente entornada que cualquiera que quisiera abriría sin esfuerzo, con el horno a la altura de las rodillas que quemaba demasiado y el armario de las escobas atestado de productos tóxicos de limpieza que nunca dejábamos bien cerrado, también el escalón traicionero que separaba el salón del resto de la casa, las estanterías que siempre decíamos que íbamos a fijar a la pared por si un día se vencían a nuestro paso, los enchufes de la televisión y la cadena de música al aire, dispuestos a enredarse en los pies o a electrocutar a alguien, el botiquín en una simple cesta de mimbre al alcance de la más inocente mano, el mueble-bar colmado de vasos y

botellas de cristal a disposición de quien quisiera emborracharse o cortarse las venas, los abonos en el arcón de la terraza al lado de las plantas seguramente venenosas, la caja de los pendientes de mi mesilla llena de enganches puntiagudos y bolas de colores atractivos como golosinas dispuestas a encajarse en una garganta, las tijeras descansando tranquilas y asesinas sobre el escritorio, la balconada del salón de barrotes tan separados que entre ellos podría colarse un gato para precipitarse al vacío, las bufandas y los fulares del primer cajón de mi cómoda capaces de enrollarse en un cuello y estrangularlo sin perder su suavidad, la colección de estilográficas sobre la mesa del salón con sus plumines como arpones, y las macetas por toda la casa, dentro y fuera, aciagas y nocivas con sus hojas cargadas de alcaloides y opiáceos y flores y bayas tan atractivas como maléficas, tan dañinas como funestas.

Quién me lo iba a decir aquella mañana, cómo iba a saber yo que mi existencia se convertiría en una paranoia constante destinada a ir engordando un poco más cada día hasta volverme perturbada por completo, marcada por el temor al dolor y el miedo a perder aquello que ya, desde ese primer momento, se había convertido en la fuente de todas mis angustias y mis risas, en un ansia infinita.

Así que ese temor, ese instinto de conservación, ese analizarlo todo hasta la saciedad desenmascarando peligros en potencia e ilusiones veladas, ese saberse responsable de algo más que tu propia integridad, era estar embarazada.

* * *

—Me gustaría hablar contigo —solicitó solemnemente Agustín a la hora del desayuno, que se retrasó debido a mi recién nacida obsesión por inspeccionar hasta el último rincón de la cocina en busca de peligros al acecho de la inconsciencia de un niño.

—Como quieras —acepté, esperando mejor ocasión para confirmarle la buena nueva—. ¿Vas a querer tostadas o galletas?

—Lo que prefieras, Teresa, pero ven y, por favor, estate quieta.

Deduje que se trataba de algo serio porque empleó mi nombre en vez del apelativo que ahora tanto me molesta. Ese detalle fue lo que me llevó a ponerme alerta y sentarme nerviosa y atenta esperando una buena noticia en retribución a la que yo le tenía guardada, tal vez el anuncio de un viaje, un regalo inesperado que sin dudar aceptaría porque ahora,

acababa de decidirlo, iba a esforzarme por sobreponerme a la apatía y despertar en mí como fuera un nuevo interés por el padre de mi futuro bebé, ese al que había que inventarle un hogar.

—Dime, Agustín.

—No sé si ya te habías dado cuenta, pero... ya no te deseo como antes. No le veo sentido a que sigamos si pienso que ese sentimiento no va a cambiar.

Me quedé con la sonrisa congelada en mi boca entreabierta, colgada de los hilos de voz que no me salían, de alguna respuesta que tendría que sonar madura, responsable y elegante.

—No puede ser. No ahora.

—Sí, tiene que ser ahora. Me iré esta misma tarde. Antes del fin de semana habré dejado el apartamento, pero aunque sea propiedad de mi familia puedes quedarte hasta que encuentres otro lugar, no hay prisa por el momento.

Durante una décima de segundo se me pasó por la cabeza como un fogonazo que se apagó de inmediato la idea de callarme, la tentación de no decirle nada, de no informarle de la situación, de guardarme los cambios y cómo éstos afectarían a mi conducta. Podría intentar con un poco de esfuerzo ser como esas protagonistas de las películas que enmudecen y se sacrifican para no coartar la libertad del otro, para tener a su hijo en secreto sin rendir cuentas a nadie más que a su propia sangre, al fruto de su cuerpo.

Yo no soy de ésas. No soy ninguna heroína desprendida y emotiva, madura y entera. No valgo para el sacrificio, no busco sufrir si no es preciso. Anhele mimo y cariño, dulzura y respeto. No creo pedir mucho a cambio, eso es todo lo que necesito. Y, he de reconocerlo, no me importa chantajear a quien tenga cerca para obtener la paz que busco, para recibir el mismo amor que creo que merezco.

Así pues, decidí en un instante que no me importaba si Agustín era infeliz y me daba igual si tenía a otra que le esperaba golosa. Lo que debía hacer ahora era permanecer a mi lado no por mí, que tampoco le amaba e incluso desde hacía unos minutos le despreciaba, sino por nuestro futuro hijo. No estaba dispuesta a que creciera partido por la mitad en una casa desestructurada que sembrara su miedo a crecer. Precisamente porque sabía lo que se sentía en un mundo como aquél ése no era el futuro que deseaba para mi bebé. Y por eso no callé:

—No puedes dejarme. Estoy embarazada.

—Y... ¿estás contenta? —fue lo único que acertó a responder tras varios minutos en silencio.

Lo repitió varias veces, como un autómatas, mientras recobraba la compostura y aclaraba sus ideas.

—Sí —afirmé sin vacilar, y me quedé mirándole con curiosidad fría y objetiva, calibrando si acaso él constituía uno más de los peligros que había comenzado a detectar mi radar particular de madre en alerta y prevenida. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Preguntar si el bebé era suyo? ¿Ofrecerme dinero para ir a una clínica a abortar? ¿Echase a llorar llevado por la emoción o el pavor ante la carísima máquina de café que yo había decidido, siguiendo mi flamante plan de renunciar a todo vicio nocivo, no volver a utilizar jamás?

Nada ocurrió como esperaba. No hubo ramos de flores ni temblor de manos ni fervor ni llanto desatado, ni tan sólo una sonrisa propiciada por la satisfacción de saberse un semental. Ni siquiera acertó a decidir entre reír o sollozar.

—Me iré de todos modos —declaró con firmeza—. Cuanto antes.

Lo último que oí antes de verle salir escaleras abajo con la chaqueta a medio poner fue que no debía preocuparme, que no me dejaría en la estacada, que se comportaría como un buen padre a pesar de que ya no me amaba pero, debes comprenderlo, Teté: no puedo seguir fingiendo esta situación irreal por más tiempo.

No guardo ningún recuerdo de cómo me vestí o si finalmente desayuné o no, sólo sé que a partir de esa mañana comencé a convertirme en una figura de cera testaruda, pertinaz, egoísta y volcada en sobrevivir. Y que en la redacción, en nuestro círculo de amistades, para su familia y la mía me volví más si cabe una apestada, una muerta en vida.

* * *

—Soy Estrella, ¿puedes venir a mi mesa?

Después de una semana sin noticias de Agustín desde su marcha subí a la sexta planta, donde se ubican las dependencias nobles, ciertamente esperanzada, pues no en vano la que me había convocado era su secretaria. Recuerdo que por el camino, según mi reciente costumbre, me entretuve enumerando los peligros que podían asaltarme y que tenía la obligación de esquivar para mantener a Ari a salvo en su capullo: cables

tendidos en el pasillo porque hay conectado un aspirador, cajoneras abiertas que pudieran hacerme tropezar e incluso puertas de ascensor que se cierran aprisionando tu vientre si te despistas. En el antedespacho, su eficiente empleada me salió al paso:

—¿Qué tal te encuentras, Teresa? Ven, estaremos más tranquilas en esta sala.

La seguí dócil preguntándome qué pintaba ella en este encuentro y, de pronto, al descubrirnos allí sentadas las dos, sin señales de Agustín, entendí que él ya no quería volver a saber nada de mí.

—Veo que el jefe no va a venir —afirmé más que pregunté.

—Me ha pedido que hable contigo porque tiene varias cuestiones importantes que plantearte y... —me aclaró con ostensible incomodidad.

—Existen los teléfonos.

—... Él cree que es preferible hacerlo así.

—¿A través de mensajeros? Espero que al menos te pague un buen sueldo —y tras un largo suspiro encaré la cuestión—. ¿Qué es lo que quiere?

—Informarse de cuánto estás. Y también una prueba de paternidad.

Su crudeza me noqueó y, como confundida y agobiada yo tardaba en contestar, volvió a la carga.

—A ver, ¿has ido ya al ginecólogo, Teté?

—No... Sólo tengo una falta.

—Ay, Dios. ¿Y con una única falta aseguras que estás embarazada? —se escandalizó, y con una mezcla de incredulidad e incomprensión me estudió como si fuera una tarada que no distinguiera la diferencia entre sus fantasías y la realidad.

—Tienes que creerme, Estrella, lo noto en mi cuerpo.

* * *

—Estarás contenta —me acusó por tercera vez Ofelia, aquella tarde lejana en aquel elegante hotel, con su cara de hiena, con sus dientes tan afilados en mis recuerdos y sus ojos hundidos y apagados, fríos como los de un pescado congelado—. Todos te toman por una chiflada, dicen que te has inventado un embarazo porque no quieres irte del apartamento de la familia de Agustín y no tienes dónde caerte muerta.

—De eso quería hablarte —respondí esquivando sus dardos envenenados, obviando su insensibilidad, eludiendo bajar al fango de la

disputa y las mutuas acusaciones—, quieren que abandone el piso y necesito, necesitamos —rectifiqué— un sitio adonde ir.

—No cuentes conmigo —y paladeó con gusto cada una de esas tres palabras y pude notar cómo disfrutaba—. Y no sigas hablando en plural: no estás embarazada. Lo que estás es trastornada, como tu padre.

Sentí el deseo irrefrenable de abalanzarme sobre ella y golpearla, romper su sonrisa, destrozarla, borrar para siempre esa expresión burlona y dañina de su cara. Deseaba que sufriera lo que yo estaba sufriendo, que sintiera en su pecho el corazón como si fuera el mío y le doliese, que se asomara como un preso aferrado a su ventana y que fueran las piedras de la calle el único paisaje ante su mirada. Sin embargo, el recuerdo de mi nuevo estado me contuvo: no ponerme en peligro, precaución con la esquina de la mesa, más aún con sus uñas como garras, no sea que haya percibido tu ansia por soltarle una bofetada y quiera devolvértela...

—No te atrevas a hablar de mi padre, ni siquiera le menciones. Tú le volviste loco, tú le mataste —fue lo único que pronuncié mientras masticaba mi rabia.

—¿Yo? —su risa venenosa cortó el aire y bailó durante un acorde grotesco con las notas del piano que se propagaban bajo la cúpula dejándome sin aliento, helándome la sangre—. ¿Qué tonterías estás diciendo?, ¿ves como también estás loca? Eres igual de pusilánime, primero te inventas un embarazo y al final acabarás en un psiquiátrico, como él.

—No vine aquí a discutir sino para... —me contuve, apreté los dientes, me humillé—, pedirte un sitio donde vivir los próximos nueve meses.

—Si sólo se trata de eso ya sabes dónde está la puerta. No sacarás nada de mí y tampoco conseguirás hacerte con ninguna de sus propiedades.

—¡Al menos tengo derecho a la legítima!

—Su testamento lo dejó muy claro: en su estado yo era su tutora, la responsable de sus bienes. Por desgracia para ti, no dejó dinero en efectivo, sólo muebles, pinturas, alguna joya horrible y terrenos y fincas, y como seguramente sabrás porque no dudo de que te has informado, si no doy mi consentimiento para su puesta en venta no podrás recibir nada al menos mientras yo viva. Cuánto lo siento, querida: somos coherederas —se carcajeó con saña e inquina.

Me puse en pie con cuidado y, sin despedirme, sin dirigirle una última mirada, me dirigí despacio a la salida, con la cabeza gacha, atenta y

concentrada en sortear los obstáculos, en prevenir los riesgos y cualquier acontecimiento susceptible de hacerme más daño: cuidado con los coches al cruzar por los pasos de cebra, cuidado con las motos que invaden las aceras, cuidado con los empujones en el autobús, con los paraguas de puntas afiladas que pocos saben manejar, y cuidado también con los recuerdos que duelen, que zahieren y queman. Cuidado con la familia, con Ofelia que es la mano que empuja para que no saques la cabeza del agujero, y cuidado con pensar en papá con la camisa de fuerza después de la última crisis, después de su última disputa con mamá, la que empezó por mi culpa tras aquella aventura con los elefantes del circo. Ella relató a los agentes que discutieron, que él había intentado agredirla, que le echó las manos al cuello con pretensión de estrangularla, que prometía que la callaría para siempre porque era mala y perversa. Eso fue lo que declaró, pero yo no oí ninguna disputa aquella noche lejana, y luché por pregonarlo aunque nadie quiso dar por válida mi versión que aseguraba que mamá fue la única que amenazó y, violenta, gritó hasta la madrugada. ¿Quién creería a una cría de siete años que volvía de embarcarse junto a él en una descabellada liberación de animales circenses?

A la mañana siguiente aparecieron unos señores con batas blancas y se llevaron a mi dulce padre que se volvió amargo en aquel sanatorio lejano, en un entorno sereno en contacto con la naturaleza, al cuidado de un pequeño huerto, paseando a la orilla del lago cercado por los pinos hasta que decidió terminar de una vez por todas y colgarse del más alto después de un nuevo intento por visitarme que, gracias una vez más a Ofelia, le fue denegado.

Por eso mejor tener cuidado y no alzar la voz para que no me acuse también de haber perdido la razón, para que no acabe con Ari o conmigo, y llegar al apartamento y descansar para intentar buscar una solución más tarde, lejos de ella y su rencor.

Pero lo único que encontré allí fue otra notificación del abogado de Agustín, que seguía sin dar la cara, instándome a dejar el piso.

—¿Cómo puede ser tan inhumano después de decirme que no me metería ninguna prisa? —chillé arrojando la carta sobre la mesa de Estrella.

—Ponte en su lugar —respondió hastiada después de un par de semanas lidiando entre nosotros—, no le has dado ninguna garantía de que tú...

—Ya tengo fecha para la ecografía, la semana que viene se cumplirán

dos meses y la fotocopiaré y la pegaré por todas las paredes de esta oficina —aseguré ofuscada—. Que no se me note ni ande vomitando por las esquinas no quiere decir que no esté embarazada.

—¿Y la búsqueda de un nuevo apartamento?

—Estoy en ello —ladré.

—Mira —flaqueó su secretaria—, yo no me he puesto de su parte y no dudo de tu palabra, pero es mejor que hables sólo conmigo a que sigas insistiendo en ponerte en contacto con ellos. Su abogado es un energúmeno sin corazón y el mismo Agustín se está poniendo tremendo. No sé qué apuros le han entrado pero sí te digo que esta situación se ha descontrolado. ¿Has hablado con tu madre como te pedí?

—Me respondió que debía afrontar las consecuencias de haber vivido en pecado sin estar casada. Que lo único que le quedaba hacer por mí era rezar y, de ser cierta la noticia de mi estado, por su «nieto bastardo».

* * *

Llaman por teléfono pero no me levanto. Hoy no estoy para nadie, todos han sido avisados, los miembros del servicio doméstico saben que no deben venir a trabajar ni molestarme en mi sufrimiento y mi descanso; mis pocos amigos también; hasta los pinches de cocina más novatos de mi restaurante y los jardineros del vivero están al tanto.

La consigna es que me dejen tranquila hoy, 15 de octubre. Nadie debe molestarme el día de mi santo. Tengo mucho que conmemorar. Muchos cadáveres que llorar.

Sin embargo, el timbre vuelve a sonar con insistencia y no me deja dormir, ni lamentarme, ni soñar, y empiezo a enojarme. Alguien está perturbando mi paz, me está sacando de mis casillas y de mi luto particular de lágrimas despedidas.

—¿Quién es? —vocifero a la persona que esté al otro lado del hilo.

—Soy Estrella, en una hora llegan los inspectores de Sanidad.

—No lo he olvidado, ¿para eso me molestas?

—Hay más, han avisado de que un alto cargo del ministerio se propone acompañarlos.

Me callo, y en el tiempo que tardo en digerir la noticia pasan ante mi mente una sucesión como una cascada, como un alud vertiginoso y destructor de imágenes y recuerdos: la trituradora de comida del restaurante; los arcones de mi cabaña a rebosar de paquetes de carne

congelada; el inspector Esparbel y su compañero llamando con encono a la puerta de mi casa para recabar información acerca del librero y su huida y el coche de Benjamín aparcado a una veintena de metros de mi verja y por todas partes decenas, centenares de sospechas y de policías que no me dicen nada, que parecen evitarme pero, nadie podrá convencerme de lo contrario, me vigilan.

—Teté, ¿sigues ahí?

—Dentro de una hora, no me olvido.

* * *

Nunca me gustó octubre, siempre odié este mes. El viento que me enreda el pelo, la imposibilidad de predecir el clima, el no saber si hará frío o calor y, sobre todo, la horrible vuelta a la rutina, a las tardes que se acaban pronto, a la noche que se te echa encima.

El 15 de octubre de hace cinco años, día de mi onomástica en el que nadie se acordó de felicitarme, salí de trabajar con el cansancio pegado a la espalda, con el agotamiento acumulado de tantas preocupaciones que no me consentían dormir, con la amenaza de un futuro incierto que me apuntalaba las pestañas y la lasitud inherente, por más que negaran mi estado, de las primeras semanas del embarazo.

Sólo quería llegar a casa y quitarme los zapatos cuando introduje la llave en la cerradura y comprobé que ésta ya no giraba. Intenté no enfurecerme, hay que tener cuidado con las emociones fuertes, no es conveniente que suba la tensión, Ari quiere un entorno apacible, crecer en un organismo relajado sin sustos ni sobresaltos...

No pude, cómo no ceder a la ira si Agustín y su abogado no habían respetado el plazo acordado. Y cómo seguir, adónde ir sin ropa, sin enseres, sin comida, si todo estaba dentro y ni siquiera podía entrar para recuperar lo más básico.

Desesperada, hice acopio de todas mis fuerzas y de mis pocas monedas y bajé a la cabina telefónica frente al portal, pasando de la esperanza al desconsuelo, de la seguridad de un hogar a la calle y al relente y la indiferencia de la gente.

Llamé a Agustín, pero a pesar de que nunca le acosé desde nuestro final su número había cambiado.

Llamé a su abogado, pero su teléfono estaba apagado.

Llamé a mi madre y una de sus sirvientas me comunicó con firmeza

que no deseaba ponerse al aparato.

Llamé a las puertas de los vecinos, pero ninguna se abrió a pesar de que desde numerosas mirillas me espiaron.

Llamé a Tomás, que estaba de viaje pues trabajaba como viajante de vinos caros.

Llamé a los pocos amigos que me quedaban desde la irrupción de Agustín en mi vida y ninguno supo darme una solución.

Llamé a un cerrajero y le conté una enrevesada historia sobre la pérdida de mis llaves, pero no me creyó.

Llamé a los bomberos, pero no consideraron que mis avatares constituyeran una urgencia suficientemente imperiosa como para echar abajo una puerta.

Llamé a los que hasta ahora había considerado mis suegros, que intentaron hacerme reflexionar acerca del valor de sus derechos y los de sus herederos sobre el apartamento, que me explicaron que de buen grado me acogerían si no fuera porque no creían que esperase un bebé y, además, tampoco querían ofender a Ofelia, la autora estrella de su editorial, la más vendedora, la que les daba de comer.

Nadie se compadeció.

Nadie me prestó un pañuelo ni secó mis lágrimas.

Nadie me prestó un hacha.

Todo parecía tranquilo, paseaba ya poca gente por la calle. Pronto dormirían, malditos, con la preocupación diaria arrojada a un rincón como ropa que se ha usado y descansarían con las ventanas y los párpados cerrados mientras yo, sin rumbo por la calle perdida, sin saber a quién llamar en esa noche sin final, ya no sentía el ruido de mis pasos.

Llorando, a punto de derrumbarme, me acordé de pronto de Estrella. La llamé y me pidió que no me moviera de ahí, que enseguida vendría a por mí. Mientras la esperaba comencé a sentir una pequeña corriente de calor entre las piernas pero, olvidada de mis deberes por un momento, descuidando mi exacerbado instinto de conservación y esas reglas que me había impuesto y escrito a fuego en mi memoria por el bien de Ari y por el de mí misma, no le presté atención.

Agarrándome al respaldo del banco donde aguardaba me levanté y conseguí ponerme de pie antes de ver su rostro preocupado y que murmuraba una retahíla de insultos dedicados a Agustín y a su abogado.

Entonces me desmayé.

Fue después, en el hospital, donde enloquecí.

Nunca me gustó octubre, siempre odié este mes. El día de hoy es gris y desapacible, el viento me enreda el pelo nada más pisar el sendero de gravilla y los gritos desgarrados de los árboles de mi jardín me persiguen hasta el muro como el llanto exagerado de un coro de plañideras cargado de amenazas, de agonías funestas.

Aún es pronto pero la mañana se adivina áspera y oscura. Abro la cancela del viejo portalón y antes de echar a correr hacia el taxi que me espera me topo con el mismo coche de policía de ayer, con sus luces encendidas para conjurar la negritud del clima y, tras él, una grúa que engancha el vehículo de Benjamín con la inequívoca intención de remolcarlo para sacarlo de aquí.

Hago ademán de subirme al taxi pero de pronto me detengo. Hoy festejo que soy una fiera, una depredadora, un ser maquiavélico y demente que no cede en su hambre ante nadie, que no se deja arrastrar por la cobardía o el temor.

—¿Por fin se lo llevan? —comento a los agentes que dirigen la operación mientras me aparto el cabello de la cara que el aire agita e improviso una máscara de inocente preocupación—. Ya era hora, este barrio está plagado de vehículos abandonados.

—Sí, señorita —me informa cordial un agente con toda la pinta de novato—, pero no porque esté abandonado sino porque pesa sobre él una orden judicial.

—¿Lo han utilizado para cometer algún delito? —me finjo asustada y, qué demonios, en verdad lo estoy.

—No, no se preocupe —sonríe por mi ingenuidad y trata de tranquilizarme—. Se trata de su dueño: ha desaparecido.

—Espero que no sea algún vecino...

—Posiblemente se trate de alguien que se ha dejado llevar por el arrebató de cambiar de vida y lo haya dejado aparcado en el primer sitio que encontró. De todas formas tenemos que investigar todos los cabos.

—Pues tengan suerte con sus pesquisas —asiento con simpatía, abro la puerta del taxi y me despido con la mejor de mis sonrisas.

En cuanto emprendemos la marcha siento cómo me acuna el traqueteo y despacio me adormezco, soñando con el futuro, mecida por la duermevela tras pasar buena parte de la noche en blanco a pesar de que

ahora no puedo ceder ante el sopor. Debo permanecer despierta. Tengo mucho en que pensar.

¿Y si nos cierran el restaurante?, me planteo, ¿qué haré si no puedo cocinar? No consigo aparcar la sospecha de que alguien nos haya denunciado, de que esta repentina inspección sanitaria no sea tan casual como dice Estrella o, al menos, como le han contado.

He puesto todo el esmero del que soy capaz en no suscitar reticencias, me repito, soy alguien aparentemente normal, inofensiva, una mujer demasiado ocupada como para dilapidar mi tiempo embarcada en juegos siniestros, con un calendario tan apretado que ni para planear mi venganza encuentro un momento, que la tengo que dejar correr, que se me escapa y no la puedo atrapar y se me hunde y la sepulto entre mis tareas incumplidas.

No me cabe duda: alguien tiene que habernos señalado, rumio en mis adentros llevada por la rabia. ¿Quién puede haber sido?

La competencia: nada les gustaría más que nos cerraran el local.

Un cliente insatisfecho: nuestros precios son excesivos para las cantidades que proporcionamos.

O tal vez mi nuevo rastreador: Germán. No es un tipo de fiar, lo supe tan pronto como le vi. ¿Por qué le permití hurgar en mi privacidad?, me riño una vez más. No tendría que haber olvidado en qué se gana las lentejas, dejarme arrastrar por su sonrisa y su piel curtida bañada en los reflejos de oro de su barba. No debería haber perdido la calma ni permitirle entrar en mi vida.

Y sólo puede haber sido él, no se me ocurre plantear otra opción, ninguna alternativa, ni más persona que busque mi ruina. De pronto se me viene a la mente una pero, supersticiosa e irracional, me da tanto miedo que no la quiero ni contabilizar. Es alguien que me aterroriza tanto como lo hacía mamá y no ignoro que ahora que ella está muerta, de eso estoy plenamente segura, nadie más puede desear con tanta intensidad mi mal, ningún otro puede albergar tan oscuros motivos como para pretender mi caída.

A ver cómo hago para salir indemne, cómo detengo esta sangría con el local lleno de inspectores y la policía tras de mí desde hace días. Si esto es idea del inspector Esparbel, si ha regresado, si ha logrado recomponerse y como antes me hostiga, únicamente me queda una salida: irme de aquí para siempre.

El taxi se detiene ante el restaurante y, pese a que me puede el

impulso de gritarle al conductor que no se detenga, que siga adelante y me deje en el vestíbulo de la estación de tren o del aeropuerto, sin maleta ni dinero en efectivo ni plan de huida ni destino conocido, lo cierto es que no habito en el fotograma de ninguna película y ni siquiera yo soy tan egoísta, tan malvada, como para dejar tirados a los dos fieles compañeros que esperan dentro.

Por ese motivo pago la carrera y me bajo con calma y entro en la cocina por la puerta de atrás con mis ojeras y mi desaliento, con mi desaliño y mis labios aún hinchados sin maquillar, y mis vaqueros raídos y en la cara la pena pintada, la inminencia de la ruina inminente, las ganas de llorar.

—Aquí estás —me saluda Tomás, y me sorprende su aparente buen humor, esa sonrisa franca y abierta que no parece guardarme rencor.

—Ven a saludar a este señor tan importante, Teresa —me reclama Estrella, y su calma no me parece natural, incluso en una hembra de sangre fría como ella. Algo ocurre, diría que es fingida.

Obedezco, y me postro dócil y sumisa ante el impassible funcionario y con estupor contemplo su rostro circunspecto y alcanzo a distinguir que éste es uno de esos instantes eternos en que todo pende del capricho de la bolita que rueda y salta sobre esta ruleta injusta que es la vida, rojo-negro, rojo-negro, que juega a ponerlo todo del revés sin avisar y provocará que lo que hemos tardado en levantar tantos años se derrumbe por mi culpa como un castillo de naipes.

Todavía estoy a punto de retroceder, de echar a correr y olvidar para siempre este teatro que no entiendo, pero me vence la inercia de la obediencia, de la fidelidad debida a mis amigos, y avanzo unos pasos hasta acercarme al representante del ministerio y estrecho su mano y escucho cómo me dice entre brumas si me encuentro bien, se me ve mala cara y querría que estuviera muy despierta, pues necesita de mí un par de importantes respuestas.

Accedo, qué más me dará un nuevo interrogatorio. De inmediato echo un vistazo y advierto los rostros preocupados de Estrella y Tomás en tanto que varios hombres con bata blanca —siempre las batas blancas, cuánto me desagradan— y unos maletines repletos de probetas, algodones y frascos llenos de líquidos misteriosos inspeccionan con parsimonia cada esquina de la cocina, de la nevera a la encimera y, al fondo, a través del cristal esmerilado de la puerta que da acceso al comedor, se recortan a contraluz las siluetas de dos agentes uniformados con sus placas brillantes, sus pistolas al cinto y ese aire seguro, imperturbable, que adquieren los policías.

—¿Es usted el chef principal de este local, de Barbantesa? —dispara impasible el alto cargo ministerial enarcando una ceja.

—A estas alturas pensaba que eso ya lo sabía.

—Se trata de que nos lo confirme. Queremos que nos asegure de viva voz que es la máxima responsable de los menús y de todas las recetas y, también, quien da a sus asistentes las instrucciones relevantes sobre cómo prepararlas.

—Sí, yo soy la principal culpable junto con Tomás, el segundo de a bordo, ahí presente y con cara de preocupación.

—¿Puede confirmarnos que los llamados Platos Efímeros son fruto de ideas, composiciones y técnicas de su exclusiva creación?

—Así es —por fin llegamos al meollo de la cuestión. El funcionario, de pelo casi blanco cortado a cepillo, porte austero y gafas metálicas tan frías como su rostro, consulta sus formularios con mesura y me deja a la espera del siguiente golpe, el definitivo, que quisiera evitar pero en cambio resignada, con todo dado ya por perdido, aguardo con los párpados cerrados. Tic.

No me cuesta nada imaginarlo: las frases restallando en mis oídos preguntando por el tipo de carne utilizada y de qué animal se han extraído las piezas, hablándome de las muestras que han conseguido de un plato servido con anterioridad y que han sido analizadas en el laboratorio sin que yo lo supiera... No puedo permanecer quieta, mis manos se disparan, se colocan sobre la mesa y mis dedos, como siempre que estoy nerviosa, como siempre que me abstraigo porque mi mente se entretiene y me aleja de este mundo que no aguanto, comienzan a tamborilear furiosos, desesperados.

—Un momento, por favor, sólo queda una última comprobación —reacciono ante su voz y abro los ojos, tac. Y compruebo que busca con la mirada a los tres funcionarios de batas blancas y éstos levantan sus manos con los pulgares en alto y el rostro de mi interlocutor se distiende y sus facciones se relajan. Ahora es cuando me detienen, lo sé, se sonrío porque me han pillado con las manos en la masa.

—Está bien. Cumpla con su deber —le digo y me rindo ante las evidencias, y no extiendo las manos ante mí para que me coloque las esposas porque este tipo de gestos dramáticos siempre me han dado vergüenza.

—Permítame que le exprese mi enhorabuena. Es usted, doña Teresa Sinde Valverde, máxima responsable de Barbantesa, merecedora del Premio Nacional de Gastronomía.

Tomás y Estrella prorrumpen en carcajadas cargadas de alivio y me miran con expresión satisfecha.

—¿Es esto una broma, se puede saber qué está pasando? —exijo, confundida y casi molesta.

—¡Nos han concedido un premio a la excelencia, Teresa! —gritan a dúo mis dos socios con auténtico entusiasmo.

—Por la originalidad de sus propuestas culinarias y la extraordinaria calidad de las materias primas —corroborra el funcionario embargado al parecer por una impensable emoción—. Desde el ministerio llevamos largo tiempo siguiendo su andadura profesional y sólo precisábamos esta breve inspección sanitaria para confirmarlo. Mi más sincera felicitación: es el mejor cocinero del año.

No sé qué decir, es todo tan esperpéntico que hasta me sorprendo por este golpe de la fortuna. Me dan ganas de reír, de gritar, de insultar a este burócrata bienintencionado, de llamarle estúpido o incluso de besarle, qué más dará si cualquiera de mis acciones será interpretada al revés de mis intenciones. Me apetece salir afuera y respirar, estallar donde nadie me vea y pueda tomarme por loca. Pero ahora todos me observan, esperan una reacción, y que sea la correcta.

—No sé qué decir —y no miento, me muestro sobrepasada por la sorpresa—. Quisiera avisar a todo nuestro equipo, este galardón es suyo también, debemos compartirlo con ellos —planteo.

—¡Y con la prensa! —reacciona Estrella con su incuestionable eficiencia, con su innegable sentido del marketing y la oportunidad.

—Hay que celebrarlo —corroborra Tomás descorchando una botella de champaña que no sé de dónde ha sacado y comenzando a llenar copas para los hombres de bata blanca, para los policías y hasta para el funcionario, de pronto festivo y risueño, tremendamente diferente al hombre de antes, tan adusto y reservado.

—Si me disculpáis, mientras montáis la fiesta voy a salir un momentito: ha sido una impresión demasiado grande. Necesito ventilarme, noto que me falta el aire.

A diferencia del representante del ministerio y sus hombres, que desconocen mi pasado, que no saben qué día es hoy, mis dos compañeros no se sorprenden por mi apresurada huida. No me pasa desapercibido que se sienten tentados de acompañarme pero, al final, les puede la responsabilidad con el negocio que tanto nos ha costado edificar y el temor a mi enfado si no respetan mi hambre de soledad.

Me encamino al exterior sola, siempre sola, como quiero estar, y noto en mi nuca la intensidad de la mirada preocupada de Tomás, que por educación se queda dando conversación al portador de la buena nueva mientras Estrella toquetea su teléfono móvil y medita a qué periodista llamar en primer lugar para anunciar la noticia.

Salgo a la calle una vez más por la puerta de servicio y el primer golpe de viento me estalla en la cara y lo agradezco. Me apoyo en la pared dispuesta a ver pasar el tráfico, a contemplar el esplendor otoñal de los árboles del Retiro que hoy, en una generosa tregua que el Ciprés Calvo ha ordenado que se me conceda, como los 15 de octubre de todos los años, no se ríen de mí, que me ignoran pese a que me conocen desde siempre, que hieráticos y ausentes no cotillean ni se empeñan en entrometerse en mis asuntos porque, ocupados como están con ponerse al tanto de las novedades, ni se inmutan por mi presencia.

El aire me llena los pulmones y comienzo a asumir que tardaré en volver a casa y meterme en mi cama, que esta vez el día será diferente y no sé si es para mejor o peor, si debo sentirme tan triste como estoy o quizás algo más animada para no desentonar, porque todos parecen alegres y me sentiré culpable si me ven llorar.

El ruido de una motocicleta hace que mis instintos se agudicen, que los ojos brillen a su pesar, que se me humedezca la boca y la lengua, juguetona, se relama aún a costa de un cierto dolor que persiste en mis labios que se niegan a cicatrizar. Me yergo, respiro, mi piel se sacude el polvo del dolor, en mi pecho insectos desconocidos reptan y aletean y me preparo, me pongo en guardia mientras el piloto de la moto reduce la marcha, aparca con cuidado sobre la acera y, tras poner el cepo a la rueda, se retira el casco de la cabeza.

—Hola —me saluda sin rodeos.

—Creí que no volvería a verte. Está claro que hoy mi intuición no funciona como debiera.

* * *

Dicen que mi grito sonó como un alarido espantoso en todas las salas del hospital. Dicen que subió desde Urgencias por el hueco de la escalera y planta por planta se extendió por los quirófanos, las habitaciones de los

enfermos, las zonas de espera y hasta las dependencias de las enfermeras. Dicen que las flores envueltas en papel celofán que adornaban los pasillos se marchitaron. Dicen que los bebés del nido no pararon en toda la noche de llorar.

En cuanto a mí, sólo sé que Ari era tan pequeña que no me dejaron tenerla ni un segundo, ni siquiera mecerla una única vez, y pese a que rogué para que me la trajeran aunque fuera en un botecito, en un frasco pequeño de cristal para poder llevármela a la casa que en realidad no tenía y contemplarla todos los días, flotando como un hada con sus alas de sangre y sus ojos aún sin párpados en su mar de líquido amniótico o envuelta en formol, como los monstruos, como si no existiera la palabra eternidad, no me dieron permiso. Yo sólo quería estar con ella, cuidarla, echarme a dormir junto a su cuna de tierra cuando decidiera el lugar en el que más a gusto se sintiera, allí donde debería enterrarla.

Opusieron vaguedades acerca de los pesos de los fetos y los tamaños que establecía la Ley para considerarlos viables y permitir que dispusieran de ellos sus familiares. Ari era tan pequeña, tanto, que ni ser se le consideraba siquiera, como si no hubiera existido, como si nunca hubiera sido concebida, como si no existiera. Yo desgrané peticiones, motivos y lamentos sin parar, argumenté hasta quedarme ronca los fundamentos de mi demanda, de mi súplica, hasta de mi vacío al que no quería volver, al que no podía regresar.

Finalmente, terminé por implorar.

Como seguían sin atenderme, como nadie comprendía los motores de mi ansia, las causas de mi necesidad, volví a chillar. Ahí fue cuando los médicos comentaron que no había superado el golpe, que mi reacción era desproporcionada, que algo no funcionaba bien dentro de mi cabeza. Quiénes eran ellos para medir la intensidad de mi aflicción, para calibrar mi pérdida, para pesar la hondura de mi dolor y cronometrar cuánto tardaba en desgarrarse mi pecho y en cicatrizar la angustia en mi voz o la desmesura de mi pena. Sin embargo, continuaban obcecados en que mi recuperación era anormalmente lenta, en que mis ojos no se cerraban ni mis llantos se acallaban, en que sufría demasiado, y se dirigieron a Estrella para saber de algún familiar al que pudieran avisar.

Ahí sí grité de verdad, aterida por el pavor, cuando vi aparecer a mi madre con su falsa amabilidad asomando la nariz tras la puerta de mi blanca habitación, y entonces, pese a que llevaba días negándome, prometiendo ser buena, resistiéndome con toda mi alma ante esa medida de fuerza, no les quedó más remedio que asirme los brazos a la cama con

esas inquebrantables, irrompibles correas de cuero.

Ofelia, de común acuerdo con los médicos y tras ponerles al tanto de los antecedentes familiares, sugirió, en cuanto estuve recuperada físicamente, mi traslado al mismo centro psiquiátrico donde terminó por suicidarse mi padre. Ninguno de mis amigos de entonces, ni tampoco Estrella, Tomás o Simón, pudieron hacerle frente para evitarlo. Todos cuantos intentaron detenerla, convencerla de que era una pésima idea, hacerle entender que en mi situación aquello sería mi ruina definitiva, que anticiparía mi trágico final, se toparon con su cerrazón y su impasibilidad como un muro tan blanco y alto como aquel que cercaba a papá, alguien más lúcido y valiente que yo que una tarde decidió colgarse de un árbol cuando asumió que nunca saldría de allí por su propio pie, que jamás iba a lograr escapar.

Nada más ingresar en aquel lugar indagué entre los enfermeros acerca de la localización del pino que eligió para echar a volar libre para siempre de su sombra, para saltar más allá de la espesa tela de rocío y babas que mi madre había tejido para controlarle. Ninguno acertó a darme razón de su situación exacta, quizá mintieron por miedo a mi reacción o realmente había pasado tanto tiempo desde su fatal acrobacia que nadie lo recordaba ya.

La estancia fue larga pero tranquila gracias en parte a que ella, la araña negra y peluda que tenía por madre, nunca acudió a visitarme. Por el día nos encerraban en sus jaulas de cemento para que aprendiéramos del león, por las noches atrapábamos corazones asfixiados y disparos en su honor. Yo contaba elefantes, cocinaba canciones, tejía lechugas en el huerto, plantaba niños pequeños, recolectaba dibujos y lápices de colores que colgaban de los árboles, organizaba circos de hormigas, llevaba la contabilidad de los desbarajustes de los pájaros en el cielo, hacía castillos de tenedores con la cubertería de plástico y fingía ignorar las lágrimas y las risas de los otros enfermos, con sus ojos alerta siempre estudiándome.

Así pasaron las horas, los días, las semanas y los meses hasta que un mandamás, tras consultar al eficaz personal médico que nos sancionaba y drogaba de un modo razonable si nuestro comportamiento era aceptable, decidió que estaba capacitada para reinsertarme en la sociedad. Y en esas me vi libre una mañana de verano tras jurar olvidarme de Ari, de Agustín y de sus padres, y prometer no mandar más cartas incendiarias; no llamar a nadie a deshora y no rondar sus casas de madrugada ni cruzarme en sus caminos y no molestarles nunca más; ni inventar, ni mentir, y dedicarme

solamente a mí.

Cuando dejé atrás el umbral de mi cárcel de pinos portaba en una mano un considerable número de informes que daban cuenta de mi recobrada cordura y en la otra una maleta. Y dentro de ella, sin que nadie lo supiera, escondida con sumo cuidado en un doble fondo, segura y mullida tras el raso, disimulada bajo delicadas prendas de ropa, protegida y a buen recaudo, mi venganza agazapada, y callada, tal y como la había adiestrado durante todo el tiempo que allí había pasado.

—Te quedarás conmigo, en mi casa —me propuso Estrella en cuanto franquéé la puerta de barrotes de la entrada.

—¿Y Ofelia?

—No creo que sea bueno para ti verla. Está muy enferma, se está muriendo.

—Me alegro.

Y sin más acepté esta nueva vuelta del destino y me conformé con la justicia que impartía, y me senté dócil en su automóvil, como me habían enseñado a parecer durante mi estancia, y bajé la ventanilla para sentir el viento en mi rostro sólo cuando mi nueva amiga, que aplanada por el peso de su mala conciencia no sabría en el futuro negarme nada, me lo hubo autorizado.

—¿Qué día de la semana es hoy? —pregunté.

—Miércoles.

—¿Y te han dado permiso en la revista un miércoles para venir a buscarme?

—Ya no pertenezco a su plantilla. Obviamente, tú tampoco —añadió con lógica irrefutable—. Vamos a tener que buscarnos algo, Teresa. Menos mal que contamos con un buen colchón de dinero.

El resto del trayecto lo empleó en ponerme al tanto de los cambios de nuestra situación. Me habló de la dura negociación que llevó en mi nombre con la empresa tras mi ingreso en el pabellón de reposo, de cómo falsificó mi firma y demostró que yo le había otorgado poderes para negociar por mí, de cuánto le costó recabar todas las pruebas médicas necesarias para demostrar que mi aborto fue consecuencia directa del maltrato psicológico con que Agustín me había castigado tras nuestra separación y cómo él usó los medios de la empresa para beneficiarse en asuntos de índole personal.

—No hubo juicio porque gracias al abogado que busqué llegamos a un ventajoso acuerdo. Cada vez que iba a visitarte les aseguraba a todos que

te consultaba cada una de las decisiones, sin embargo decidí mantenerte al margen, espero que me perdones —suplicó, aminorando la voz—. No quería entorpecer tu recuperación con este desagradable asunto, sólo procurarte una seguridad monetaria para el futuro, que no volvieres a preocuparte por el dinero.

—¿Y tú, Estrella? ¿Te encuentras bien?

—Ahora sí. No podía seguir respirando ese ambiente infecto después de todo lo que hicieron contigo.

—Entonces... somos libres —concluí, aún abrumada.

—Podemos asociarnos y montar algo, una pequeña publicación, una empresa de promoción cultural... ¿Tienes algún deseo en concreto?

—Me gustaría abrir mi propio restaurante —fantaseé.

—Lo haremos, pero con tiempo. Ahora debes descansar.

Obedecí. Mantuve a raya mi impaciencia y fingí hallarme recompuesta, publiqué el *Grimorio*, posé con mi mejor cara y vi pintada en las esquinas mi sonrisa en venta, a la luz de los focos, bajo el estruendo de los aplausos, siempre tan enigmática y cargada de secretos y mentiras. Y permití que Estrella se inventara pasajes enteros de mi biografía, y juntas encubrimos mis dos años de internamiento y convalecencia con la invención de viajes por Europa destinados a ampliar estudios culinarios aunque lo que sé lo aprendí en realidad de mi madre y no hay nada más allá de sus técnicas, y del arte de Malvina y del libro de recetas de la abuela y las clases espiadas a escondidas en su escuela de cocina.

Y escuché las ofertas de los directivos de televisión, y no pensé en buscar un local para nuestro negocio hasta después del triste, del lamentable fallecimiento de Ofelia, que se obstinó en dejar el hospital para morir dignamente en su cama, para esperar rodeada de sus cortinas venecianas y sus jarrones de rosas y sus pinturas de marcos dorados a que terminara de consumirla el cáncer que ya asomaba en sus ojos, que ya se le escapaba por cada poro sin que se diera cuenta aquella lejana tarde de nuestra conversación bajo la cúpula del hotel Palace.

Los periódicos se hicieron eco de su desafortunada defunción. Una tarde de domingo en que buena parte del servicio libraba, salió con su bastón a pasear entre los árboles que rodeaban su mansión, tal y como los médicos le recomendaron pese al desagrado que por la naturaleza manifestaba. Nadie sabe cómo, pese a lo debilitada que estaba, fue a parar cerca del estanque. Quién sabe si allí, en la penumbra de un jardín tan extraño, le apeteció acercarse a contemplar el brillo de los peces de colores

en su plácido nadar o encontró a *Rodolfa*, con su cabecita de serpiente tan semejante a la suya y esos ojos oscuros y como muertos que la espiaban bajo las turbias aguas, que trazaban elipses al compás de las hojas, que perseguían enigmas y susurraban secretos y la amenazaban con morir sola.

La encontraron al día siguiente arrodillada en la hierba y con la cabeza metida en el estanque entre nenúfares y lirios, el pelo despeinado y sin su clásico cardado, que ya no podía mantener enhiesto como en sus mejores tiempos, enredado de esporas y alas de libélulas, habitado por las tijeretas, repleto de huevas de insectos y arañas de agua.

La autopsia dictaminó que su muerte se debió a una serie de catastróficas desdichas: el cansancio le causó un vahído y como consecuencia de éste cayó quedando parcialmente sumergida. Murió ahogada. Nadie oyó ni vio nada sospechoso y por fortuna nadie reparó en las huellas pequeñas, femeninas y delicadas, obsesivas y sádicas que ascendían por el exterior de la tapia de la parte trasera de la finca, como tampoco se fijaron los funcionarios del juzgado ni la policía, al ir a levantar el cadáver, en la hierba arrancada al borde del estanque, clara señal de su lucha por salir de él, por librarse de mi abrazo.

21. Sabor de amor

Qué incoherentes son los periodistas, pienso mientras el viento azota mi melena. Llegarán en tropel a la puerta del restaurante dispuestos a felicitarme por el galardón, a hacerse eco de mi medalla y convertirme en diosa de los fogones del mismo modo que hace menos de una semana me arrastraban por el lodo tras ser golpeada por aquel energúmeno o unos pocos años atrás, en fecha similar a ésta, reclamaban una investigación por la muerte de Ofelia.

Y, sin embargo, nunca se percataron de la más que misteriosa desaparición de Agustín. Ahí, con toda probabilidad, sí debieron de existir testigos. Perfectamente podría haberme visto entrar en su portal cualquier transeúnte o algún vecino indiscreto a través de su mirilla pudo recrearse en mi espera silenciosa durante horas en la escalera, y en el juego de seducción que desplegué en el descansillo cuando él apareció, y en el asalto con nocturnidad y alevosía para que me dejara atravesar su puerta. Pero nadie dijo nada y no creo que a estas alturas de mi vida sienta esa ausencia suya como una amenaza por la que pagar o rendir cuentas.

—Qué incoherentes sois los periodistas —digo al fin—. Imaginaba que no te atreverías a regresar por aquí.

—He venido a felicitarte.

—Me han concedido el premio hace sólo tres minutos. ¿Ya ha llegado la noticia a tu agencia?

—Me refería a tu santo. Hoy es Santa Teresa —aclara Germán.

—Nunca lo celebro —su rostro se ensombrece tras mi respuesta y no me importa. Hoy me apetece ser cruel, me obliga la sangre, me lo pide el cuerpo y él no merece mi compasión, no después de estrechar en torno a mí su cerco—. Sé que me vigilas, anoche oí tu moto al pie de mi tapia. No

es la primera vez que la siento.

—Intentaba ser amable —insiste, evitando responder a mi acusación, y no consigo adivinar qué esconde tras su rostro que pretende mantener inescrutable.

—Al principio creí que te atraía; después de lo que sucedió en mi jardín, que te repugnaba. ¿Qué quieres ahora de mí, seguir hostigándome hasta darme caza?

—Ojalá no fuera así, pero te busco. No puedo negarlo.

—Me dijiste que era extraña. ¿Por eso me acosas, porque soy el espécimen exótico a quien fotografiar, quieres atraparme e intentas que baje la guardia?

—Soy un perseguidor, me siento incapaz de dejar de acechar. Antes que el amor o la amistad está el hambre por disparar mi cámara —confiesa con dolor y con asco, con avidez y recelo, sin poder escapar de ninguno de esos sentimientos.

Me desarma, no sé qué responder. Decido esperar a que algo interceda y nos obligue a romper el muro en que se está convirtiendo nuestro silencio.

Providencialmente, o tal vez no, un taxi se detiene ante nosotros en la calzada. Nos giramos hacia el conductor dispuestos a sacarle de su error porque no le hemos llamado, pero no llegamos a articular palabra porque tras él aparca otro coche gris, sucio y desvencijado, sus puertas se abren y de su interior descienden dos agentes de policía que, por supuesto, reconozco de inmediato.

—Fíjese bien, ¿es ésta? —Esparbel se acerca a mí señalándome con el gesto fiero de un inquisidor y alzando la voz para dirigirse al taxista, que me examina con atención.

—No sé qué decirle... De lejos lo parecía, pero ahora no puedo asegurarlo.

—A ver, obsérvela con calma, no tenemos prisa —insiste acosándole e ignorándonos por completo mientras Lirón, consciente de nuestra confusión y, para mi asombro, por una vez despierto, me informa:

—Perdone las molestias, se ha denunciado la desaparición del consejero delegado de una conocida editorial y una de las pistas nos ha traído hasta usted. Hemos localizado a este conductor que afirma haberle dejado durante la noche en que se perdió su rastro ante un palacete que, según su descripción, concuerda con el suyo.

—No soy la única persona de la ciudad que vive en uno —alego, plena de candor y serenidad—. ¿Acaso no le dieron a este señor la dirección de

destino?

—Es una lástima, pero no. Al parecer el cliente no tenía claro el lugar exacto y, dada la hora intempestiva, solicitó al taxista que diera un rodeo por el barrio para ver si alguno permanecía con la luz encendida —me explica Lirón cargado de paciencia—. Estuvieron circulando sin rumbo fijo hasta que le ordenó detenerse ante una mansión con un jardín muy frondoso, pero como la calle estaba oscura no pudo ver cuál era su número, aunque todo nos indica que puede tratarse de *Je Reste*. Acabamos de pasar con él por delante y afirma haberla reconocido.

—Le entiendo, no es un lugar que se olvide fácilmente —interviene irónico Germán.

—Aun así —interrumpo, por lo que puedan seguir insinuando—, sigo sin comprender qué tiene que ver conmigo. Ni siquiera sé a quién se refieren, escribo libros de cocina y conozco a la mayoría de los editores del sector. ¿Eso me hace sospechosa? —les recrimino, amable y sonriente en mi pose de damita inocente.

—Tenemos la confirmación de que él y una de sus empleadas mantuvieron con usted hace poco una comida de trabajo en su restaurante.

—¡No puede ser cierto! —me sorprendo, o al menos intento aparentarlo—. ¿Está diciéndome que se trata de él?

—Dejémonos ya de tanta comedia —Esparbel corta mi pamema y aborta el show de mi disgusto—. ¿Qué nos cuentas, Manolo, se trata o no de ella la mujer que viste a través del retrovisor cuando te marchabas?

Manolo, el taxista, no me quita el ojo de encima, y llega a incomodarme de tan fijamente como me mira hasta el punto de que, en tanto emite su veredicto, yo contengo el aliento sintiendo que me fallan las piernas y me falta el aire y mis mejillas pierden su color.

—¡Esto es inadmisible! —protesta Germán—. Están haciéndola pasar por una rueda de reconocimiento ilegal.

—Qué reconocimiento ni qué niño muerto —Esparbel esquiva la acusación con su voz cavernosa que revela sombras que acusan, que envían mensajes velados que sólo yo sé interpretar—. Entiendo sus ganas de hacerse el héroe y protegerla, pero esto es pura rutina.

No sé qué hacer.

Los cuatro hombres me cercan y vigilan, cada uno a su modo, me contemplan de hito en hito esperando encontrar en mí un rastro, una culpa, un temor o una cobardía que requiera su protección o aliente sus sospechas. Debería reaccionar, no lo ignoro, pero me vence la ruina, la

perdición me acecha, me ganan las ganas de dejar de luchar, de acostarme y dormir en una cama limpia o en una celda sucia, qué más da, y ocuparme de soñar con lo perdido sin detenerme a valorar lo que los demás puedan pensar de mí.

Por eso dejo que me analicen, que me reflejen sus ocho pupilas negras, y laxa, pasiva, aturdida, me dedico a esperar. A ver de qué lado cae la moneda.

—Oiga, usted es la de la tele, ¿a que sí? —pregunta al fin el taxista.

—Eso me temo —admito con hastío.

—Por eso su cara me resultaba tan familiar... —y deja entrever una sonrisa.

—¿Y no será porque la otra noche la viste recibir en la puerta de su casa a tu pasajero? —sugiere con viveza Esparbel.

—Ahora que lo pienso no puede ser esa mujer —confiesa Manolo—. Estoy seguro. Aunque tenga el mismo color de pelo, la misma altura y sea igual de delgada, la que yo vi tenía otro porte, cuando abrió los brazos para recibir a mi cliente era como un murciélago gigante desplegando las alas y envolviéndolo por completo. Y sus facciones también eran diferentes, parecía crispada, con los ojos fuera de las órbitas, daba verdadero miedo. Cómo va a ser usted ésa —y se vuelve a los agentes para confiarles saleroso—: A mi señora le encanta su programa y tiene todos sus libros de cocina. Ya verán cuando se lo cuente...

—Anda, Manolo, tira para adelante, que buena nos la lías —se rinde Lirón, y con su mano traza un gesto para ordenarle que suba a su taxi y se largue.

Pero el buen señor se demora y no se marcha hasta que le he firmado un autógrafo para su santa y me ha plantado dos sonoros besos en cada moflete mientras los demás aguardan ofuscados y silenciosos. Por fin se despide con un encogimiento de hombros mezcla de disculpa y desdén que, creo entender, dedica a los policías.

Tras verlo arrancar y desaparecer me vuelvo hacia los hombres que me rodean. Uno menos, ahora sólo quedan tres. Germán, bien asentado al suelo con sus piernas abiertas, los puños en las caderas y una expresión inquieta sombreada por sus espesas cejas, parece todavía dispuesto a batirse en duelo por mí, al menos mientras Esparbel permanezca aquí y me fulmine con ese rictus que le cambia la cara, una mueca lóbrega, rencorosa y enconada que su compañero no percibe.

—Asunto resuelto —exclamo burlona mientras recupero el resuello—. ¿Desean alguna otra cosa los agentes? ¿Una nueva acusación que

formular?

Es Lirón quien, en vista del enojo de su superior, da cuenta de las novedades:

—También queríamos comunicarle que efectivos de la Guardia Civil, que desde hace meses seguían los pasos de una importante banda de traficantes de arte, han accedido esta madrugada al interior de un chalet que mantenían bajo vigilancia y han encontrado los libros sustraídos por su amigo el librero. Según los primeros interrogatorios, los vendió con miras a obtener un cuantioso botín y fugarse al extranjero.

—Gracias, saber que en algún sitio continúa vivo y coleando me quita un peso de encima —proclamo con fervor y sin aludir a lo torticero de esta falta deliberada de información mantenida en secreto, justo cuando el testimonio que creían tener contra mí ha caído por su propio peso y no les queda otra baza ni medida de presión. Me tienta la idea de recriminarles su descarada manipulación, pero me callo, lo que quiero es que se marchen de mi vista bien pronto y librarme de su acoso.

—Sí, es todo un alivio —responde para mi sorpresa Esparbel, y por su regocijo sé que guarda un as en la manga, que tiene algo más que añadir. Y que me va a doler—. Tenerlo detenido es una garantía de que no volverá a fugarse y, mejor todavía, de que a partir de ahora nadie va a pretender hacerle daño.

La frase, dicha con ese tono asquerosamente retador, con esa contundente seguridad, cae sobre mí como una bomba de fragmentación. Nada de lo que declara puede ser cierto, pero me inquieta saber que espera de mí una reacción, que me provoca, que me pincha como a una bestia a la que quiere hacer salir de su agujero. Le estudio con detenimiento, mi némesis deja asomar la dentadura entre sus labios reseco y quebrados en algo parecido a la sonrisa de un cocodrilo, distingo las venillas rojas que surcan sus córneas y los colmillos amarillos, más afilados aún que los míos, y me estremezco buscando una salida.

No la encuentro, de modo que hablo sin pensar, encomendándome al demonio que me guía:

—Vaya, y yo que creía que no quedaba nada de él después de haber servido en Barbantesa las «Milhojas de librero anarquista». Qué lástima que se acabaran y ya no puedan probarlas.

Germán suelta, sin poder evitarlo, una carcajada sonora y profunda, sorprendido por mi respuesta inesperada que no sé si a los otros llega realmente a hacerles gracia; Lirón frunce el ceño y me mira con reprobación, diría que incluso con suspicacia, y Esparbel se limita a sacar

las manos de los bolsillos para efectuar un aplauso burlón que encara con desgana.

—Ja, ja, ja. Muy ocurrente. Supongo que se refiere a uno de sus tan cacareados «Platos Efímeros», esa bazofia de diseño por la que cobra una millonada a esos esnobs. Búrlese de nosotros, pero sepa que no se nos ha pasado por alto que los nombres de esos platos son curiosamente proféticos. Un día de éstos vamos a tener que ir a su restaurante a investigarlo.

—¿También? —le provoca Germán, harto de tanta ironía cargada de amenazas—. Lo que deberían hacer es dejar de molestar a los ciudadanos honrados y no inculparlos con pruebas falsas o intimidando a los testigos, como ya se ha visto que han hecho con ese pobre taxista.

Esparbel, que acaba de cruzar con Lirón la señal convenida para iniciar la retirada, que apenas había comenzado a moverse tan despacio como una estatua que hubiera conseguido romper el hechizo que la mantenía presa, sometida a mi vigilancia, encadenada a mi ruina, se torna ahora rápido y ágil, peligrosamente dispuesto a devolver la pelota, a golpear donde más duele y sacar de su error a Germán, cansado de este ignorante defensor, de su pose de inútil caballero de la dama sospechosa y embozada que resulto ser yo.

Él mejor que nadie sabe hasta qué punto estoy envuelta bajo capas y capas de apariencias falsas. Por eso, decidido quizás a salvarle, comienza a escupir su sarta de razones y palabras:

—Voy a seguir vigilándola hasta que un día pueda apresarla —afirma serio y obstinado, como un cruzado o un fanático—. Tú, en cambio, deberías largarte, aún estás a tiempo. No tendrías que fiarte de su pose de niña buena, te chupará la sangre y la vida...

—Inspector Esparbel, no siga por ese camino —le reprende iracundo Lirón, dotado de una repentina e impensada autoridad—. Piense en el marrón en que nos mete. No olvide que continuamos siendo policías.

—Coge tu moto y márchate —continúa éste lanzando su perorata a Germán, sin obedecer a nadie más que a su odio y a sus certezas—. Aunque estés hechizado todavía te queda una oportunidad para escapar. Te la estoy ofreciendo.

—Inspector, cállese y venga al coche —insiste su compañero, apelando a su responsabilidad y a su cargo—. No me obligue a dar parte y que vuelvan a apartarle del servicio.

—¡Déjame en paz, Lirón, la cosa no va contigo! —masculla girándose por un instante antes de continuar ametrallándonos con su retahíla de

advertencias y maldiciones—. No soy un demente, es sólo que no consigo encontrar pruebas —afirma desesperado—. Todos los hombres que se han acercado a ella terminaron por desaparecer: su antigua pareja; el joven regidor de televisión que aparcó su coche a pocos metros de su casa; el directivo de esa editorial y seguro que más que desconocemos y se nos escapan.

—Eso no son más que suposiciones —intenta hacerle comprender Germán.

—¿Y qué me dice de los testigos, eh? ¡No puedo inventármelos! Siempre declaran que la última persona que los vio con vida fue ella. ¡Ocurrió con todos! Y también con Camilo. Es una bestia devorahombres sedienta de sangre, una aberración de la naturaleza.

—Inspector, es la última vez que se lo digo: si no se aviene a entrar en el coche me veré en la obligación de informar por radio a la central —amenaza su guardián como último recurso, tirando enfurecido de la gabardina arrugada de su compañero de la que ya nadie se preocupa, que ninguna mano primorosa de mujer plancha por las noches, e introduciéndolo a la fuerza en el vehículo policial hecho un guiñapo, congestionado y nervioso, murmurando palabras tan inconexas como las que farfulla Lirón para hacernos comprender el trauma reciente que le supuso el fallecimiento de su esposa y regresar al trabajo tras tanto tiempo en el dique seco y tener la mala, malísima suerte de toparse conmigo otra vez.

El automóvil arranca brusco, como un caballo desbocado que ninguno de sus ocupantes fuera capaz de dominar. Dos más eliminados, ahora sólo queda Germán que, como yo, contempla noqueado y absorto cómo se alejan, dispuestos a desaparecer y dejarme descansar al menos otro día más.

No podemos apartar la vista de su estela. Siguen resonando en nuestros oídos los ataques, los llantos cargados de promesas de venganza, del juramento de no olvidar y perseguirme hasta darme caza y, cuando me enfrento ante Germán, tardo un segundo en comprender que son sus ojos los que me miran y no los de Camilo en su día, años atrás, que hace ya tiempo creí haber olvidado, esos ojos estrellados de tan brillantes, ardientes y entregados, asombrosamente iguales a los de su padre pero sin asomo de rencor ni sufrimiento, limpios y honestos, sin trazas de haber conocido la corrupción, sin haber probado los sinsabores de la vida a pesar del disfraz con que cubría su cuerpo tierno, del rímel y la pintura

que subrayaban de negro sus párpados y que no consiguieron empañar el fulgor de las lágrimas fervorosas con que me tendió su ejemplar y me rogó una dedicatoria y después, si no me importunaba, un minuto nada más, para hacernos una foto y estrechar la mano de su ídolo, de la suma sacerdotisa de la cocina sangrienta a la que después se atrevería, con esa osadía e ingenuidad de la juventud, a invitar a una bebida y, si se lo permitía, charlar un ratito nada más.

—Mi padre es policía —me confesó, cándido y atrayente, ajeno a su encanto, dispuesto a todo con tal de agradar—. No está contento con cómo soy y mucho menos con cómo me visto. Sé que se avergüenza de mí y no me reconoce como hijo suyo, por eso me siento tan identificado con lo que relatas en tus libros. Dejas entrever secretos tan íntimos que el que sepa leer entre líneas podría tener acceso directo a tu corazón. Eres muy valiente —afirmaba, henchido de admiración.

—El valiente eres tú, yo no tengo un padre inspector. Aunque también mi madre me hizo la vida imposible durante mi adolescencia. De hecho, todavía lo sigue haciendo: en ocasiones puedo percibir a su fantasma vagando por los pasillos de mi casa. Sé que si lo contase me tomarían por una tarada, pero tú me das confianza —reconocí con fingida complicidad.

—Pero yo ya no soy un adolescente, sino un hombre —matizó altanero—. Ni siquiera me parezco a esos seguidores tuyos que se visten de negro para impresionar —afirmó, sin darse cuenta de que todos dicen lo mismo—. Soy como tú, auténtico, y ahora que te tengo tan cerca hasta podré negar ese estúpido rumor que difunden sin pensar.

—¿Qué rumor? —pregunté intrigada, desoyendo sus galanterías.

—El que sostiene que tu piel es tan blanca porque eres un vampiro.

—Qué tontería. ¿A ti te lo parezco? —reí desconcertada—. ¿Y en qué se basan?

—En tu palidez, como ya te he dicho, y en que nunca usas el ajo como ingrediente en tus recetas y en que en las entrevistas has declarado que tienes insomnio y trabajas mejor por la noche... Si quieres sigo.

—Pero yo salgo por el día, aunque no tan temprano como debería, lo admito.

—Y has reconocido que no te miras en los espejos.

—Eso no significa que no pueda reflejarme en ellos. Lo único que falta es que digan que duermo en un ataúd.

—Muchos defienden que tu mansión, en cierto modo, ya lo es.

—¿*Je Reste*? Eso no lo consiento, vas a venir ahora mismo a visitarla para que luego cuentes a todos que es una falacia —me hice la ofendida,

pero sin perder de vista mi trampa que acababa de ser tendida—. Siempre que tu padre te dé permiso, claro está —le provoco.

—Yo entro y salgo de mi casa cuando quiero, tengo ya casi dieciocho. Qué me importa a mí lo que diga el temible inspector Esparbel —proclama rebelde y crecido.

—Entonces estás seguro de querer venir...

—No hay nada que desee más que conocer tu palacete, en ocasiones he esperado ante su puerta y te he espiado tras la reja esperando verte —admite con expectación de mitómano enardecido, de pobre campesino de cuento que sueña en sus noches de invierno con casitas de chocolate y bastones de caramelo.

—Te interesará saber de dónde viene su nombre —respondo mientras pido la cuenta—. Es una vieja historia que tiene que ver con damas melancólicas y desgraciadas, bebés rotos y esperanzas truncadas.

* * *

—Teresa, mírame, prométeme que olvidarás esto —me grita Germán a mi lado—. No es más que un pobre desequilibrado que ha perdido el juicio, deja de estremecerte o te tendré que abrazar —y termina cumpliendo su amenaza en la calle semidesierta, dándome calor con su cuerpo, protegiéndome y cuidándome como lo que es aunque se empeñe en negarlo: todo un caballero.

—Llévame a mi casa, por favor —le pido con una mueca cansada mientras caigo en la cuenta de lo comprometido de la situación pero con alivio reparo en el hecho de que no podrá fotografiarme porque está tan implicado como yo en esto.

—No entraré, ni siquiera pondré un pie en tu jardín —rechaza con rapidez aflojando su abrazo—. Es un lugar perverso, no quiero volver allí.

—Estoy agotada, Germán, no puedo pensar en ir ahora a ningún otro lugar —suspiro hastiada.

—Es por todo eso que haces. Te destroza. Olvídalo y ven conmigo. Yo te cuidaré.

—¿A qué te refieres? —me revuelvo inquieta, sintiéndome de pronto presa.

—A esos platos con nombres siniestros. Casi parece que son ciertos.

—Justo ahora que acabo de recibir un premio... ¿Tan terribles son para ti?

—Sí —y se separa de mí y sus ojos tranquilos me taladran, me atraviesan, y cedo al sentimiento que vengo acariciando desde hace tiempo y admito para mis adentros que necesito un pecho en el que apoyarme y reconstruirme, del que alimentarme para abandonar esta locura de vida y volver a empezar.

—Siempre he querido escribir una novela —le revelo esperanzada, creyéndome de verdad que puedo hacerlo.

—Parece un oficio tranquilo.

—He empezado con un diario, para practicar. Pensaba guardarlo en un cajón cuando llegase al final. Es sólo para mí, como un compendio de la lista de infamias que me enfurecen cada día, de los recuerdos que surgen, de los estímulos que me motivan.

—No te pega llevar un diario.

—Lo sé. Nunca he sido de esas que siguen un recuento estricto de su cotidianía, siempre he preferido vivir a contarlo y, de pronto, me encuentro escribiéndolo, sin saber por qué.

Le miento, claro. Aunque no se lo digo sé perfectamente por qué ha nacido la libreta de tapas rojas plagada de tachones y resentimiento, por qué empecé mi confesión en ella y por qué debo acabar ahora mi historia, en este preciso momento, cuando está a punto de caer el telón.

Es mi lucha, el único camino que he encontrado para que de algún modo se haga justicia. No he conseguido dar con otra forma de hallarla. Deben repararse las afrentas y yo sólo sé cocinar y escribir. Paso ante un parque y veo a esos niños que juegan y sólo puedo pensar en mi Ari y en los cuentos que le contaría, el del giraluna que dormía de día huyendo del sol, que giraba la cara y miraba de frente a la luna, el de la luna más bruja que bruja que teje una tela que vuela y se va, la luna más loca que loca borracha de anises y erizos de mar, el del corazón de tiza pintado en la pared con su nombre y el mío escritos dentro y cómo soñé vivir con ella y cómo me lo impidieron. No sé hacer nada más, sólo sé cocinar y escribir, y no encontré a nadie que quisiera escucharme y me di cuenta de que no sería capaz de dormir hasta que hiciera algo de la única manera que puedo asumir. Ya les he dicho que soy una gran artista. Una gran artista jamás es pobre. Poseemos algo sobre lo que los demás no saben nada y por eso nunca estamos perdidas, siempre tenemos una salida. Yo sólo sé cocinar y escribir, y por eso tengo la caseta de piedra en el jardín y he llenado mi diario de pesadillas, de noches oscuras, de seres atormentados retorcidos y siniestros, tanto como yo.

De qué otra manera asumirlo, cómo levantar la cara y seguir adelante, cómo logran algunos superarlo y seguir respirando, seguir luchando, continuar viviendo.

Sólo sé cocinar y escribir, despiezar un animal irracional o racional, hacer que sangre, darle utilidad gracias al fuego para que su muerte tenga un sentido, para que pueda alimentar a alguien con su cuerpo. Es mi forma de poner en orden el mundo a pesar de que no esté actuando según el proceder más correcto.

—Tendría que pasar una última vez por mi casa —vuelvo a sugerir temerosa de hacerlo.

—¿Qué hay tan importante para que me convenzas de que te acompañe? —y advierto que, tenso, Germán se pone en guardia de nuevo.

—Querría recoger mi libreta roja, es mi diario. Sin mí se encontrará perdida y abandonada, sola sobre la mesa de la salita de té. Y también dejar una nota de despedida para Estrella y Tomás, coger algo de ropa, cerrar algunas puertas y dejar abiertas otras...

—Tu cartera debe de estar a rebosar de tarjetas de crédito, y seguro que tus amigos cuentan con copias de todas tus llaves. No hay nada que te impida huir conmigo ahora.

—He de ir, de verdad —me reitero nerviosa, y me molesta el sonido de mi voz confusa, pequeña, desarmada.

—Entonces no puedo llevarte. No me gusta en lo que te conviertes cuando pisas esa casa. Cuando estás en ella parece percibir y sentir cosas que los demás no vemos ni oímos, como si vivieras en una realidad aparte.

—No es la casa sino yo. Soy así de pérfida —no puedo creer lo que estoy diciendo, esta súplica enmascarada, esta sinceridad rota, esta realidad descarnada incapaz de mentirle, que quisiera gritar y detenerle, rogarle que no se vaya.

—Prefiero no creerte. De todas formas ya te he dicho que no entraré en *Je Reste* —rechaza con un cierto dolor obcecado en la mirada.

—Me podrías pasar a recoger después. Te esperaría ante mi verja con la maleta preparada —propongo a la desesperada.

—Tal vez otro día —Germán se cierra en banda, se comporta como un niño cansado del juego.

—¿Ya no quieres rescatarme? —y ahora soy yo quien se siente como una niña que acaba de perder su globo en el cielo, que ve incrédula cómo vuela y siente rodar las lágrimas por sus mejillas y se avergüenza de ellas, de llorar por algo tan banal, de saberse tan débil y tan expuesta.

—Se ha roto la magia, Teresa, ha pasado el momento —sentencia con voz de piedra—. Una chica tan lista como tú debería haberse dado cuenta.

—No pensé que fueras tan cruel —acuso dolida, con el corazón roto a mis pies bañados de cristales, temerosos de que les arañen las esquiras y sorprendidos de que pudiera existir dentro de mi pecho, tan cerca y sin embargo tan lejos de ellos, tan solo y tan frío allá arriba, donde se destripan y se cuecen los sentimientos.

—Ni yo que te mostraras tan terca.

Dudo. Me decido. Le miro una vez más, la última. El suelo cruje bajo mis pies cuando doy media vuelta y emprendo el camino sola, pisando hojas secas que, como yo, en silencio para que nadie más se percate, también lloran. Noto que se abate ese espíritu que fui.

* * *

No me llama ni hace ademán de retenerme. Vaya fiasco de héroe. Estoy rabiosa y, para colmo, tengo frío. Llevo un rato caminando y ya no suspiro ni me lamento. Estoy que muerdo, me llevan las furias y los vientos, me siento rugir por dentro.

Por qué no me he decidido a regresar en taxi es una pregunta que, aterida, yo también me hago y ni mis más oscuros demonios saben responder. Por qué no tuve el detalle de despedirme de mis amigos y hui de la celebración del premio es, en cambio, fácil de comprender y no oculta ningún misterio: no tengo el cuerpo para fiestas. Ni el alma, ni mucho menos la cabeza.

Hoy sigue siendo la festividad de Santa Teresa por más que el reconocimiento y la fama y ese recuerdo de lo que pudo ser amor y al final no fue más que rechazo y ruinas funestas llamen a mi puerta. Hoy debo esconderme, rumiar mis desgracias sin celebraciones ni alharacas, sin príncipes valientes de pacotilla que al final se asustan, que se rompen igual que los demás juguetes, tan vacíos por dentro como todos los hombres que me molesté en destripar y que ahora provocan mi risa amarga si me paro a recordarlos, con corazones tan pequeños como grandes eran sus deseos y sus ansias, y pegajosos sus besos, y embarradas sus manos.

Por eso me voy a casa. Allí nadie puede lastimarme más que mis propios errores y los monstruos que en ella y en mí habitan, conocidos y, por tanto, no tan aterradores. Por eso busco mi guarida. Por eso me

desespero por llegar sin que nadie más que mis pies me conduzca. Nada de motoristas y mucho menos taxistas caza-autógrafos. Ahora comprendo que es mi instinto de supervivencia, mi afán de individualidad el que los rechaza. Ya estoy escarmentada. No quiero asumir el deber de entablar conversaciones banales, temer dejar más pistas, atender a miradas y preguntas indiscretas y, al final, tener que refrenar mi ira y mi hambre para no paladear, morder, devorar, lamer a un nuevo don nadie.

A fin de cuentas, mi restaurante no está tan lejos de *Je Reste* como para no poder ir andando. Si no suelo hacerlo es porque siempre voy cargada y con prisas, corriendo de un lado para otro con paquetes de carne envasada o en tarros. Y también porque, como decía mi madre, las mujeres de nuestro linaje no nos manchamos los zapatos caminando por las aceras.

Yo sí lo hacía, y disfrutaba con los paseos cruzando este parque del Retiro como lo estoy haciendo y, de tan tonta, de tan ingenua, ni me enteraba de los murmullos de la hierba a mi paso, de los avisos que se cruzaban los árboles que rebasaba, de las novedades encriptadas que el ahora Ciprés Calvo, sin ningún disimulo, sin aguardar siquiera a que acabe de dejarlo atrás, como un periodista temeroso de que le roben una exclusiva, hace rato que proclama.

Pero en la actualidad todo es diferente, y ésa es la más importante de las razones que me obligan a seguir las órdenes de Ofelia que todavía resuenan en mi cabeza sobre no pisar la calle, mezclarme con la gente y exponerme a sufrir algún percance. Desde la televisión y el restaurante y mi salto a la fama, y sobre todo después de las noticias en las páginas de sucesos cortesía de Germán, ya no soy anónima. Por eso, porque ya no resulto indiferente a los demás, recurro a los taxis y me niego a pasear como antes solía, indiferente a alguna cabeza vuelta de vez en cuando, a un poco de jaleo a mis espaldas, a los susurros y los ojos que me escrutaban. Ahora se despiertan mis recelos porque sé que me vigilan, y por eso prefiero encerrarme entre las paredes de chapa de un automóvil, por eso las aceras me están vetadas, por eso ya nunca podré bajar la guardia.

Tirando del hilo de mis pensamientos, sorprendida constato hasta qué punto está despoblada esta zona del parque a esta hora de la mañana. No se divisa a nadie en el Parterre a pesar de que ya no es tan temprano. Será el viento, me digo, irascible y molesto en esta jornada desapacible, y

en cuanto alcanzo a concluir esta reflexión siento su azote en la cara y me arrepiento, por enésima vez, de no haberlo pensado bien antes de iniciar esta marcha atolondrada y me reconcomo pensando que cuando llegue, incluso antes de franquear la cancela del portalón de la entrada, ya estarán los habitantes de mi jardín informados de mi desolación y mi triunfo, de mi premio y mi desengaño.

Por qué me empeño en regresar como si sus muros pudieran refugiarme, como si ése no fuera el culmen de los castigos que sufro día a día con independencia de haberlos o no merecido. Tenía razón Camilo: esa mansión es mi ataúd y yo soy su vampiro. Siempre necesito volver a ella, como si no pudiera descansar en ningún otro sitio.

Me río.

No sé de qué.

De lo estúpida que soy, de que me estoy muriendo de frío.

El viento pretende zarandearme y algunas hojas parecen kamikazes que caen desde lo alto y se enredan en mi pelo como insectos ilusos empeñados en asustarme. Decido salir pronto de esta zona abierta antes de que las fuertes rachas me obliguen a volar. Apuro el paso. Me topo con el monumento en honor a Benavente, con la estatua de la musa que alza la imponente máscara del teatro que se burla o se apena con su cara de bruja y siempre me desconcierta. Al menos me consuela saber que ella está más expuesta que yo a la furia de los elementos y, fiel a mi empeño de no oír las mofas del árbol centenario, el maldito jefe de los cotillas que se carcajea de mi obstinación por pasear precisamente hoy y me agradece que le dé tiempo con mi lento avance a difundir el rechazo de Germán para ponerlo en boca de todos antes de que consiga alcanzar el amparo de mi hogar.

Subo precipitada la escalinata que salva el desnivel del terreno y asumo que debo parar para recuperarme del esfuerzo. No ha sido tanto, pero algo alborota en mi pecho y casi no puedo respirar por más que el viento intente metérseme a la fuerza en las entrañas. Me detengo un instante, apoyada contra uno de los jarrones grises que flanquean el mirador desde donde se abarca la vista del Parterre, y entonces llega a mí. En los cánticos que entonan las copas de las araucarias, en los dibujos de las ondas que la brisa traza en el agua de los estanques, hasta en las vetas blancas y negras del mármol que me cobija. En mil voces acompasadas todos me lo gritan, me lo soplan, aúllan y sé que llegarían incluso a arañarme con sus tallos, a grabarlo en sus cortezas aun a riesgo de que su savia se desangrara, a escribir su SOS en el suelo y en las nubes

para que me enterara:

Hay alguien más, alguien que me espía en la distancia.

Incrédula y confundida, obtusa y atolondrada, mi reacción inmediata es encogerme tras el búcaro de piedra para intentar distinguir a mi persecutor sin ser observada.

Vano intento.

Mi corazón late acelerado y me obligo a domeñarlo.

Conserva la calma, Teresa, me digo, no te fíes de nadie ni de nada. Vuélvete y fíjate bien, escudriña los troncos negros de los árboles, las sombras que se alargan detrás de los cipreses, los huecos ocultos tras las fuentes y los muretes.

No lo distingo pero sé que está ahí. No es una ilusión ni una manía. Hay alguien más, mi instinto de cazadora me lo confirma. Alguien que permanece oculto y alerta procurando no hacer ruido, que aguarda mi próximo movimiento para ponerse también en camino.

Mis manos se aferran al jarrón, congelado y obscuro, mis dedos se sorprenden al perfilar sus formas y me detengo a estudiarlo: las tallas sobre la piedra muestran una orgía demoníaca, con hombres y mujeres desnudos cuyos brazos y piernas se enredan bajo las alas, dos cabezas de chivo de cuernos retorcidos y expresión siniestra.

Tengo que irme ya. Ahora. Todo son malos presagios, no puedo quedarme aquí, estática, a la espera de lo que venga.

Comienzo a andar apresurada, con la cabeza gacha pendiente del suelo enfrentándose al vendaval, los ojos fijos en el camino para no resbalar y el oído bien atento por lo que pueda pasar.

El paseo que me lleva hasta la Fuente de la Alcachofa parece desolado y, sin reflexionar, dejándome llevar por el temor a ser atacada en un espacio abierto, huyo del centro y busco protección en una de las veredas cercadas por árboles que corren paralelas a cada lado. Gran error. Así no lograré despistar a mi perseguidor y le ofrezco, a cambio, la posibilidad de acorralarme sin que nadie se percate ni dé la voz de alarma, lo que por otra parte puede ocurrir en cualquier momento.

Cómo es que está todo tan vacío, me pregunto. Por más que el cielo amenace con desplomarse sobre mí no puedo estar sola, igual que en una de esas absurdas películas de terror plagadas de lugares comunes de las que no puedes evitar reírte pero que, en el fondo, te asustan tanto como lo estoy ahora, demudada y acosada, temerosa de alguien cuyos pesados zapatos hacen crujir la arenilla del camino tras de mí, un ser cuya

respiración percibo porque me llega amplificada por el eco de la ventolera, cargada de ansiedad e ira, de hambre y presteza.

Quisiera creer que es Germán, y me siento tentada a detenerme y esperarle, a desandar mis pasos y consumir la distancia que nos separa hasta dar con sus brazos. Pero algo me obliga a continuar, un egoísmo que no está dispuesto a ceder, que le pide que me alcance si efectivamente es él, que corra, que me persiga, que me demuestre si merezco la pena y la carrera.

Y también está ahí, por debajo, una vocecita que desconocía que pudiera oír, una llamada a la prudencia como una campanilla que repica sin cesar y me empuja a seguir adelante, un poco más rápido, acongojada y alerta, y que redobla feliz en el mismo instante en que alcanzo la fuente y giro a la izquierda y encaro el Paseo del Estanque siempre atestado de echadores de cartas, de paseadores de perros, de vendedores ambulantes que ofrecen collares y mimos de dientes castañeteantes que me dirían adiós, adiós, y a los que por primera vez respondería alegre de encontrármelos, de las garantías de seguir entera que me brindarían si estuvieran aquí. Pero hoy no hay nadie, no veo una sola alma y desprotegida e impresionada, con la sensación de estar obligada a habitar una de mis horribles pesadillas, dejo atrás la vergüenza que a fin de cuentas nadie va a contemplar y echo a correr despavorida, observada sólo por las carpas gigantes que sobresalen del agua y me miran asombradas en mi carrera sin fin hasta que alcanzo, patinando por culpa de las hojas enfangadas que pueblan el suelo, el pasadizo subterráneo que me hará salir de este parque maldito y al que nunca debí venir.

No me detengo a pensar en el recelo que siempre han despertado en mí los túneles, no reparo en que su entrada es como una boca que engulle y succiona, que desprende sucios vapores de humedad y orines que me golpean en la cara como el aliento fétido y sulfuroso de un gusano del Averno, sólo me preocupa escapar, procurar no respirar mientras esté dentro y atravesarlo lo más rápido posible.

Desde que lo conozco nunca he llegado a encontrarlo iluminado, como si alguien con aviesas intenciones se molestara en romper cada noche a pedradas los neones del techo, como si atracadores o violadores me vigilaran escondidos entre las curvas del recorrido angosto dispuestos a saltar sobre mí y, de una vez por todas, darme mi merecido. Pero no quiero fijarme en eso y procuro controlar mi paranoia porque no falta apenas nada para salir, porque ya veo la luz ahí fuera y sólo me queda salvar los cartones y los colchones para saltar a la acera que se abre ante

mí, que protectora y acogedora me espera y que súbitamente no puedo alcanzar porque algo me traba el pie impidiéndome avanzar. Lo busco en la semipenumbra preguntándome confusa qué sucede ahí abajo, qué habré pisado, y la veo: es una mano.

Chillo, tiemblo, jadeo, me siento morir y con saña y terror la pisoteo con mi otro pie sin saber lo que hago ni lo que parezco. Al principio esa extremidad sucia y huesuda, grande como las zarpas de los ogros de los cuentos, me agarra con más fuerza y se aferra a mí con rabia sin aflojar y, por más que tire con ansia, no me libera. Por fin, y a medida que mi histeria y mis pisotones se acrecientan, dolorida comprende que es mejor ceder, dejar escapar a la presa que soy y que prorrumpe gritando en la calle, absurda y ridícula, cobardemente nerviosa, tan desorientada que ni atiende a la voz del mendigo que ahora, a lo lejos y erguido sobre los cartones que antes le cobijaban, la amonesta por la inhumanidad de no querer compensar con una mísera moneda todos los taconazos y puntapiés que ha recibido.

No le escucho porque estoy fuera y comienzo a ser otra, no ya la débil y la niña, no la asustadiza e indefensa. Intento caminar, ir despacio, recuperar el ritmo de mi pulso y olvidar lo pasado, atrás queda el parque y el estremecimiento, las sombras y los pordioseros, los árboles indiscretos y los lobos sin rostro al acecho. Ante mí, la cúpula neobizantina de la iglesia de San Manuel y San Benito me saluda con sus tejas cobrizas como escamas de un pez brillando al sol y la panza de su ábside cubierta por florituras y vidrieras, parece sonreírme con sus arcos ojivales y sus cristallitos de colores mientras la rodeo y no sé por qué, quién iba a decirlo, me da ánimos y me sosiega y hago el intento de acariciarla al pasar como quien pretende atusar con sus dedos el lomo de un león dormido, de tocarla por un instinto supersticioso como quien busca desesperado la madera ante un mal augurio, temiendo perderla de vista, alejarme de su protección y su belleza. Sigo avanzando y durante un momento me abochorna recordarme, y me niego a mí misma porque no era yo esa que hace apenas unos minutos corría despavorida, espantada por una sombra fantasmal que seguro que nunca existió más que en mi imaginación. La Teresa de verdad es la de ahora, la que camina erguida y firme y sonrío a las maniqués de los escaparates que la ven pasar garbosa y soberbia; la que agita la melena al viento algo más tenue en esta zona, probablemente domado o agotado de tanto soplar por entre coches y personas difíciles de impresionar; la que se deja llevar por el ritmo aliviado de sus tacones hasta que los comercios se acaban y las calles rebosantes de consumidores

que luchan con sus bolsas y sus paraguas se van quedando vacías y los viandantes comienzan a escasear a tal punto que cuando traspaso los confines de mi barrio, en una zona residencial que de tan selecta parece deshabitada, comprendo que se ha convertido en un paraje inhóspito y turbador que no ofrece más que facilidades para que vuelva a asaltarme el miedo y la desazón al doblar cualquier esquina.

Aguzo el oído, aprieto el ritmo de mi marcha, busco en vano macizos y setos que me soplen si ven lo que yo no veo, si saben si ha vuelto quien camina tras de mí y quién es ese que sigue mi rastro como un animal en celo.

No necesito que nadie me lo confirme, estoy segura de que sigue ahí. Alcanzo a distinguir con claridad, ahora que ya no hay tumultos ni bocinas, el ruido de sus pisadas, pero sus reflejos son más rápidos que los míos y prevé mis movimientos y logra anticiparse —como aquella tarde en Barbantesa en que escuché a Germán hablar por teléfono— y adivinar cuándo voy a girarme y dónde intentaré sorprenderle dándome la vuelta para escrutar entre la neblina sus facciones y descubrir su identidad.

Huyo, a qué negarlo. De repente soy consciente de mi debilidad y comprendo que no tengo valor, que de todo se ocupan siempre los demás por mí y nunca he acertado a hacer algo a derechas más que procurar rodearme de gente que me sirviera. Para qué engañarme, soy igual que Ofelia, tan inútil y tan vana como ella. Por eso corro sin atreverme a mirar atrás, por eso me fijo con ansiedad en cada rama y cada hoja esperando que me atiendan y se dignen a hablarme.

Pero ninguna se presta a ayudarme, y mis vecinos no pasean porque aquí todos se mueven en automóvil y no hay ni un alma más allá de los muros y las verjas y hasta los árboles parecen volver sus caras hacia el interior de las mansiones en vez de a la calle y no me ven pasar, y no puedo esperar auxilio ni caridad porque no hay quien se moleste en preocuparse por lo que sucede afuera, por lo que les pueda ocurrir a los demás más allá de los cristales de sus ventanas siempre cerradas, sordas y ciegas.

Y él lo sabe, sabe que estoy sola y no tengo a quién recurrir, que no voy a gritar ni a perder la compostura, que tendría que estar segura de quién va tras de mí y me falta arrojo o me sobra vergüenza para dejarme llevar por el pánico y permitir que se caiga esta fachada de mujer fría y serena construida con tanta paciencia.

Así que me limito a continuar a pesar del temblor y la fiebre y la incertidumbre y la falta de aire y de sangre y de glóbulos que alimenten

mis venas, y me impaciento echando la cuenta de cuántas manzanas faltan para llegar, rezando por dentro sin recordar cómo se hace para vencer esta angustia sin nombre que me sobrecoge y me acecha, que se divierte a mi costa y juega con mi cordura, que apunta y nunca dispara porque se divierte más si me atemoriza pero no acierta.

Me siento frágil y perdida, soy vulnerable, y débil y seguramente boba. Por eso miro por encima de mi hombro con los ojos a punto de salirse de las órbitas. No tengo fuerza para enfrentarme a un hombre yo sola, no así si no es en mi territorio, si no llevo la voz cantante, sin un plan establecido ni el conocimiento de todos los escondrijos y secretos del campo de batalla. Yo siempre he luchado dentro de mis dominios, nunca he intentado un asalto si no jugaba el partido en casa.

Para actuar tengo que creerme lo que hago, he de transformarme y verme en mi papel, necesito su vulnerabilidad y su sorpresa, el factor de poder que me da atacarlos cuando están desguarnecidos y no albergan el más leve atisbo de sospecha, cuando sólo yo sé qué ocurrirá después.

Aquí sólo soy una víctima, una mujercita perseguida, desorientada y perdida, ya no fuerte ni altiva ni cazadora, únicamente yo con el viento en la cara y el corazón en la boca, el pelo en los ojos, las manos crispadas y, tras de mí, esa imperturbable sombra.

De pronto respiro.

Ahí está *Je Reste*. La diviso con alivio, erguida en todo su poderío, en cuanto rebaso el último recodo, tan al alcance de mis ojos que hasta acierto a distinguir los maullidos de los gatos entretenidos en sus juegos, embebidos en la caza de los pajarillos, enfrascados en la contemplación de las libélulas que se elevarán para huir de ellos cada vez más alto, tanto como para alcanzar la torre desde la que seguro me divisa ya Ofelia, asomada a su atalaya y complacida de verme sufrir.

Sin aminorar la marcha hurgo en mi bolso procurando no perder de vista el muro, mi nuevo objetivo, y cuando doy con las llaves me esfuerzo por sacarlas discretamente. Al fin lo consigo y las encierro con fuerza en mi puño, aferrándome a ellas como a un salvoconducto. Hago bien, me digo ignorando el ridículo. Deben estar dispuestas para entrar limpiamente en la cerradura, sin vacilaciones ni caídas tontas de última hora que obligan a agacharse a la heroína y enfrentarse a la fiera de rodillas, como pasa siempre en las películas. Mis amigos de musgo y clorofila, mis azotes de tallos y raíces, me vislumbran a lo lejos y la selva en pleno que es mi jardín me llama y me anima y todos me ruegan que

apure más todavía, que siga adelante, que no mire nunca atrás. Corre, venga, me gritan, entra y estarás a salvo, ya nada, ni siquiera él, te podrá lastimar.

Les creo, o al menos quiero hacerlo, y comienzo a sonreír como un naufrago que divisara en el horizonte una isla sin reparar en la terrible ironía de quién era, o al menos quién me creía, hace apenas unas horas, justo al salir de mi residencia. Esa Teresa que se sentía una tigresa, osada y feroz, poderosa y segura. Inconsciente. Inepta.

Faltan ya sólo unos metros. Me atrevo a correr y mientras mi corazón golpea con su tambor descontrolado dentro de la caja de mis costillas me esfuerzo por escuchar si detrás de mí siguen los pasos todavía y si, peor aún, se han atrevido también a apresurarse para no perder mi estela. No logro hacerlo, un tic tac me despista, me desorienta y lo maldigo durante esos tres o cuatro segundos en que tardo en darme cuenta de que es mi mano la que lo origina golpeteando sin acertar a meter la llave en la cerradura hasta que me riño y me obligo a respirar hondo y hacer un nuevo intento más calmada, lo poco que pueda pero con un mínimo de tiento. Entra. Abro. Empujo el portalón y como un torbellino soy capaz de cerrarla tras de mí y, sintiendo que las piernas me fallan, apoyar mis hombros contra ella como para cerciorarme de que lo he hecho con absoluta y total certeza.

Los árboles ríen, no sé si felices porque al fin y al cabo algo me aprecian o, más posiblemente, porque se burlan de mi pavor. No me importa ni me voy a entretener reprochándoselo. No quiero permanecer aquí, no estoy segura todavía, tengo que entrar en casa, ese hombre sigue ahí afuera, lo sé, parado en algún lugar de la acera, y no estoy dispuesta a quedarme aguardando a que él mueva su próxima pieza.

No, señor, ahora estoy en mi terreno. Ahora marco yo las reglas.

Una carrera más intentando que, por favor, las suelas de mis zapatos no me hagan perder el equilibrio sobre los cantos blancos de la gravilla, y otra vez la prueba de acertar con la llave en la cerradura de la puerta, algo que consigo con relativa facilidad porque me da seguridad tener la cancela de la finca bien asegurada a mis espaldas. Abro. Entro. De nuevo mis hombros apoyados, ahora contra la madera, y de pronto pararse a respirar, y reír como una idiota, y percatarme de que estoy tiritando y dejarme ir poco a poco hasta doblar por completo mis piernas y terminar en cuclillas, todavía con el bombóm del corazón a mil en mis oídos y las ganas de bailar feliz, sin sentido ni motivo, por los pasillos.

Pero no. No por el momento. Primero asegurarse, cerrar con furor los pestillos y cerrojos maldiciendo para mis adentros esa rebeldía de empeñarme en rechazar instalar una alarma, lamentando que hoy no haya nadie más en la mansión porque fui yo, nada más que yo, la que se impuso pasar el día de Santa Teresa sola, y prescindir del servicio, y descolgar los teléfonos para no recibir llamadas y rumiar mi pena en soledad, sin testigos de mi derrumbe y mi dolor.

Riñéndome vuelvo a correr y me abalanzo escaleras arriba sin detenerme hasta llegar a la biblioteca, que atravieso al galope en dirección a la balaustrada. Allí por fin me paro, con el cuerpo medio echado sobre el vacío de tanto como me esfuerzo por divisar la acera, más allá de la verja, escrutando los confines de mi mundo como un vigía perdido en el océano que ansiara divisar la tierra. Y no. No veo a nadie. Y la calle parece tan vacía, tan limpia, tan inocente y honesta que no puedo menos que abochornarme por mi actitud y amonestarme por ser tan pusilánime, y justificarme diciéndome que ha sido una jornada intensa a pesar de lo poco que aún ha transcurrido de ella, que las emociones y las sorpresas han sido muchas, y también los palos, y los malos sueños y el cansancio y la tensión y el desamor y los nervios me han llevado a este estado de estulticia profunda, de asquerosa debilidad bajo la que me juro que no me volveré a precipitar. Aquí estoy segura. *Je Reste* es mi prisión y mi condena, pero también mi salvavidas, aquello que me protege y me cuida de lo que me pueda dañar fuera.

En cuanto lo pienso percibo que se acerca mi guardiana. Ofelia se arrastra por el pasillo y sé que viene a molestarme, a importunarme con sus burlas y sus chanzas, a llamarme cobarde y floja y debilucha y hasta piltrafa, como hacía cuando era una niña tímida, solitaria y escuálida.

Eso sí que no, no estoy ahora para monsergas. Irritable y airada avanzo por la galería que conduce a mi dormitorio quitándome la ropa y dejándola tirada de cualquier modo, por no perder la costumbre, y empujo la puerta del baño desnuda e indolente, apática y agotada, resuelta a meterme en la ducha y no tener que soportar sus reproches que sé que no me alcanzarán bajo las gotas de agua que, como el ruido de la lluvia al caer, se llevarán todo lo malo y me limpiarán del polvo y la caminata, del terror y del absurdo que ya no podrá ser porque al fin estoy a salvo, en mi tumba, en su casa, y cualquiera que se atreva a entrar en ella tendrá antes que lidiar con Ofelia.

A fin de cuentas mamá, con su histeria desatada, su suspicacia y su voz cargada de reproches que sin cesar clama venganza, es la mejor

alarma.

22. Gajos tiernos de corazón de joven cocinera en salsa de lágrimas y madre selva

Dejo que corra el agua. Me lavo despacio, morosa, como si los fragores que me esperaran más allá del baño no fueran conmigo porque, realmente, no van conmigo. Estoy tan a gusto que no me acuerdo del asesino escondido tras la cortina, ni de las notas rotas de violín acompañando a las puñaladas, ni del grito de la chica empapada bajo la ducha que tantas pesadillas me causaba cuando niña. Ninguna película más por hoy, me riño, y después, cuando el potente chorro purificador ya no lava ni lastima ni aplaca ni martillea, me quedo sentada sobre el borde de la bañera envuelta en toallas, entre el vapor que como una niebla espesa me cubre y me atrapa, me abriga y me rodea.

Fantaseo con no tener que salir nunca, con quedarme al abrigo del rocío, como una planta de invernadero, pero algo me sobresalta, un estrépito lejano, en la cocina, que rompe la quietud de una mañana como ésta, tan atípica e inusual. Si hoy fuera un día como otro cualquiera pensaría en Alicia, la doncella nueva, que ha vuelto a dejar caer algún plato de la vajilla entre sus dedos de plastilina, o en Estrella decidida a tirar las revistas que acostumbro a almacenar de cualquier modo sobre un aparador, o en algún repartidor que dejara de golpe ante la puerta trasera sus cajas, o incluso en las rudas maneras de uno de los jardineros que contrato ocasionalmente para los trabajos más complicados, esos que si tuviera la fuerza necesaria encararía sin reparo. Pero hoy *Je Reste*, según mis propios deseos, luce inhóspita y desamparada, y no puedo culpar a nadie si oigo extraños sonidos y, lo peor, tampoco puedo recurrir a alguien para que dé la cara por mí y vaya a averiguar qué es lo que está pasando ahí abajo.

Por un momento, todavía abrigada por la acogedora felpa blanca,

acaricio la idea de telefonar a Tomás o a Estrella, estropearles la celebración del premio que nos han concedido y obligarles a venir. Estoy segura de que lo harían sin dudar, pero ni siquiera yo soy tan desalmada para aguarles esa fiesta.

Que se queden tranquilos, me convenzo, seguro que allá abajo no pasa nada, lo más probable es que todo se deba a un golpe de viento que aporrea alguna ventana mal cerrada. Y suspirando y forzándome a reconocer que si no les llamo no es por desprendimiento sino por el pudor de admitir que, una vez más, como siempre, me comporto como una enferma desvalida y no sé vivir sin su ayuda, sin dejar de estropearles la vida para seguir adelante con la mía, me pongo lo primero que encuentro en mi cuarto, un vestido rojo de punto, de manga larga y falda de vuelo dulce y cálido. Debería calzarme, pienso también, y recogerme de algún modo el pelo mojado que todavía gotea, pero pronto desecho esta idea acuciada por la prisa de averiguar qué estará pasando, quién anda por ahí y cómo enfrentarlo.

No lo pienso demasiado, encaro sigilosa la escalera y en mitad del descenso me doy cuenta de que ni siquiera tengo con qué defenderme. Sopeso la posibilidad de regresar a la biblioteca y hacerme con algún objeto contundente, pero cuál, ¿el tomo de una enciclopedia?, ¿el candelabro que descansa sobre mi mesa? Maldiciendo esa estúpida manía de no tener ningún arma en la casa que no sea yo misma, continúo bajando sin permitirme volver a vacilar y llego a la puerta de la cocina con el alma en vilo por más que pretenda mantenerme tranquila. Aguardo un instante con el oído atento y la respiración detenida y me pregunto si no se tratará, como tantas otras veces, de mamá con sus diabluras. No puede ser. Ofelia pasa este día encerrada en su torreón, buena cobarde es para salir en la festividad de Santa Teresa, mucho menos después del bufido que le solté justo antes de entrar en la ducha, que la habrá hecho huir con el rabo entre las piernas. Y, además, ni toda su potencia fantasmal podría alcanzar a producir un estruendo tal.

No. Con una mezcla de determinismo y serenidad asumo que se tratará del mismo lobo solitario que me persiguió a través del parque, y mientras empuño con fuerza el pomo, tan frío como las plantas de mis pies, pálidas y ateridas, me burlo en silencio de mi ilógico comportamiento: tanto huir en la calle, tanto espanto y tanta prisa y ahora, en vez de llamar a la policía desde la seguridad de mi dormitorio, aquí estoy, desprotegida y dispuesta a plantar cara. Será que en mis dominios me atrevo con todo, será que este viejo caserón me infunde valor,

reconozco, aunque un valor ciertamente absurdo y tonto.

Aunque no hay que exagerar, tampoco es para tanto. Si me sintiera imbuida por una fuerza especial sería capaz de plantarme de un salto en medio de la estancia y con un grito sobrecogedor acobardar a mi agresor en vez de intentar abrir la puerta tan cautelosamente como puedo para, cuando ya lo he conseguido, aventurarme únicamente a asomar la cabeza.

Al no encontrar a ningún demente con un arma u objeto contundente en la mano logro reunir la valentía necesaria para hacer que a mi cabeza le siga el resto del cuerpo y asombrada, incrédula, me sitúo en la habitación intentando fijarme en todos los detalles para cotejar si algo ha cambiado, qué hay en la cocina que no esté como antes colocado.

La puerta que lleva a la despensa.

Está entreabierta.

Me acerco con mi pecho a punto de estallar y justo antes de decidirme a descender hasta el sótano a rebosar de latas de conserva, cajas de galletas, salazones y muchas otras viandas, algunas incluso deshonorosas para el común de los mortales, me detengo estremecida.

No vas a meterte ahí con las manos vacías, me ordeno, y sabiendo qué debo buscar y cómo usarlo llego en dos zancadas al cajón de los cuchillos y a toda velocidad lo abro y sin mirarlo, sin hacer el mínimo ruido, elijo uno no demasiado grande pero fácil de manejar, con un mango cómodo que se adapta a la palma de mi mano y un filo algo gastado pero, precisamente por eso, fino y bien templado.

Sonrío a medida que salvo los escalones, mis pies son como mariposas blancas que se posan sin mover siquiera el aire, sin que una mota de polvo se alborote, primero el izquierdo, que al apoyarse sobre las desgastadas maderas emite un mínimo cric, y después el derecho que le sigue con su crac. Y así, con ese repiqueteo de crujidos, alcanzo la estancia de paredes de ladrillo desnudo, techo abovedado e infinidad de alacenas y baldas y, nada más situarme en su epicentro, algo se abalanza sobre mí con un chillido.

Grito. Me sobresalto, me siento desfallecer, manoteo como puedo, dando zarpazos al aire, y a punto estoy de hacerme daño con el maldito cuchillo mientras algo peludo y caliente tira de mi pelo y se engancha en mi ropa y rebulle sobre mi cuerpo y lo araña hasta que, al fin, de un salto se planta en el suelo y toma el impulso necesario para huir escaleras arriba como alma que llevara el diablo.

No me voy a quedar en este agujero. Yo también subo corriendo y al llegar a la cocina escucho de nuevo el golpeteo que tanto me desasosegó al

salir de la ducha. Es insistente, repetitivo y cada vez más desesperado. Lo provoca *Mao* abalanzándose contra la puerta cerrada que da al jardín.

A punto estoy, llevada por la ira, de lanzarle el cuchillo, seguro que lograría acertar, pero recapacito: no puedo culpar al bicho, no es más que una madre asustada, la más antigua de las gatas callejeras que pululan por la arboleda y la responsable de la mayoría de los mininos que han nacido aquí, incluso del pequeño vampirillo blanco que hace varias noches mordió la mano de Germán.

Me río aliviada, tal vez excesivamente feliz, como esas histéricas de manual y fotograma que creen que han salvado el pellejo en cuanto descubren que los ruidos que las atemorizan son producidos por su gato sin comprender que, tras ellas, el psicópata espera con el hacha y la babilla del gusto anticipado colgando ya de sus labios e, intentando sosegarme, llamo por su nombre al animal en un tono demasiado elevado al principio y luego, a medida que recobro el dominio de mi pulso y mis sentidos, algo más calmo.

—Tranquila, *Mao* —le susurro—. No pasa nada, preciosa, ¿cómo has entrado?

Me oigo hablar y me siento ridícula. No suelo acostumbrar a bautizar a mis inquilinos, lo de buscarle un nombre fue cosa de Estrella, se le ocurrió después de que la pobre, pulposa y hambrienta, pasara varios días maullando sin cesar frente a la cocina con un quejido muy similar a un «mao». Ahora, sin embargo, no está para zalamerías. Sigue empeñada en salir a base de cabezazos y, por temor a que se haga daño, cedo a sus deseos y abro la puerta para dejarla ir. Se abalanza al exterior como una exhalación, desaparece fugaz entre la espesura y, justo cuando comienzo a preguntarme extrañada cómo habrá accedido al interior, un nuevo sonido, agudo e inesperado, retumba en el palacete y me sobresalta de tal modo que tengo que sentarme en una silla, respirar hondo y tragarme mi corazón para que baje de la garganta a su sitio natural antes de plantearme siquiera reaccionar.

No es más que el timbre del portón de la calle, al otro lado del muro, donde en ocasiones esperan mis seguidores noche tras noche, como hizo tantos otoños atrás el joven Camilo, entusiasta y paciente, enamorado y radiante pese a sus ropajes oscuros.

Si salgo de ésta he de acordarme de desconectarlo, me prometo, y elucubrando sobre quién podrá ser tan necio como para procurar visitarme este día boicoteado para todos, prohibido para cualquiera que no seamos yo y mi soledad, alcanzo la puerta principal de mi mansión con la

intención de salir y atravesar el sendero de gravilla en dirección a la verja.

Sólo puede tratarse de Esparbel o Germán, concluyo resuelta. Cualquiera de los dos necesita saldar cuentas conmigo y ninguno me respeta lo suficiente como para dejarme en paz en mi celebración anual de la misantropía.

Sin embargo, no logro contener un nuevo grito, uno más, al toparme inesperadamente con un hombre de espaldas en el porche de la entrada que pisotea con saña el felpudo donde irónicamente se lee un cordial «Bienvenido» y se vuelve con rapidez al oír mi alarido apenas contenido.

—No se asuste, por favor —es Lirón, sonriente en el zaguán, esgrimiendo una afabilidad que se pretende beatífica y tranquilizadora.

—No tendría que estar usted aquí —logro balbucir con desconfianza—. El timbre que oí era el del portón de la calle. ¿Cómo ha podido acceder a mi jardín?

—La cancela estaba abierta —me explica con inocencia—, y como tardaba en abrir me he permitido empujarla y entrar, luego he seguido el camino y subido hasta aquí. Discúlpeme si he obrado de forma incorrecta.

Y ante su azoramiento me apresuro a absolverle a pesar de que podría ser mentira todo lo que me ha relatado, de que bajo sus maneras educadas se esconda el verdadero hombre del hacha o la sierra mecánica que estaba esperando.

—Entre, no se apure —le absuelvo magnánima—. No entiendo cómo he podido dejar mal cerrada la puerta de la calle, es la primera vez que me pasa.

—Creo que la he interrumpido cuando iba a prepararse la comida —deduce.

Le miro sin entender y de pronto lo comprendo: todavía llevo en la mano el cuchillo afilado. Lo he estado apretando con tanta fuerza que había llegado a sentirlo, como termina por pasarme siempre, como una extensión de mi mano.

—La comida. Sí, claro —mi instinto me sugiere que no olvide que estoy hablando con un policía. He de procurar ser coherente y justificar mis actos. Sobre todo los que, como ahora, puedan resultar extraños.

Decido abandonar el cuchillo sobre la consola situada junto a la puerta. Sobre ella pende un gran espejo que, al hacer incidir la luz sobre su hoja de acero, provoca un curioso juego de reflejos que termina por alcanzar al rostro del agente, inusualmente preocupado, incluso diría que inquieto.

—Siento molestarla. Se preguntará a qué he venido —reitera al advertir mi mirada—. Después de todo nos hemos visto esta misma

mañana.

—Lo cierto es que sí —admito, y como no me gustaría que se quedara más tiempo del necesario, como pretendo seguir sola para rumiar mis lamentos ahora que sé que mi único acechador en esta casa es, además de Ofelia, otra madre, gatuna pero tan desquiciada como ella, corto los prolegómenos y le invito a tomar asiento.

—No quiero andarme con rodeos, el que el inspector Esparbel haya perdido los nervios no implica que dejemos de considerarla sospechosa.

—Creí que con la detención del librero y la aprehensión de los libros robados todo se había resuelto —le sigo el juego, improvisando una expresión candorosa y sorprendida.

—En realidad no —baja la cabeza evitando enfrentarse a mis ojos—. Tenemos los libros pero... el librero sigue sin aparecer. Si le dijimos lo contrario fue para comprobar su reacción. Se le ocurrió a él.

—Esparbel, cómo no lo he podido imaginar —y en una actuación digna de premio me cruzo de brazos como si estuviera muy ofendida.

—Está obsesionado con usted —vaya novedad— y le culpa de la desaparición de su hijo y de todas las demás.

Debo intervenir antes de que comience a desgranar un rosario de nombres que, aunque no quiera, me terminará abrumando, porque lo que él no sabe es que todavía faltan más, que hay datos que desconoce, desaparecidos que tarde o temprano pugnarán por ocupar su lugar, experimentos que hice antes de empezar a cocinar para Barbantesa y otras piezas tan frescas que aún nadie las ha echado de menos, como mi presa más reciente y sabrosa, el joven pintor cuya ausencia aún no se ha hecho notar.

Ahora me muestro no como una anfitriona agraviada cruzada de brazos sino como la damita joven e indefensa que se pone nerviosa porque un perturbado, un inspector déspota que abusa de su poder, la acusa sin pruebas, la vigila y la cerca. Me abrazo como si tuviera frío, me encojo levemente y mis ojos imploran clemencia, que deje de hablar y se apiade de mí, que no continúe, que se detenga.

—Es un demente —alego—, y no tengo nada que ver con sus absurdas teorías. La ausencia de Agustín ya se indagó en su momento y se demostró que yo era inocente. Y en cuanto a lo de Camilo, reconozco que perder a su único hijo fue una desgracia, pero acusarme a mí no deja de ser más que un desvarío.

—No tanto —me interrumpe cortante—. Por mucho que ahora creamos que ha perdido el juicio, su investigación fue exhaustiva e impecable.

Logró demostrar a través de la correspondencia del chico que era miembro de esa tribu urbana que la venera a usted como a una sacerdotisa. Camilo tenía su cuarto empapelado de fotografías suyas —se acerca mucho más a mí, para que no me quepa ninguna duda— y había comentado que esperaba ansioso asistir a una firma de libros que usted dio precisamente la tarde en que él desapareció.

—Ni siquiera sé si llegó a acudir.

—Fue acompañado por dos amigos que se marcharon después de que les dedicara sus ejemplares. Pero Camilo se quedó a la espera de que finalizara el acto... —afirma como un reproche, avanzando todavía un poco más, acortando tanto la distancia entre nosotros que me obliga a retroceder.

—Lo siento, sigo sin recordar a ese chico.

—Como a todos. Dirá que no llegan a llamar a su puerta, pero comen en su restaurante, la siguen, la admiran, coinciden en sus intervenciones televisivas... —enumera con un rictus huraño—. Se acercan a los muros de su residencia aunque nunca pasamos de ahí y, sin embargo, año tras año algún miembro de su corte de adoradores se evapora y, qué coincidencia, cuando lo investigamos su rastro siempre finaliza aquí.

Se apasiona a medida que se explaya y, sin llegar a mostrarse agresivo ni violento, va aproximándose más y más obligándome a retroceder tanto que mi espalda topa contra la pared justo al lado del armario donde cuelgo mis abrigo, y los de las visitas, el mismo que esta mañana no he cerrado del todo con mi atolondramiento y mis prisas.

—No entiendo qué insinúa —murmuro amilanada porque ignoro a qué obedece tanto resentimiento—. ¿Está diciéndome que sostiene las teorías de su compañero Esparbel, alguien que ha estado años de baja por una depresión que ha llegado a alterar su salud mental?

—Usted le hizo enloquecer. Era un buen policía, honesto, íntegro, con una hoja de servicios inmaculada, y le ha destrozado la vida. Disfrutó de verdad ensañándose con él, ¿a que sí? Primero Camilo y después, de carambola, su madre —apoya ambos brazos a los lados de mi cabeza. Estoy rodeada, cercada, intimidada por su repentina frialdad.

—Si nunca ha encontrado una prueba concluyente para llevarme ante un juez será por algo —me resisto, y al tiempo reparo en una de las prendas colgadas del armario, una cazadora de hombre que destaca entre mis abrigo y gabardinas, la que olvidó Benjamín la noche en que le recibí y que yo, en un despiste inaceptable de mis rutinas, acuciada por el deseo de llegar aquella madrugada al horno y homenajearle, olvidé recoger y

quemar junto a todo lo demás.

—El único error de Néstor fue cruzarse en su camino —continúa con su discurso.

—¿También usted me va a acusar sin pruebas, agente? —alego, inquieta por esta situación inesperada, por la cazadora de la que me es imposible apartar la mirada, porque algo he de hacer para que no llegue nunca a encontrarla.

—¿Qué pruebas? —ríe sereno de pronto, escéptico pero sin alejar sus manos de la pared, junto a mi cabeza—, todas las pistas y testimonios acaban aquí y se pierden en el mismo lugar: en el camino que termina entre sus piernas.

Vale.

Ahora soy yo la que sonrío dotada de una súbita seguridad. Se han ido el miedo y la confusión, se han evaporado de un plumazo las prevenciones y el no saber qué hacer o pensar. No tengo dudas de lo que busca ni cómo sacarlo de aquí y adónde llevarlo para que todo, por fin, pueda finalizar.

Antes estaba encogida, ahora me yergo.

Antes temía enfrentarme a sus ojos, ahora los encaro con osadía y relajo mi actitud y mis miembros antes tensos, y frunzo mis labios entreabiertos antes lívidos y temblorosos para acariciarle con el rumor de mi voz.

—Me deja asombrada, señor... —vacilo, no sé si llamarle Lirón, ignoro si es un mote o de verdad su apellido.

—Subinspector Luis Eleazar.

—Estoy atónita, subinspector.

—No me diga —se inclina más hacia mí.

—Creía que quería interrogarme, incluso detenerme. Intuyo que no es así.

—¿Qué le hace pensarlo? —se hace el duro, pero no cambia de posición. Espero que no sea tan hipócrita como para negarlo, eso no me facilitaría las cosas.

—Que todavía no haya sacado las esposas —le provoco.

—Aún puedo hacerlo —entrecierra los ojos, me escruta sin cambiar su expresión, sostengo su mirada decidida a no ceder, a no doblegarme ni bajarla. Finalmente venzo, es él quien la desvía al tiempo que emite un bufido que resuena y sube por la escalera como una melodía amarga.

Suspiro. Él lo oirá y lo tomará como una rendición, pero no es más que alivio. El momento de tensión ha pasado. Ya es mío.

Debería abalanzarse sobre mí o seguir insinuándose con frases cargadas con dobles sentidos destinadas a alimentar el juego, pero no lo hace. Su atención se centra ahora en el armario entreabierto, constato alarmada, y sé que debo actuar, devolver la pelota, recuperar su deseo y su interés.

—A mí me gustaría —cuchicheo.

—¿El qué? —pregunta distraído, aún con la vista fija en el interior del ropero.

—Que usara las esposas —ataco, lamentándome de tener que prescindir de la sutileza, y alzando mis muñecas me sujeto a sus brazos mientras enredo despacio una de mis piernas en torno a la suya y deslizo calmosa mi pie desnudo a lo largo de su pantorrilla, lo introduzco por el bajo del pantalón y noto cómo un escalofrío le recorre de arriba abajo. Espero que sea debido a la excitación, imploro para mis adentros, y no al contacto helado de mi piel contra su cuerpo.

Reacciona, por fin prescindimos de las palabras y sus manos apresan mi rostro para besarme furioso en los labios, apasionado, perdido. Sus miembros delgados, fibrosos, todavía con apetecibles vestigios juveniles, se aprietan contra mí y pretenden alzarme del suelo obligándome a rodear con mis piernas su cintura. Me enternece el detalle, río sofocada con mis manos entrelazadas alrededor de su cuello en tanto masculla un juramento en mi boca, sin dejar de besarme, porque perdemos el equilibrio, nos escoramos y a punto estamos de caer. Finalmente logra estabilizarnos haciéndome apoyar la espalda contra la pared, sólo que ya no es la pared porque ha terminado por meternos dentro del armario. Y no. Eso sí que no.

Comienzo a revolverme preocupada, él continúa febril y vehemente vaciando en mi boca todos sus tormentos, su encono y su desazón, y me acomoda entre las prendas de ropa procurando que mi espalda quede abrigada y mullida y sus manos guían las mías para enseñarlas a colgarse de la barra que sostiene las perchas. No sería mala idea, admito, pero quizás otro día. No hoy con la cazadora de Benjamín acariciando con una de sus mangas mi nuca, no hoy con su tacto suave como sus labios sobre mí mezclándose con la premura y la respiración entrecortada de un policía aprisionado entre mis muslos.

—Vámonos de aquí —suplico por segunda vez en este día.

—No —musita—. Estar enterrados en el armario me excita.

—Puedo enseñarte otros lugares de la casa todavía más interesantes —prometo enredando mis dedos en los caracolillos de su pelo.

Mi plan pasa por guiarle hasta el salón de fumar. Me gusta su comodidad, el contraste entre la decoración de la estancia y las sencillas líneas de sus muebles modernos, los altos techos taraceados de los que penden antiguas lámparas cuajadas de cristales rojos, naranjas y azules, las luces y sombras que los fanales de celosía generan sobre los perfiles de mis víctimas antes de descubrir que si me ofrezco a ellos es sólo porque busco cobrarme una nueva pieza, como haré con este agente, como hice con tantos, satisfecha de verlos sucumbir.

En cuanto traspasamos el umbral de esa habitación, cogidos de la mano y con esa expresión embobada de novios que pretenden solazarse por primera vez en una cama mientras están ausentes sus padres, él emite un silbido de admiración debido a los mil haces de colores que generan los tibios rayos del sol sobre los vidrios ahora que los ventanales, con los estores alzados, se iluminan en todo su esplendor. Por ellos, nada más que por ellos y su fulgor, la escena es distinta a la noche en que traje aquí a mi joven regidor por más que, como buen animal de costumbres, como experimentada cazadora fiel a sus rituales, mis gestos sean los mismos: enciendo la cadena de música y la melodía se dispersa por el salón y ofrezco a mi invitado aflojarle el nudo de la corbata para liberarle al fin, le digo, de los lazos que le atan. Acepta. Cariñosa, levanto el cuello de su camisa para terminar de quitársela y después, como una esposa sumisa, me encargo también de despojarle de la chaqueta que, diligente, poso con cuidado sobre el respaldo de un sillón, bien a la vista, en tanto anoto en mi memoria el recordatorio de deshacerme después de ella para que no ocurra como con la cazadora del armario del recibidor. Lirón me observa complacido, le gusta que le sirvan. No repara en mi ceño fruncido cuando caigo en la cuenta de que sigue puesto el mismo disco que, en su noche, oyera Benjamín.

—¿Qué te gustaría beber? —le pregunto encaminándome al mueblebar.

—Sabes que no puedo, estoy de servicio.

—¿Y en qué consiste tu misión? —inquiero picara y coqueta, apartándolo con mi brazo para imponer una cierta distancia entre nosotros que me permita recorrer con mi dedo el trayecto que las correas de cuero de su sobaquera, con su pistola dormida en su interior, trazan sobre su pecho.

—En proteger a la dama.

—¿De veras? Yo creía que tu objetivo al venir aquí era acusarla —bromeo, y procuro parecer despreocupada porque no quiero arruinar este

momento decadente de libertinaje y olvido pero, por dentro, no puedo dejar de recordar el rencor, el odio de sus ojos y cómo profería amenazas y cargos contra mí que de pronto, como por arte de magia o de sexo, se volvieron deseo y ardor.

Estoy segura de que sigue considerándome sospechosa, también de que le atraigo porque piensa que soy una asesina o, al menos, una mujer peligrosa. El riesgo le tienta. Es lo que le excita, lo que le aviva y le gobierna. Qué estúpido acercándose a la llama que derretirá toda su cera sin que se dé cuenta, tan soberbio como todos, tan arrogante como para pensar que soy capaz de matar pero a él le voy a respetar.

Incapaz de adivinar mis pensamientos, me atrae hacia él ciñéndome por la cintura, se sienta en el sofá y me obliga suavemente a recostarme sobre él, no con avaricia, como si quisiera poseerme o devorarme, sino con mimo, como si únicamente pretendiera arrullarme. En un momento como éste de intimidad, con el cantante muerto proclamando que amor se escribe con llanto, es difícil no permanecer callado. Sin embargo, me molesta el silencio que atrae a la comprensión, a la intimidad y a las confidencias. Por eso huyo de él y lo rompo con preguntas vanas y tontas.

—¿Por qué te apodaron Lirón?

—Los compañeros decían que siempre parecía a punto de dormirme o recién despertado, pero no soy un perezoso, sólo un tipo sereno —después de una pausa, con uno de sus dedos envolviéndose como un bigudí en un mechón de mi pelo, contraataca—. Y tu casa, ¿por qué se llama así?

Es la señal, se abre la veda, llega la hora de volver a escribir en el diario amargo de mi desencanto.

—Se trata de una historia curiosa —y me enrosco tanto como puedo en él, me acurruco contra su pecho y comienzo a aflojar las cinchas de cuero despacio, perezosa, sin prisa, mientras me explico—: *Je Reste* significa «Me quedo». Alude a la imposibilidad de los miembros de mi estirpe de vivir lejos de aquí. Todos regresamos, aunque tengamos que arruinar nuestra carrera o renunciar a formar en otro lugar una familia. Según la leyenda, esta mansión es como la morada originaria de sus almas en pena y sus espectros, el lugar que les ancla, la tumba donde únicamente pueden descansar. Por eso, aunque yo sea la última de mi linaje, aunque todos los que me precedieron hayan muerto, de algún modo siguen vagando por aquí. Es como si esta casona maldita nos arruinara la existencia impidiéndonos marcharnos y, después, nos obligara a resucitar para regresar siempre a ella. En ocasiones me pregunto qué tipo de atrocidades cometería el antepasado que nos cargó con esta condena.

—Seguro que era un libertino —me provoca Lirón acariciando mis piernas, levantando centímetro a centímetro la falda de mi vestido.

Me coloco a horcajadas sobre él y entre risas finjo escandalizarme al palpar algo duro cerca de su entrepierna:

—Subinspector, ¿lleva un arma encima o es que se alegra de verme? — entono con mi sempiterna ronquera y ojos de perdida, con la ceja elevada y escéptica y el halo de perdición que no advierte pero corona a toda mujer fatal.

Me ríe la gracia, se revuelve y mete la mano en el bolsillo de su pantalón para sacar un walkie-talkie que deja cerca, sobre la mesita.

—Así estoy comunicado —me ilustra, y cuando estoy a punto de inclinarme sobre él para terminar de desabrochar al fin las malditas correas y alejar la pistola de su pecho, un ruido lejano y amortiguado hace que se sobresalte y alce alerta la cabeza—. Creí que estábamos solos.

—Y lo estamos. Hoy el servicio tiene el día libre, no hay nadie en todo el palacete. Sólo tú, yo y una gata enloquecida que no para de maullar y darse cabezazos contra las puertas.

—¿El ruido que acabamos de oír proviene de allí?

—No, viene de la otra ala, puede que esté intentando acceder por alguna ventana entreabierta —aclaro despreocupada—. La salita de té, por ejemplo, tiene frágiles vidrieras que...

—¿Dónde está? —se interesa.

—Ya estuviste en ella, es el lugar donde me interrogaste con Esparbel.

Lo que me faltaba, uno de los escenarios favoritos de mamá, el horrible gabinete atestado de pinturas elegidas expresamente por ella para impresionar a las visitas y el motivo por el que Estrella y yo decidimos, aquella mañana, conducir allí a los policías. Ahora sólo queda que Ofelia haya roto su costumbre de ignorarme el día de mi sacrosanta onomástica y se haya atrevido a volver a salir de su torre para ir a felicitarme y entregarme su regalo envenenado y, de paso, cotillear y mover los cuadros para asustar al amante de turno o hundirme la vida acusándome otra vez.

—Indícame cómo llegar hasta allí. No hay tiempo que perder.

—¿A qué viene este cambio repentino? —me alarmo.

Lirón me aparta sin demasiados miramientos y se levanta veloz, con sus músculos en tensión y recupera el walkie con una mano mientras con la otra abre el cierre de la funda de su arma sin llegar a sacarla.

—Hay algo que no te he contado, Teresa —comienza a revelarme al tiempo que se dirige hacia el pasillo comprobando que no hay nadie, agachándose al pasar ante la ventana y amparándose después en el marco

de la puerta mientras me indica con una señal de su cabeza que permanezca tumbada tras el sofá, a salvo de cualquier peligro que pudiera acecharme—. Cuando trasladaba a Esparbel a su casa éste estaba muy alterado, no cesaba de proferir blasfemias y amenazas contra ti y a mitad de camino abrió la puerta del coche y escapó a la carrera. He dado aviso a la comisaría pero todavía no hemos logrado dar con él.

—¿Y ahora me lo cuentas? —rujo.

—No es sólo eso: cabe la posibilidad de que en algún momento vaya a por ti, puede incluso que se le haya pasado por la cabeza acercarse hasta aquí —me contempla circunspecto y agitado.

—No sé por qué no me extraña, entraba dentro del guión —protesto enfurecida haciendo caso omiso a sus aspavientos que me piden prudencia, dispuesta a abalanzarme sobre él, qué más me da ya todo, para rajarle la cara con mis uñas, para morderle y arrancarle los ojos que hace un minuto me admiraban libidinosos—. ¿Qué es lo que pretendías, seducirme mientras yo me jugaba la vida? ¿Y cuándo ibas a informarme, cuando tuviéramos a tu compañero encima de nosotros?

—Déjame que te explique, que Esparbel pueda estar aquí no es más que una remota posibilidad —intenta justificarse mientras con gestos me ruega que me calme y no grite, que le obedezca y me comporte como una chica sumisa—, y además para qué asustarte si con mi presencia estabas más que protegida.

—¿Protegida contigo desnudo sobre mí? Bonita manera de defenderme —comento cínica y airada en tanto se encamina por el pasillo—. ¿Y ahora adónde vas? ¿Pretendes dejarme sola? —bramo ofendida.

—Quédate ahí, voy a echar un vistazo —me ordena.

Y se marcha pasillo adelante y la última visión que tengo de él me lo muestra con la pistola en alto, mirándome antes de irse para alertarme de nuevo sobre su compañero, enloquecido y muy peligroso, que va armado y quiere mi muerte.

* * *

Este amor apasionado anda todo alborotado por volver, voy camino a la locura, y aunque todo me tortura, sé querer. Lo dejamos hace tiempo, pero se llegó el momento de perder. Tú tenías mucha razón, le hago caso al corazón y me muero por volver.

No es Esparbel el que recita sino el cantante muerto que continúa a lo

suyo, con sus rancheras rotas y amargas mientras yo, rota y amarga, me reconcomo por dentro.

Sé que debería actuar con lógica y apagar el equipo de música, que la voz aguardentosa me impide escuchar qué está sucediendo si es que algo ocurre más allá del miedo que nos atenaza y nos obliga a actuar como insensatos a toda razón, demasiado nerviosos por ruidos sin mayores consecuencias que seguro que causa una gata obcecada. Sin embargo, no me muevo de mi sitio, no me atrevo a hacerlo y ese lamento que habla de volver a tus brazos otra vez, tan triste, tan profético, no deja de sonar, estoy paralizada y la voz sigue cantando y asegurándome que no se da por vencida, llegaré hasta donde estés, me dice, yo sé perder, yo sé perder, quiero volver, volver, volver.

No puedo quedarme aquí, decido, no soy una presa. No quiero serlo. Me levanto, el frío del suelo me estremece y salgo al pasillo arrimándome a las paredes, como si pudieran ampararme y ocultarme, y echando de menos, quién me creería, a Ofelia, que por una vez podría ser tan amable de ayudarme, de hacerse presente y prevenirme sobre quién ronda mi casa, quién me persigue y me acosa y me acecha además de ella. La maldigo, y también a Lirón, que me ha dejado sola, cuando oigo el sonido de un disparo.

Algunos animales salvajes se quedan paralizados cuando, en mitad de la noche, al cruzar las carreteras que atraviesan sus campos, los faros de un coche les sorprenden y les ciegan, les hipnotizan y les impiden reaccionar y, al final, los atropellan. Muy pocos, más listos o cobardes, echan a correr poniéndose a salvo del peligro.

Yo no soy de esos.

A la carrera, sin pensar y sin aliento, con el pavor brincando en mi pecho, me dirijo al lugar de donde provino el estruendo que ha hecho tambalear los cimientos de Je Reste. Llego al recodo del pasillo que se abre a la salita de té y bajo el dintel de su puerta que no llegó a traspasar me topo con el cuerpo de Lirón.

Sangra. Tiene un boquete en el pecho y absurdamente reparo en que del agujero, negro y sin fondo, sale una columnita de humo como de chimenea de casita de muñecas. Soy estúpida. No debo dejarme impresionar, me digo, has visto muchos muertos antes y ni siquiera sabes si éste lo está, sólo alcanzas a advertir sus labios entreabiertos y sus ojos cerrados, su mano crispada en torno al walkie y en la otra, ¿dónde demonios está?, falta su pistola.

Me agacho, parece que está caliente pero no llego a distinguir si su corazón sigue latiendo o acaba de dejar de hacerlo, busco el arma tanteando bajo su cuerpo que consigo ladear con gran esfuerzo. No aparece, pero escucho un rumor lejano que me altera, que me asusta aunque no llego a identificarlo y me levanto de un salto dispuesta a no perder más tiempo, a echar un último vistazo al interior de la salita para comprobar que no hay nadie dentro, sólo el cuadro de Sorolla torcido y, ante el ventanal que da al jardín, una mesita auxiliar volcada, con sus finas patas de madera encarando el techo, quebradas y rotas como las de una araña muerta.

Estoy obligada a emprender una loca carrera hacia el vestíbulo, con sus altos espejos y la consola junto a la puerta y sobre ella el cuchillo que dejé a la espera. Necesito algo con que defenderme, repito, sea quien sea no me cogerá desprevenida.

Paso sobre el cuerpo de Lirón para volver a encarar el pasillo y, cuando llevo recorrida la mitad, reconozco de pronto las notas que conforman el murmullo lejano que me asustó y que me alcanzan ahora más altas, más nítidas, con metáforas que llegan más cercanas puede que por la acústica singular de esta planta. Son los acordes de una nueva ranchera que sigue llamándome con un código secreto que sólo mi perseguidor conoce, o por qué si no éste decidió subir adrede el volumen, para que yo las oiga y las entienda. Me dicen que no tiene trono ni reina, ni nadie que le comprenda, pero sigue siendo el rey.

Me detengo, aunque no debería hacerlo. De pronto, con un imperdonable retardo, quién sabe si espoleada por algún fragmento de la canción, comprendo dónde podría estar la pistola que antes no encontré y entre imprecaciones reniego de mi cortedad porque no la vi, porque fui tan imbécil que la pasé por alto y ahora no puedo perder el tiempo ni desandar mis pasos para recuperarla, y me pregunto mientras vuelvo a iniciar la carrera cómo pudo ser que Lirón y Esparbel terminaran forcejeando ante el ventanal, junto a la mesita volcada. ¿Qué estaba buscando allí su oponente? ¿Cómo pudo ser tan ingenuo Lirón como para bajar la guardia y prestarse a hablar y acercarse tanto como para que pudiera desarmarle?

Le insulto entre dientes sin reducir la velocidad de mis pasos, absurdo, imbécil, confiado. Por eso yo sigo viva y él está muerto, concluyo dolida y empeñada contra todo en salir adelante, en ganar, en resistir. Porque yo, a diferencia del agente Lirón, siempre espero lo peor del ser humano.

La amplitud desahogada del recibidor se abre ante mí bañada con la dorada luz de la primera hora de la tarde y, si no fuera por esta situación desesperada, me detendría orgullosa a admirar esta claridad serena y clásica, tan sumamente antigua y aristocrática, que dota todo de una paz inusual, como si el mundo fuera perfecto y la vida un regalo y yo mereciera residir aquí feliz para siempre rodeada de amor y tranquilidad. Pero no es así, me recuerdo, y sin detenerme a nada más que a seguir los dictados de mi instinto frenético guiado por el pánico me abalanzo sobre la consola para recuperar el cuchillo arrepintiéndome porque antes, cuando fui a por él a la cocina, algún ridículo tipo de pudor me llevó a rechazar aquellos de filos más amplios.

Me aferro ahora como hombre al agua al pomo de la puerta y forcejeo para abrirla con el frenesí desesperado del que no quiere morir ahogado. Sólo podré ponerme a salvo si salgo de esta estancia y de esta casa, y la idea martillea en mi cabeza insistente y me golpea las paredes del cerebro con el ritmo desahogado de un tambor que suena tan acelerado y atemorizado como los latidos de mi corazón.

Al fin lo consigo tras maniobrar temblorosa unos segundos que me parecen una eternidad, piso la gravilla del jardín, la siento bajo la fina piel de las plantas de mis pies y no se me ocurre reparar en que este detalle retardará mi marcha, en que es impensable escapar así, descalza como una doncella mitológica perseguida por los perros del Infierno, indefensa y sola con un triste cuchillo en la mano, tan frágil e inconsciente como para no percatarse de que no resistiría un combate cuerpo a cuerpo frente a un hombre cegado por la locura y la rabia.

Desconcertada, yo también cegada pero por el inesperado sol que esta mañana se ocultaba, miro a mi alrededor desorientada, deteniéndome por un instante a pensar. Entonces lo escucho. Es el llanto de un niño, de un bebé muy pequeño solo en este bosque, muy adentro en la espesura, tal vez junto al estanque o al muro, allá al fondo, por donde ascienden las madreselvas. No puede ser, me dice la razón, estás nerviosa, has sufrido mucha presión, tienes alucinaciones sonoras, no es verdad lo que estás oyendo.

Pero lo es. Ahora lo escucho con nitidez, a veces se detiene y luego continúa con sus lamentos. Una nueva pausa, quizá para tomar aire, y de nuevo los quejidos que rasgan el aire, que llegan acompasados y desesperados, desvalidos y perdidos y que me atraen, me llaman, me

llevan como los cantos de una sirena o de Ari, quién sabe, perdida en su mar de recuerdos y líquido amniótico, dormida en olas de formol, acunada por el vaivén de mis pesadillas y sueños.

Pero no es un sueño, es real, e imprudente, hechizada, voy siguiendo el rastro de esas lágrimas y sus lloros y camino sobre la hierba mojada, cuajada de agujas y musgo, de rocío y hiedras que corren por el suelo y se enredan en mis piernas deteniéndome de vez en cuando a apartar una rama baja que se atraviesa a mi paso o los brazos de algún arbusto que se enganchan a propósito en mi vestido para impedir que siga avanzando.

Todos me gritan al unísono: No vayas, no sigas, y yo me empeño en no escucharlos.

El llanto del bebé suena más alto que sus voces de niebla y humo, nada podría impedirme acudir a su llamada, ir a su encuentro como una autómatas con los brazos extendidos esperando recogerlo y arrullarlo, cantarle una nana, envolverlo entre hojas de fresa y telas de araña.

Hasta que calla.

Y es cuando echo de nuevo a correr.

Llego junto al muro completamente exhausta, la luz tibia del sol, vencida ya toda amenaza de tormenta, se refleja ahora en el encalado blanco y, como en una bucólica escena campestre, sólo puedo distinguir el zumbido de las abejas recolectoras sobre los búcaros amarillos de la madre selva. Quisiera hacerlas callar, tumbarme sobre la tierra, apoyar la oreja para oír al bebé que busco, oculto a mi vista, tan pequeño que podría estar en cualquier lugar. Mi primer impulso es alzar la voz y hablarle, no sé por qué, posiblemente llevada por el deseo de calmarle, de tranquilizarle si es que llega a saber lo que es el miedo.

Desde el pie de la tapia me llega el rumor amortiguado y agónico, como el estertor final de un pez fuera del agua justo cuando ya están a punto de secarse por completo sus branquias. Me dirijo hacia allí tan rápido como puedo y, a medida que me acerco, percibo horrorizada cómo se hace más y más grande y nítida la mancha.

Ahí está, rojo sobre blanco, como una flor de contornos imprecisos y caprichosos, como una explosión de grana sobre la nieve, como un clavel reventón en la pechera de una novia inmaculada. Y, justo delante de la tapia, no muy lejos de donde ha caído, apenas medio metro más allá pues ésa es la corta distancia que ha conseguido arrastrarse, yace el animalillo destripado, con los ojos casi fuera de sus cuencas que, a pesar de todo, aún boquea.

El gatito albo que mordió aquella noche a Germán ya no lo es, vuelve a

estar cubierto de un vivísimo escarlata debido en esta ocasión al color de su propia sangre. No me ve, pero me huele, alza casi imperceptiblemente el hocico rosa hacia mí y, movida por la compasión, me agacho junto a él dispuesta a consolarle, a acabar con su sufrimiento tan rápido como pueda, usando por una vez el cuchillo para un fin noble, dándole la oportunidad de dignificarse.

No olvido que quien lo estrelló contra el muro con rabia y lo pisoteó pleno de furor debe de andar cerca y sé, porque un chivato dentro de mi cabeza me lo avisa, que debería alzarme y esconderme sin perder tiempo, sin dejar que mi compasión me pierda y me esponga llevándome a la ruina, aunque algunos sentimientos son más fuertes, más suicidas que nosotros mismos, y me concentro en musitar palabras de consuelo al felino olvidándome por un instante de escuchar más allá de mis lamentos hasta que, cuando quiero darme cuenta, alguien se acerca por detrás y con violencia me agarra, me fuerza a levantarme, me arrastra tirando de mi melena.

—Ya te tengo donde quería. Y ahora vamos —gruñe Esparbel surgido de la espesura de los árboles situados a mi espalda que le servían de escondrijo, donde me ha esperado una eternidad con odio y desprecio y, al percatarse de que todavía me aferro al cuchillo, se detiene para pisar mi mano compeliéndome a soltarlo y a apartarlo de un puntapié lanzándolo bien lejos—. Tenemos que llegar a la caseta de piedra antes que ellos.

No me atrevo a preguntar a quién se refiere y, de todos modos, aunque quisiera hablar tampoco podría hacerlo. La muñeca me duele demasiado, también el cuero cabelludo y, además, me atenaza el miedo. Intento incorporarme pero no me lo permite, me quiere derribada, sometida, prefiere la lentitud de tener que ir remolcándome a cambio del disfrute de saberme humillada, con las rodillas desolladas y las uñas rotas de tanto luchar desesperadas por aferrarme a la hierba, a las raíces, a las piedras que con esmero coloqué al pie de los árboles para recordar las tumbas, a lo que sea con tal de que no alcance su destino, de que no me lleve allí donde pretende, de que no siga tirando de mí con el cañón de su pistola en mi sien. Comienzo a gemir, primero quedamente, luego cada vez más alto. Aquí abajo el aire es más frío y, entre el follaje denso que ahora atravesamos, casi no penetra el sol. Seguimos avanzando y, al comprobar que no me maltrata ni golpea, que tampoco parece molestarle que emita sonidos, termino por decidirme a gritar sordamente y con mi voz ronca de loba aúllo desesperada buscando un asidero, reclamando que alguien me saque de este atolladero en el que no quiero participar.

Sigue ignorándome, indiferente a todo lo que no sea su decisión y su pensamiento y, sin detenerse a mirarme, como quien apalea a un perro, levanta su brazo cuando mis bramidos se han hecho a su parecer demasiado molestos y descarga sin miramientos un golpe con la culata de la pistola. Acierta en la boca, de nuevo mi labio revienta como una granada madura pisoteada y, entre las lágrimas que sin querer se desbordan y el sabor metálico de mi sangre que cae sobre mi cuello, alcanzo a percibir, más allá del dolor punzante, por encima del pavor que entorpece mis pasos y sin embargo agudiza mis otros sentidos, una sensación desconocida y peligrosa contra la que lucho sabiendo que debo resistirme por más que tire de mí con firmeza insidiosa: el alivio.

Salimos a una zona más despejada, sorteamos en nuestro recorrido fragmentos perdidos del laberinto de boj y me observan rostros de estatuas desfiguradas y desmembradas a las que ya nadie se encarama. A todas debería suplicarles auxilio, clamar un poco de compasión, pero dudo que tenga sentido. Me dejo ir, ya no opongo resistencia, he descubierto que es más fácil así, y a pesar de que he comprendido que vamos hacia la caseta de piedra y nada bueno me espera dentro porque todos, a la larga, preferimos matar a cubierto, decido que ya no vale la pena gritar ni patalear, no porque mi mejor arma sea la pasividad sino porque no me importa, porque deseo que todo acabe, que mis pesadillas encuentren un final, que alguien me detenga de una vez, que tenga piedad de mí y me haga despertar.

Alcanzamos, casi sin que me haya dado cuenta entre el dolor y mis pensamientos, las inmediaciones de la caseta. Estamos ante la puerta. Esparbel le da una patada rabiosa y no consigue moverla ni desencajarla, ni siquiera hacer una pequeña muesca.

—Dame la llave —y me obliga a incorporarme, mareada y pálida.

—No la tengo —respondo escupiendo saliva mezclada con sangre y cerrando los ojos a la espera del nuevo golpe, del previsible arranque de furia que se manifestará en una nueva tunda que, sin embargo, no llega a comenzar.

—¿No la llevabas esta mañana en una cadenita colgada al cuello? —vocifera en cambio, y con este detalle me doy cuenta de que en todo momento me estuvo observando con su lupa de aumento.

—La dejé en el baño. Lirón llamó al timbre cuando estaba duchándome y no tuve tiempo de ponérmela, ni siquiera de calzarme.

—Siempre fue un hijo de puta inoportuno —masculla por lo bajo, y a continuación me da un empujón para que me quite de delante—. Aparta

—y sin contemplación descerraja un tiro en la cerradura de hierro, que salta y cede de inmediato a su nuevo empujón.

Debido a la potencia del proyectil, que todavía hace humear la cerradura desencajada, la puerta oscila indecisa hasta quedar entreabierta permitiéndonos vislumbrar parte de la mesa metálica donde corto mis piezas, brillante en la penumbra, atrayente y perversa, tan inmaculadamente limpia que genera más escalofríos que si estuviera mancillada por goterones de sangre o restos de alguna de mis presas. De inmediato nos arrulla el ronroneo, semejante al zumbido de un millón de cigarras eléctricas, de los arcones frigoríficos tan parecidos a féretros de acero, perfectamente alineados como tumbas sin finalidad ni morador en un panteón desierto. Tras ellos, al fondo, nos observa el ojo sin rostro del horno, con su oscura boca siempre abierta y rodeada de los antiguos ladrillos oscurecidos y ahumados como dientes picados que nos llaman y se ríen pues han visto asada tanta carne, han sido usados por tantas manos para fines tan diversos que saben que, pase lo que pase, ellos permanecerán incólumes mientras nosotros nos pudrimos y perdemos.

Aún aturdida por el ruido del disparo, olvidada de que hace poco todo me daba igual y prefería sucumbir a seguir viviendo, algo se rebela en mi interior y la cuerda que tensa mis nervios se rompe y estallo, y me revuelvo, y aunque me sujeta con rudeza con su mano como una garra atenazando mi brazo, le golpeo con mis puños, tiro con vigor e intento escapar, morder, arañar, patear como una niña rebelde, como una víctima que no quiere serlo, como una fiera enloquecida que no quiere entrar en la jaula, porque puede que tenga que morir, pero nunca en la cueva de mis tormentos.

Esparbela pierde la paciencia y me abofetea de nuevo. Dos golpes secos y sonoros que cortan el aire y me noquean por un momento. Pese a todo, sigo resistiéndome, ya casi sin fuerzas pero dispuesta a agarrarme con uñas y dientes si hace falta al marco de la puerta.

—Está bien —acepta—. No pasa nada, podemos hacerlo aquí fuera.

Zarandeándome me coloca, como si fuera una muñeca, debajo del dintel, se aleja unos pasos andando de espaldas, sin perderme ni un segundo de vista, y se sitúa frente a mí apuntándome con su pistola. Sin que yo sepa aún lo que se propone hurga en el bolsillo de su gabardina hasta dar con lo que buscaba. Extrae la libreta roja, mi libreta roja, manoseada y con las esquinas dobladas, mancillada y tan asustada como yo, y con gesto despectivo y brusco la lanza a mis pies.

—Cógela —exige—. Has de tenerla en la mano.

—¿Por qué? —confusa me atrevo al fin a hablar. No entiendo cuál es su plan, no sé qué pretende ni a qué se refiere.

—Deben encontrarte rodeada de pruebas.

—¿Quiénes?

—Los policías que vendrán. Lirón tuvo tiempo de avisarlos. No pueden tardar.

Sigo sin entender. Qué más darán las pruebas que pretenda mostrar si ahora el que empuña el arma, el aspirante a criminal, es él.

—Pero tú me estás apuntando... Y has matado a Lirón... Cuando aparezcan no querrán detenerme a mí sino a ti —escupo por mi boca dolorida sabiendo que digo una obviedad y él, más lúcido y sereno, ciego de ira pero con un objetivo concreto, ya debe de haber reparado en ello.

—Te confundes. No vivirás para verlos llegar —y ahora es cuando sus labios se retuercen en una sonrisa enloquecida—. Antes te ejecutaré como mereces, no permitiré que esa carita de no haber roto nunca un plato convenza a ningún juez.

—Entonces te convertirás en un ser despreciable, como yo.

—No, seré un justiciero. Declararé que disparaste a Lirón cuando descubrió tu diario, sí, me ha dado tiempo a leer algunos pasajes mientras tonteabais —y se ufana al percibir mi gesto de sorpresa—, y después que pretendiste acabar conmigo, pero logré arrebatarte el arma y disparar... Será todo en legítima defensa.

—Nadie creará tu versión.

—Cuando lean el contenido de esa libreta y lo que guardas en los congeladores de esta caseta tendrán que hacerlo.

Pasan por mi cabeza infinidad de pensamientos que se pisan y se enzarzan unos con otros en una madeja imperfecta de cabos sueltos y pruebas erradas, pero creo que no serviría de mucho advertírselo. Está demasiado convencido de que su ansiado triunfo está por llegar y no tardará apenas nada en celebrarlo.

Cierro los ojos a la espera del impacto de bala en el corazón, del borbotear alborotado del pecho, de ir quedándome poco a poco sin pensamientos a medida que se apaga la luz y se ahogan los deseos y me falla la voz que clama día y noche en mi cerebro. Me abandono, me resigno a mi final, al ansiado adiós, y acierto a escuchar ya sin rabia ni encono cómo en la distancia, allá arriba, tras la ventana del torreón, mamá se carcajea triunfal y vocifera orgullosa, se deja llevar por el júbilo de su victoria y no disimula su odio ni su rencor ni finge una pizca de lástima

porque nunca me quiso, porque sus pasos siempre los guio el desamor. De pronto un rumor levísimo, sólo perceptible para mí, me hace aguzar el oído a mi pesar y prestar atención a lo que no soy yo ni a los latidos que alientan mi interior. Es el murmullo de los árboles ansiosos y preocupados. Me piden que aguante, que tenga fuerzas, me prometen que todo acabará pronto, me ruegan que no me deje vencer, que guarde un mínimo aliento, que atesore al menos la fuerza de un estertor. Abro los ojos, tic, y distingo un resplandor desconocido tras Esparbel, que ríe orgulloso de su plan maestro para encajar pistas falsas, de su resistencia que le ha hecho sobreponerse a todo el mal que genero, más allá de la vida y de la muerte pues no se conforma con acabar conmigo, quiere mi memoria rota, mi nombre por los suelos, la ruina de mis negocios y la quema de mis libros para que no hechicen a ningún otro doncel impresionable, para que no enloquezcan a ningún joven puro e inocente como a su hijo Camilo.

—Suéltala —exige de pronto una voz firme y serena. Tac.

Es Germán, mordiendo las palabras, con los ojos en llamas. Esparbel se abalanza sobre mí con una rapidez de reflejos inesperada y consigue rodear con su brazo mi cuello para mantenerme pegada a él y usarme como escudo defensivo y, por si no fuera suficiente, apretar el cañón de su arma contra mi sien.

—No pienso renunciar a ella. Coge ese cuaderno rojo y verás qué clase de monstruo es. Sólo tienes que leer una página al azar —tic.

—Seguro que hay explicación para todo. Déjala marchar —tac.

—Te dije que no valía la pena luchar por una perra como ésta. No me obligues a meterte en esto a ti también, bastante me dolió tener que acabar con mi compañero dentro de esa casa embrujada —vomita desgranando su sarta de locuras y excusas que en esta situación, conmigo rota y apaleada y él empuñando un arma, no parecen tener ninguna credibilidad.

—Baja esa pistola o terminarás por hacernos daño a todos —vuelve a insistir Germán. Tic.

—¡Coge la libreta!, ¿no quieres conocer la verdad? —Esparbel intenta ponerlo de su lado. Su empeño es que le crean, lleva tanto oyendo decir que se ha vuelto loco que, aunque lo esté, es más importante para él demostrar sus acusaciones que mantenerse a salvo, recibir un tiro, matar o morir matando, por eso aparta los ojos de su oponente y sin soltarme del todo, no en vano soy su más preciado tesoro, se hace a un lado y baja el brazo que empuña su pistola para señalar con el cañón el cuaderno de

tapas rojas tirado en el suelo.

Es el gesto que esperaba Germán, que percibe cómo el cuerpo de mi captor queda al descubierto. De repente enseña su mano hasta ahora oculta a la espalda y descubro que también sujeta un arma que dispara raudo y sin pensar, como cuando apunta con su cámara hacia un objetivo que pretende inmortalizar, una, dos, tres veces sin molestarse en esquivar las balas que a su vez, mientras hinca las rodillas y cae sobre la tierra, acierta a devolverle con desigual resultado Esparbel.

A lo lejos distingo la algarabía de las sirenas y el crujido de las botas de Germán que se acerca presuroso sobre las hojas caídas del otoño y, ahora sí, el borboteo en el pecho de Esparbel, como si fuera un pez empeñado en respirar fuera del agua, y allá, a lo lejos, los árboles que me piden que abra los ojos, que me reclaman que mire de frente a sus troncos y a sus ramas empeñadas en no callar para mantenerme despierta.

Luego me desvanezco.

Tac.

* * *

Los hechos y las pruebas confirman que todo parece bastante claro. Que Germán encontró la pistola de Lirón bajo la mesita caída de la salita de té, que disparó a Esparbel en defensa propia cuando éste amenazaba mi vida porque había enloquecido y vivía obsesionado conmigo, que yo no soy más que una víctima envuelta por mantas y vendas, bajo los efectos de un shock, aferrada a mi libreta roja y empeñada en insistir en que alguien, quien sea, cierre de una maldita vez la puerta de mi caseta de piedra.

—Tus amigos ya vienen desde el restaurante. No tardarán —anuncia Germán sentándose a mi lado en la camilla de la ambulancia.

—Entonces sácame de aquí.

Su expresión le delata. Calla unos segundos. Piensa. Finalmente habla:

—No sé si podremos hacerlo. Acabo de matar a un hombre.

Entiendo, está pensando en médicos y forenses, en jueces que ordenan levantar cadáveres y necesitan tomar declaraciones, en fiscales que hacen acusaciones, en policías que sacan fotos y recogen huellas, en amigos que quieren explicaciones, y consolamos, que ya se acercan para abrazarnos.

—Claro que podemos —afirmo—. Mi mano se curará en unos días y tú

sólo tienes un rasguño en la pierna, la bala apenas te ha rozado. Qué nos impide marcharnos.

Duda, mira al suelo. Puedo oír cómo su cerebro da vueltas a la idea de irnos.

—¿Lo harías, Teresa? —pregunta levantando esas pestañas castañas que brillan con la luz—. ¿Sin arrepentimiento, sin temor?

—Sí, sin arrepentimiento, sin temor —y añadido—: Por cierto, ¿nunca te he hablado de mis cuentas en bancos suizos?

Sonriendo me lleva de la mano, como a una niña que no sabe andar sola o a una novia a la que espera una sorpresa, a la que se quiere impresionar, y me hace cruzar *Je Reste* levantando cintas de plástico de la policía que acotan zonas y prohíben pasar, intentando no pisar el trazo de tiza que contornea el perfil de un cuerpo muerto recién retirado, esquivando flashes e inspectores con batas blancas que se agachan y recogen balas, que se abstraen delante de goterones de sangre y nos solicitan de manera brusca que dejemos de entorpecer su labor tan importante, tan fundamental.

Llegamos a la cancela y ahí está su moto, como el corcel de un príncipe. Monta decidido y me tiende una mano, así de fácil. Sin más.

Vacilo sólo una vez. Miro atrás, a mi palacio abierto de par en par, sin su misterio bajo la luz del día, sin sus secretos porque ahora, tan lleno de investigadores y policías, parece una caja de música antigua con su mecanismo estropeado, y tomo al fin su palma temerosa de tocarle porque, quizá, podría devorarlo. Venciendo mis impulsos me siento a horcajadas en el sillín y, como puedo, me agarro con un solo brazo a su cintura. Obedezco, me olvido de quién soy y de mis deberes, de todas las obligaciones y los agravios que me impuse como una condena, como un castigo, y me aferro a él dispuesta a intentar ser otra, mucho más limpia, indudablemente más sana, difícilmente mejor persona.

Cuando me acoplo a su cuerpo y froto mi cara contra la piel gastada de su cazadora, tan acogedora, noto que algo en el bolsillo trasero de mis tejanos se me clava. Saco una colorida postal arrugada con noticias de un viejo amante que cogí del buzón esta mañana al salir de casa. Ensimismada, abstraída como siempre que me sumo en mis pensamientos y la estrujo y aprieto sin cesar en un movimiento mecánico, continuo, perpetuo, parecido a mi obsesión por encender y apagar frenética las luces de la casa sin reparar en mi gesto, sólo por el placer de sentir el interruptor que sube y baja, con un tictac parecido al del reloj de mi padre, obediente al poder de mis dedos.

—¿Qué haces? —pregunta Germán al notar mis extraños movimientos.

—Es una de mis manías —contesto, y arrugo con fuerza el pequeño trozo de cartón y lo lanzo al suelo convencida de que ése es su lugar, el oscuro pozo sin fondo de una particular tierra de Nunca Jamás de la que nunca debió regresar.

Germán arranca y yo entierro mi rostro en su nuca descubierta, fragante y cálida, dispuesta a darme un respiro, a probar suerte con una cara nueva, a, como él dice, dejarme llevar.

A fin de cuentas no tengo nada que perder: Estrella y Tomás lo entenderán y se encargarán de todo en mi ausencia, recogerán la libreta roja que acabo de abandonar sobre la mesa de la cocina, regarán los árboles y las plantas con cuidado de esquivar las carnívoras y estoy segura de que tarde o temprano descubrirán el mejor modo de alimentar a los gatos que pululan por el jardín. Incluso dudo que se sorprendan cuando, al abrir las ventanas y airear mi casa, den en el piso más alto, en el torreón, con un cuarto clausurado, vetado, sin llave en el ojo de la cerradura oxidada que hace tanto que no se abre. Por mucho que intenten escuchar, aunque lleguen a pegar la oreja a la puerta, no oirán los débiles golpes, los frágiles aullidos, los imperceptibles rasguños que con sus dedos de hueso insiste en repetir en la madera la incorpórea Ofelia, arañando una y otra vez, sin posibilidad alguna de huida, derrotada y castigada en esa tumba sin bendecir, negada a la posibilidad que tanto ansiaba de purgar sus penas y sus pecados durmiendo en tierra consagrada.

Sonrío, lucho contra las ganas de reír a carcajadas imaginando sus caras cuando la encuentren, su sorpresa al descubrir que siempre ha estado allí, sus cábalas para averiguar cómo la saqué yo sola del cementerio y la trasladé a su atalaya condenándola, atándola así para siempre a su casa, a un *Je Reste* por el que puede vagar con la libertad de un espíritu pero que nunca podrá abandonar con su cuerpo abyecto.

Y en cuanto a mi hambre, finalmente estoy tranquila. Creo que la podré dominar. En todo caso sé que si me acucia, no importa dónde me encuentre, siempre puedo volver a cazar.

Citas

Teresa, como buena devoradora, fagocita en sus pensamientos poemas, canciones, frases de guiones y películas que no son de su autoría. Por orden de aparición, éstas son las obras que ella y yo hemos usado para aderezar platos y capítulos y el nombre de sus creadores:

«Trece planetas» (Manuel García/Quimi Portet); «Pretexto», Ángel González; «Cuando era más joven» (Joaquín Sabina); «Hierbas de Asia» (Quimi Portet/Manuel García); «Campanera» (Genaro Monreal); *El silencio de los corderos*, Thomas Harris; «Ojos verdes» (Valverde/León/Quiroga); «Rima XXI: ¿Qué es poesía?» (Gustavo Adolfo Bécquer); «Mundo raro» (José Alfredo Jiménez); «Sabor de amor» (Rodrigo Rosado/Danza Invisible); «Al pasar la barca», canción popular; «No me acostumbro» (Quimi Portet); «El loco de la calle» (Manuel García/Quimi Portet/J. L. Pérez); *Cien años de soledad* (Gabriel García Márquez); «Deitado frente ao mar» (Celso Emilio Ferreiro); «El sitio de mi recreo» (Antonio Vega); *El sueño eterno* (Raymond Chandler); *Jane Eyre* (Charlotte Brönte); «Miss Camiseta Mojada» (Quique González/Carlos Raya); «Y los conserjes de noche» (Quique González); «El reloj» Lucho Gatica; «Amante bandido» (Miguel Bosé); «Malevaje» (Filiberto/Dicépolo); «Lucha de gigantes» (Antonio Vega); «Un día más en la vida» (Sidonie); «La luz de la mañana» (Facto Delafé y Las Flores Azules); «El incendio» (Sidonie); «Miss Universo» (Javier Álvarez); «Señorita» (Ray Loriga/Christina Rosenvinge); «Luna de menta» (Javier Álvarez); «Antes de que salga el sol» (Antonio Vega); «Whitehall Street» (José María Fonollosa); «Poema 42» (José María Fonollosa); «Sin aliento» (Danza Invisible); «Caminando en círculos» (Quique González); «En mi garganta» (Sidonie); «Salitre» (Quique González); «Al calor del amor en un bar» (J. Urrutia/F. Presas/E. R. Calvo); Carta de Emily Dickinson a Otis P. Lord, 11 de nov. de 1882; «Ciega fe» (Javier Álvarez/José Encinas); «Que te vaya

bonito» (José Alfredo Jiménez); «Volver» (Gardel/LePera); «Fiesta después de la fiesta» (Rodrigo Rosado/Danza Invisible); «Nuestro baile del viernes» (Sidonie); «La media vuelta» (José Alfredo Jiménez); «Negra sombra» (Rosalía de Castro); «Water Street» (José María Fonollosa); «Kennamore Street» (José María Fonollosa); «Madison Avenue» (José María Fonollosa); «East 47th Street» (José María Fonollosa); «Un día en el mundo» (Vetusta Morla); *Psicosis* (Joseph Stefano); «Promesas que no valen nada» (Iván Ferreiro); «Navaja de papel» (M. García/J. L. Pérez); «La estatua del Jardín Botánico» (Santiago Auserón); «Giraluna» (Sidonie); «Corazón de tiza» (Santiago Auserón); *El festín de Babette* (Isak Dinesen); «Tú me sobrevuelas» (Manuel García/Quimi Portet); «Amor se escribe con llanto» (Álvaro Chaparro Dalmar); «Ojos de perdida» (Enrique Urquijo); «Volver, volver, volver» (A. Z. Maldonado); «El rey» (José Alfredo Jiménez); «No tocarte» (Santiago Auserón).

Agradecimientos

No tengo muchos amigos, pero sé sacarles partido. A todos debo su paciencia conmigo y con Teresa y nuestras respectivas inseguridades y, en concreto, quiero mostrar mi agradecimiento.

En los fogones, junto a mí, mientras guisaba a fuego lento ante el teclado:

a Clara, por sus siestas de dos horas;

a Carmen Muñoz, que sigue siendo la mejor y más apasionada correctora del mundo, por rectificar de sal, pimienta y deslices el texto;

a José María Mijangos, Juan Carlos Palomeque y Eliseo Aznarte, por hacerme llegar la materia prima necesaria para elaborar el plato efímero del capítulo trece;

a Paco Camarasa y Paco Taibo II, que son frailes y cocineros, por regalarme sus sabios consejos de gourmets experimentados;

a Miguel Cane, por saber, como Simón, escuchar, y por sus aleccionadoras recomendaciones acerca de las mejores cocineras de novelas góticas;

a Ana Justa y Agustín Tirado, que en el transcurso de una cena me facilitaron un par de ingredientes esenciales: los nombres de dos de los protagonistas masculinos.

En la sala, atendiendo las mesas,

a Daniel Zarazaga, por prestarme sus ojos y mirada para Tomás y, en su papel de experto sumiller, encargarse del maridaje;

a Estrella Molina, grandísima lectora de sensible paladar, por coger la cuchara de madera y cerciorarse de que el humor estuviera en su punto;

a Ricardo Bosque, el más objetivo crítico literario con que se pueda contar, por sus acertadísimas observaciones;

a Emilio Calle, por su entusiasmo, que le llevó a devorar *Mantis* en sólo una semana;

a Domingo Villar, por el empacho de notas;

a Juan Ramón Biedma, un gran cocinero de monstruos y demonios, que siempre levanta el teléfono para escuchar mis cuitas cuando me encallo en una receta;

a Juan Salvador, por sus atinadas recomendaciones de libros de terror, muy útiles a la hora de intensificar el sabor de algunos platos.

A la mesa, a la espera de ser servidos, aferrando sus cubiertos:

a Estrella García (de la librería Oletvm, de Valladolid), librera clarividente y entregada, cuya perseverancia la ha convertido en uno de los primeros clientes satisfechos de mi casa de comidas y cuyo apoyo ha traído a un buen número de comensales a la puerta de Barbantesa;

a Miguel Justo, de la Central Librera Uno de Ferrol, y tantos otros amigos librereros como los de la librería Arenas de A Coruña, Donín de Betanzos, Taiga de Toledo, Muga de Madrid, Luces de Málaga, Auzolán de Pamplona, Central de Zaragoza, Paradox de Madrid y Leclerc de Aranjuez, que me han acogido, porque su vehemencia y su generosidad ya no se estilan y, gracias a ellos, mis platos encuentran lectores deseosos de probarlos;

a Ramón Fandiño, Paco Buesa, Juan Garrachón, Inés Lodeiro y tantos otros comerciales de Alfaguara, porque siempre de pie y sonrientes, cargados con los menús y su entrega, son los más eficaces maîtres que pudiera imaginar;

a Gerardo Marín, por los cafés en el Gloria, por entenderme y soportarme y compadecerse de la sudorosa cocinera;

a Nuria del Peso, porque su generosidad la lleva a robarle una hora a Alma para almorzar conmigo hablando de la vida y de trucos de cocina;

a Ana M^a Martínez y Francisco Unzueta, a Luz López y José Mendiguchía, y a Rocío Llombart y Alfonso Rubinos, porque cada tarde en el parque me sacaban los humos y el olor a carne quemada de la cabeza y me devolvían a la realidad.

y a *Mao*, que desde su escaparate nos ve pasar.



MERCEDES CASTRO DÍAZ, (Ferrol, La Coruña, 1972) licenciada en Derecho por la Universidad Autónoma de Madrid, ciudad en la que vive, ha trabajado en el mundo editorial durante once años, ocupando diversos puestos hasta llegar a directora del departamento de narrativa de una editorial del Grupo Planeta. Abandonó el mundo editorial tras ser despedida por maternidad. Se dedica a tiempo completo a la escritura.

Tardó nueve años en escribir su primera novela, *Y punto* (2008), una obra que obtuvo una treintena de críticas elogiosas y que la autora no considera como policíaca sino que prefiere que se englobe dentro de la narrativa contemporánea, sin adscripción a un género concreto. Esta novela fue distinguida como «Mejor Ópera Prima en lengua española» por el «Festival de Primera Novela de Chambéry» (Francia).

Su segunda novela, *Mantis* (2010), publicada dos años más tarde, es una obra de suspense que mezcla la intriga psicológica y la novela gótica. Fue incluida en la lista de la 10 mejores novelas del año por el prestigioso crítico literario Ricardo Senabre.

Entre sus ediciones literarias firmadas destacan una edición crítica de la obra de Pérez Galdós, *Trafalgar* (2001) y la *Antología poética de Rosalía de Castro* (2004), primera antología bilingüe castellano-gallego editada sobre la autora. Su primera obra publicada fue el poemario *La niña en rebajas* (2001).

Obra:

Novela

Y punto. (2008)

Mantis (2010)

Ediciones críticas

Trafalgar, de Benito Pérez Galdós (2001, Edaf), edición y prólogo.

Antología poética de Rosalía de Castro (2004, Edaf), edición bilingüe y traducción (gallego-castellano).

Poesía

La niña en rebajas (2001), poemario.